LENIN EN NUESTRA VIDA

LENIN EN NUESTRA VIDA

Este libro es obra de un grupo de destacados escritores, artistas y científicos soviéticos. Muchos de ellos tuvieron ocasión de entrevistarse con Vladímir Ilich Lenin, fundador del Estado soviético.

Los autores reflejan en sus ensayos literarios, relatos y artículos publicísticos la influencia de las ideas de Lenin en la vida del pueblo soviético. Muestran cómo ha arraigado el nombre de Lenin en la conciencia de personas de generaciones y profesiones diferentes: de los que crean los valores materiales —los obreros y los campesinos— y de los que laboran en el terreno de la literatura, del arte y de la ciencia, de la intelectualidad soviética.

F 100
4

LENIN EN NUESTRA VIDA

Editorial
Progreso
Moscú
1967

GORKI

Son pocas las personas a las que Lenin tratara con tanto cariño como a Gorki.

M. ULIANOVA

Gorki amaba a Lenin ardientemente, arrebatadamente, y le admiraba con pasión.

M. ANDREIEVA

Hay temas que rebasan las posibilidades de un escritor, de un artista o de un científico e incluso de varios de ellos juntos. Entre esos temas figuran los de Lenin y Gorki. La historia de sus vidas, relatada con el esfuerzo colectivo, será algún día el fruto de muchas manos, el trabajo de muchas inteligencias y el sentimiento de muchos corazones.

Cuanto han creado los artistas de la palabra y del pincel no son más que trazos de los retratos, episodios de las biografías, cuadros del trabajo infatigable y dinámico y de la lucha valerosa de dos hombres que se querían entrañablemente y que comprendían a fondo la importancia del uno y del otro para la transformación de la vida en la Tierra.

Intentemos relatar, con el lenguaje de los documentos, cómo llegó Gorki hasta Lenin, cómo creció y se fortaleció la amistad del gran guía de la revolución socialista y del artista de esta revolución, que tanto hizo por ella.

A comienzos de siglo, Gorki era ya un escritor de fama mundial. No se había alzado únicamente en defensa del hombre oprimido en la sociedad capitalista y denunciado la falsa moral de esta sociedad y su antihumanismo. Había mostrado también, en excelentes imágenes artísticas, la falta de base histórica de las aspiraciones de la burguesía

Lenin en octubre de 1920

a dominar eternamente, su carencia de perspectivas. Había cantado la ineluctabilidad y obligatoriedad de la revolución y la hazaña heroica en aras de su victoria.

La hermana menor de Lenin, María Uliánova, escribía retornando al pasado, a lo vivido: "Recuerdo los años sombríos de la clandestinidad. La importancia de Gorki para la juventud de entonces, privada de la palabra libre. Recuerdo cómo nos enfrascábamos en la lectura de su obra *La Madre* y aprendíamos de memoria su inmortal *Canción del Albatros*".

Gorki no tuvo ocasión de entrevistarse con Lenin hasta 1905, aunque se habían encontrado con bastante frecuencia en las páginas de las revistas avanzadas rusas en que ambos colaboraban. Se habían encontrado también en los corazones y los cerebros de los jóvenes representantes del marxismo en Rusia, como soberanos de los pensamientos de la nueva generación de revolucionarios.

Alexéi Maxímovich Péshkov (Máximo Gorki) oyó hablar de Vladímir Ilich Uliánov (Lenin) por vez primera ya en la primavera de 1896, en Samara. Lenin, por su parte, era un lector asiduo de Gorki y se interesaba mucho por la obra y la personalidad del nuevo escritor, que se desarrollaba con rapidez, y por sus posiciones sociales.

Gorki estuvo vinculado al movimiento socialdemócrata clandestino desde los primeros pasos de su actividad literaria. El 17 de abril de 1901 fue detenido por hacer propaganda contra el gobierno entre los obreros de Sórmovo. La opinión pública avanzada se lanzó a la lucha en defensa de Gorki. Enfermo de tuberculosis, el escritor fue excarcelado, sometido a vigilancia rigurosa, desterrado de Nizhni Nóvgorod y confinado en Arzamás. A costa de grandes esfuerzos consiguió que se le permitiera hacer un viaje a Crimea para tratarse. La despedida de Gorki en Nizhni Nóvgorod dio motivo a una manifestación de la juventud revolucionaria. En su artículo *El comienzo de las manifestaciones*, Lenin habló de ella como de un acontecimiento de importancia para todo el país, mencionando

por vez primera el nombre de Gorki en un artículo y valorando altamente no sólo el talento del escritor, sino la orientación de ese talento. "El 7 de noviembre —decía Lenin— tuvo lugar en Nizhni Nóvgorod una manifestación, pequeña, pero que transcurrió felizmente, con motivo de la despedida a Máximo Gorki. Este escritor, famoso en toda Europa y cuya única arma ha sido la palabra libre —como declaró justamente un orador durante la manifestación—, es desterrado de su ciudad natal, sin formación de causa, por el gobierno autocrático. Los *basibozuk* le acusan de influir mal sobre nosotros —dijo el orador en nombre de todos los rusos que aspiran, por poco que sea, a la luz y la libertad—, mas nosotros declaramos que ha sido una buena influencia".

Máximo Gorki

Así, pues, en los umbrales del siglo XX, Lenin presintió en Gorki a un escritor y un hombre público que marcharía con el proletariado, que vincularía su destino con lazos indisolubles a la clase obrera de Rusia y a su vanguardia: el partido.

Octubre de 1902. Gorki tiene ya contacto con la *Iskra* leninista y se muestra dispuesto a ayudar al periódico por todos los medios. La representante de *Iskra* en Moscú, Kozhévnikova, se lo comunica a Lenin en una carta: "Es probable que mi *Genosse* le haya informado ya de nuestra entrevista con Gorki... Nuestra entrevista tuvo un carácter casi oficial... Me causó extraordinaria alegría oír que todas sus simpatías están solamente a nuestro lado... considera que el único órgano digno de respeto, escrito con

talento e interesante, es *Iskra*, y nuestra organización, la más fuerte y seria".

Gorki ayudó a *Iskra* y, después de la escisión, se puso al lado de los bolcheviques. En aquellos tiempos parecía que no existían aún relaciones personales entre Gorki y Lenin: no se habían visto ni escrito nunca. Pero, en realidad, esas relaciones existían, se desarrollaban y fortalecían. A través de los activistas del partido se mantenía contacto con Gorki en Rusia.

En noviembre de 1904, Rosalía Zemliachka comunicó a Lenin: "He visto a *Letra* (Gorki) y le he dado a conocer las discrepancias. Simpatía completa con la mayoría. "Abajo los generales", dice. A su juicio (de *Letra*) es imprescindible un congreso; en cuanto al órgano, está de acuerdo con hacerse cargo de una parte..." Tras esta carta llegó otra a Ginebra: "*Letra* dará inmediatamente tres mil para el órgano y promete dar más y más en lo sucesivo si se convence de que el órgano es ajeno a la polémica mezquina". Y casi al mismo tiempo, Gorki entregó a Alexandr Bogdánov, para que se lo enviase a Lenin a Ginebra, el primer cheque de 700 rublos, destinado especialmente a la publicación del periódico bolchevique *Vperiod* ("Adelante"). Gorki se suma a la realización de las ideas de Lenin, a la activa labor de partido de los bolcheviques, sin haberse visto aún con Lenin una sola vez y sin haber ingresado formalmente en el partido.

Rosalía Zemliachka escribió a Krúpskaya y Lenin: "Estos días he hablado mucho con nuestro literato (Gorki), que les envió dinero. Se ha colocado definitivamente a nuestro lado y se preocupa mucho de nuestro bienestar... Hace falta que el *Viejo* (Lenin) establezca correspondencia con él. Me ha declarado que le considera el único jefe político, y yo procuro aprovechar aquí esta actitud. Afianzad este estado de ánimo mediante la correspondencia personal con él".

Pero la correspondencia, ¡ay!, no se estableció. Poco después del ametrallamiento de los obreros de Peters-

burgo el 9 de enero de 1905, del que Gorki fue testigo y con motivo del cual escribió su llamamiento *A la sociedad rusa*, fue detenido en Riga. Maxim Litvínov informó de ello a Lenin. A mitad de camino de Riga a Petersburgo le escribió: "En el mismo vagón que yo, los gendarmes arrastran a Petersburgo, si no me equivoco, a Gorki. Sólo ayer por la mañana había regresado de Petersburgo".

La revolución estaba en marcha. Las represiones no podían ya contener la creciente ola de la indignación popular.

El 11 de enero de 1905, el periódico alemán *Vossiche Zeitung* informó que Gorki había sido detenido en Riga y que, con este motivo, se habían registrado disturbios estudiantiles. Lenin copió esta noticia y el 25 de enero apareció en *Vperiod* un artículo suyo, titulado *Trépov hace de las suyas*, en el cual consideraba la detención de Gorki y de otras personas, como un fenómeno primordialmente político que testimoniaba el desconcierto, la cobardía y la histérica irritación del zarismo.

En la atmósfera candente de la revolución de 1905 se celebró en el extranjero el III Congreso del POSDR, que trazó la táctica de la revolución. Y hasta en aquellos tiempos borrascosos, Lenin recordaba a Gorki y se interesaba por su actitud ante los acontecimientos.

Antes de comenzar el congreso, Lenin acosó literalmente a preguntas al delegado de Nizhni Nóvgorod, Stróev (Vasili Desnitski), acerca de Gorki: "¿Qué hace? ¿Qué actitud mantiene ante el partido? ¿Participa en la labor literaria de las organizaciones locales?" Y cuando escuchó las respuestas de su interlocutor, Lenin dijo: "Está bien, muy bien, que Gorki se encuentre a nuestro lado. Gorki es un verdadero escritor revolucionario, tiene un talento colosal, no gimotea, no le gusta el lodo de los intelectuales, ¡y eso está bien!"

"¿Comprendéis la importancia que tiene —explicaba Lenin insistentemente— que un gran artista se sume a

nosotros, que se haya sumado a nosotros, a la causa de la revolución, a la clase obrera?"

Lenin veía en Gorki, sobre todo, a un gran artista afín al proletariado, al que servía con su talento, y cuidaba de ese talento.

En 1905, Gorki, puesto en libertad bajo fianza antes de celebrarse la vista de la causa contra él, se entrega por completo a la causa de la revolución, se convierte en un activo participante en ella. Busca dinero para el partido y contribuye activamente a organizar el primer periódico bolchevique legal, *Nóvaya Zhizn* ("Vida Nueva"), que habría de dirigir Lenin al regresar a Rusia.

Alexéi Maxímovich se encuentra a la sazón en el centro de los acontecimientos revolucionarios e ingresa en el partido.

El 27 de noviembre de 1905 tiene lugar en la Redacción de *Nóvaya Zhizn* la primera entrevista de Gorki con Lenin.

Llegado de Moscú para asistir a una reunión especial, Gorki habla del espíritu de los obreros moscovitas. Vasili Desnitski recuerda a este respecto: "Gorki habló mucho de los acontecimientos de Moscú y del estado de ánimo, del entierro de Bauman, de las centurias negras, del armamento de los obreros y estudiantes, del sentir de los intelectuales y describió con gran brillantez las escenas callejeras. Vladímir Ilich le escuchaba con profunda atención. Como siempre, le interesaban, en particular, las menudencias, los detalles concretos, los hechos y las palabras que daban una impresión fresca y directa de la realidad. Allí conoció por vez primera a Gorki como narrador y desde el primer momento valoró la extraordinaria importancia de sus observaciones y conclusiones acerca de los hombres y los acontecimientos".

Los contactos prácticos de Lenin y Gorki después de su entrevista en Petersburgo se hicieron más estrechos aún. Sus nombres aparecían juntos con creciente frecuencia en los mismos periódicos y revistas de tendencia bolchevique.

Los temas de las obras artísticas y de los artículos publicísticos concebidos por Gorki en 1905 y 1906 —dictados por su experiencia personal de la vida, por sus observaciones y reflexiones personales— seguían casi siempre el mismo cauce que las intervenciones de Lenin y de la prensa bolchevique respecto a los mismos problemas o a otros similares.

Lenin acogió con simpatía los *Apuntes sobre la pequeña burguesía*, publicados por Gorki en *Nóvaya Zhizn.* Cuando el publicista reaccionario N. Berdiáev, demócrata-constitucionalista, arremetió contra los *Apuntes*, Lenin lo ridiculizó en el artículo *La victoria de los demócratas-constitucionalistas y las tareas del partido obrero.*

Gorki comprendía que la derrota de la insurrección armada de 1905 no significaba el final de la lucha. En el artículo *El proceso de Nikolái Shmidt* escribió:

"Pero la revolución no está aplastada, no será aplastada.

La llama necesita a veces envolverse de humo y ocultar en él su temible faz; ocultarla, no para apagarse en él, sino solamente para reunir todas las fuerzas e inflamarse de nuevo, para abarcarlo todo y quemarlo todo."

Este mismo pensamiento encontró expresión artística en la obra teatral *Los enemigos* y en la novela *La Madre.* En la obra, la actriz Tatiana Lugovaya, al ver el heroico comportamiento de los obreros derrotados, se convence de que "estos hombres vencerán". La heroína de la novela, Nílovna, tan sufrida, pero tan valiente, lanza audazmente al rostro de los gendarmes que la apalean: "¡No se puede ahogar en sangre la razón!"

Toda la actividad de Gorki ayuda a Lenin, a los bolcheviques, que luchan por llevar adelante la revolución. Es completamente natural, por ello, que en el artículo *En vísperas de la tempestad*, publicado en *Proletari* ("El Proletario") el 21 de agosto de 1906, Lenin utilizase las imágenes literarias de Gorki: "El proletariado se prepara para la lucha, marcha unido y animoso al encuentro de la tempestad, arde en deseos de lanzarse al centro mismo

de la batalla. ¡Basta de aguantar la hegemonía de los medrosos demócratas-constitucionalistas, estos "pingüinos bobalicones" que "ocultan tímidamente su cuerpo adiposo entre los peñascos"!

"¡Que estalle más fuerte la tempestad!" "

* * *

Se encomendó a Gorki una tarea de partido: marchar a Norteamérica a través de Europa para contar la verdad de la revolución rusa, impedir la posible concesión de empréstitos al gobierno zarista y recaudar fondos con destino a la labor del partido.

Poco antes de emprender el viaje, Gorki se entrevistó con Lenin en Helsingfors. Nikolái Burenin, que acompañó a Gorki, escribe: "Vladímir Ilich concedía gran importancia a este viaje". Es de suponer que por eso instruyó y despidió personalmente a Alexéi Maxímovich.

Gorki inició una campaña en la prensa europea contra la concesión de empréstitos al gobierno zarista. En el diario francés *L'Humanité* publicó un artículo titulado *No deis dinero al gobierno ruso*. En el periódico inglés *The Nation* insertó otro en el que condenaba la posible ayuda de Inglaterra al zarismo. "¿Con quién quieren aliarse? —preguntaba el escritor—. Existen dos Rusias. Una Rusia es el emperador Nicolás, la burocracia y la "Unión del Pueblo Ruso"... La segunda Rusia la forman 100.000.000 de eslavos y cerca de 50.000.000 de habitantes pertenecientes a otras nacionalidades del Imperio Ruso. Toda esta masa odia, como un solo hombre, al zar y a cuantos marchan con él y están con él. ¿Qué Rusia consideran ustedes auténtica, capaz de vivir y trabajar, apta para esa civilización que tanto quieren y aprecian?"

Los llamamientos de Gorki al proletariado francés e inglés exhortaban a los obreros a protestar, con el fin de impedir que los gobiernos de dichos países concedieran un empréstito a Nicolás II para meter en cintura a sus hermanos de clase.

Pese a todo, Francia concedió un empréstito a la Rusia zarista. Pero Gorki no depuso las armas. Publicó un violento libelo titulado *La bella Francia* y, algún tiempo después, la *Carta abierta al señor Aular*, en la que expresa el convencimiento de que "el pueblo ruso no devolverá a los banqueros de Francia unos empréstitos que les ha pagado ya con su sangre". Las obras literarias que Gorki escribió en Norteamérica, en primer lugar la novela *La Madre* y el drama *Los enemigos*, fueron una gran ayuda para los bolcheviques en la lucha contra la apreciación menchevique de las enseñanzas de la primera revolución rusa.

Antes de salir para Londres, Lenin y Gorki se entrevistaron en Berlín. Esta entrevista y su relación durante el viaje a la capital inglesa les acercaron mucho. En Berlín estuvieron juntos casi todo el tiempo. Juntos fueron al teatro, pasearon, conversaron largamente y juntos se entrevistaron con Carlos Kautsky y Rosa Luxemburgo. Allí mismo, en Berlín, se entregó a Lenin el manuscrito de la novela *La Madre*.

Las dos primeras entrevistas de Gorki con Lenin habían tenido un carácter puramente práctico. El encuentro de Berlín permitió al escritor conocer más de cerca a Lenin como persona. En el Congreso de Londres conoció, vio con sus propios ojos a Lenin como guía. Le observó en la atmósfera cargada del congreso. Le vio con los delegados obreros. Escuchó las conversaciones de éstos acerca de Lenin. Y sintió, con cada gota de su sangre, los hilos que unían a Lenin con el pueblo, con el proletariado ruso avanzado.

Gorki comprendió que Lenin era un jefe de nuevo tipo.

Y aunque la amistad que unió desde aquellos días a Lenin y Gorki era, según suele decirse, "de igual a igual", precisamente a partir de entonces Lenin se convirtió para Gorki, como dijera éste más tarde, en "el amigo cariñoso y el maestro severo" que había de ejercer una inmensa

influencia personal en Gorki como hombre, como escritor y como figura destacada de la cultura rusa y mundial.

Puede afirmarse con pleno fundamento que, después del Congreso de Londres, la actividad de Gorki —representante de la cultura avanzada, proletaria— se desenvolvió en las cuestiones principales "bajo el signo" de Lenin. Y así fue, pese al acercamiento del escritor en 1908 y 1909 a los constructores de Dios* y pese a los serios errores de carácter político que cometió en 1917 y 1918.

Lenin jamás fue "buenecito" con Gorki. No silenció sus equivocaciones. No le amnistió, sino que puso al descubierto la esencia de sus errores y acudió en ayuda del amigo. Procedió así porque tenía profunda fe en la indestructibilidad de los vínculos del gran Albatros con la revolución proletaria.

Son aleccionadoras, a este respecto, las cartas de Lenin a Gorki. Gorki era, ante todo, un artista, una naturaleza emocional que se enardecía fácilmente. Lenin tenía siempre presentes las peculiaridades de su percepción profesional de los acontecimientos y, por ello, consideraba necesario explicarle muchas cosas: insistentemente, en todos los aspectos, poniendo al desnudo el fondo político de los fenómenos.

El 16 de noviembre de 1909 le escribió desde París:

"Por lo que me ha dicho Mijaíl, veo, querido A. M., que la situación es ahora muy penosa para usted. Ha tenido que ver de golpe el movimiento obrero y la socialdemocracia en un aspecto, en unas manifestaciones y en unas formas que en la historia de Rusia y de Europa Occidental han conducido ya más de una vez a los intelectuales incrédulos a perder las esperanzas en el movimiento

---

* *Constructores de Dios, construcción de Dios:* corriente filosófico-religiosa hostil al marxismo surgida después de ser derrotada la revolución rusa de 1905-1907. Los constructores de Dios propugnaban la creación de una religión nueva, "socialista", e intentaban conciliar el marxismo con la religión. (*N. de la Edit.*)

obrero y en la socialdemocracia. Estoy seguro de que esto no ocurrirá con usted, y, después de la conversación con Mijaíl, quiero estrechar fuertemente su mano. Con su talento de artista ha reportado un provecho tan inmenso al movimiento obrero de Rusia —y no sólo de Rusia—, y le reportará aún tal provecho, que sería absolutamente intolerable en usted dejarse dominar por el abatimiento dimanante de los episodios de la lucha en el extranjero".

La prensa burguesa difundió insistentemente el rumor de que Gorki había roto con los bolcheviques. Lenin replicó a este rumor con un suelto mordaz, titulado *Las fábulas de la prensa burguesa sobre la expulsión de Gorki*: "La prensa burguesa *quiere* que Gorki salga del Partido Socialdemócrata...

En vano se esfuerzan los periódicos burgueses. El camarada Gorki está unido por lazos demasiado fuertes, con sus grandes obras artísticas, al movimiento obrero de Rusia y del mundo entero para contestarles de otro modo que no sea con el desperecio".

Lenin escribió estas palabras cuando conocía ya no sólo las simpatías de Gorki por los constructores de Dios, sino la encarnación artística de esas simpatías en la novela *Confesión*, que él desaprobaba. Pudo escribir entonces así sólo porque estaba profundamente convencido de que dicha novela era un apartamiento temporal, parcial, del gran artista del camino directo del arte proletario, que Gorki había seguido de modo tan brillante. El recordatorio al escritor de la importancia de su obra para la clase obrera de Rusia y del mundo entero era también luchar por él.

Plejánov, en cambio, aprovechó las equivocaciones de Gorki con motivo de la construcción de Dios y la novela mencionada para separar del marxismo al escritor. En el artículo *Las búsquedas religiosas en Rusia* se esforzó al máximo por demostrar que los errores de *Confesión* no eran casuales, que sus orígenes estaban ya en la novela *La Madre*. Y si esto era así, había que llegar a una sola

conclusión: Gorki no comprendía ni el socialismo ni a Marx y tenía cerrado el camino de esa comprensión.

Plejánov excomulgó a Gorki como escritor proletario. Pero Lenin expresó la seguridad de que sería aún muy provechoso para la clase obrera de Rusia y del mundo entero. Y venció en esta lucha por Gorki.

En otro momento muchísimo más responsable de la historia rusa, en 1917 y 1918, surgieron de nuevo disputas en torno a Gorki, se adoptaron actitudes distintas respecto a él, esta vez en el seno del Partido Comunista. La diferencia de opiniones se manifestó con la mayor nitidez en los artículos de Lenin y Stalin. El camino seguido después por Gorki confirmó las esperanzas de Lenin y evidenció lo erróneo de los pronósticos de Stalin, quien, con posterioridad, cambió radicalmente de punto de vista e hizo plena justicia al gran escritor proletario.

Ahora bien, ¿qué ocurrió entonces, en el período inicial del Poder soviético?

En los recuerdos sobre Lenin, en artículos, cartas y conversaciones, Gorki habló con gran franqueza y honradez de sus errores de 1917 y 1918 y de sus relaciones con Lenin en aquel período. Cedámosle la palabra:

"En los años 17 y 18, mis relaciones con Lenin estuvieron lejos de ser las que yo hubiera querido, pero no podían ser otras.

...Cuando Lenin llegó a Rusia en el año 17 y publicó sus "tesis", pensé que con ellas sacrificaba en aras del campesinado ruso a todo el ejército, insignificante cuantitativamente y heroico cualitativamente, de obreros educados en el aspecto político y a todos los intelectuales sinceramente revolucionarios. Esta fuerza, la única activa de Rusia, iba a ser arrojada, como un puñado de sal, en el insípido cenagal de la aldea y se disolvería sin dejar rastro, sería absorbida por ella sin cambiar nada en el espíritu, la vida y la historia del pueblo ruso".

Gorki se equivocó, se equivocó seriamente, defendiendo entonces sus opiniones en las páginas del periódico

semimenchevique *Nóvaya Zhizn.* Eran muchos los que pensaban que se había malogrado, que se había apartado, que había roto con la revolución.

Mas incluso en ese momento, a pesar de toda la profundidad y seriedad de sus errores, Gorki no se apartó del pueblo revolucionario ni de su destino. Y el pueblo no rechazó al escritor, sino que, juntamente con Lenin, luchó por Gorki.

Lenin no "perdonó" a Gorki. Cuando Lenin denunció las posiciones sustentadas por *Nóvaya Zhizn*, puso al desnudo su sentido objetivo y, con ello, reveló también el sentido objetivo de las manifestaciones del escritor en las páginas de dicho periódico. Por eso, se refieren también a sus manifestaciones estas palabras de Lenin: "Si *Nóvaya Zhizn* teme la dictadura del proletariado y la rechaza, ante la perspectiva de una supuesta derrota del poder proletario por la burguesía, ¡¡¡su actitud equivale a *retroceder secretamente* a la posición de *pacto* con los capitalistas!!! Es claro como la luz del sol que quien teme la resistencia, quien no cree en la posibilidad de vencer esa resistencia, quien dice al pueblo: "tened miedo a la resistencia de los capitalistas, no conseguiréis vencerlos", lo que hace *en realidad* es invitarle, una vez más, a que pacte con los capitalistas".

Pero Lenin no dudó tampoco entonces, al ver cómo se equivocaba Gorki, de que el escritor era "un artista de prodigioso talento que ha prestado ya y prestará grandes servicios al movimiento proletario mundial". Prestará. Por consiguiente, comprenderá sus errores; por consiguiente, volverá al camino por el que había marchado junto con el partido.

Precisamente entonces conversó con Lenin un grupo de bolcheviques pertenecientes al Soviet de diputados obreros del distrito de Vyborg, de Petrogrado. Alguien hizo a Lenin una pregunta que preocupaba a todos: "¿Será posible que Alexéi Maxímovich Gorki se haya apartado por completo de nosotros?" Lenin respondió sin la menor

vacilación: "No, Gorki no puede apartarse de nosotros. Todo eso que le ocurre es temporal, ajeno, casual, y estará sin falta con nosotros".

Lenin triunfó también aquella vez en la lucha por Gorki. Vasili Desnitski, que conoció de cerca a Lenin y a Gorki, ha escrito: "La "condescendencia" y la "blandura" de Vladímir Ilich ante los "errores" de Gorki no son más que aparentes. En realidad, son una forma y un aspecto de la intensa lucha de un dirigente político por un gran artista, cuya pérdida para el proletariado habría constituido una gran desgracia".

La táctica de Lenin resultó ser la única acertada. Gorki volvió de nuevo al lado de Lenin. Se arremangó y ayudó al partido a crear la cultura socialista.

Lenin conocía los lados fuertes y débiles de Gorki. Sabía que en política era, a veces, "archipusilánime"; pero sabía también que era sabio en su creación literaria y espléndido como organizador de las fuerzas culturales. Y por eso, jamás pretendió hacer de Gorki un político, sino que procuró siempre incorporarlo a tareas del partido, y más tarde del Estado soviético, en las que su ayuda fuera inapreciable.

Mucho antes de la revolución, Lenin acogió con alegría la iniciativa de Lunacharski de encomendar a Gorki la sección de crítica literaria del periódico *Proletari* y pidió al escritor algún trabajo original para los primeros números. En otras ocasiones le propuso que escribiera algo sobre Tolstói, le invitó a colaborar en los periódicos *Zvezdá* y *Pravda* y en la revista *Prosveschenie*, le expresó su opinión elogiosa de los *Cuentos de Italia*, trazó con él los planes de publicación de antologías y de otras actividades editoriales... Y Gorki fue siempre sensible a las proposiciones de Lenin: colaboró en los periódicos y revistas bolcheviques como autor, como redactor y como aglutinador de las fuerzas de la joven literatura proletaria.

Para Lenin, Gorki fue siempre una autoridad en materia de arte. Y Gorki, a su vez, escuchó siempre con atención las opiniones de Lenin sobre la literatura, en particular, lo que decía de sus obras y planes literarios.

Durante una conversación con Lenin en Capri, Gorki le expuso la idea de una nueva novela suya sobre tres generaciones de una familia burguesa. Lenin, como se sabe, escuchó atentamente a Gorki, aprobó su proyecto, pero agregó en el acto: Esa obra debe ser escrita después de la revolución pues la vida no ha proporcionado todavía el material necesario para su final. Gorki tuvo en cuenta, sin duda alguna, la opinión de Lenin, y *Los Artamónov* (se trataba precisamente de esta novela) fue escrita cuando la propia vida sugirió al artista el final de su novela.

En los primeros años que siguieron a la revolución, Gorki se entregó por entero a los asuntos cotidianos de la joven República Soviética. Parecía que no le quedaba ni un minuto libre para la creación artística. Y, sin embargo, escribía. Escribía de lo que había madurado ya en el alma y pedía salir a la superficie. Por ejemplo, en 1918 y 1919 salieron de su pluma una serie de ensayos sobre los escritores Korolenko, Tolstói y Andréiev. ¿Qué significaba eso? ¿Evadirse de la actualidad, intentar volver al pasado, abstraerse de lo que ocurría a su alrededor? ¡De ninguna manera!

Los recuerdos de Gorki sobre los escritores de su época no son sólo historia, no son simplemente retratos escultóricos de grandes artistas a los que él había conocido y querido. En estos retratos se expresa la posición de su creador, una posición combatiente, próxima a la de Lenin, a la de los bolcheviques.

Es sabido que Lenin exhortaba entonces a estudiar con espíritu crítico la herencia literaria del pasado. Explicaba a la juventud que sin asimilar todos los valores creados por la cultura secular de la humanidad sería imposible convertirse en un constructor de la sociedad nueva, de

la sociedad comunista. Y luchaba contra la actitud nihilista de Proletkult* ante la herencia cultural.

En su ensayo dedicado a Leónidas Andréiev, Gorki reveló la tragedia de este escritor de talento, que se apartó del pueblo y se negó a acompañarlo en la revolución. La obra acerca de un hombre concreto rebasó, en su significación, el marco de los recuerdos, fue mucho más allá de la descripción del destino personal de Leónidas Andréiev y se convirtió en una obra sobre un tema actual, palpitante, de aquellos años: los intelectuales y el pueblo, los intelectuales y la revolución.

Durante el período comprendido entre 1908 y 1911, Lenin escribió varios artículos sobre León Tolstói. El primero de ellos —*León Tolstói, espejo de la revolución rusa*— mostraba al escritor de una manera completamente nueva y determinaba el contenido de los artículos sucesivos, los cuales desarrollaron y subrayaron diversos postulados de dicho artículo. Lenin hablaba en sus artículos de las flagrantes contradicciones en las ideas y en la creación artística de Tolstói, mostraba lo valioso que pervivía inmutable de la herencia del gran escritor y lo que quedaba en el pasado, rechazado por el desarrollo histórico de Rusia. Pues bien, en 1919 aparecen los recuerdos de Gorki sobre Tolstói. Sería ingenuo buscar en esta obra ilustraciones a todas las tesis del artículo de Lenin *León Tolstói, espejo de la revolución rusa.* Pero el énfasis del ensayo de Gorki, su orientación ideológica fundamental, armoniza con la definición de Tolstói hecha por Lenin. Escuchemos la opinión que tenía sobre el particular un contemporáneo de autoridad, Anatoli Lunacharski: "En su

---

* *Proletkult* ("Cultura proletaria"): organización cultural y educativa, que existió desde 1917 hasta 1922 e intentó contraponerse al partido. Los teóricos de *Proletkult* propugnaban un punto de vista erróneo: la necesidad de crear una cultura "puramente proletaria", renunciando a la herencial cultural del pasado. (*N. de la Edit.*)

excelente análisis de Tolstói, hecho en forma de recuerdos vivos y opiniones rebosantes de sentimientos... Gorki ofrece una original interpretación sociológica de Tolstói, próxima a las indicaciones de Lenin".

Lenin, expresando su entusiasmo por Tolstói, decía a Gorki: "¡Qué mole, ¿eh?! ¡Qué hombrazo gigantesco! ¡Eso es un artista, señor mío!... ¿Y sabe usted lo que sorprende, además? Hasta este conde no había habido en la literatura un mujik auténtico".

Estas palabras de Lenin son, además de una apreciación de Tolstói, la aprobación de cómo había presentado Gorki en su ensayo al gran hijo de la nación rusa. "Cuando aparecieron los recuerdos de Gorki sobre Tolstói —cuenta Borís Malkin—, enviamos inmediatamente este librito a Vladímir Ilich. Lenin nos dijo después que aquella misma noche lo había leído de un tirón y le había gustado muchísimo.

— ¿Saben ustedes? —nos dijo, compartiendo sus impresiones—, Tolstói parece estar vivo en el librito de Gorki. Es probable que nadie haya escrito de él con tanta honradez y audacia".

Así acogió Lenin los recuerdos de Gorki sobre Tolstói, tan afines a él por su espíritu.

Después de la revolución, Gorki fue absorbido por la creación de la cultura soviética. Hizo mucho en favor de los intelectuales y ayudó al Poder soviético a ganárselos.

En el frente cultural del joven País de los Soviets, Gorki trabajó junto a Lenin, siendo su más valioso colaborador.

Pero, a veces, las dudas asaltaban al escritor y éste se veía dominado por el pesimismo. En tal situación, se trasladaba de Petrogrado a Moscú para ver a Lenin y conversar largamente con él o le escribía cartas.

Vladímir Ilich ayudaba a Gorki a superar su penoso estado de ánimo, le orientaba y le tranquilizaba. En una de las cartas escritas en 1919, Lenin le explica que él no hace "la menor alusión a discrepancias en la política o en

las ideas". Considera que el morboso estado de ánimo del escritor es resultado de los sufrimientos de un hombre "que se ha colocado a sí mismo en una situación que le impide observar la vida nueva y le dominan las impresiones de putrefacción de la enorme capital de la burguesía". Lenin hizo mucho para acercar a Gorki a la vida cotidiana del país, se esforzó por convencerle de que hay que observar la vida y hacer deducciones de esas observaciones únicamente "abajo, donde se puede *ver* la labor de nueva organización de la vida".

Estar cerca de la vida es el llamamiento que Vladímir Ilich repitió infatigablemente en la correspondencia con Gorki desde tiempos lejanos. Resuena ya en las cartas de 1908 y 1909, en las de 1913 y en las escritas en los primeros años de la revolución. El 6 de marzo de 1913, al recomendar a Gorki que se acogiera a la amnistía literaria y regresase a Rusia, Lenin motivaba este consejo diciendo que "la posibilidad de vagabundear por Rusia (por la nueva Rusia) significa para un escritor revolucionario la posibilidad de golpear después cien veces más a los Románov y Cía."

Es imposible describir en un breve ensayo la variadísima actividad de Gorki durante los primeros años de la revolución, en la que contó siempre con el apoyo de Lenin. Lo único que puede hacerse es transmitir al lector la atmósfera que creaba la colaboración del gran jefe y del gran escritor.

"Un sentimiento de inmensa alegría nos embargaba a cuantos trabajábamos en la secretaría de Vladímir Ilich cuando venía a verle Gorki —escribe María Gliásser—. Esta alegría era originada por la animación absolutamente especial de Vladímir Ilich, que nos contagiaba a todos; por su impaciente espera de Gorki; por su gran cariño, que todos percibíamos, a Gorki como a un amigo intimo, como a un hombre que había entregado todo su gigantesco talento a la causa de la revolución proletaria.

...En las horas en que Gorki departía con Vladímir Ilich recaía sobre nosotros mucho trabajo: Alexéi Maxímovich traía consigo una cantidad enorme de preocupaciones relacionadas con los asuntos y las personas, y Vladímir Ilich cuidaba siempre con excepcional atención de que ni uno solo de estos asuntos quedara sin estudiar y aclarar hasta el fin. En el acto se nos encargaban misiones concretas, se pedían informes, se enviaban cartas y telegramas, las respuestas a los cuales debían ser comunicadas sin falta a Vladímir Ilich.

...A veces, por encargo de Vladímir Ilich, hube de conversar con Alexéi Maxímovich inmediatamente después de su entrevista con él, aclarar y anotar con todo detalle sus solicitudes y peticiones sobre unos u otros asuntos. Gorki no podía ocultar su agitación después de estas entrevistas, compartía sus impresiones, hablaba como si viviera por segunda vez la emoción de la conversación...”

En noviembre de 1921, Gorki, enfermo, marchó al extranjero, a instancias de Lenin, para curarse. Pero su contacto no se interrumpió: se escribieron directamente o a través de terceras personas. Lenin se preocupaba de la situación económica de Gorki y coadyuvaba a la edición de sus obras completas. Concedía gran importancia a los contactos del escritor con los intelectuales avanzados de Europa.

Pero Lenin enfermó gravemente. Poco antes de morir, pensó en Gorki, se preocupó de él, pidió que le leyeran sus obras. Y no tiene nada de sorprendente que Gorki fuese uno de los primeros a quienes escribiera Nadezhda Krúpskaya después de la muerte de Lenin.

“Querido Alexéi Maxímovich —decía en su carta—: Ayer enterramos a Vladímir Ilich.

Fue, hasta el momento mismo de fallecer, el mismo que había sido antes: un hombre de infinita voluntad, que se dominaba, reía y bromeaba incluso la víspera de la muerte y que se preocupaba cariñosamente de los demás...

Charlábamos al leer el periódico cada día.

En cierta ocasión se inquietó mucho al leer en el periódico que estaba usted enfermo. Preguntaba emocionado una y otra vez: "¿Qué, qué?"

Por las tardes le leía los libros que él seleccionaba de los paquetes llegados de la ciudad. Escogió su libro *Mis universidades*. Primero me pidió que le leyera el dedicado a Korolenko y, después, *Mis universidades*. . ."

Así acompañó Gorki a Lenin hasta el fin de sus días. Lenin, por su parte, alumbró el trabajo de Gorki con la luz de las grandes ideas, siendo para él un faro durante toda su vida.

L. Zhak

CONSTRUCTORES DE LO NUEVO

CONSTRUCTORES DE LO NUEVO

Poco después de que el Gobierno soviético se trasladara de Petrogrado a Moscú en 1918, Lenin invitó a su despacho al arquitecto Zholtovski.

Iván Vladislávovich Zholtovski sacó de un bolsillo lateral de la chaqueta una hoja de papel grueso, doblada, y reparó una vez más en que Lenin había indicado en la esquela no sólo la hora de la visita y la dirección de la antigua Duma de Estado, sino incluso el piso y el número de la habitación, para que el arquitecto no tuviera que andar buscando mucho.

¿De qué querrá hablarle el jefe del Gobierno soviético? ¿Será posible que trate de nuevas obras, cuando en el país hay centenares de problemas sin resolver, cuando los enemigos atacan por todos los lados al joven Estado soviético, cuando hacen estragos el hambre, las enfermedades y la ruina?

Zholtovski no se consideraba tímido en el trato con figuras eminentes. Había tenido ocasión de conversar con ellas tanto en el país como en el extranjero, sin sentirse jamás inferior a ellas. Pero aquellos dos días que precedieron a la entrevista con Lenin le dominó una emoción hacía mucho olvidada, como si tuviera que defender de nuevo la tesis de licenciatura en la Academia.

Lenin en noviembre de 1921

A la hora exacta se detuvo ante la puerta de la habitación indicada en la nota. Le recibió una secretaria, una joven con el pelo cortado "a lo garzón".

— ¿Es usted el camarada Zholtovski? Vladímir Ilich le espera.

Zholtovski se dirigió hacia la puerta, abierta de par en par. Lenin se levantó de detrás de la mesa. Salió a su encuentro con pasos rápidos, un tanto ladeada la cabeza, le estrechó fuertemente la mano y le invitó a sentarse en un sillón.

— ¿No le ha sorprendido mi llamada, Iván Vladislávovich? —preguntó Lenin.

— Me ha alegrado, Vladímir Ilich —respondió sinceramente Zholtovski, todavía emocionado.

— Nos hacen mucha falta su experiencia y su ayuda.

— Dispuesto a ayudarles en todo lo que pueda.

— El camarada Lunacharski tiene muy buena opinión de usted y considera que es el más indicado para llevar a la práctica algunos proyectos que tenemos.

— Me siento halagado, Vladímir Ilich, y estoy por completo a su disposición.

Lenin sonrió bondadoso.

— Confiese usted, Iván Vladislávovich, que está bastante sorprendido de que los bolcheviques, en tiempos tan difíciles, le hablen de pronto de ciertos planes de larga perspectiva de reconstrucción y ensanche de Moscú. . .

— ¿De reconstrucción y ensanche de Moscú? —repitió, como un eco, Zholtovski—. ¡Pero eso es magnífico, Vladímir Ilich!

— Es usted un hombre entendido, Iván Vladislávovich, y por eso se lo diré sin rodeos: el Gobierno soviético piensa proponerle que dirija usted todo ese trabajo. Me han informado que ha hecho ya algo en este sentido en la escuela de arquitectura de reciente creación. Me interesaría saber si existe una idea fundamental del futuro plan.

Lenin estaba sentado en el sillón de al lado, con la cabeza apoyada en una mano. Su postura era hogareña, in-

fundía absoluta confianza, y en sus ojos vivarachos resplandecía la bondad. Esto predisponía a su favor y transformaba la conversación oficial en una charla amistosa y sincera.

Zholtovski sintió súbitamente que desaparecían la timidez y el embarazo que le habían dominado mientras esperaba la entrevista con Lenin. Y cuando se trató de un asunto que le era íntimo y entrañable, recuperó en el acto la serenidad necesaria.

Iván Zholtovski

La idea fundamental del plan de reconstrucción de Moscú consistía, a juicio de Zholtovski, en ensanchar la ciudad en dirección a las montañas Vorobiovi (hoy Montañas de Lenin) y en la barriada del monasterio Novodévichi.

En Moscú predominan los vientos suroeste. Por eso, las montañas mencionadas eran la zona más saludable para las nuevas barriadas de vivienda.

— ¡Magnífica idea! —exclamó Lenin y, poniéndose en pie, empezó a andar por la habitación—. Usted recordará, sin duda, que Herzen y Ogariov se juraron allí amistad. Y no estaría nada mal que los bolcheviques empezasen en esa zona a construir el nuevo Moscú. No estaría nada mal y sería simbólico.

Lenin se paró frente a Zholtovski y empezó a contemplarle bondadosamente, con su invariable expresión de pi-

cardía en los ojos. El arquitecto se incorporó instintivamente, pero Lenin le tomó por los hombros con suavidad e insistencia y le sentó en el sillón.

— Iván Vladislávovich, háble me, por favor, de usted y de su trabajo. Conozco muy poco de su vida.

Zholtovski, al principio, se turbó: no era tan fácil hablar de su vida a Lenin, al jefe del Gobierno soviético. Y, además, ¿de qué podía hablarle? ¿De que había terminado los estudios en la Academia de Bellas Artes con Medalla de Oro y de que el proyecto para recibir el título estaba dedicado a una Casa del Pueblo? ¿De la reconstrucción del palacio de los Yusúpov en Petrogrado? ¿De la construcción de un palacio en el bosque de Belovezhsk? ¿Del edificio de la Sociedad Hípica en Moscú? ¿De los palacetes que le encargaban los ricachos, de sus viajes a Italia? Era poco probable que todo eso interesara a Lenin. ¿Decirle que el arquitecto Zholtovski, que en 1909 recibió el título de Académico de Arquitectura, había luchado solo durante largos años contra la degeneración de la arquitectura en Rusia y era enemigo acérrimo del modernismo y del eclecticismo, de las formas arquitectónicas traídas de Occidente?

Consideró oportuno hablarle únicamente del proyecto de Casa del Pueblo. Era, en efecto, motivo de orgullo íntimo. Pero no pudo contenerse y expresó toda su hostilidad al modernismo y al eclecticismo.

— Muchos me llaman anticuado, conservador en arquitectura. Pero ¿qué puedo hacer, Vladímir Ilich? Ni siquiera en la hoguera aceptaría el eclecticismo. Le confieso que he estudiado con profunda atención la obra de los arquitectos italianos, de los clásicos de los siglos XV y XVI: Brunellesco, Rossellino, Alberti, Palladio... ¡Qué belleza inmortal! Tenemos mucho que aprender de los clásicos.

— Yo, pecador de mí, también soy partidario de la belleza, de la auténtica belleza en el arte. Me parece que ahora no estará usted solo. Todavía no hemos podido ocuparnos de todo, pero le aseguro que nos ocuparemos. Y entonces diremos a los cuatro vientos: hay que partir de

lo bello, tomándolo como modelo para formar la cultura artística de la sociedad socialista.

Lenin se acercó a la ventana y se detuvo, sumido en profundas reflexiones:

— Está bien que haya empezado usted su camino con la Casa del Pueblo. Y no tiene por qué avergonzarse de haber construido palacios, palacetes, bellos edificios. ¿Qué otra cosa podía usted construir en la Rusia zarista? ¿Quiénes eran sus clientes? Ahora, su cliente es el Estado socialista. Y le brindará, se lo aseguro, mayores posibilidades. Lo que ocurre es que aún necesitamos muchas cosas, ¡oh, cuántas cosas necesitamos! Mire usted aquí: tiendas de granos, mercado de comestibles, suciedad y caos en el centro mismo de Moscú. Hay que derruirlo todo, derruirlo implacablemente. Es la vergüenza de Rusia a la vista de todos.

— Es sorpendente —dijo Zholtovski—, yo también he pensado en eso cuando venía a verle.

— Sí, es un caos demasiado llamativo para no reparar en él. Y, sin embargo —prosiguió Lenin, volviéndose bruscamente hacia Zholtovski—, quiero llamar su atención sobre la necesidad de demoler con inteligencia. Algunos de nuestros camaradas son muy aficionados a demoler. Mas nosotros debemos mirar a la raíz de las cosas: demuele, pero no pierdas el sentido de la medida y del lugar. Usted, por ejemplo, va a confeccionar el plan de reconstrucción de Moscú. ¿Qué hacer con los monumentos de la antigüedad, qué hacer con la rica herencia que nos ha legado el genio del pueblo ruso? Está claro que en el lugar que ocupan hoy esos mercados y esas tiendas de granos se puede y se debe crear una nueva belleza. Pero en lugar del Kremlin, de la Plaza Roja y de la catedral de San Basilio no hay que crear belleza. Existe ya, es inmortal, y nuestra tarea consiste solamente en conservarla y realizarla.

— ¡Exacto! —exclamó Zholtovski—. Eso corresponde por entero a mis orientaciones de principio en la confección del plan.

— Quisiera rogarle, además, Iván Vladislávovich, que piense, que piense lo más posible en el enjardinamiento de Moscú. Considérelo como una de las tareas básicas, de principio, del plan general de Moscú. Que en ello le sirvan de ejemplo precisamente Londres, con su formidable Hyde Park; París, con sus Campos Elíseos, y Viena, con su pintoresco Ring. . . Piense, piense seriamente, Iván Vladislávovich, en la plantación de árboles en las orillas del río Moscova. Tenemos el deber de crear en Moscú un depósito de aire sano, impregnado de oxígeno.

Al escuchar a Lenin, Zholtovski se sentía extraordinariamente compenetrado y conforme con lo que decía aquel hombre, eminente político y no arquitecto, ni mucho menos. Se sentía a gusto al lado suyo, como si estuviera conversando con un arquitecto profesional que calara en los detalles y pormenores. Pero lo principal consistía en que el académico consagrado, cabeza visible de toda una corriente en la arquitectura rusa, encontraba allí confirmación de algunas ideas suyas, todavía confusas. Parecía como si Lenin despertara en él fuerzas dormidas y les diera alas.

Zholtovski había apoyado en el acto e incondicionalmente al Poder soviético, lanzando con ello un reto a sus colegas reaccionarios.

En los pocos meses que llevaba existiendo el nuevo poder, Iván Vladislávovich había conocido a numerosos dirigentes del Soviet de Moscú y comprendido que sólo con aquellos hombres podría, quizá, hacer realidad sus viejos sueños juveniles: levantar edificios públicos e incluso conjuntos arquitectónicos.

Pero lo que le proponía Lenin era algo superior a todas sus esperanzas. Pensando en el plan de reconstrucción y ensanche de Moscú, Zholtovski tenía aún dudas de que fuese necesario y real. Lenin disipó en el acto todas sus dudas y vacilaciones.

— Echamos sobre sus hombros, Iván Vladislávovich, una magna tarea —dijo Lenin—. Para cumplirla, seamos sinceros, harán falta no una vida, sino varias. Por eso, le

ruego que se rodee de colaboradores firmes que compartan sus convicciones, de hombres expertos y leales al Poder soviético. ¿Conoce usted hombres así?

— Sí, sí —respondió presuroso Zholtovski—. Puedo citarle unos cuantos. Por ejemplo, Schúsev, Fomín, Tamanián, Schukó... Se puede confiar plenamente en ellos, creo que reúnen todas las cualidades necesarias. Son arquitectos de gran talento.

Lenin se acercó a la mesa y escribió algo, de prisa, en una hoja de papel.

— Muy bien. Pues póngalos a trabajar —rió, frotándose las manos—. Es admirable nuestra lengua. Le he dicho "póngalos a trabajar" y puede comprender fácilmente el sentido directo, por así decirlo, de estas palabras y otras muchas cosas, entre ellas que trabajen para el Poder soviético sin escatimar fuerzas. Y bien —agregó Lenin, poniéndose serio—, hemos hablado de muchas cosas, pero no le he preguntado lo principal: ¿está usted de acuerdo, Iván Vladislávovich, con dirigir la confección del plan general de reconstrucción y ensanche de Moscú?

Dominado por una emoción extraordinaria, percibiendo con todas las fibras de su ser la solemnidad del momento, Zholtovski respondió con las primeras palabras, algo anticuadas, que le vinieron a la cabeza:

— Considero un gran honor para mí aceptar esta propuesta y prometo servir con fidelidad y sinceridad.

A Lenin le gustó, por lo visto, la respuesta, sobre todo la emocionada disposición a actuar que sonaba en la voz del arquitecto. Volvió a sonreír y le dijo:

— Fidelidad y sinceridad, Iván Vladislávovich, es precisamente lo que necesitamos. Haga saber a sus amigos que los bolcheviques han subido al poder en serio y para largo. Y que no son, ni mucho menos, destructores, bárbaros, como proclama a gritos la burguesía de Occidente y también la nuestra. Los bolcheviques van a construir, van a crear a un ritmo y en unas proporciones que ni en sueños han visto los señores.

Zholtovski se levantó. Y aunque Lenin no dio a entender con la menor insinuación ni con el menor gesto que la conversación había terminado, el arquitecto percibió con toda la lógica de su pensamiento: sí, estaba dicho todo, sin reticencias, no quedaba nada oscuro. Podía despedirse. Tenía que agradecer a Lenin su muestra de confianza y marcharse.

Como si adivinara sus pensamientos, Lenin le dijo:

— Gracias por la conversación. Me alegro de haberle conocido.

Zholtovski inclinó la cabeza:

— Soy yo quien debe darle las gracias, Vladímir Ilich.

— Bueno, bueno, Iván Vladislávovich, ya arreglaremos nuestras cuentas. Desde hoy no somos extraños. Le ruego que recurra a mí en caso de necesidad. Tropezará con muchas dificultades y necesitará ayuda. No tenga reparos, venga.

Zholtovski volvió a inclinar la cabeza, pero este ademán no denotaba conformidad, sino más bien una negativa cortés. No se imaginaba que pudiera molestar a Lenin algún día.

Lenin acompañó a Zholtovski hasta la puerta, retuvo su mano entre las suyas y le dijo:

— Su idea de las montañas Vorobiovi, es excelente. Que nuestra divisa sea: en dirección a esas montañas.

Algo importante le había ocurrido a Zholtovski, algo que no se explicaba todavía plenamente; pero al salir de ver a Lenin, comprendió que no quería regresar ni a su casa ni al estudio. Dobló la esquina y empezó a subir hacia la Plaza Roja. Como siempre, le embargó un sentimiento de veneración al ver las murallas del Kremlin, sus torres y las alegres cúpulas de la catedral de San Basilio. "¡Dios mío —pensaba Zholtovski—, es, en fecto, una belleza sobrehumana!" Bajó hasta el puente, cruzó a la otra orilla del río Moscova y ante su vista se extendió el majestuoso panorama del Kremlin. Se alzaron como en la palma de la mano las antiquísimas torres, las

catedrales de doradas cúpulas, los níveos palacios. La muralla almenada parecía desde allí de fino calado. "Sí, sí —pensaba, recordando las palabras de Lenin—, esta belleza maravillosa hay no sólo que conservarla, sino realizarla. El Kremlin debe divisarse desde todas partes, entonces dominará sobre el centro y su incomparable encanto destacará con mayor claridad aún.

Ya en su casa, Iván Vladislávovich se dirigió al taller de carpintería. Allí, tras el banco de trabajo, anotó los pensamientos sobre el Kremlin que había despertado en su mente la conversación con Lenin: "El hombre necesita la belleza. La belleza le enaltece, despierta en él la bondad y la nobleza. La unidad en la variedad: he ahí uno de los principios básicos de la composición arquitectónica. Así están construidos el Kremlin de Moscú y el Centro de Petrogrado".

Zholtovski permaneció largo tiempo en la carpintería. Se quitó la chaqueta, se puso una bata azul y empezó a examinar unas muestras de tablas secas. Casi cada día pasaba varias horas en aquella habitación: acepillaba, aserraba, encolaba y pulía la madera.

Dominaba a la perfección las herramientas de carpintero. Conocía la ebanistería, no sólo porque creaba bocetos de nuevos muebles, sino porque él mismo, con sus propias manos, fabricaba los primeros modelos de prueba. Se esforzaba por utilizar la madera —material tradicional de los alarifes rusos— como insustituible elemento decorativo de los edificios.

Tomó la garlopa y empezó a acepillar una tabla. Así, porque sí, sin saber aún para qué le serviría. Pero necesitaba descargar físicamente la tensión de aquel día.

* * *

A simple vista, la vida de Iván Vladislávovich siguió siendo la misma, pero solamente él comprendía en plena medida cuánto había cambiado desde el día en que lo recibiera Lenin.

Encabezó el Departamento de Arquitectura del Soviet de Moscú y se consagró por entero a confeccionar esbozos de proyectos, a planear de nuevo los once distritos de la capital.

Zholtovski agrupó en la Sección de Proyectos del nuevo Moscú a arquitectos bien preparados y con experiencia, que le comprendían a media palabra. Teniendo en cuenta la magnitud que habrían de alcanzar los trabajos de reconstrucción de Moscú, el Soviet de la ciudad organizó otros tres departamentos autónomos: legislativo, de materiales de construcción y de investigación.

En vano, sin embargo, se había prometido Zholtovski no molestar a Lenin. El propio Vladímir Ilich le llamó algunos meses después. La nueva estrevista tuvo lugar en el Kremlin, en el despacho del Presidente del Consejo de Comisarios del Pueblo.

Lenin recibió a Zholtovski como a un viejo conocido y, después de saludarle, fue derecho al asunto:

— Tengo dos grandes ruegos que hacerle, Iván Vladislávovich. Me han informado que el edificio del Gran Teatro se halla en peligro. Los expertos afirman que es necesario dotarle de nuevos cimientos y, de paso, reconstruir y ampliar la parte escénica. La tarea no es fácil y yo le rogaría que se encargase de estos trabajos.

— ¿Que me ponga a trabajar? —sonrió Zholtovski.

— ¡Exactamente, exactamente: a trabajar, a trabajar hasta que sude a mares! —Lenin rió con risa contagiosa, palmoteando fuerte en sus rodillas—. Sé muy bien, querido Iván Vladislávovich, que le sobran preocupaciones y trabajo; pero hay casos excepcionales y tareas, por así decirlo, primordiales. Entre ellas incluyo precisamente la reconstrucción del Gran Teatro y de toda la plaza Teatrálnaya.

— Dispuesto a cumplirla, Vladímir Ilich.

— Y con Ojotni Riad, ¿qué haremos?

— No he olvidado nuestra conversación, Vladímir Ilich. Les llega su fin a las tiendas de granos y a los mercados.

— Magnífico. ¿Y cómo van nuestros asuntos del gran plan?

Zholtovski le informó de haberse creado la Sección de proyectos del nuevo Moscú y de la solución inicial dada al planeamiento de algunos distritos.

— Simultáneamente resolvemos los problemas de ingeniería relacionados con la urbanización y el enjardinamiento.

— ¿Extensas zonas de árboles y arbustos? —preguntó Lenin.

— Exactamente —confirmó el arquitecto.

— Desearía ver en el papel todo lo que esté ya preparado.

Zholtovski quedó pensativo, calculando algo mentalmente.

— Los primeros bocetos de algunos distritos podremos enseñárselos dentro de tres semanas o de un mes, como máximo.

— Ha hecho usted muy bien en recordar la urbanización de Moscú. ¿Cómo piensa resolver en el futuro el problema del transporte urbano? Porque, a juzgar por lo que yo entiendo, está relacionado también con el plan general, ¿no?

— Sin duda. Pero no miramos tan lejos todavía.

— ¿Ve usted, Iván Vladislávovich? Pues hay que mirar, hay que mirar sin falta. El problema del transporte en Moscú se planteará pronto, muy pronto, en grandes proporciones. No les dará tiempo de darse cuenta, pasarán cinco o diez años y la gente nos dirá: nuestros tranvías se han apoderado de las calles, inventad algo más racional. Tended caminos por debajo de la tierra o sobre la tierra —Lenin pronunció su "¡ejem, ejem!" peculiar y prosiguió—: Como vecino de Moscú, yo no quisiera caminos sobre la tierra. Los he visto y no tienen nada de alegre. Quitan luz a la ciudad y contaminan el aire. Y, en general, no es ningún placer oír un estruendo constante sobre la cabeza. En cambio, bajo tierra... Bajo tierra, Iván Vladis-

lávovich, deberemos construir el metropolitano en un futuro próximo. Es, a mi juicio, el medio de transporte urbano más racional, más cómodo y más sano.

Zholtovski sentía admiración y sorpresa infinitas ante la inteligencia, clara y analítica, de Lenin. ¡Cuántas preocupaciones tiene este hombre y cuán amplia es su cultura si puede discurrir así, tan sencillamente, de la construcción del Metro, de los cimientos del Gran Teatro y de otras muchas cosas!

Lenin observó, por lo visto, que Zholtovski se había quedado pensativo y le preguntó:

— ¿No está usted de acuerdo conmigo, Iván Vladislávovich? En realidad, no soy especialista y puedo equivocarme. Dígamelo francamente.

— ¡Ni mucho menos, Vladímir Ilich! Le he escuchado con gran atención y considero que sus propuestas son muy valiosas.

Zholtovski no podía decir lo que pensaba de Lenin en aquellos momentos, cómo admiraba su vasta cultura.

Y Lenin, con ese notable tono confidencial que le era inherente cuando quería imbuir al interlocutor en su idea principal, le dijo:

— Para alcanzar un verdadero éxito en la labor, debemos tener siempre presentes a los obreros y los campesinos. Pensar en ellos, en sus intereses y necesidades. Porque nuestro Estado es obrero y campesino. Una cosa también nueva. Completamente nueva. Y si se le sirve con fidelidad y sinceridad, como tuvo usted a bien expresarse en otra ocasión, le aseguro que los obreros y los campesinos le reconocerán. Le reconocerán y le considerarán de los suyos. Por ahora, los obreros y los campesinos carecen de sus propios arquitectos. Hay aún que formarlos y educarlos.

— Esa labor ha empezado ya —observó Zholtovski—. En Moscú se han organizado cursos artísticos libres por cuenta del Estado. Gran número de los que asisten a ellos son obreros, campesinos e hijos suyos. Yo doy clase en los cursos, Vladímir Ilich, y debo decirle con no poca satisfac-

ción que el auditorio tiene gran sed de conocimientos, es muy sensible y tenaz.

— ¡Excelente, Iván Vladislávovich! —exclamó Lenin—. Pero hay que comprender que es necesario, ante todo, acabar con el analfabetismo y la ignorancia. Y entonces, los obreros, los campesinos y sus hijos mostrarán de lo que son capaces. Le aseguro que son sensibles a la hermosura y a lo bello. Conozco muchísimos obreros y campesinos magníficos, sin instrucción, pero escrutadores, inteligentes, sutiles, capaces de estudiar por sí solos con tesión y que han conseguido resultados no pequeños. Y eso a pesar de la miseria, de la opresión y de la desigualdad de posibilidades respecto de los pudientes. ¡Qué no veremos con la emancipación plena de esas fuerzas y capacidades, que pugnan desde hace siglos por salir a la superficie! Lo único que hace falta es tiempo. Usted y yo tenemos bastante edad, pero incluso nosotros podremos ver a la intelectualidad nueva, soviética.

— Podremos, Vladímir Ilich. Yo me propongo vivir muchos años, como mis abuelos y bisabuelos. Y a usted le prohíbo que viva menos de cien años.

Lenin soltó una carcajada y le amenazó con un dedo:

— Exagera usted. Aunque, en general, nosotros, los bolcheviques, somos inmortales. Confiese que ni siquiera sus bisabuelos lograron eso.

— No, no lo lograron.

— ¿Lo ve? Pero usted, su bisnieto, por cuanto se ha juntado con los bolcheviques, figurará entre los inmortales. Tanto más que su profesión puede ser incluida entre las inmortales —Lenin miró de nuevo fijamente a Zholtovski, como la primera vez: con una mirada escrutadora, valoradora y nada ofensiva—. La arquitectura es un arte sublime, uno de los más sublimes y, a la vez, de los más necesarios. Eso no tiene discusión. Y como en cualquier belleza auténtica, en la arquitectura hay que equipararse también a los mejores modelos. Pero lo bello ha sido, es y será siempre antípoda del espíritu pequeñoburgués.

Cuídese, amigo mío, de que lo pequeñoburgués no se deslice en parte alguna con la máscara de lo bello. ¡Porque sabe hacerlo! ¡Y de qué manera sabe fingir, adoptar formas bonitas!

Y al despedirse ya del arquitecto, Lenin agregó enérgicamente, quizá con cierta brusquedad:

¡Hágalo todo bello, pero, no lo olvide, sin espríritu pequeñoburgués!

Zholtovski percibió en toda su medida el odio de Lenin a lo pequeñoburgués y recordó hasta el fin de sus días las palabras de Vladímir Ilich.

* * *

Lenin encargó a Zholtovski de planear y construir en el lugar que ocupaba un vertedero, a orillas del río Moscova, la Exposición Agrícola de Rusia.

Y volvió a recordarle que los pabellones de la exposición deberían estar rodeados de árboles. Se pensaba extender después el arbolado de esta zona por toda la orilla del río Moscova, desde las montañas Vorobiovi hasta el Kremlin.

Por vez primera en el cuarto de siglo que llevaba trabajando se alzaba ante Zholtovski una tarea tan grandiosa de planeamiento y construcción complejos. El plazo, en cambio, era extremadamente corto: la exposición debería ser inaugurada ya en la primavera de 1923.

Iván Vladislávovich trabajó incansablemente y confeccionó, en unión de sus colaboradores, el proyecto del primer conjunto arquitectónico de la joven República Soviética, que sirvió de base a las grandes obras de la Exposición Agrícola de Rusia.

El propio Zholtovski dirigió la construcción de la entrada principal, del "sexaedro", del teatro y de los pabellones más importantes.

Dividida en grandes sectores, la exposición se extendía de manera consecutiva, formando con sus pabellones un panorama único. Extaordinariamente pintoresca para

la capital y variadísima por sus formas arquitectónicas, representaba, no obstante, un todo único, una composición muy armónica dirigida hacia el río Moscova. Todos los edificios parecían subordinarse a un fuerte eje longitudinal tendido a lo largo de la orilla.

La madera, tan apreciada por Zholtovski, conoció allí una vida nueva, arquitectónica. Iván Vladislávovich no la ocultó bajo el estucado, el mármol y otras "vestiduras", acentuando mucho con ello el carácter ruso de todos los edificios.

A esa época precisamente corresponden algunas de las admirables anotaciones de Zholtovski en el cuaderno íntimo en que sintetizaba sus ideas sobre la arquitectura: "¿Cuáles son los axiomas, los preceptos de la forma clásica del lenguaje arquitectónico? Ante todo, el carácter realista, la afinidad con la naturaleza. No en vano el concepto central de la estética antigua era la "imitación de la naturaleza", por la que se entendía, sin embargo, no la reproducción natural de lo aparente, sino la creación de una imagen artística".

Zholtovski concebía la exposición como un elemento inalienable del paisaje urbano. Entonces no sabía aún que, con el tiempo, esta zona de Moscú sería uno de los lugares de descanso predilectos de los moscovitas —el Parque Máximo Gorki— y que todos los edificios, pabellones, explanadas y zonas arboladas "se inscribirían" de manera insuperable en este parque.

Iván Vladislávovich, preocupado por cumplir las tareas inherentes a la reconstrucción y el ensanche de la capital del joven Estado soviético, pensaba así de su trabajo: "¿Qué es lo que hace interesante, impresionante, inolvidable la silueta arquitectónica de una ciudad? ¡La sorpresa! Se camina por una calle y, de pronto, en la aspillera de un jardinillo surge un edificio, una plaza. Pero si se camina una hora y otra y a ambos lados se ven los planos iguales de las fachadas, la vista se fatiga y deja de percibir la arquitectura".

Guiándose por sus principios, Zholtovski planeó la primera gran construcción compleja de Moscú y de todo el país. Con la exposición se inició la colosal reconstrucción de Moscú, en el curso de la cual no sólo cambió, sino que se creó de nuevo todo un distrito. La "propaganda monumental" encontró también allí digno lugar y aplicación. Encajaron felizmente las esculturas en madera de Koniónkov y los bajorrelieves escultóricos de Shadr (Ivanov).

Zholtovski sabía que Lenin estaba gravemente enfermo desde hacía ya mucho. En los cinco años transcurridos desde la primera entrevista con él, toda la vida del arquitecto había cambiado de raíz. Arrastrado por la vorágine de los acontecimientos, por la incesante actividad creadora, no le quedaba tiempo para pensar en lo que había vivido y experimentado. Parecía como si la voluntad invisible de Lenin hubiera dirigido durante aquellos años todos sus actos y obras. Apenas había cumplido una tarea cuando surgía otra, aún más grandiosa y cautivadora que la anterior.

Había quedado atrás la reconstrucción del Gran Teatro y de la plaza que se extiende ante él. Zholtovski emprendía ya la confección del proyecto del Banco del Estado de la URSS, "acababa" con las tiendas de granos de Ojotni Riad y se consagraba a la obra principal de toda su vida: el plan del nuevo Moscú.

En sus tiempos de juventud, cuando se forjaba un carácter y una línea de conducta, cuando era muy sencillo seguir el camino trillado, el más fácil, Iván Vladislávovich encontró fuerzas en sí mismo para rechazar, e incluso desdeñar, los consejos y hasta las exigencias de sus maestros de la Academia de Bellas Artes.

En la época de decaimiento de la arquitectura, de olvido de la bella arquitectura patria, se alzó de pronto sobre todo y levantó con audacia al pedestal el clasicismo ruso, interpretándolo de una manera nueva en sus edificios.

Mayor valentía aún hacía falta en los años tumultuosos de la guerra civil, en el período de confusión, de apasionamiento por "ismos" y modas de todo género, de afición

al estilo moderno por los intelectuales anarquizantes y los ignorantes, los cuales consideraban que la revolución debía "hacer añicos el pasado", en el sentido literal de la palabra, y no conservar ninguna herencia cultural de las épocas precedentes.

La fidelidad inconmovible al pueblo y al arte, la capacidad de mirar adelante y ver muy lejos ayudaron a Zholtovski a protegerse de esta turbia ola, que no logró azotarle.

Pero hubo de romper de manera decidida con el medio habitual e inspirarse en los grandes fines de la revolución para seguir al proletariado incondicionalmente, resueltamente. A ello le ayudaron, como es lógico, la atención y la solicitud de Vladímir Ilich. La solicitud en lo grande y en lo pequeño. Recordemos, aunque sólo sea, un episodio.

En cierta ocasión, Lenin llamó a Zholtovski. Pero aquel día se le había ocurrido a alguien en el Soviet de Moscú desalojar al arquitecto del apartamento que ocupaba. Le sacaron de sus casillas, le irritaron, le agraviaron sin motivo. Y en este estado de ánimo se presentó en el Kremlin.

Vladímir Ilich ignoraba lo ocurrido. Estaba animado, optimista, radiantes sus ojos maravillosos. El ejército de Frunze acababa de limpiar de contrarrevolucionarios los Urales. Lenin, de pie ante un gran mapa que cubría la mitad de la estufa de azulejos, fijaba en él banderitas rojas, con evidente satisfacción.

Zholtovski se alegró también de las buenas noticias. Lenin, como siempre, pasó en el acto al asunto que le había hecho llamar al arquitecto. Le dijo que había recibido de Berlín unos libros sobre arte y quería examinarlos con él.

Era imposible rechazar la petición de Lenin. Tanto más que Vladímir Ilich le había hablado antes de esos libros.

De todos modos, Zholtovski, disculpándose, le rogó que aplazase aquella ocupación para otro día.

— ¿Puedo saber por qué?

Lenin vio entonces que el arquitecto estaba muy consternado. Y Zholtovski no tuvo más remedio que contarle la

visita que le había hecho en su casa una temible comisión "de estrechamiento de la burguesía" y la orden que le había dado de "desalojar en el término de veinticuatro horas la vivienda que ocupaba".

Zholtovski jamás había visto a Lenin tan irritado. Su picardía bonachona y sus arrugas reidoras junto a los ojos desaparecieron sin dejar huella. Parecía que no sólo el rostro, sino todo él rebosaba cólera y estaba dispuesto a pegarse con alguien. Inquirió pormenores, trató de saber quiénes habían ido a su domicilio y por quién estaba firmado el documento de desahucio.

Lenin llamó a un secretario y le dictó una carta para el Soviet de Moscú.

Zholtovski observó que la carta se distinguía por un tono correctísimo. Además, no estaba escrita en nombre del Presidente del Gobierno, sino simplemente del administrador del Consejo de Comisarios del Pueblo. Y no era enviada al Soviet de Moscú como una exigencia, sino como un ruego: dejar en suspenso el desahucio del arquitecto Zholtovski.

Cuando Lenin terminó de dictar, quedó pensativo, sonrió y dijo al secretario:

— Agregue usted ahí: "Si hace falta, este ruego será apoyado por el camarada Lenin".

La carta fue entregada a Zholtovski. El Soviet de Moscú cumplió lo que se le pedía en ella.

* * *

Zholtovski no sentía el peso de los años. Jamás había sido, quizá, tan joven y activo como entonces.

Las obras de la exposición le habían convencido más todavía de que con Lenin podía hacerse todo, incluso lo que parecía más fantástico, y de que la exposición era sólo el comienzo de proyectos grandiosos.

La enfermedad de Lenin le alarmaba extraordinariamente. Quería que viese la exposición no en el papel, sino

al natural. Pero Lenin hacía ya mucho que no recibía a nadie ni iba a ningún sitio.

Y de pronto, en un soleado día de otoño, Vladímir Ilich se presentó en la exposición.

Como supo más tarde Zholtovski, Lenin se había trasladado de Gorki* a Moscú a pesar de la prohibición de los médicos.

Estaba pálido, desacostumbradamente pensativo. Su coche fue parándose ante los pabellones. Lenin, protegiéndose la vista con una mano, contempló las esculturas de Konión-kov y Shadr. Después siguió a lo largo de la orilla, con la cabeza descubierta, a pesar del viento fresco.

Zholtovski no volvió a ver a Lenin ni a recibir ninguna indicación suya. Sólo mentalmente se dirigió a él numerosas veces, prosiguió las pláticas que habían iniciado hacía mucho y desarrolló y profundizó las ideas que le había sugerido.

¡Cuántas cosas quería decirle a Lenin!

Necesitaba aconsejarse de él sobre los planes para el futuro. Existía, naturalmente, un gran plan, una gran tarea señalada por Lenin: el plan de reconstrucción y ensanche de todo Moscú.

"Harán falta no una vida, sino varias", recordó las palabras de Vladímir Ilich. Cierto, cierto, harán falta varias vidas. Y pese a todo, la experiencia demostraba que cada vez era necesario el consejo de Lenin, el empujón de Lenin, el ruego, la exigencia, la tarea de Lenin. Entonces el plan adquiría vida, se aclaraba, se ampliaba, aparecía inesperadamente en un nuevo aspecto y se hacía visible, real.

Todo eso alentaba a Zholtovski. Ninguna otra persona le había inspirado mayor respeto y confianza que Lenin.

Construyó casas de vivienda en la calle de Bolshaya Kalúzhskaya, que determinaron durante muchos años la nueva fisonomía de Moscú.

---

* Pueblo de las afueras de Moscú. (*N. del T.*)

Construyó el edificio del Soviet de la ciudad de Sochi, en el que es forzoso admirar la combinación de la majestuosidad y la ligereza, la perfección de las proporciones.

Planeó y construyó teatros. Edificios administrativos. Y nuevas casas de vivienda. Y cada nuevo edificio tenía su "estilo zholtovskiano", inigualable.

Fue siempre y en todo enemigo de la mediocridad, de la uniformidad, de la "arquitectura cuartelera". Luchó toda la vida contra cualquier adulteración en la arquitectura. Cuando se contemplan algunos edificios levantados por arquitectos irreflexivos, se recuerda involuntariamente a Zholtovski: ¿qué pensaría él de esto? Seguro que no todo lo aprobaría.

Quienes trabajaban con él imitaban el estilo de su jefe: reposado, concienzudo.

— No se puede bromear con la arquitectura —gustaba de decir Zholtovski al examinar un proyecto más de cualquier constructivista—. La ligereza influye aquí funestamente en los gustos y en las comodidades de generaciones enteras. ¿Quién ha dicho que es más fácil demoler que construir? No, da lástima derruir un edificio ya levantado y que puede herir la vista durante siglos. Vladímir Ilich Lenin no nos elogiaría por un proyecto así.

Se dirigía mentalmente a Lenin con frecuencia, con mucha frecuencia.

Cuidadosamente, como lo más preciado, conservó Zholtovski este sentimiento, sin abandonarlo en todos los años posteriores, en toda su larga vida.

Así vivió, con Lenin en el corazón. Sin dejar de construir y sin cansarse de construir. Y con fe en la inmortalidad.

Hombre recto e inflexible, vivió, efectivamente, muchos años: casi un siglo.

B. Kostiukovski

Y LA PLUMA SE HIZO BAYONETA

Y LA PLUMA SE HIZO BAYONETA

Se puede discutir mucho acerca de este hombre. Se le puede enfocar y presentar de manera diferente.

Sencillo y abordable, es, a la vez, complejo y difícil de comprender. El, que tanto amaba la vida, retó a la muerte con osadía juvenil y tres veces la miró voluntariamente cara a cara, sacrificándose por sus semejantes. Dedicado a pensar en los demás, no tenía tiempo de pensar en sí mismo. La misión y sólo la misión —grande o pequeña, elegida por él o encomendada por los camaradas—, la lucha, la resistencia al mal llenaban por completo todo su ser. La modestia extrema y la susceptibilidad espiritual se conjugaban en él con la firmeza de carácter. La capacidad de dominar sus pasiones, de ahogar los arrebatos, si veía que los sentimientos podían perjudicar —¡no a él, no!— a la revolución, se compaginaba con la audacia. Estaba siempre en campaña, incluso cuando no se movía del sitio.

Félix Yákovlevich Kon.
Revolucionario, literato.

1

"...Por orden de Su Majestad Imperial del 8 de diciembre de 1885, el Consejo de Guerra Provisional constituido en la ciudadela de Alejandro, en Varsovia, ha visto la cau-

Lenin en octubre de 1918

sa contra los procesados. . .” —sonaba indiferente la voz de un funcionario pálido, magro, en la sombría salilla de la cárcel.

Félix Kon habría de recordar aquella voz durante toda su vida. Habría de recordar también la imagen del burócrata: una figura flaca y encorvada, un cuello rugoso en la tirilla estrecha y unos puños duros, almidonados, que se escapaban de las mangas y golpeaban de tiempo en tiempo, como huesos, sobre la mesa. Podía repetir de memoria el texto de las conclusiones del fiscal, los discursos de los acusadores, las ardientes palabras de los camaradas y las improvisaciones, emocionales y no exentas de ingenio, del famoso abogado Vladímir Spasóvich.

“A fines de 1882 y comienzos de 1883 —decía la sentencia—, en el término del territorio del Vístula se organizó una sociedad, denominada Partido Socialrevolucionario “Proletariat”, que se proponía derrocar por la violencia el régimen político, social y económico existente en Rusia”.

El fiscal militar —un hombre atildado, bien educado y, probablemente, muy agradable en sociedad— habló el primero para pedir que se aplicase a los veintinueve acusados el artículo 249: pena capital. La sala quedó sumida en un profundo silencio. Una sensación de frío dominó a todos. Los generales y oficiales que asistían a la vista de la causa miraban al gobernador general, Gurkó: Su sillón dorado, tapizado de damasco rojo, se alzaba en medio de la sala, a la vista de todos.

Tras el brillante fiscal, otros tres acusadores exigieron la pena de muerte. Hablaron de los vínculos ideológicos de los conspiradores de Varsovia con los terroristas de Petersburgo, de “la muerte de mártir de Su Majestad Imperial, el zar liberador”, de la revolución que amenazaba a Rusia. . . Pero por mucho que se esforzaron estos tres por equipararse al otro, al primero, manifestando su extrema agitación con gestos y voces excitadas, lo único que lograron fue aminorar el efecto de sus discursos.

Los ojos de los presentes se fijaban una y otra vez

en Gurkó. Mas él miraba a los acusados y en su rostro podía leerse: "¿Será posible que esto ocurra en *mi capitanía general*? ¿Qué pensará el zar?"

El tribunal sabía lo que se esperaba de él. Sin embargo, se impuso la pena de muerte sólo a seis de los reos, cuidadosamente elegidos tomando como base, por así decirlo, consideraciones policíaco-educativas. Los demás fueron condenados a largos años de trabajos forzados. Félix Kon, a diez años y ocho meses.

Así conoció la "justicia", por vez primera en su vida, el joven Félix Kon.

Félix Kon

Más tarde fueron concedidas "misericordiosas" indulgencias, pero los nobles corazones de cuatro revolucionarios dejaron de latir al amanecer del 28 de enero de 1886.

2

Félix Kon recordó para siempre otro amanecer, aunque fue completamente distinto y a miles de verstas de Varsovia, en el distrito de Nérchinsk, tres años después de que el joven revolucionario empezara a instruirse en una "universidad" de Su Majestad Imperial: el presidio de Kara...

El 24 de octubre de 1889 se ordenó a los reclusos que salieran de las celdas y formaran en el corredor. Protegido por una fuerte guardia, el director del penal, Masiukov, leyó con voz quebrada por la emoción la orden del gobernador general, barón Korf, de aplicar castigos corporales a los presos políticos, exactamente igual que a los comunes. Esta medida del gobernador del territorio del Amur debía intimidar a los reclusos, que protestaban contra el régimen

penitenciario y contra el trato feroz que daba a los presos el teniente coronel Masiukov, del Cuerpo Especial de Gendarmería.

Escucharon la orden en silencio. En silencio volvieron a sus celdas. Y sólo en ellas empezó la agitación.

¿Cómo expresar la protesta? Alguien propuso enviar una solicitud al ministro del Interior reclamando la anulación inmediata de la orden ilegal. Se propuso también difundir la solicitud por toda Rusia y enviarla al extranjero.

Félix Kon, fogoso y decidido, pidió que, además de todo eso, se respondiera golpe por golpe.

— ¡Cada día, por sorteo, dos hombres deben suicidarse! ¡Y seguir así hasta que el sádico barón Korf derogue su disposición!

— ¡Pero eso es "nechaevismo"! —gritaban los "moderados"—. ¡Nosotros no compartimos los métodos anarquistas de Necháev!

— ¡Tanto peor para vosotros si consideráis que la decisión revolucionaria es propia exclusivamente de los anarquistas! —apoyó a Kon el favorito de la barraca, Bobójov—. ¿Qué proponéis vosotros?

— Protestar contra la barbarie, pero no actuar como bárbaros.

No consiguieron ponerse de acuerdo.

Pero poco después corrió la noticia de que Nadezhda Malaxiano-Siguida, conducida a pie al penal desde la fortaleza de Pedro y Pablo, había decidido sacrificarse. Logró que se le concediera una entrevista con Masiukov, pretextando que quería hablarle en secreto, y abofeteó al teniente coronel. Siguida murió apaleada. . .

En señal de protesta contra este asesinato, se envenenaron Kaliúzhnaya, Kovalévskaya y Smirnítskaya, que ocupaban la misma celda que Siguida.

Cuatro muertes.

— ¡Las mujeres protestan! ¡Las mujeres no temen morir! ¿Y nosotros nos acobardamos? —se indignaba Kon.

— Bueno, pero ¿qué propones?

— Si no queréis envenenaros por parejas, propongo que barreemos la barraca, rociemos con querosene las paredes y ardamos todos vivos. ¡El rojo resplandor del incendio en que se consumirán nuestros cuerpos se alzará sobre la Rusia de los presidios! ¡Lo verá toda Rusia, todo el mundo!

— El penal no arderá junto con nosotros. Todo seguirá igual que antes... Aislados no derribaremos el régimen zarista.

— Peor aún: ¡propones el medievo, la brujería!

Sin embargo, la fogosa juventud no dio su brazo a torcer. Se decidió hacer circular por las barracas un cuestionario para que lo firmasen cuantos estuvieran de acuerdo con envenenarse en señal de protesta.

Lo firmaron catorce hombres, de ellos, nueve estudiantes de las universidades de Járkov, Moscú, Novorossisk (Odesa), Kíev, Varsovia y Petersburgo.

Se procuraron veneno en el botiquín del penal. Escribieron cartas a sus familiares.

A la hora convenida, en la celda de Kon y sus amigos sonó una canción.

Era la señal.

Empezaron a despedirse.

Muchos lloraban, suplicaban a los insensatos que desistieran de sus propósitos, trataban de convencerles de que la muerte de unos jóvenes desconocidos, recluidos en un presidio perdido, no conmovería a nadie, no cambiaría nada. Pero era ya tarde.

Los amigos inseparables —Serguéi Bobójov, condenado a veinte años, el estudiante de la Universidad de Járkov Iván Kaliuzhni (hermano de María, envenenada con sus amigas) y Félix Kon— se tendieron sobre los catres, se abrazaron y tomaron opio los primeros.

Por la noche, sin embargo, se despertaron... Fue un despertar horrible. Un despertar que les pareció peor que la muerte.

Les quedaba todavía una reserva de morfina, mas esta-

ba oculta en un escondrijo, en el muro de una celda, y no podrían llegar hasta ella antes del amanecer: los guardianes cerraban las celdas por la noche. Había que esperar...

Y esperaron hasta la mañana, ocultando a los carceleros e incluso a sus camaradas el atormentador sufrimiento físico y moral. Como si no hubiera pasado nada, asistieron al recuento general.

Se reanudaron las penosísimas conversaciones entre los "vivos" y los "muertos", los ruegos, las súplicas. Cinco fueron disuadidos.

El día pasó lentamente, como si no tuviera fin. Todo era consternación y abatimiento. Siempre es duro morir. Pero más duro aún es morir por segunda vez, despertarse después de la muerte. Por la noche, nueve hombres volvieron a tomar la ponzoña... Félix Kon sintió un martilleo torturador en las sienes, náuseas, dolores en el estómago; se le paraba el corazón, se interrumpía la respiración, un sudor pegajoso empapaba su cuerpo... En los últimos minutos, cuando estaba a punto de perder el conocimiento, vio que Bobójov y Kaliuzhni sacaban del tarro, a puñados, los restos de morfina. Casi desvanecido, Kon se acercó también a la mesa y con mano temblorosa recogió todo el polvo de morfina que quedaba y se lo tragó.

Al amanecer volvió a despertarse. Oyó los quejidos preagónicos de Serguéi Bobójov, vio el cuerpo exánime de Iván Kaliuzhni... Se retorcía en medio de grandes convulsiones Nikolái Senkovski, antiguo recaudador de contribuciones que había disparado contra Cherevin, ministro de la Corte, y cuya pena de muerte había sido conmutada por la de cadena perpetua. Yacía sin conocimiento Pável Ivanov, estudiante de la Universidad de Kíev...

No, aquello no era un sueño tétrico: era una tétrica realidad.

En la barraca se ajetreaban ya los guardianes. El médico Pribyliov vertía un contraveneno en la boca de los suicidas. Estos eran sacados al aire libre y se les hacía la respiración artificial.

Bobójov y Kaliuzhni murieron. A los demás se les volvió a la vida por la fuerza.

Y después, ¿qué? ¿Cómo vivir? ¿Qué hacer hoy? ¿Mañana? ¿Ceder? ¡No, hay que actuar! ¡Hay que obligar a retroceder a los carceleros! Y tres estudiantes —Andrián Mijáilov (moscovita), Serguéi Dikovski (odesita) y Félix Kon— resuelven en secreto, incluso ocultándoselo a sus compañeros de celda para que no se lo impidan, proseguir la lucha de la misma manera: morir voluntariamente. Deciden morir por tercera vez. . .

Debían envenenarse en primer lugar Dikovski y Kon. Y dos semanas más tarde, si su muerte no cambiaba nada, Andrián Mijáilov. Afortunadamente, los castigos corporales fueron suprimidos por disposición del ministro. Se prometió destituir a Masiukov. Y poco después, el penal de Kara fue clausurado, clausurado definitivamente. Es cierto que quedaban el de Akatui y otros muchos. Pero el de Kara dejó de existir.

¡Y eso era una victoria!

3

Pasaron lentamente los años de dura deportación en Yakutia, que era entonces una cárcel sin rejas ni cerrojos. Y después, Irkutsk, Balagansk, Minusinsk. . .

En Minusinsk, Félix Kon encontró por vez primera a Lenin, el hombre que en el transcurso del desarrollo social habría de hacer girar bruscamente el timón de la historia. Pero ¿quién podía saber entonces que el nuevo camino de la humanidad no estaba tan lejos, que Lenin se convertiría en el guía del proletariado mundial, en el timonel de la revolución socialista?

Aquel templado día otoñal, el 27 de septiembre de 1897, Félix Kon vio a un joven de veintisiete años, pequeño de estatura, ancho de hombros, fuerte, de mirada vivaracha, rostro inteligente tostado por el sol, barbita rizada y bigote caído, sencillo y bromista como un estudiante. Desde los

montes Sayán el viento soplaba, como siempre en Minusinsk, arrastrando arena. Lenin, estirando la gorra sobre su frente prominente y juntando con la mano izquierda los faldones del abrigo de entretiempo con cuello de terciopelo, caminaba por una calle de la pequeña ciudad perdida, en compañía del deportado socialdemócrata Semión Raichin.

— ¡Kon! ¡Espere un momento! —le llamó Raichin, un hombre turbulento e inquieto, que se comportaba en la colonia de una manera independiente e incluso retadora.

Félix se detuvo en la vacilante acera de madera, no lejos del Museo Local fundado por Martiánov. Le pareció encontrar algo conocido en la fisonomía de aquel joven, aunque jamás se habían visto.

Kon determinó en el acto que el acompañante de Raichin era un deportado. Pero ¿quién podría ser? Cuatro meses antes había llegado al distrito de Minusinsk un grupo de la "Unión de Lucha por la Emancipación de la Clase Obrera," de Petersburgo: Uliánov, Starkov, Krzhizhanovski, Lengnik, Shapoválov y Lepeshinski. ¿No sería Uliánov?

— ¡He oído, he oído su nombre, me han hablado de usted! —dijo Lenin, pronunciando guturalmente la letra "r", al estrecharle la mano.

Echaron a andar y Lenin le acosó a preguntas: cómo vivía la colonia de Minusinsk —Turkov, Blazháevski, Tiútchev, Yákovlev, Mélnikov—, qué hacía cada uno de ellos, si los deportados mantenían contacto con Moscú, con Petersburgo, con los camaradas de Oriente. . .

— Pues yo he venido a conocer a los camaradas —prosiguió—. Pero con usted quisiera hablar más despacio. Me han contado algo muy curioso, aunque, como comprenderá, prefiero oírlo de sus propios labios.

Kon le habló brevemente de él, y Lenin quiso saber qué había hecho en Yakutia, qué había escrito y publicado, qué conocía de la vida de la población aborigen: los kachintses, los sagaitses, los kiziltses. . .

— Quiero también visitar el museo de Martiánov. En Krasnoyarsk me han ponderado mucho los tesoros de este museo. Y buscar algo en la biblioteca. Algo sobre el desarrollo económico de Rusia y sobre la legislación fabril. Tenga la bondad de ser mi guía...

— Nadie conoce el museo mejor que Félix. Hasta el extremo de que Martiánov le deja con frecuencia en lugar suyo —manifestó Raichin.

Kon frunció el ceño.

— ¿Ha venido por mucho tiempo?

— ¿A Minus? Por un par de días. Además del deseo de conocer a los deportados, me han traído otros asuntos. Tengo que ver al juez de paz y presentar una demanda en relación con el proceso de un camarada mío, Vasili Starkov. Ir a Correos, porque han retenido un paquete de libros. Y recorrer las tiendas... Por cierto, ¿se pueden comprar aquí botas de fieltro o algo parecido? Me han dicho que precisamente ahora es el momento de adquirirlas... Necesito, además, un quinqué. Y un despertador —Lenin soltó una carcajada—. Sí, sí, un despertador. No puedo despertarme temprano, créanme. Podría pensarse que me he desquitado cumplidamente hace ya mucho del tiempo que pasé sin dormir en la prisión preventiva; pero en cuanto me duermo, no hay manera de despertarme...

Félix Kon rió también.

— Las botas de fieltro podremos, seguramente, conseguirlas —dijo—. Y un quinqué. Y queroseno. Pero el despertador, lo dudo. Los comerciantes de aquí no son muy diligentes: hasta que no lo venden todo, no traen nuevas mercancías.

— Pues yo, ¿saben ustedes?, no puedo desprenderme de las costumbres de Petersburgo —confesó Lenin—. Salgo de casa y pienso: compraré esto y lo otro y lo de más allá. Pero allí, en Shúshenskoe, no se encuentra absolutamente nada. ¡Minusinsk es una verdadera capital!

Raichin dio súbitamente muestras de inquietud y desasosiego y, sin despedirse, echó a correr.

— ¿A dónde va? —preguntó Lenin.

— El diablo lo sabe... Es un hombre extraño...

— Bien, ¿y cómo se siente usted aquí? —demandó Lenin.

Kon quedó pensativo, Luego, dijo:

— Después de Yakutia, y sobre todo después de Balagansk, se puede vivir. No me gustó nada Balagansk... Carroña. En aquellos meses llegué a pensar que en el penal se estaba mejor. Incluso hoy no puedo recordarlo sin repugnancia.

Martiánov no estaba en casa —había ido a la fábrica metalúrgica de Abakán—, y Kon, después de presentar a Lenin a la esposa del creador del museo, Elena Konstantínovna, llevó al huésped por las habitaciones, hablándole de los objetos en ellas expuestos y de los sorprendentes procedimientos de que se había valido el infatigable Martiánov para conseguirlos.

Kon hablaba con entusiasmo, apasionadamente.

— Se ve que es usted uno más de la casa —dijo Lenin—. Y que la etnografía es su elemento.

Félix suspiró:

— Aquí es imposible encontrar otro elemento.

— ¿De veras?

— Llevo más de trece años de cautiverio...

— ¿Más de trece años? —dijo Lenin, con una expresión de tristeza en los ojos—. Sí... Es grande la proeza de nuestros revolucionarios...

Después del museo, fueron a la posada en que se había alojado Lenin, bebieron té del samovar mordisqueando el azúcar y de nuevo, a petición de Vladímir Ilich, Kon tuvo que hablarle de Yakutia, de la expedición de Sibiriakov, organizada por el Comité Estadístico de Yakutia, y de la labor literaria y científica de los deportados.

— Yo he hecho un censo en la aldea de Jatyn-Aryns-koe. Me he interesado por la agricultura en el territorio de Yakutia y he reunido datos sobre antropología. La expedición quería saber, entre otras cosas, si el pueblo yakuto

crece o se extingue. Hemos reunido valiosísimos datos acerca de los yakutos y los rusos. El año pasado logré publicar algo en el *Boletín de la Sección de Siberia Oriental de la Sociedad Geográfica.*

— ¿Tuvo repercusión?

— Los hombres de ciencia destacaron mi monografía *La aldea de Jatyn-Arynskoe.*

— Le quedaré muy agradecido si me la da a conocer. ¿Existe en la biblioteca de aquí?

— Sí. Esta biblioteca es casi como la de Krasnoyarsk.

— He frecuentado la biblioteca de Krasnoyarsk. Y hasta he utilizado los servicios del propio Yudin. El viejo dice que ha reunido cerca de ochenta mil volúmenes.

— Creo que, a pesar de las costumbres de los comerciantes, Yudin no exagera.

— Y ahora, ¿qué hace usted?

— Estoy terminando otra monografía: *Datos fisiológicos y biológicos acerca de los yakutos.* Quizá pueda publicarla aquí. Además, escribo ensayos y correspondencias para los periódicos y revistas de Siberia.

— ¿Y dónde está su familia?

— Me casé en Yakutia. Mi esposa, Cristina Grigórievna, deportada política, ha cumplido ya la condena. Y ahora vive con los tres hijos en Nikoláev, en casa de los padres.

Durante el té, Kon fue exponiendo sus puntos de vista, en los que había aún muchos prejuicios populistas. Lenin le escuchaba con atención, frunciendo ligeramente las cejas, y discutía con delicadeza, amistosamente.

Al día siguiente, Kon ayudó a Lenin a encontrar en la biblioteca los libros que buscaba y a adquirir algunas de las cosas que necesitaba.

En noviembre volvieron a entrevistarse.

Durante su deportación en Minusinsk, Kon, antes ya de que Lenin llegara a Shúshenskoe, estudió libros, folletos y proclamas dedicados a los problemas de la lucha de clases, leyó a Marx y Engels y fue transformándose paulatinamente de un adepto del partido "Proletariat" —que con-

jugaba el marxismo con el método del terror individual y la lucha por conquistar a las masas— en un revolucionario de mentalidad marxista. Víktor Kurnatovski le dio a conocer la actividad de la "Unión de Lucha por la Emancipación de la Clase Obrera".

Kon tenía conciencia de que la relación con los marxistas deportados le ayudaría a comprender los complejos problemas de la lucha de clases, la estrategia y la táctica de la revolución proletaria. Visitó a Starkov y a Krzhizhanovski en Tesínskoe. Los adeptos de "El Derecho del Pueblo"* le advertían celosamente: "Tenga usted cuidado... Acabará pasándose a ellos..." Pero eso no le preocupaba. Lo más importante para él era recibir respuesta a las preguntas que le inquietaban desde que leyera, todavía en Kara, obras marxistas ocultas en las pastas de las más inocentes publicaciones sobre economía e historia.

Los deportados llegados a Siberia Oriental hablaban mucho de Vladímir Ilich Uliánov, del singular ayudante de abogado de Samara y hermano del populista Alejandro Uliánov. Se sabía que Lenin había organizado en Samara el primer círculo marxista y dado conferencias. Después se dedicó a la actividad revolucionaria en Petersburgo, y en 1894 se publicó su libro *Quiénes son los "amigos del pueblo" y cómo luchan contra los socialdemócratas.* Apareció su artículo *Federico Engels.* Preparó los primeros números del periódico clandestino *Rabócheie Dielo* ("La Causa Obrera"...

Félix Kon deseaba entrevistarse con Lenin desde que éste llegó a Shúshenskoe el 8 de mayo de 1897, pero no había tenido ocasión de hacerlo. La visita de Lenin a Minusinsk desvaneció sus dudas acerca de si sería correcto hacer conocimiento con él por propia iniciativa. Lenin

---

* *"El Derecho del Pueblo":* organización clandestina de intelectuales demócratas, fundada en 1893. La mayoría de sus militantes ingresó más tarde en el Partido de los Socialistas Revolucionarios. (*N. de la Edit.*)

resultó ser más sencillo que los demás marxistas que había conocido Kon y, al defender sus puntos de vista, no hería el amor propio del interlocutor, era más moderado, cordial y accesible.

A comienzos de mayo de 1898 llegaron a Minusinsk Nadezhda Konstantínovna Krúpskaya y su madre, Elisabeta Vasílievna.

Krúpskaya conocía, por las cartas de Lenin, la existencia de la colonia de deportados en Minusinsk. Además, llevaba una carta para el hermano de una de sus amigas de liceo, Arkadi Tyrkov, condenado a deportación perpetua en Siberia. Era hijo de un noble de rancio abolengo y habían sido benevolentes con él en el proceso de los del 1 de marzo*.

Cuando Krúpskaya fue a casa de Tyrkov para entregarle la carta de su hermana y transmitirle los saludos de sus familiares, encontró allí a Félix Kon.

La entrevista fue tan amistosa y tan sencilla como con Lenin. Félix ayudó a las mujeres a aclarar algo en Correos (había sido retenido un nuevo paquete) y después salió en busca de un carro para hacer el viaje a Shúshenskoe.

No lejos de la ciudad, en un caserío, vivía Egor Filátov, un deportado político condenado en el "proceso de los cincuenta"**. Egor se dedicaba a la agricultura, y Kon le pidió que llevara a Nadezhda Konstantínovna y a su madre a Shúshenskoe. Es una lástima que no fuera con ellas. Quizá ese viaje le hubiera alejado definitivamente del partido "Proletariat". Pero no ocurrió así.

Más tarde empezaron las discrepancias entre los deportados por culpa de Semión Raichin, que lanzó un reto a

---

* El zar ruso Alejandro II fue asesinado el 1 de marzo de 1881 por un grupo de afiliados a la organización "Voluntad del Pueblo". (*N. de la Edit.*)

** Proceso político montado por el gobierno zarista contra los participantes en el movimiento revolucionario. En la vista de la causa, que tuvo lugar en Moscú a fines de febrero y comienzos de marzo de 1877, los acusados pronunciaron fogosos discursos, convirtiéndose en acusadores de la autocracia. (*N. de la Edit.*)

"los viejos del "Derecho del Pueblo" ". La tradición permitía evadirse de la deportación en cualquier momento y, en esos casos, se ayudaba al fugitivo a ocultarse y se le proporcionaba dinero y documentos. Pero esa misma tradición prohibía evadirse cuando el deportado recibía autorización oficial para ir al médico o a otros asuntos. Raichin se fugó sin prevenir a nadie y los deportados no pudieron ocultar a tiempo, antes de los registros, las publicaciones ilegales. Unos le justificaban, otros le condenaban. Las relaciones en los medios populistas de los deportados se enconaron y el acercamiento con el grupo de marxistas no llegó a producirse. Félix Kon se encontró solo, extraordinariamente abrumado. Y cuando la Sociedad Geográfica de Siberia Oriental le propuso marchar con una expedición al otro lado de la cordillera de Sayán, aceptó sin vacilar.

El contacto que había establecido con Lenin se interrumpió por mucho tiempo.

La expedición duró cerca de cuatro años y medio. Kon reunió valiosísimos datos, hizo una labor verdaderamente gigantesca, si se tiene en cuenta que fue a la vez jefe de la expedición, colaborador científico y auxiliar de laboratorio... Fue el primer investigador que estudió de veras, a fondo, con toda minuciosidad, la agricultura de los habitantes de Tuva, sus oficios y su caza, su género de vida y sus creencias, sus juegos y fiestas populares, sus creaciones artísticas. Regresó de la expedición con diarios detalladísimos, multitud de fotografías, dibujos esquemáticos, muestras del arte popular, calaveras para investigaciones craneológicas, huesos...

Los hombres de ciencia le recibieron en Irkutsk como a un triunfador. Incluso *Irkutskie Védomosti* ("La Gaceta de Irkutsk") informó del feliz regreso del jefe de la expedición al otro lado de los montes Sayán, después de un largo viaje, indicando en qué hotel se había alojado el científico. La Sociedad Geográfica decidió organizar una gran velada pública, anunciada con carteles en las calles, a la que se asistiría por invitación.

Pero... el gobernador general, conde de Kutáisov, se enfureció. El científico y jefe de la expedición no era para él más que un deportado político desprovisto de derechos. Prohibió la velada. En una reunión privada del Comité, Kon presentó un breve informe y se preocupó de una sola cosa: de que los datos y objetos reunidos con tanto esfuerzo no fueran a parar a manos de ignorantes ni desaparecieran sin dejar rastro. Su informe, los objetos expuestos y los relatos sobre sus numerosas aventuras en el camino despertaron entusiasmo, se le prometió aprovechar todo y publicar la parte literaria y científica y hasta se le dieron las gracias oficialmente.

Así terminó la expedición de Sayán, en la que Kon fue acompañado únicamente por un guía y un intérprete.

Después de Minusinsk y de las poblaciones del otro lado de Sayán, Irkutsk le pareció tan magnífica como la capital. A Félix Kon le emocionaba la posibilidad de entrevistarse con los ex cuativos de la cárcel de Varsovia, con los compañeros de destierro de Kara y Yakutia... Pero esta entrevista no le satisfizo lo más mínimo: se dejaban sentir las disensiones ideológicas. En los años de peregrinaje con la expedición, Kon, solitario, siguió pensando en Lenin, en Kurnatovski y reflexionando sobre sus posiciones políticas. Y al entrevistarse en Irkutsk con sus antiguos correligionarios, se descubrió que les separaba un profundo abismo... Se lo reprocharon a Félix Kon. A Kon, pero no a sí mismos.

Félix Kon regresó a la perdida "Minus", como Lenin llamaba a Minusinsk, en muy mal estado de ánimo.

Terminaba el año de 1903. Se percibía el acercamiento de la guerra.

Lenin no estaba ya en Shúshenskoe. Dijeron a Kon que tres años antes, a fines de enero, Lenin, Krúpskaya y su madre habían llegado a Minusinsk a altas horas de la noche, partiendo al amanecer del día siguiente para Achinsk. Recorrieron las trescientas verstas de camino en grandes trineos, envueltos por la espesa niebla debida a las

heladas de Krasnoyarsk. Desde Achinsk, Lenin y su familia. acompañados de unos amigos, fueron a Ufá, de allí a Pskov y, luego, al extranjero.

Contaron a Kon que Lenin había trabajado mucho en Shúshenskoe. Había escrito varias monografías de importancia y terminado una obra gigantesca: *El desarrollo del capitalismo en Rusia.* Este libro lo habían discutido por capítulos los socialdemócratas de Minusinsk, y a fines de marzo de 1899 vio la luz firmado con el seudónimo de "Vladímir Ilín", como informó el diario *Russkie Védomosti.*

Lenin escribió también numerosas recensiones y artículos, hizo varias traducciones del alemán y preparó el proyecto de Programa del Partido Obrero Socialdemócrata de Rusia.

Mientras Kon se encontraba al otro lado de los montes Sayán, Lenin visitó Minusinsk varias veces, se entrevistó con los deportados, conversó con ellos, celebró reuniones...

Kon no podía acostumbrarse a Minusinsk después de tan larga ausencia. Llegó la noticia de que por el magnífico éxito de la expedición había sido galardonado con la Medalla de Oro y la mitad del Premio Rastsvétov. Podría creerse que tenía motivos para estar alegre, pero él no sentía la menor alegría.

Poco después terminó el plazo de deportación. "Lo que tiene comienzo tiene también fin". Era hora ya de regresar a casa.

Habían pasado veinte años desde que fuera detenido en Varsovia. Y al volver, fue recibido no como un revolucionario vivo, sino como un icono, como un mártir. Pero la "canonización" no figuraba en sus planes... No, no era eso lo que él esperaba ni por lo que había sufrido largos años de presidio. ¿Sería posible que allí se viviera únicamente de los recuerdos del heroico pasado?

La entrevista con el infatigable Kwiatkowski-Tadeusz, un viejo amigo que conservaba el ardor de la juventud, le reveló que en Varsovia habían surgido muchas cosas nue-

vas, inadvertidas por él en el primer momento. En los corazones obreros ardía la fe en la victoria pronta e ineluctable, en la llegada de la nueva era.

Un día, Félix Kon vio una manifestación. Los obreros desfilaban con banderas por las calles de Varsovia. Y en una de ellas leyó los nombres de sus cuatro camaradas ejecutados entonces, aquel amanecer del 28 de enero... Sus nombres flameaban en las banderas. La revolución vivía, pletórica de fe en el porvenir, en sus fuerzas. El pasado lejano y el presente se fundían en una poténte ola. ¡Eso era lo que Kon quería ver y sentir!

Tras largos años de aislamiento, se incorporó de nuevo a la vida, a la revolución real, que insuflaba energías a cuantos se entregaban a ella por entero.

4

La nueva entrevista con Lenin tuvo lugar en Stuttgart, en el Congreso de agosto de 1907, en el que Kon representaba al PSP-"lewica"*. Era la primera reunión internacional a la que asistía Lenin.

Preparándose para el congreso, Kon, por encargo del partido, visitó las secciones de éste en el extranjero, estuvo en París, Londres y Zurich. El "viaje de inspección" le produjo una impresión penosísima: desorientación, confusionismo ideológico, falta de un objetivo claro, de perspetivas...

El Congreso de Stuttgart de la II Internacional le abrió los ojos, haciéndole ver más claramente aún estos defectos. La delegación polaca le pareció un monstruo multifacético: un conglomerado muy extraño de todos los partidos,

---

* El PSP-"lewica" se constituyó en 1906 al dividirse el Partido Socialista Polaco en dos organizaciones: el PSP-"lewica" y la llamada "Fracción revolucionaria del PSP", derechista, chovinista. Bajo la influencia del POSD(b) de Rusia y de la Socialdemocracia de Polonia y Lituania, el PSP-"lewica" fue desprendiéndose paulatinamente de su nacionalismo. (*N. de la Edit.*)

desde los de extrema izquierda, desde Rosa Luxemburgo, hasta los de extrema derecha, hasta José Pilsudski.

Cuando Kon habló a Lenin de los componentes de la delegación, Vladímir Ilich se limitó a reír: los delegados polacos, de convicciones y fines distintos, hubieron de sentarse a la misma mesa y durante la primera discusión, en torno a cómo distribuir las credenciales, se pelearon. Rosa Luxemburgo y otros miembros de la Socialdemocracia de Polonia y de PSP-"lewica" se separaron de la delegación.

— Sólo han quedado los "fracy"*, Vladímir Ilich... Los adeptos que tienen en Galitzia y Poznan.

— ¿Los fracy? ¿Así los llaman ustedes? ¡Muy ingenioso, muy ingenioso!

Lenin no habló en el Congreso de Stuttgart: los adversarios tenían superioridad de fuerzas y carecía de sentido darles la batalla. Lenin trabajó en la ponencia encargada de preparar la resolución acerca de *El militarismo y los conflictos internacionales*, conversó con los delegados durante los descansos entre las reuniones, hizo agitación e inclinó a su lado a los vacilantes.

Kon observó en el congreso que la delegación polaca no era el único monstruo multicéfalo. Allí estaban oportunistas tan "famosos" como David y Van Kol, que defendían el derecho de los pueblos civilizados a oprimir y explotar a los pueblos de las colonias; allí estaban el fogoso Jaurés, oradores improvisadores tan conocidos como Adler, Ferri y Daszynski y el astuto y calculador demagogo Vandervelde; allí estaba "el patriarca de la II Internacional", Augusto Bebel, que conservaba aún algo de las viejas tradiciones marxistas, pero que estaba ya cansado y había perdido su revolucionarismo; allí estaba también el charlatán anarquizante Hervé...

---

* *Fracy*: ala derecha del Partido Socialista Polaco. (*N. de la Edit.*)

Sobre Lenin y Rosa Luxemburgo recayó, en aquella "torre de Babel política", la dificilísima tarea de arrancar el aguijón oportunista que despuntaba en el proyecto de resolución propuesto por Bebel. Con enmiendas sutiles, Lenin dio un contenido marxista a los planteamientos de la resolución. El sentido de las enmiendas consistía en que, en caso de un choque bélico internacional, los obreros deberían transformar la guerra imperialista en guerra civil.

Después del congreso, Lenin dijo a Kon:

— Aunque la resolución ha resultado demasiado extensa, contiene, si embargo, una gran riqueza de ideas y señala con exactitud las tareas del proletariado. Esta resolución deberá acelerar, sin duda, el rompimiento decidido de la socialdemocracia rusa con la idea de la neutralidad, tan dilecta entre nuestros liberales.

Lenin y Kon partieron juntos de Stuttgart el 11 de agosto: Lenin volvió a Kuokkala, a Finlandia, y Kon, a Cracovia.

Subieron al mismo vagón y viajaron juntos hasta Nuremberg. Era ya de noche. En el farol colgado sobre la puerta ardía una gruesa vela. Tras la ventanilla se alejaba, llevando consigo el maremágnum de siete días de discusiones, la pequeña ciudad industrial de Stuttgart, la patria chica de Hegel, la capital de la tierra de Baden-Wurtemberg, situada en el valle del Neckar, afluente del Rin.

Acompañados del golpeteo cadencioso de las ruedas del tren se puede respirar con alivio y compartir impresiones.

Lenin, al principio pensativo, se animó súbitamente.

— Me estoy acordando —dijo, con los ojos entornados—, del banquete en las afueras de la ciudad... ¡Un grito infantil en una pradera!

Kon miró a Lenin al rostro.

— ¡Cerveza, vino, manjares, discursos empalagosos y sonrisas encantadoras como medio de unir lo que no puede unirse!

El episodio había sido, en efecto, divertido. Durante el banquete, Augusto Bebel, rodeado de admiradores y admi-

radoras, se acercó a las delegaciones, una tras otra, y brindó levantando la copa:

— *Meine Kinder!* ¡Hijos míos! —empezaba estereotipadamente sus discursos. Y luego venían los elogios de la labor y la composición de las delegaciones que compartían las ideas de los jefes de la II Internacional, los reproches y las amonestaciones paternales a los desobedientes...

Los rusos —entre los que se encontraba Kon— eran considerados allí como "cismáticos y sectarios".

— *Warum lieben Sie uns nicht?* ¿Por qué no nos quiere usted? —preguntó súbitamente Litvínov, adelantándose al discurso de Bebel cuando éste se acercó a la delegación de Rusia.

En la pradera se hizo el silencio. Bebel quedó boquiabierto. Pero la situación de jefe obligaba. Y sonriendo bonachón, dijo:

— ¡Yo quiero a todos! Pero el bolchevismo es *Kinderkrankcheit*. Una enfermedad infantil. Pasará pronto...

Lenin, de pie junto al banco, sorió socarrón. ¡Aquello era magnífico! Kon estrechó mentalmente la mano de Lenin por aquella risita, por haber aprobado la osadía de Litvínov.

En aquel momento, todos percibieron de pronto, con nueva fuerza, cuán claramente se habían definido dos corrientes opuestas en el movimiento obrero contemporáneo. Una de ellas perdía su revolucionarismo a medida que se acercaba el combate final y decisivo; la otra encabezaba la lucha por la dictadura del proletariado, la lucha por el comunismo, la lucha que en el curso de la revolución se hace fuerte y audaz.

...Las ruedas seguían martilleando, la luz de la vela vacilaba, lanzando ráfagas de luz a los rincones oscuros del vagón, goteaba la estearina...

Lenin recordó Minusinsk, recordó a los deportados.

— He leído en algún sitio —dijo a Kon— que después de sus obras sobre los habitantes de Tuva, ningún investigador puede escribir sin citarlas. Es usted uno de los pri-

meros exploradores que ha hecho una aportación seria a la ciencia.

— Exagera mis méritos, Vladimir Ilich.

— ¡No sea modesto!

Y Kon se imaginó de nuevo a aquel Lenin de veintisiete años, todavía estudiante.

Volvieron a hablar del congreso y de los asuntos polacos, que preocupaban a Lenin.

— Nuestra situación es complicada —confesó Kon-. Lucha. Hostilidad. Cismas. Pilsudski ansía convertirse en jefe de los chovinistas más desenfrenados. Pugna por subir al poder.

— No pueden comprender que no se trata del socialismo para la independencia nacional, sino de la independencia nacional para luchar por el socialismo. Mas también su "lewica", camarada Kon, seamos sinceros, sigue manteniendo, a mi juicio, la revisión a medias de los principios nacionalistas del Partido Socialista Polaco. Debe usted incorporarse al marxismo definitivamente y para siempre, emprender el camino de la revolución socialista, de la dictadura del proletariado.

— Sí... He pensado mucho en eso en Sayán y en Polonia. Y creo que no sin éxito. Pero es imposible desembarazarse súbitamente del pasado.

— ¡Exacto! Lo importante es que comprenda que debe desembarazarse de él.

Ambos callaron.

— El congreso ha dejado un sentimiento confuso —dijo Kon, deseando eludir la conversación sobre sí mismo.

— ¿Confuso? ¡No! La cuestión está clara. Hemos conseguido algo. Pero, como es natural, no me hago ilusiones: en caso de coflicto bélico, los jefes actuales de la II Internacional no aplicarán hasta el fin ni siquiera esa resolución... Tal es la naturaleza del oportunismo.

Lenin preguntó a Kon cómo había conseguido entonces, en Minusinsk, que se le autorizara a salir al extranjero.

Kon le contó que la Sección Oriental de la Sociedad

Geográfica, que le conocía por la expedición de Yakutia, le propuso hacer un estudio de los urianjaitsi-soiones, y el gobernador general de Irkutsk, conde de Kutaísov, que ignoraba dónde habitaba este pueblo, dio su conformidad.

— Después se aclaró que los urianjaitsi-soiones vivían fuera de los límites del Imperio zarista y había que conceder pasaporte para el extranjero a un deportado político, al que se ponían obstáculos incluso para desplazarse por Siberia. Se armó un lío... Pero el conde no podía ya retroceder sin patentizar su ignorancia. Y tras el papeleo de costumbre, me entregaron el pasaporte.

Lenin rió alegremente.

— ¡Es un rasgo peculiarísimo de la vida de los sátrapas zaristas! Yo podría también contarle no pocos casos semejantes. Pero es una historia muy vieja...

Kon recordó en el acto una línea de Heine:

— ¡Y eternamente nueva! Mientras domine el régimen zarista...

5

Tanto el Congreso de Stuttgart como la conversación en el vagón, a la luz vacilante de la vela, y todos los acontecimientos posteriores llevaron a Kon al camino de que le hablara Lenin.

Más tarde, cuando empezó la guerra mundial y Lenin fue detenido por las autoridades austro-húngaras en Poronin en el verano de 1914, Kon y sus amigos hicieron todo lo posible para arrancar de manos de los gendarmes al guía de la clase obrera. En Suiza, cuando la guerra dividió la II Internacional, Kon siguió descubriendo en Lenin nuevos y nuevos rasgos de su carácter, de su talento, de su pericia para trabajar con los hombres.

Kon compartió la posición de los bolcheviques en las conferencias de Zimmerwald y Kienthal y cumplió con su deber internacionalista luchando contra el oportunismo, ayudando a fundar partidos marxistas revolucionarios, comunistas.

En Suiza, Kon se entrevistó frecuentemente con Lenin. De ordinario, sus entrevistas tenían lugar en el pequeño apartamento que Lenin ocupaba en las afueras de Berna, cerca del bosque; en la barata pensión del Hotel Marmental, de la aldehuela de Sërenberg, perdida en las montañas; en el Café Zum Adler, de Zurich; en las bibliotecas suizas, magníficamente organizadas, y en la Oficina de Cajas de Emigrados, de la que Kon era presidente y Krúpskaya secretaria.

Lenin decía en aquellos días:

— Tendremos que soportar aún muchas penalidades. No importa, hemos aprendido a esperar. Lo que no se puede comprender es hasta qué extremo son resignados y pacientes los obreros de Europa Occidental. Se ha hablado siempre de la gran paciencia del mujik ruso. Pero ellos, quizá, nos sobrepasen.

Durante la guerra, cuando los dirigentes de la II Internacional se confabularon abiertamente con su burguesía, Lenin exigió que se rompiera con los traidores. Dijo que hacía falta otra Internacional, libre de las trabas del oportunismo y del socialchovinismo. Sólo una Internacional así podría ganarse a los obreros, transformar la guerra imperialista en guerra civil, acabar para siempre con las guerras en general.

La luz de las ideas leninistas iluminó el espíritu de Kon, haciéndole ver con mayor claridad los errores del pasado, la verdad del presente y los contornos lejanos del futuro. Vino después la Revolución de Febrero. El regreso a Rusia. La Revolución de Octubre...

Félix Kon ingresó en el Partido Bolchevique en el año difícil, glorioso y heroico de 1918, culminando así el proceso de su maduración política.

Cuando la Polonia terrateniente agredió al País de los Soviets, Félix Kon dirigió el periódico polaco *La Voz del Comunista*, que era difundido entre los polacos del Ejército Rojo y los legionarios de Pilsudski. Kon escribió proclamas, llamó a sus compatriotas a volver las armas contra

su burguesía. Propugnó la paz entre la Rusia Soviética y Polonia, la paz y la amistad entre los pueblos soviético y polaco. En 1920, cuando las tropas del Ejército Rojo se acercaron a Varsovia y se constituyó en Bielostok el Comité Provisional Revolucionario —primer Gobierno obrero de Polonia—, Kon formó parte de él.

En el otoño de 1920, Félix Kon volvió a Ucrania, fue elegido miembro del Comité Central del PC(b) de Ucrania y, al año siguiente, en marzo, secretario del CC. Trabajaba mucho y exigía a los demás que trabajaran. Terminadas la guerra civil y la intervención extranjera, parecía que habría que empezarlo todo de nuevo para que floreciera la tierra ucraniana, para que humearan las fábricas, para que el carbón, como un brillante río negro, afluyera a la bocamina y la vida del hombre se hiciera más luminosa.

Y después, de nuevo a Moscú. De 1922 a 1935, Félix Kon trabajó en el Comité Ejecutivo de la Internacional Comunista. En aquellos mismos años y más tarde dirigió diversos periódicos y revistas —*Krásnaya Zvezdá* ("Estrella Roja"), *Rabóchaya Gazeta* ("Periódico Obrero"), *Sovietski Muséi* ("El Museo Soviético") y *Nasha Straná* ("Nuestro País"), redactó una serie de folletos histórico-revolucionarios para la juventud y formó parte del Consejo de Redacción de la revista *Kátorga i Ssylka* ("El Presidio y el Destierro").

Encabezó el Departamento de Arte del Comisariado del Pueblo de Instrucción Pública de la Federación Rusa, el Comité de Radiodifusión de la URSS, el Departamento de Museos del Comisariado del Pueblo de Instrucción Pública, el Comité Protector de monumentos de la revolución, del arte y de la cultura, la Sociedad de Ex Deportados Políticos y el Socorro Rojo Internacional.

Esta simple enumeración prueba por sí sola la irrefrenable energía creadora de un hombre que en 1924 tenía ya sesenta años.

Félix Kon fue autor no sólo de numerosísimos artícu-

los, folletos, monografías y estudios de carácter político, publicístico, histórico-científico y biográfico, sino también de una obra tan fundamental como sus memorias en cuatro tomos: *En cincuenta años.* Las memorias, que han sido reeditadas varias veces, contienen valiosísimos hechos y datos sobre la historia del movimiento revolucionario en Polonia y en Rusia a fines de siglo XIX y comienzos del XX. Kon describe con amenidad, riqueza de imágenes y soltura la vida de los revolucionarios, reproduce los pensamientos y el estado de ánimo de las distintas clases y sectores sociales de su tiempo y traza cuadros emocionantes de la vida en las cárceles y presidios, de la conducción a pie de los reclusos encadenados, de las condiciones de existencia de los presidiarios y deportados. Tiene gran interés científico la parte de sus memorias en que Kon aparece como hombre de ciencia, como investigador de la vida de los pueblos de Yakutia y Tuva. El etnógrafo, el antropólogo y el estadístico se conjugan en él con el artista, con el literato. Y estos rasgos dan a sus memorias un encanto y una originalidad especiales.

Los compañeros de trabajo de Félix Kon en los periódicos y revistas distinguían el estilo de Lenin en su actitud ante la palabra impresa, en la elección de los colaboradores y en la organización de la Redacción. B. Bárova, recordando el período en que Félix Kon dirigía *Krásnaya Zvezdá*, dice: "Entonces, muchos jefes y oficiales del Ejército Rojo tenían aún poca cultura, y Félix Yákovlevich decía con frecuencia: "Escribid sin avergonzaros de vuestra poca cultura. La falta de cultura se puede remediar, pero en la vida de la sociedad hay que participar ya ahora, sin aplazarlo ni un minuto, sin dejarlo para mañana" ".

Félix Kon atraía a la gente con su magnanimidad espiritual, con su sencillez, y la colectividad que él dirigía se distinguía por su cohesión, disciplina y amistad. Destacaba una y otra vez el pensamiento de Lenin de que la dirección de un periódico o de una revista es una obra

profundamente de partido, que redactar significa subordinarlo todo, desde la primera línea hasta la última, a los fines y las tareas de partido. "Una revista sin orientación —decía Lenin— es una cosa disparatada, absurda, escandalosa y perjudicial". Esta tesis de Lenin fue la principal para Kon en su trabajo.

Kon desplazaba de los periódicos y revistas las frases altisonantes y trataba de dedicar el mayor espacio posible a las noticias y correspondencias cuyos autores destacaban los rasgos de la vida nueva, los gérmenes de las relaciones que estaban surgiendo ya en la realidad soviética. En las breves reuniones diarias de la Redacción y en las conversaciones con los periodistas que partían en comisión de servicio, Kon decía, repitiendo la indicación de Lenin:

— Manteneos lo más cerca posible de la vida, camaradas. Prestad la mayor atención posible a cómo la masa obrera y campesina crea *de hecho lo nuevo* en su trabajo cotidiano. *Comprobad* más hasta qué punto es *comunista* eso nuevo.

A Kon no le gustaban los materiales "punzantes", los articulillos chillones, sino que exigía un análisis profundo y práctico de los hechos, un estudio de las causas que habían originado estos o aquellos fenómenos. ¡Eficiencia! ¡Sobre todo, eficiencia!

Félix Kon era sencillo, no soportaba el artificialismo ni la falsedad en las relaciones humanas. A su despacho acudían a visitarle para tratar de asuntos concretos y para sostener un amistoso intercambio de opiniones, de noticias; le interesaba todo lo que ocurría en el país, y cuantos regresaban de algún viaje debían contarle circunstanciadamente, con todo detalle, tanto lo principal como las impresiones del camino, las entrevistas, lo que habían visto en las ciudades y aldeas. Mas, pese a toda su sencillez, no toleraba la familiaridad, no soportaba la relajación y llamaba severamente al orden a los presuntuosos.

Félix Kon dirigió *Rabóchaya Gazeta*, órgano del CC del PC(b) de la URSS, a partir de su número 2.000. El

periódico publicaba de ocho a doce páginas, con algunas especiales para Leningrado, los Urales y Ucrania. *Rabóchaya Gazeta* tenía suplementos, en forma de revistas. La tirada global de la publicación pasó en 1929 de 1.200.000 ejemplares. El periódico y las revistas se apoyaban en más de 14.000 corresponsales obreros. La Redacción recibía a diario cerca de 400 cartas.

Kon llevó también a la esfera del arte el estilo leninista de trabajo cuando se le encomendó, en febrero de 1930, la dirección del Departamento de Arte del Comisariado del Pueblo de Instrucción Pública de la Federación Rusa. Los viajes por el país, la celebración de conferencias y reuniones, la amistad con el personal de los teatros de Moscú y de provincias, la relación con los artistas, pintores, escultores, escritores y compositores, todo eso requería tiempo, desvelos, comprensión de las peculiaridades del trabajo y conocimiento del asunto.

Constituyó una fiesta popular la inauguración en Moscú, durante el verano de 1930, de una Olimpíada de Arte, en la que participaron 18 teatros nacionales y 10 conjuntos músico-etnográficos. En las calles y en los parques, en los clubs y en los escenarios de los teatros tuvieron lugar emocionantes entrevistas, que simbolizaban la unidad de la cultura socialista, la vitalidad de la política nacional leninista.

Félix Kon, que jamás prestaba atención a su aspecto, a su viejo traje de trabajo, se vistió elegantemente el día de la apertura de la olimpíada y parecía incluso rejuvenecido.

De pie en el escenario del teatro, pronunció un fogoso discurso:

— Es este un momento histórico. En tanto que fuera de nuestro país se resuelve el problema nacional con bombas y cañones, en este momento, se reúne nuestra olimpíada. Lo que vemos aquí no es más que una partícula de lo que ocurre hoy en toda nuestra Unión Soviética. Estamos descubriendo de nuevo nuestro país... Lenin decía:

"No conocemos todavía las fuerzas creadoras del proletariado. Cuando derroque el yugo del capitalismo. y sólo entonces, se desplegarán estas fuerzas creadoras". Y cuando miro a los aquí presentes, me imagino un larguísimo tren de vagones internacionales, en los que se han instalado distintas nacionalidades. . .

Era un período en el que las masas trabajadoras, después de vencer la ruina y la guerra, se sentían atraídas en su vida pacífica por el teatro y la música, la literatura y las artes plásticas. Era un período en el que los "izquierdistas", haciendo juegos malabares con las frases revolucionarias, intentaban por todos los medios desviar el poderoso cauce de la cultura socialista y vaciarla de su contenido comunista, negaban el valor de la herencia cultural del pasado y, encubriéndose con la consigna de "innovación", trataban de introducir en la literatura y el arte la vacuidad ideológica y el formalismo.

Kon aplicó con firmeza la política leninista, esforzándose por poner al alcance de las más vastas masas los riquísimos tesoros del arte del pasado y por acercar a la vida el arte del presente, a fin de que reflejase con mayor amplitud y brillantez los intereses del pueblo, sus anhelos y sueños, de que reportase alegría, fortaleciese la fe en el triunfo de las ideas del comunismo y ayudase a vivir a los soviéticos.

En aquellos años, a pesar de su avanzada edad, Félix Kon viajó mucho por el país, pronunció discursos, fue el iniciador de las giras de los conjuntos teatrales y musicales de la capital a las grandes empresas en construcción del primer plan quinquenal. Entonces podía verse exposiciones ambulantes de los mejores cuadros en las ciudades de los Urales, de Siberia y de Kazajstán. Se inauguraban teatros locales, estudios, conservatorios dominicales y escuelas de Bellas Artes.

Lenin decía que "la tarea cultural no puede ser cumplida con la misma rapidez que las tareas políticas y militares. . . En la guerra se puede triunfar en unos cuantos

meses, pero en el frente cultural no se puede vencer en ese plazo; por la esencia misma de la obra, se necesita un plazo más largo y hay que adaptarse a ese plazo más largo, calculando nuestro trabajo. . .”

Kon comprendía esto magníficamente.

Abordaba con inextinguible interés creador cualquier trabajo en el gran frente cultural. En 1931, el partido le encargó de dirigir la radiodifusión inalámbrica y alámbrica del país. Y allí, en aquel ámbito nuevo para él, aportó todo lo vivificador que le daba la comprensión de la propia esencia del leninismo. En las declaraciones hechas a un colaborador de la revista *Radiofront*, el presidente del Comité de Radiodifusión de la URSS le dijo:

— En la actualidad orientamos los esfuerzos a hacer patrimonio de las masas los tesoros del pasado y a atraer al micrófono a los contemporáneos de más talento, tanto en el terreno de la literatura como en el de la música.

Y en una conversación con sus colaboradores del Comité, Kon destacó las posibilidades ilimitadas de la propaganda por radio, la posibilidad de hablar al mismo tiempo a millones de personas.

— ¡Celebramos mítines en una sala en la que están sentadas decenas de millones de personas! ¡Esto es magnífico! ¡Pero esto implica también, camaradas, extraordinaria responsabilidad!

* * *

Los días fueron pasando, sin retardar su marcha. Kon tenía su cómputo del tiempo. . . En 1941 se encontraba en las afueras de Moscú. El 22 de junio le telefonearon del Comité Central, le llamaron urgentemente. ¡Había empezado la guerra!

A los setenta y siete años no se puede ir al frente. Pero él fue: el 22 de junio de 1941 empezó a dirigir las emisiones de Radio Moscú en polaco. Empuñó una arma probada que podía fulminar al enemigo y mantener la combatividad de los amigos.

Y el corazón no resistió la tensión.

Félix Kon. . . Félix Kon. . .

Fue miembro de la Unión de Escritores, pero no se consideraba un literato, a pesar de que su pluma podía equipararse audazmente a una bayoneta.

Fue etnógrafo e historiador, pero no se consideraba hombre de ciencia.

Fue una personalidad de la cultura, pero se consideraba solamente un combatiente de filas del gran Partido de Lenin, un soldado de la revolución, que consagró su vida al pueblo y le sirvió con toda el alma, sin escatimar energías.

N. Strokovski

UNA ENTREVISTA QUE NO SE CELEBRO

UNA ENTREVISTA QUE NO SE CELEBRO

No tengo más deseo que el de proseguir, en unión de miles de entusiastas, la obra de la renovación de la tierra, a la que nos exhortaba el gran Lenin.

I. MICHURIN

"La obra de la renovación de la tierra" era la expresión predilecta de Iván Vladímirovich Michurin. La encontramos multitud de veces en sus obras principales y en centenares de cartas, mensajes de saludo, informes y telegramas enviados o recibidos por él.

La vida del gran naturalista fue difícil, incluso terrible, no porque tuviera que luchar, sino porque se vio obligado a hacer penosos y humillantes intentos de romper la telaraña viscosa y desesperanzadora del no reconocimiento oficial. En largos años de trabajo apasionado y heroico creó para Rusia decenas de variedades de manzanas, peras, cerezas, albaricoques y bayas, resistentes al frío y delicadas, de gran rendimiento, sencillas y muy agradables al paladar. Pero todo este tesoro fabuloso, nunca visto, no pudo rebasar los límites de su ciudad natal: Kozlov.

Las autoridades, la Iglesia y la ciencia oficial venían afirmando a lo largo de la historia la inmutabilidad de todo lo existente. Todo procede de Dios —decían—, y sólo los perturbadores, los revolucionarios, pueden tratar de destruir el sistema establecido... Cada cual podía tomar en sus manos las manzanas o las peras cultivadas por el

Lenin en mayo de 1919

científico. Y, sin embargo, no podía reconocerse su existencia... Cerrar los ojos, no verlas, no reconocerlas, era más fácil que aceptar la temeraria ingerencia del hombre en las ordenanzas "divinas". La labor del sabio marchaba en algún sitio al lado de la "conmoción de los cimientos".

Michurin mismo trató de abrirse paso al corazón de Rusia. Pero no había tribuna para él. No se le invitaba a los congresos oficiales. No se publicaban sus obras. ¡Antes de la revolución no vio la luz, no ya un libro, sino ni siquiera un folleto del científico!

En vista de ello, el propio Michurin emprendió la publicación de un anuario-catálogo, con lista de precios de sus frutos, editándolo en una imprenta de Kozlov en el papel más barato. Repartió su anuario entre el personal de los trenes y los vendedores de manzanas, entre cuantos llegaban a Kozlov, e intentó remitirlo a las instituciones oficiales de Rusia...

Viajó mucho, vio la miseria y la pobreza más espantosas. Tenía en sus manos las llaves de un tesoro, rogaba que tomaran este tesoro, esta riqueza y gloria eternas, se esforzaba por persuadir, suplicaba, pero encontraba indiferencia e incluso mofa...

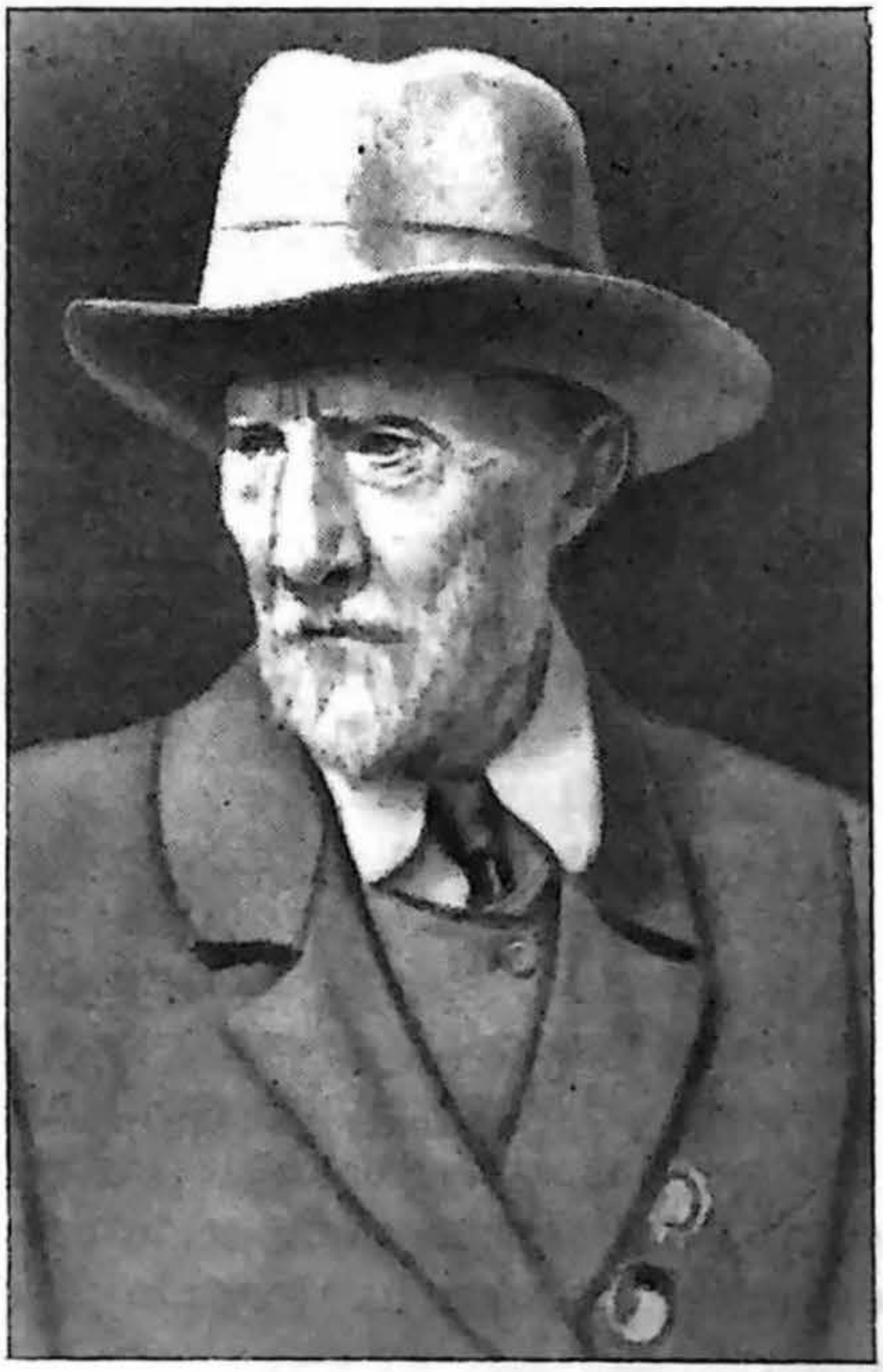
Los científicos horticultores no creían, no querían creer en la posibilidad de lo que hacía Michurin.

Los decenios de tentativas furiosas y desesperadas de llegar con sus frutos maravillosos hasta el campesinado ruso engendraron en Michurin un odio especial a las autoridades... Precisamente las autoridades eran aquel muro insensible contra el que se estrellaban no sólo las conquistas del científico, sino su propia vida, desventurada y difícil...

Se han conservado algunas páginas amarillentas de su diario de 1869. Michurin, que tenía entonces trece años, anotaba en él sus observaciones meteorológicas. Prestaba atención a las condiciones climáticas, al carácter de la florescencia de los árboles frutales, a su rendimiento... En cada línea se percibe el deseo punzante y un

tanto cómico de entablar inmediatamente una batalla organizada contra los elementos... Cómico, si no supiéramos lo que habría de hacer, lo que habría de crear, cuando fuera mayor el autor de aquel diario infantil.

Es propio de los seres humanos hacer el balance de su vida a los sesenta años. Y en 1914, cuando va a cumplir esa edad, Michurin publica en la revista *Sadovodstvo* ("Horticultura") un artículo muy corto y muy triste. Lleva un título bastante inesperado: *Breves datos autobiográficos generales para ilustrar el retrato.* En la foto reproducida en el mismo número de *Sadovodstvo* se ve a un hombre enjuto, de barba pequeña y bigotes grandes, enfundado en un sobrio redingote... Todos los detalles de este retrato nos hablan de una lucha de muchos años y de una extrema tensión de fuerzas: los ojos, un tanto fatigados y severos; las acusadas arrugas del puente de la nariz, insuficientemente retocadas; la postura defensiva; la cabeza, vuelta en un gesto de desconfianza... La primera impresión que causa la fotografía es que el hombre reproducido en ella, si no ha sido doblegado por completo, se encuentra, al menos, en un límite penoso, extremo. Y lo que escribe enton-



Iván Michurin

ces Michurin en su nota autobiográfica acentúa esta impresión:

"Han pasado por mis manos decenas de miles de experimentos. He creado gran cantidad de nuevas especies de frutales, de las que he obtenido varios centenares de variedades nuevas... He realizado esta obra como he podido, con mis propios recursos, fruto de mi trabajo personal. Durante todo el tiempo transcurrido he luchado sin cesar contra la necesidad y he soportado en silencio toda clase de privaciones, sin pedir jamás un subsidio al gobierno con el fin de dar un desarrollo más amplio a esta obra, útil en grado sumo e ineludiblemente necesaria para la agricultura rusa.

Por consejo de destacados horticultores, he enviado repetidas veces informes a nuestro Departamento de Agricultura, en los que he tratado de explicar toda la importancia y necesidad de mejorar y completar nuestros surtidos de árboles frutales mediante la obtención de nuestras propias especies locales de semillas. Pero ninguno de estos informes ha dado resultado. Finalmente, ahora ya es tarde: los años han pasado y las energías están agotadas".

¿Será posible que el hombre que figura en esta fotografía tenga sesenta años? Representa cuarenta y siete... cincuenta, a lo sumo... Y al contemplar con detenimiento la foto, empieza a comprenderse involuntariamente que este hombre no ha sido doblegado; que, como habría de decirse más tarde, encierra en sí reservas inagotables, que es en verdad un hombre de granito...

Era propio de Michurin indignarse sarcásticamente, furiosamente, a veces desenfrenadamente; pero lamentarse, jamás. Y eso que el destino era inclemente con él, haciendo caer cada día nuevas desgracias sobre sus espaldas.

Había ya cierta ironía del destino en el hecho de que él, débil retoño de un arruinado terrateniente de Riazán, no se sintiera atraído por ninguna ocupación de gabinete,

sino por una obra que requería un duro trabajo físico, manual. La familia de los Michurin, aunque pobre, era rebelde, orgullosa, no inclinaba la cerviz ante nadie. Y así, indoblegable, creció también el futuro naturalista. La muerte del padre y la ruina completa no hicieron más, que exacerbar en él el sentimiento de independencia, la necesidad de defender su dignidad humana. Los golpes, los papirotazos al amor propio llovieron sobre él desde la infancia... Nada más empezar a estudiar en el liceo fue expulsado "por faltar al respeto a los superiores"...

Vienen después los años de trabajo monótono y embrutecedor como oficinista, la miseria, la vida de la familia con un sueldo de doce rublos. A costa de increíbles privaciones consigue tomar en arriendo una pequeña parcela de tierra para su primer huerto. Está lejos, muy lejos aún de la idea de renovar la tierra. Por ahora siente únicamente una irresistible inclinación por la horticultura. En unión de su esposa, su cuñada y su sobrina, Michurin trabaja día tras día hasta altas horas de la noche. Acude a la oficina, repara en casa relojes y toda clase de aparatos, pero las horas y los minutos más queridos, más necesarios, los pasa en el huerto. Su diario de este primer decenio es un testimonio de firmeza de hierro, de dedicación completa a la idea que le ha cautivado... Considera que el aprovechamiento de las plantas tal y como existen en la naturaleza puede ser poco provechoso. Hay que mejorarlas, dotarlas de cualidades útiles y destruir sus propiedades negativas.

Su afición no conoce límites: no ve nada, no quiere saber nada de nada, sólo le interesan sus plantas. Su apasionamiento es tan contagioso que cuantos le tratan de cerca, en primer lugar su esposa y sus familiares, pueden vivir también pensando únicamente en las plantas. Tienen ya en su parcela más de seiscientas especies. Están tan hacinadas que empiezan a perecer... Las peticiones de ayuda suscitan sorpresa e ironía. A Michurin le da pena destruir parte de las plantas que experimenta. Escribe en

el diario: "Plantar entre los árboles y a lo largo de la cerca. Si destinamos cuatro vershoks* a cada planta, podremos resistir tres años".

La familia come durante tres años una especie de gazpacho: pan y cebolla desmenuzados en agua salada. Y sus hortalizas, más unas briznas de té suficientes para hervir una sola tetera. Cuando la suerte le acompaña, Michurin adquiere una parcela de tierra mayor: a plazos o vendiendo todo lo inimaginable para adquirirla. Entonces se descubre que no hay dinero siquiera para el acarreo de las plantas. Y Michurin, ayudado por su esposa y sus familiares, transporta a hombros sus plantas a siete kilómetros.

Tienen que vender también la casa en que vivía la familia. Y durante dos años se alojan en una cabaña levantada por él mismo en una nueva parcela. En cambio, cinco años después susurra ya allí otro huerto magnífico, más extraordinario aún, lleno de árboles y frutos que no existen en ningún otro lugar del mundo.

Pero Rusia no sabe nada de eso y a las autoridades les tienen sin cuidado los maravillosos huertos de Michurin. Ni estos huertos ni él mismo encajan en la ciencia oficial ni en la tabla de rangos... Se ha organizado el complot del silencio.

Se ve obligado una vez más a trasladar el huerto-vivero a un nuevo lugar, con sus propias manos, naturalmente. Es el cuarto viaje del huerto. Durante el traslado deja de existir una parte tan considerable de su colección, única en el mundo, que Michurin parece a punto de desanimarse. Pero sólo lo parece: pese a todo, no abandona el trabajo... Ni siquiera cuando en la primavera de 1915, durante una crecida, el río turbulento inunda el vivero y por poco no entierra bajo los pedazos de hielo todos los plantíos de dos años y valiosísimos híbridos... Ni siquiera

---

* *Vershok:* antigua medida rusa de longitud, equivalente a 4,455 centímetros. (*N. del T.*),

cuando en el verano de aquel mismo año fallece víctima del cólera, que hacía estragos en Kozlov, su esposa, Alexandra Vasílievna, el más íntimo amigo y ayudante.

En 1917, Iván Michurin cumplió sesenta y dos años.

En Rusia sólo le conocían unas cuantas decenas de personas. Es cierto que los audaces experimentos de Michurin habían sido ya reconocidos en el extranjero. En 1898, el Congreso de Granjeros del Canadá, reunido después de un invierno riguroso, hizo constar que todas las viejas especies de cereza, tanto las de origen europeo, como las de procedencia americana, se habían helado en el Canadá, a excepción de la *Fecunda* de Michurin, de la ciudad rusa de Kozlov. "Es, por lo visto —escribieron los granjeros—, la mejor cereza del mundo por su resistencia a los fríos y al invierno. Le rogamos que nos tenga al corriente de sus sucesivos descubrimientos y éxitos".

También los emprendedores norteamericanos apreciaron debidamente las especies michurinianas de frutales y bayas. Del otro lado del océano llegaban con frecuencia a Kozlov, a ver a Michurin, hombres de ciencia que estudiaban minuciosamente su vivero. Y en 1913, Iván Michurin recibió del gobierno de los Estados Unidos de América la proposición oficial de que le vendiera todo su vivero y que él mismo, junto con sus árboles y plantas, se trasladase al Nuevo Mundo, abandonando su ingrata patria... La propuesta era seductora:

"Para efectuar los experimentos que usted mismo elija se le destinarán vastas plantaciones en las latitudes que señale. En las plantaciones se montarán los laboratorios que considere necesarios. Se le proporcionarán todos los obreros, ayudantes y científicos que requiera la amplitud de los trabajos. Se le entregará en propiedad personal un buque. Serán trasladados desde Rusia todas sus plantas, todos los bienes, todo lo que usted indique. Se le dará la posibilidad de conseguir semillas en todos los confines del globo terráqueo. Y se le pagará para vivir 8.000 dólares..."

Pero por riguroso que fuera con Michurin su país natal, era, pese a todo, su patria. Y él era un fiel hijo suyo y tenía fe en el futuro luminoso de la tierra que le había visto nacer. Y no fue a América.

"Tengo muchos motivos para negarme —escribió en respuesta a la invitación—. Pero el principal es el siguiente: sé desde hace mucho que la aclimatación de las plantas mediante la simple transplantación de su tierra natal a otra ajena no da resultados. Lo mismo puede decirse, probablemente, de las personas".

Al mismo tiempo que despedía con cierta descortesía a los emisarios norteamericanos, Michurin se indignaba con las autoridades de Rusia, reñía con los generales de la ciencia, intentaba una vez y otra abrirse paso a través de la infranqueable ignorancia burocrática, se descorazonaba definitivamente... En octubre de 1917, en el vivero de Michurin se contaban cerca de ochocientas variedades de plantas: de Rusia Central, de los EE.UU., Canadá, Japón, Corea, China, India, Indonesia, Francia, Inglaterra y Asia Central, así como del Tibet, del Pamir, del Cáucaso, de los Balcanes, de los Alpes, de Crimea, de la tundra, etc. Michurin había obtenido para entonces cuarenta y cinco nuevas variedades de manzanas, veinte de peras, trece de cerezas, quince de ciruelas... ¡En total, más de ciento cincuenta nuevas variedades de frutos y bayas!

Mas todo eso se quedaba en la ciudad de Kozlov, en un insignificante lugar de Rusia. Y para despertar de alguna manera el interés de los funcionarios del Departamento de Agricultura, en sus últimas exhortaciones, indignadas e ingenuas Michurin les decía que "en el extremo occidental de la calle de Ucrania (ciudad de Kozlov), en la casa número 120, M. Davydova, en una finca de la ciudad, obtiene anualmente un ingreso de hasta tres mil rublos de sesenta y tres perales *Beurré Michurin de invierno*".

En estas palabras, en estos cálculos al céntimo resuena no sólo la desesperación, sino la desesperanza.

2

Michurin vio por vez primera a un bolchevique en el verano de 1905. Ya de noche descubrió en el huerto a un hombre con la ropa mojada y desgarrada. Todo hacía pensar que aquel hombre había llegado hasta allí cruzando a nado el río Lesnói Vorónezh.

— ¿Quién es usted? —preguntó bruscamente Michurin.

El desconocido, sin tratar de ocultarse, contempló al científico y súbitamente, con una sonrisa franca, le preguntó:

— ¿Puede usted darme trabajo?

El rostro del recién llegado predisponía a su favor, pero Michurin, obligándose a parecer enfadado, golpeó en la tierra con el bastón que llevaba en la mano y le exigió que respondiera a su pregunta.

— ¿Me permite que no responda? —preguntó, a su vez, el desconocido, encogiendo sus anchos hombros. Luego dijo que se llamaba Pereloguin.

Michurin le miró, comprendiendo... En aquellos tiempos de detenciones y fusilamientos en masa después de fracasada la revolución, quienes habían participado en ella se salvaban como podían.

Así se quedó en casa del científico el obrero bolchevique Desenchuk. Los gendarmes olfatearon dónde se ocultaba y visitaron el vivero repetidas veces a las horas más intempestivas, pero Michurin consiguió ocultar a su huésped.

Es una lástima que las conversaciones con Desenchuk dieran poco al científico. Michurin deseaba con toda el alma el triunfo de la revolución, pero sus propios fracasos y los decenios de penosos desengaños le habían hecho escéptico.

Parece probable que Desenchuk mencionara el nombre de Lenin durante las conversaciones con Michurin. Pero Michurin no se entrevistó con él ni entonces ni más tarde, cuando Lenin oyó hablar de la labor del científico. No se

sabe tampoco que se cruzaran cartas entre ellos. Y, sin embargo, aunque no se vieron nunca, se encontraron.

Kozlov era una pequeña ciudad provinciana, típica de la antigua Rusia, semejante a la descrita por Ostrovski en *La tempestad*, en la que vivían Katerina y el mecánido Kulibin. También allí se apreciaban el dinero y los grados, prevalecían las severas costumbres patriarcales. Los pequeños comerciantes y tenderos acogieron con desconfianza la Revolución de Octubre. Durante cierto tiempo, los socialistas-revolucionarios ocuparon el poder en Kozlov. Mas después llegaron los bolcheviques.

Iván Michurin se pasó toda la noche yendo de un lado para otro por la habitación. Se sentó a la mesa y escribió en su diario: "Trabajaré para el pueblo..." Farfulló:

— ¡Ir, ir! Tengo las manos callosas y ellos también. Ellos son partidarios de lo nuevo, y yo también...

El Soviet comarcal acababa de tomar el poder en Kozlov. En las calles chisporroteaban aún los disparos... Los bolcheviques del Comité comarcal no comprendieron en el acto qué quería de ellos aquel anciano delgado, enjuto, de ojos alarmados, pero brillantes como los de un joven, al que muchos de ellos conocían... Michurin llegó en las primeras horas de implantación de los Soviets para decir:

— Quiero trabajar para el nuevo poder.

Para él, aquello era tan natural como respirar.

Es probable que ninguno de los grandes sabios sintiera por el zarismo y el capitalismo un odio tan profundo y consciente como Iván Michurin. Porque precisamente "los poderosos", como decía él con desprecio, encerraban en un insignificante pedazo de tierra su apasionado sueño de transformar la naturaleza, le impedían que hiciese realidad este sueño entre el pueblo. Las palabras "el poder de los trabajadores" despertaban en Michurin confianza y aprobación, pues el científico odiaba por naturaleza a los haraganes y respetaba profundamente, con toda su alma, el trabajo y a los trabajadores.

Eran muchos, muchísimos, los que veían en la revolución solamente destrucción.

Ya en los primeros días, cuando predominaba, como es lógico, precisamente la destrucción, Michurin veía en la revolución algo completamente distinto: la creación. La posibilidad de crear... Por otra parte, tampoco le asustaba la demolición. Porque se aniquilaba lo que se había alzado entre él, entre sus descubrimientos, y el campesinado ruso.

Merece la pena pensar, aunque sólo sea unos instantes, en que Michurin, acostumbrado por toda su vida no sólo a desconfiar de los representantes de las autoridades, sino a odiarlos; en que ese mismo Michurin, que rechazaba enérgicamente toda subordinación al Departamento de Agricultura, no fue, sino que corrió al encuentro del nuevo poder apenas éste proclamó su existencia, todavía no firme, inestable... ¡Cuánta impaciencia ardiente, cuánta fe insuperable, cuánta esperanza exacerbada, sufrida, había en aquel acto! Lenin dijo que Rusia había hecho suya la revolución a través de largos sufrimientos. Michurin era un ruso cien por cien. Y él, junto con Rusia, había llegado a través de los sufrimientos a su revolución, a su derecho al trabajo, a la creación...

Desde las primeras horas, en el Comité de Kozlov se puso pródigamente, íntegramente a disposición del nuevo poder; le entregó todos sus descubrimientos, todo su vivero, todas sus plantas, cultivadas en cuarenta años de trabajo increíblemente colosal, sobrehumano... Jamás había pensado en los ingresos que pudiera proporcionarle aquel vivero; había vivido semihambriento, contando escrupulosamente, meticulosamente, cada kopek para dedicarlo de nuevo a las plantas, al vivero. Y en aras de ese fin se había privado de lo más imprescindible, agraviando a los suyos y agraviándose a sí mismo, sufriendo por ello y más aún por el convencimiento de que todos sus cálculos eran inútiles, de que se veía reducido a la impotencia, de que todos esos kopeks arrancados a la familia no podían conducir a la

meta anhelada: hacer llegar a toda Rusia el milagro que acariciaba...

Como se sabe, el mundo nuevo no defraudó las esperanzas del sabio. El Comisariado del Pueblo de Agricultura, ya en 1918, se hizo cargo del vivero, le dio el nombre del científico y nombró a Michurin director del mismo. Y un año después se agregó al territorio fundamental la sección organizada en las tierras del antiguo monasterio de la Trinidad.

En aquellos difíciles años de guerra, cuando parecía imposible dedicarse a la creación, se desplomó ya la muralla invisible, pero sólida, que el mundo viejo había levantado entre Michurin y Rusia. Y Rusia marchó al encuentro de Michurin... Miles de campesinos, de representantes de las primeras haciendas de los Soviets (sovjoses) y de las primeras comunas y colectividades agrícolas (koljoses), acudieron a Michurin para ver su trabajo con sus propios ojos...

En 1921, en el año del hambre, el Poder soviético organiza en Kozlov una exposición de realizaciones de Michurin. Se exhíben sus manzanas, peras, ciruelas y uva. A alguno de los leninistas se le ocurrió esta idea, de audacia sorprendente y necesidad extraordinaria: mostrar a la gente, precisamente aquel año, lo que podría darles la tierra, y les daría, sin falta, en el mundo nuevo, libre...

Máximo Gorki habla en sus conocidos recuerdos sobre Lenin de la entrevista de éste con los miembros de la Academia de Ciencias:

"Al despedirse de los científicos, Lenin dijo satisfecho:

— Esto sí que lo entiendo. Son inteligentes. Todo es sencillo en ellos, todo está formulado rigurosamente. Se ve en el acto que saben muy bien lo que quieren. Da gusto trabajar con hombres así".

Lenin desempeñó también un papel excepcional en los destinos de Michurin. Siempre había considerado que la ciencia es una de las bases revolucionarias indispensables para transformar el mundo.

El guía del primer Estado socialista, Lenin, veía el futuro lejano. Estaba firmemente convencido de que el hombre puede y debe conocer las leyes más recónditas de la naturaleza para rehacerla en consonancia con sus necesidades.

Y el tenaz innovador de Kozlov se esforzaba precisamente por rehacer la naturaleza. Cuando Lenin conoció, por diversos artículos y fragmentos diseminados en las revistas, los métodos y los principios del horticultor de Kozlov, vio en él a un verdadero naturalista revolucionario.

La constante solicitud, cuidadosa y emocionante, del nuevo poder por Michurin y su vivero prueba de manera irrefutable que el Consejo de Comisarios del Pueblo y su Presidente, preocupados por problemas de magna y decisiva importancia para el Estado que acababa de nacer, justipreciaban la admirable proeza del gran naturalista.

En 1920 llegó a Moscú I. Frants, jefe de la Sección de Agricultura de la provincia de Tambov, para participar en la preparación de un informe del Comisariado del Pueblo de Agricultura a Lenin. Sin esperarlo lo más mínimo, se le encargó que hablara a Lenin de los trabajos de Michurin. Frants sabía únicamente que Michurin había obtenido variedades de serba dulce, cerezas de gran tamaño y peras muy gustosas.

Pero incluso esta información, superficial en extremo, interesó a Lenin. Por indicación suya fueron a Kozlov varios especialistas del Comisariado del Pueblo de Agricultura. Todo hace suponer que en dicho Comisariado había a la sazón burócratas y seudocientíficos. Michurin no recordó quiénes habían ido a verle desde Moscú. Y no se trata sólo de que aquellos hombres adoptaron una actitud de jefes arrogantes y escucharon con desdén al científico, absolutamente convencidos de que sus títulos y cargos les elevaban sobre él. . . La desgracia principal consiste en que fueron al vivero de Michurin unos burócratas estúpidos. Y de regreso en Moscú, estos ignorantes presentaron al sabio

como a un impostor, como a un terco sabihondo que "sueña con que los sauces den peras".

De no ser por la milagrosa memoria de Lenin, es posible que el Poder soviético hubiera tardado mucho en conocer de verdad a Michurin.

En cuanto Lenin se entrevistó, por otro motivo, con el ex jefe de la Sección de Agricultura de la provincia de Tambov, recordó a Michurin.

"Vladímir Ilich —escribe I. Frants— me reprochó la insuficiente tenacidad y firmeza bolcheviques y en el acto ordenó severamente a Teodoróvich (entonces comisario del pueblo de Agricultura) que buscase todos los informes y, en general, cuanto tuviera relación con Michurin y se los presentase con urgencia a él personalmente, subrayando: "Sólo a mí directamente, personalmente" ".

Son interesantes, a este respecto, los recuerdos de N. Gorbunov, administrador del Consejo de Comisarios del Pueblo. En el verano de 1922, encontrándose en el extranjero, Gorbunov recibió de Lenin el encargo de reunir todo lo referente al libro del profesor Harwood *La tierra renovada*, en el que se hablaba de los adelantos de las ciencias agrícolas en Norteamérica.

"Con posterioridad, al regresar a Moscú —recuerda Gorbunov—, Vladímir Ilich, ya enfermo en el lecho, volvió a hablar repetidas veces de *La tierra renovada*, se lamentó amargamente de nuestra rutina y nuestro burocratismo, por culpa de los cuales la gente no desea o no sabe mirar al futuro.

— Parece que no se ve en nuestro país la renovación de la tierra —dijo Vladímir Ilich—. Indague en el Comisariado del Pueblo de Agricultura cuántos vagones de semillas perfeccionadas han traído del extranjero.

Se interesaba también mucho por los trabajos de nuestro "Lutero Burbank", de Michurin, talento natural y autodidacta que ha hecho milagros en su vivero de Kozlov, en la provincia de Tambov".

En 1922 se registra un gran acontecimiento para Michu-

rin y su obra. El 18 de noviembre, el Comité Ejecutivo del Soviet provincial de Tambóv recibe de Moscú el siguiente telegrama: "Los experimentos orientados a obtener nuevas plantas de cultivo tienen magna importancia para el Estado. Envíen urgentemente un informe sobre los experimentos y los trabajos de Michurin, de la comarca de Kozlov, para dar cuenta de él al Presidente del Consejo de Comisarios del Pueblo, camarada Lenin. Confirmen la recepción del telegrama".

Y Michurin redacta este informe. No lo dirige al Presidente del Consejo de Comisarios del Pueblo, sino sencillamente al jefe de la Sección de Agricultura de la provincia de Tambov, I. Frants. Pero cuantos lean con atención e imparcialidad este informe, comedido y apasionado, unas veces insistente e incluso exigente y otras tímido, pero siempre rebosante de esa arrolladora esperanza y de esa vehemente espera que dominaron al científico desde octubre de 1917, comprenderán sin dificultad a quién iba dirigido en realidad el informe. Bastará con decir que en el informe al jefe de la Sección de Agricultura de la provincia, Michurin habla y se preocupa no de la provincia de Tambov, sino de toda Rusia, propugna la obtención en todo el país de variedades locales de frutales, protesta contra la importación del extranjero de toda clase de productos agrícolas... Como se sabe, la Sección de Agricultura de Tambov no tenía relaciones con el extranjero.

En el ejemplar autógrafo de su informe, Iván Michurin anota: "A fines de noviembre de 1922, la Sección de Agricultura de la provincia de Tambov envió copia de este informe a Moscú, al Consejo de Comisarios del Pueblo, al camarada Lenin, adjunta a su informe".

También entonces, Michurin envió a Lenin muestras de los frutos que habían dado diversas especies nuevas creadas por él. Y Lenin mostró admirado a sus visitantes los maravillosos frutos michurinianos.

Al recibir el informe de Michurin, Vladímir Ilich anotó en su libro de encargos: "4.XII. Cumplido por Michu-

rin". Aquel mismo día apuntó una tarea, encomendada al comisario del pueblo de Agricultura: comunicar lo que se había hecho para el vivero de Michurin. Más tarde, en el transcurso del mes de diciembre, Lenin le recordó cuatro veces la posibilidad de asegurar al vivero de Michurin todo lo necesario. Y sólo cuando se convenció de que se habían adoptado las medidas pertinentes, anotó en su libro de encargos: "Cumplido el 26.XII".

En el verano de aquel mismo año visitó a Michurin el Presidente del Comité Ejecutivo Central de toda Rusia, Mijaíl Kalinin. Esta visita emocionó profundamente al científico.

"Apenas terminada la guerra civil —había de escribir más tarde—, prestó atención a mis trabajos nada menos que Vladímir Ilich Lenin, de gloriosa memoria. Por indicación de Vladímir Ilich, mi obra adquirió en 1922 una amplitud nunca vista".

Había vivido sesenta años sin salir de Rusia, había entregado a Rusia cuatro decenios de trabajos extraordinarios, había hecho para ella más de un milagro y glorificado su nombre en Europa y América. Y sólo en su patria seguía siendo desconocido e incluso, como podría creerse, innecesario para todos...

"Hasta la revolución —escribió Michurin algo después— ofendía mis oídos el juicio ignorante de que mis trabajos eran innecesarios, de que todas mis obras eran "fantasías", "despropósitos". Los burócratas del Departamento me gritaban: "¡Se lo prohibimos!" Los científicos oficiales declaraban "hijos bastardos" a mis híbridos. Los popes me amenazaban: "¡No cometas sacrilegios!..."

Está claro que el viaje del Presidente del CEC de toda Rusia a Kozlov para ver a Michurin no podía haberse efectuado sin conocimiento de Lenin. Kalinin conversó mucho con Michurin, le habló de Lenin y examinó detenidamente el vivero. En una carta que le remitió más tarde desde Moscú se percibe una cordial simpatía y un humor bonachón: "Estimado Iván Vladímirovich: Le envío

un pequeño paquete como recuerdo mío. No vea en él el favor de una autoridad. Es simplemente mi sincero deseo de patentizar de alguna manera el respeto y la simpatía que me infunden usted y su trabajo".

Al año siguiente se inauguró en Moscú la primera Exposición Agrícola de la URSS, a la que fue invitado Michurin. Este se preparó con gran alegría para mostrar al pueblo sus adelantos, para entrevistarse con aquellos a los que había dedicado el trabajo de toda su vida.

Las magníficas plantas, los maravillosos frutos y las bayas de Michurin impresionaron muchísimo a los participantes y visitantes de la exposición. En ella esperaba a Michurin una merecida recompensa. "Por las valiosísimas y originales conquistas alcanzadas en la hibridación en cincuenta años de actividad consagrada a crear nuevas especies de frutales y hortalizas resistentes al frío, con destino a las zonas centrales y septentrionales de Rusia", la Comisión de expertos y de la exposición confirió a Michurin el galardón máximo: el Diploma del Comité Ejecutivo Central de la URSS.

Y poco después, por decreto del Consejo de Comisarios del Pueblo de la Federación Rusa, se declaró institución del Estado el vivero de Michurin. Se destacó que el vivero había pasado a ocupar uno de los primeros lugares entre las instituciones científicas del país y se le facilitó cuantiosos recursos, material científico, nuevas parcelas de tierra y más trabajadores.

Así descubrió Lenin a Michurin para el pueblo y para la ciencia.

"¡Lenin! En siete años ha hecho más bien que todos los grandes hombres del mundo en diez siglos. Comparen y juzguen. ¡Viva Lenin!"

Estas palabras, pertenecientes a una delegación obrera, acuden siempre a la memoria cuando se recuerda el cariño y veneración con que Michurin pronunciaba el gran nombre de Lenin.

En el verano de 1925, el país conmemoró solemne-

mente el cincuentenario de la actividad del sabio consagrada a renovar la tierra.

Lenin no vivía ya.

Pero precisamente desde entonces, como puede comprobarse con facilidad por los trabajos y los documentos que dejó el científico al morir, Michurin empezó a escribir con creciente insistencia del legado de Lenin, de la renovación de la tierra. Está claro que Michurin consideraba que este legado estaba dirigido a él personalmente.

En 1930 escribió una carta al XVI Congreso del Partido. Empezaba con el estilo que le era peculiar, un tanto inesperado para semejante documento: "Hay que olvidar el pasado y dejar de vivir cada cual sólo para sí, cosa que, por desgracia, ha arraigado profundamente entre nosotros. Todos debemos trabajar para todos, y al mejorarse la vida de todos, cada uno de nosotros conseguirá mejores condiciones..." Y terminaba de una manera sumamente concreta: "En vez de las abigarradas y minúsculas franjas campesinas, en los koljoses habrá ubérrimos campos, rodeados de huertos... Y considero necesario declarar que es preciso instituir en cada región estaciones análogas por su actividad a la estación pomológico-experimental de Kozlov..."

Al año siguiente, Michurin fue condecorado con la Orden de Lenin por sus méritos especiales en la creación de nuevos híbridos. Al expresar su gratitud por la condecoración se apresuró a decir, ya en la primera frase, que seguiría cumpliendo con mayor energía aún el legado de Lenin de renovar la tierra. Cuando escribe estas palabras tiene ya setenta y seis años, pero empieza su segunda juventud, la verdadera juventud, que prosigue a despecho de la vejez física.

Kozlov, que lleva hoy el nombre de Michurinsk, se convierte, efectivamente, en una especie de Estado Mayor, donde se guían por el lema hoy de todos conocido:

"¡No podemos esperar mercedes de la naturaleza; nuestra misión es arrancárselas!"

Desde la primavera hasta avanzado el otoño acuden a Michurinsk en avión, en tren, en automóvil y a pie centenares de delegaciones, decenas de miles de koljosianos, estudiantes, agrónomos y escolares de todos los confines de la Unión Soviética.

Michurin participa activamente en la labor del Comisariado del Pueblo de Agricultura orientada a organizar la agronomía soviética. Confecciona planes de fomento de la horticultura en el país, escribe artículos, publica libros, exhorta a los agrónomos a impulsar por todos los medios la selección de las plantas y de los animales. Organiza expediciones especiales del Estado en busca de nuevas plantas. Tan sólo una expedición del Komsomol a la taigá del Extremo Oriente vuelve con cerca de doscientas muestras de semillas, pedúnculos y plantas. Se ocupa de la plantación de árboles en las ciudades, en particular en Bakú, cuyo verde manto, que ha triunfado hoy definitivamente sobre los vientos asoladores, las tempestades de arena y las sequías, debe mucho a Michurin y a sus discípulos. Experimenta las primeras plantas de caucho, concibe métodos de injerto del alcornoque, participa del modo más activo en el desarrollo en el país del algodonero, las plantas ricas en esencias, los agrios, el arroz, el té...

Para todo eso hace falta tiempo, mucho tiempo.

— La vida de un hombre —le gustaba repetir a Michurin— no basta siquiera para observar los resultados de tres generaciones de manzanos.

Pero el riguroso régimen que se impone el hombre de ciencia le permite cumplir aquella magnífica variedad, aquella inmensa montaña de trabajos —¡llegada, al fin!—, cada uno de los cuales es necesario a Rusia, es indispensable para Rusia. Y él se apresura.

Michurin consagra todas sus energías a conseguir que su doctrina sea verdaderamente patrimonio del pueblo, a revelar su riqueza para las masas populares, a multiplicar su fuerza eficaz.

Al hacer el primer balance de la unión de la ciencia y la práctica, Michurin escribe su excelente artículo *Presente y futuro de las Ciencias Naturales en los koljoses y sovjoses*. En él cita hechos, cuidadosamente reunidos, relativos a la labor creadora de los trabajadores del campo, valora altamente la actividad de los círculos de naturalistas y de los laboratorios, muestra que en los koljoses y sovjoses existen miles de magníficos experimentadores que basan su labor en la ciencia.

"Este fenómeno —escribe Michurin— es colosal por su envergadura e importancia. Veo que el sistema koljosiano, a través del cual empieza el Partido Comunista a realizar la gran obra de renovar la tierra, llevará a la humanidad trabajadora al verdadero poder sobre las fuerzas de la naturaleza... El gran porvenir de todas nuestras Ciencias Naturales está en los koljoses y sovjoses".

Iván Michurin murió como un soldado: en su puesto de combate.

A. Musátov, M. Liáschenko

EL SOÑADOR DE KALUGA

EL SOÑADOR DE KALUGA

A todos nosotros nos son muy queridos e íntimos Konstantín Tsiolkovski y sus excelentes obras. Fue él quien nos abrió el camino del espacio cósmico.

V. BYKOVSKI,
Piloto-Cosmonauta de la URSS

El rayo luminoso de un obelisco triedro hiende a gran altura el cielo de Moscú. Remata este magnífico monumento a la valentía de los soviéticos —los primeros que han irrumpido en los espacios siderales— el destello azulenco de un relámpago fugaz en el casco de acero de un cohete. Y en el zócalo del monumento, la figura en bronce del científico e inventor Konstantín Tsiolkovski, que mira pensativo a la lejanía del futuro.

Contemplo su rostro, inteligente y bondadoso, rebosante de tesón y de inmensa fuerza espiritual. Sí, allí, en el bronce, se parece. Así tuve ocasión de verle hace decenios. Así y, sin embargo, no del todo así. En su faz hay algo nuevo que no observé entonces, que no aparece en ninguna de sus fotografías. Pero ¿qué es eso nuevo? No es fácil responder en el acto a esta pregunta.

La respuesta la sugiere la sensación de actividad febril, de movimiento, de vida, cuyo bullicio se extiende alrededor. Felicidad y orgullo: eso es lo que ilumina los rasgos esculpidos de nuestro genial compatriota.

El sueño principal de Konstantín Eduárdovich Tsiolkovski, su descubrimiento más importante, coincide con el nacimiento de nuestro partido. En 1903 se celebró el II Con-

Lenin en su despacho del Kremlin. Octubre de 1918

greso del Partido Obrero Socialdemócrata de Rusia. Lenin trazó el único camino certero del movimiento revolucionario y llevó tras de sí a los bolcheviques. Aquel mismo año, Tsiolkovski hizo público el único principio técnico real, descubierto por él, del vuelo en el espacio interplanetario.

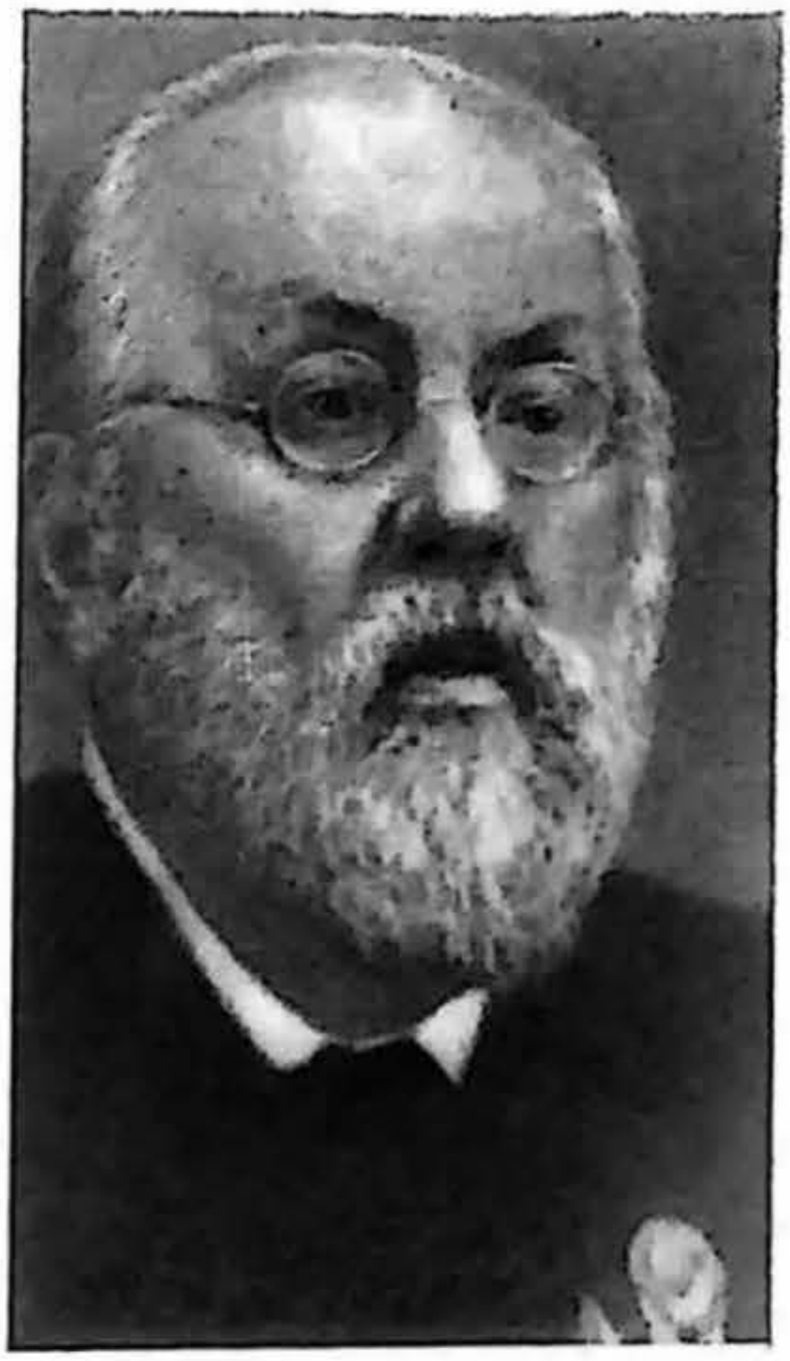
Los cohetes eran conocidos desde mucho antes como aparatos voladores. A principios del siglo XVIII, los colonizadores ingleses usaron proyectiles reactivos en los combates contra los patriotas de la India. En el ejército ruso existían, ya en tiempos de Alejandro II, unidades especiales de artillería coheteril. Y a fines del siglo pasado, el revolucionario populista Nikolái Kibálchich, condenado a muerte por atentar contra la vida del zar, pensaba en cómo dar a los hombres la posibilidad de adquirir alas. Pensaba en ello, en una oscura mazmorra de la fortaleza de Pedro y Pablo, mientras esperaba el momento de ser ejecutado. Creó el esquema de un aparato volador, impulsado hacia arriba por cohetes. Kibálchich resolvió el problema de una manera rudimentaria. Pero sus razonamientos eran justos.

Otro predecesor de Tsiolkovski, el inventor A. Fiódorov, dejó muy atrás a Kibálchich. Formuló con toda precisión la idea de que era posible crear un aparato volador que se moviera sin apoyarse en el aire, es decir, en el vacío. Fiódorov proponía para ello un motor basado en el aprovechamiento de la fuerza reactiva: la fuerza surgida dentro del propio aparato como reacción al chorro de gas expelido de él.

Los biógrafos de Tsiolkovski han comprobado que éste conoció las ideas de Kibálchich varios decenios después de haber resuelto científicamente el problema del vuelo a reacción fuera de la Tierra. En cambio, los pensamientos de Fiódorov los conoció cuando trataba de encontrar esa solución y le ayudaron, quizá, en el mismo grado en que la caída de una manzana ayudó a Newton a descubrir la ley de la gravitación universal.

Varios años de reflexiones, de búsquedas y de cálculos permitieron a Tsiolkovski descubrir y demostrar matemá-

ticamente que el cohete movido por la fuerza reactiva es, en la práctica, el único aparato capaz, dada la técnica moderna, de volar no sólo en el aire, sino en el vacío, en el espacio cósmico. Revolucionario e innovador en la ciencia, Tsiolkovski estableció: con una potencia y una velocidad determinadas del chorro de gases incandescentes eyectados por el cohete, éste puede adquirir una celeridad que le permita alcanzar la órbita de satélite de nuestro planeta. Y con una potencia y una velocidad mayores aún, logrará superar la esfera de atracción de la Tierra y penetrar en el espacio. Paralelamente a estas demostraciones teóricas, el científico creó esquemas, profundamente meditados, de los cohetes —naves espaciales—, que han servido de base, nueva por principio, a todos los aparatos modernos con los que el hombre ha emprendido la conquista de los espacios interplanetarios.



Konstantín Tsiolkovski

Vladímir Ilich Lenin fundó el partido de nuevo tipo, llamado por la historia a conducir a la humanidad al mundo del comunismo, el mismo año en que Konstantín Tsiolkovski sentó las bases reales de una nueva rama de la técnica y descubrió la posibilidad del desarrollo ilimitado y del establecimiento del hombre en el espacio mundial. Se trata, claro está, de una coincidencia casual. Pero, a mi parecer, la dirección del pensamiento y los impulsos espirituales de Lenin y de Tsiolkovski eran muy semejantes, muy próximos. Y eso ya no es casual.

El gran sentido de responsabilidad ante los hombres y el gran amor a ellos constituyen el poderoso y noble estímulo que impulsó adelante, a la lucha y las realizaciones,

el genio de Lenin. Y ese mismo estímulo es peculiar también de Tsiolkovski, aunque consagrara la fuerza de su inteligencia y de su corazón a las conquistas en otra esfera de actividad.

Las leyes de Marx relativas al desarrollo de la sociedad humana demostraban que ésta debía modificar su vida social. Lenin se entregó a la causa de la revolución socialista para romper con mayor rapidez las cadenas que oprimen al hombre en la época del capitalismo. El hombre debe disponer de todas las posibilidades para una vida libre y luminosa en la Tierra: eso es lo que quería Lenin.

Tsiolkovski aspiraba también con toda su alma a ayudar a la humanidad a conseguir, como él decía, "montañas de trigo y un cúmulo de poderío". Sus obras abren las puertas de los límites de la Tierra; el sabio responde de una manera concreta a la pregunta de cómo podrá el género humano romper las cadenas de la atracción de la Tierra y asegurarse un espacio infinito para penetrar en el Cosmos.

El problema que afrontó Tsiolkovski y que resolvió teóricamente es, en verdad, titánico. Pero el camino que le llevó a esa solución, a esa victoria, no fue ni recto ni llano.

La vida de Konstantín Tsiolkovski fue muy dura. Durante largos decenios, precisamente cuando buscaba la solución, se alzaron ante él un obstáculo tras otro, un muro que parecía insuperable.

...Kaluga. Una pequeña ciudad silenciosa. La calle Koróvinskaya, angosta y cubierta de hierba, desciende hacia los vastos terrenos anegadizos de la ribera del Oká. En el horizonte se divisan los cerros azules de la ribera derecha del río. El Oká, "el hijo mayor del Volga", dormita tranquilo. Y así de tranquilas son también las afueras de la ciudad. En invierno y en verano reinan allí por igual el silencio y la soledad.

La última casa de la calle —pequeña, vieja y un tanto ladeada— tiene tres ventanas y un cuarto claro en la parte superior.

Cada mañana sale de ella, a la misma hora, un hombre ya no joven, alto, barbudo, de ojos castaños y ligeramente encorvado. Usa abrigo oscuro, con esclavina, y sombrero negro. Sube con facilidad la cuesta de la calle, a paso rápido y flexible, insospechable en él. Después tuerce a la derecha y se encamina hacia la escuela. Los transeúntes, raros a esa hora, le saludan con una inclinación de cabeza, pero, al alejarse, le dirigen miradas de compasión o de burla. Todos le conocen en Kaluga. Le conocen como un pedagogo nada común. A pesar de su sordera casi completa, Tsiolkovski sabe explicar con gran amenidad a los niños los principios de las Matemáticas y mostrarles interesantes experimentos de Física. No obstante, los habitantes de Kaluga le consideran un extravagante, "un chiflado", y se ríen sin tapujos de las ocupaciones, extraordinariamente raras, del maestro en su cuarto del segundo piso. Allí arde hasta altas horas de la noche un quinqué con pantalla verde, desde allí llega el zumbido de un torno, o el rechinar de la hojalata, o el ruido de un martillo ("¡se está haciendo unas alas!"). En las noches de luna, los vecinos ven la figura del maestro en el tejado de la casa ("¡quiere atrapar una estrella!").

Tsiolkovski, en efecto, trabajó noches y noches para dotar de alas poderosas a los hombres y tendió osadamente la mano hacia las estrellas. Trabajó con olvido de sí mismo, con frenesí. Pero muy solo...

Quedó sordo ya en la infancia. Y esto le alejó en cierto modo de sus coetáneos y le impidió recibir instrucción normalmente. Hubo de asimilar los rudimentos de las ciencias por sí mismo, casi sin ayuda de preceptores. En Moscú, adonde le envió su padre por algún tiempo para que pudiera prepararse con vista a los exámenes que habrían de proporcionarle el título de profesor de Matemáticas de la Escuela Nacional, el joven Tsiolkovski se pasaba veinte horas al día inclinado sobre los libros y se alimentaba únicamente de pan y patatas.

— Entonces me comí toda mi grasa y estuve a punto

de morirme de extenuación —había de decir con posterioridad.

Luego, siendo ya maestro en Borovsk y después en Kaluga, Tsiolkovski no tuvo muchos amigos. Estaba siempre muy ocupado. Trabajaba muchísimo en sus inventos. Construyó modelos de dirigibles metálicos. Más tarde concibió los esquemas de aparatos voladores a reacción. Hizo miles de experimentos para estudiar la presión del aire sobre los cuerpos en movimiento. Ideó y construyó diversos aparatos que necesitaba. Procuraba aprovechar cada hora, no tomándose de ordinario ni siquiera un pequeño descanso. Solamente los domingos y durante las vacaciones estivales podía vérsele por las mañanas montado en bicicleta, corriendo rápido y seguro por el camino paralelo a la orilla del Oká, en dirección a su afluente Yachenka, que se interna en el bosque al otro lado del río. A veces se permitía descansar una o dos horas en el Jardín de las Afueras. Los visitantes del jardín veían entonces al maestro "extravagante" junto a la plazoleta donde se instalaban los músicos, lejos de los paseos concurridos. Porque sólo así, al lado mismo de la banda de música, podía oír la sinfonía o el vals que ejecutaba.

Sin embargo, la soledad de Tsiolkovski no se debía únicamente a su sordera o a su pasión infinita por las búsquedas creadoras. A fines del siglo pasado y comienzos del presente intentó más de una vez vincular sus trabajos con la actividad de los centros científicos del país: la Academia Imperial de Ciencias, la Sociedad de Naturalistas y otras instituciones.

A veces, grandes sabios rusos, como, por ejemplo, Séchenov, Stolétov, Rykachov y Mendeléiev, prestaban cierta atención al maestro provinciano de Kaluga. ¡Pero seamos justos al apreciar esta atención! Fue poca, muy poca. Unas cuantas cartas comedidamente corteses. . . En cierta ocasión, un subsidio de. . . 380 rublos para efectuar experimentos de la resistencia del aire, a los que Tsiolkovski dedicó muchos meses de intenso trabajo.

No, no se puede afirmar en modo alguno que ni aun los científicos progresistas de Rusia ayudaran lo más mínimo a vivir y trabajar al "autodidacta" de osados sueños, ideas y proyectos.

Tampoco encontró, en realidad, en el fondo, ningún reconocimiento en la prensa. Fue muy escaso el número de informaciones y artículos que le dedicaron los periódicos y revistas. Es el momento, quizá, de expresar nuestra inmensa gratitud únicamente a M. Filíppov, editor y director de la *Revista Científica*. Fue él quien publicó la obra básica de Tsiolkovski *La exploración de los espacios siderales con aparatos reactivos*, lo cual afianzó por los siglos de los siglos la prioridad de nuestra ciencia y nuestra técnica, que han dado el primer paso en la conquista del espacio sideral. El autor recibió cierto estímulo moral, se sintió alentado para continuar sus trabajos, para proseguir la lucha en defensa de sus grandes ideas científico-técnicas. No obstante, casi nadie prestó atención al estudio publicado. El no reconocimiento envolvió durante decenios la vida de Tsiolkovski como una niebla trágica y espesa.

Pero él tenía fe en sus inventos y descubrimientos. Sabía que sus trabajos representaban efectivamente un paso adelante en la ciencia y la técnica. Estaba convencido de su razón y de la importancia que tenían para la sociedad humana sus búsquedas y soluciones. Tanto más terrible era, por ello, para este hombre magnífico el tormento del aislamiento, el silencio y la indiferencia.

En su situación, miles y miles de personas habrían abandonado la lucha, habrían renunciado a un gasto de energías que parecía completamente inútil. El "extraño" maestro de Kaluga era firme y ni un solo día interrumpió el trabajo en la confección de proyectos y en las investigaciones teóricas.

En sus artículos y anotaciones para uso particular se percibe de cuando en cuando la profunda amargura del corazón. Tsiolkovski habla en esos casos de la tragedia de los descubridores, de las dificultades que es preciso

arrostrar para vencer la inercia del pensamiento de los "académicos". Habla de la frialdad de la sociedad que le rodeaba.

Konstantín Tsiolkovski no era, naturalmente, un optimista iluso y sin fundamento. El no reconocimiento le hacía sufrir mucho, a veces terriblemente... Tanto mayor respeto suscita su firmeza, su fidelidad a la ciencia y a los sublimes ideales del humanismo.

Ahora bien, faltaríamos a la verdad si dijéramos que Tsiolkovski no tenía absolutamente a nadie. Tenía su familia, tenía su esposa, Bárbara Evgráfovna, tenía unos cuantos amigos íntimos entre los intelectuales de tendencias progresistas. En Kaluga contaba con viejos y fieles amigos como el inspector de impuestos Vasili Assónov y sus hijos Alejandro, ingeniero, y Vladímir, geólogo, y el farmacéutico Kanning. Era muy afín a Tsiolkovski, por su pensamiento audaz y su fidelidad a la ciencia, el conocido divulgador Yákov Perelmán. Desgraciadamente, eran pocos —¡ah, qué pocos!— los hombres como éstos tanto en Kaluga como en Moscú y Petersburgo.

Es evidente que este puñado de bienintencionados no habría podido conjurar la crisis creadora que maduraba en el gran descubridor cuando los años empezaron a cubrir de plata su cabeza. No habría podido, de no haber sido por...

* * *

A comienzos de los años 30 tuve la suerte de entrevistarme por vez primera con Tsiolkovski.

La misma calle Koróvinskaya, cubierta de hierba, desciende hacia el valle del Oká. La misma casita de madera con el número 1, la casita de tres ventanas en la fachada. Un portón y, al lado, una puerta. Los vientos y la lluvia han despeluzado las tablas: están cubiertas de grises mechones fibrosos. Son viejas.

Me siento algo violento cuando llamo a la puerta. Sé por los Assónov que Tsiolkovski casi nunca sale de visita y raramente, muy raramente, invita a alguien a su casa. Y

yo me presento, en realidad, sin invitación alguna. Sólo una frase cortés en contestación a mi carta: "Si pasa usted por Kaluga y tiene tiempo, será bien recibido..."

Al principio, nadie responde a mi llamada. Pasa un buen rato antes de que llegue hasta mí el crujido del entarimado y el ruido de unos pasos. La puerta se abre de par en par. La abre el dueño en persona. No se parece en absoluto a las fotografías de aficionados de comienzos de siglo que he tenido ocasión de ver. Está encorvado, con los cabellos completamente blancos y el rostro, de aspecto cansado, enmarcado por una barba rala. Tan sólo los ojos oscuros conservan la mirada penetrante de la juventud. Los entorna ligeramente y pregunta:

— ¿A quién busca? ¿A Tsiolkovski? Entonces, tenga la bondad de pasar —y, dando un paso atrás, agrega—: No hable nada ahora porque no le oiré... Venga conmigo, por favor... Por esta escalerilla...

Para llegar a la escalerilla hay que dar unos cuantos pasos por un corredor con ventanas, desde las que se divisa un pequeño jardín. En él florecen alhelíes, asteres y campanillas. En el alféizar de una ventana hay varios montones de folletos.

Tsiolkovski toma un ejemplar de cada uno de los montones y me los ofrece.

— Le ruego que los acepte de Tsiolkovski como recuerdo de nuestra primera entrevista...

Son sus obras: *La desgracia y el genio, Los trenes de cohetes, El monismo del Universo, La causa del Cosmos, El alfabeto de toda la humanidad, La ortografía y la lengua, El pasado de la Tierra, La inteligencia y las pasiones, Estado actual de la Tierra, El aeroplano reactivo, Los dirigibles...*

La escalerilla termina en la galería encristalada del segundo piso de la casa. A lo largo de sus ventanas, que dan al tejado plano de un cobertizo adosado a la casa, se ven modelos de dirigibles de envoltura metálica corrugada (ondulada), modelos tridimensionales de cuerpos para

estudiar la resistencia del aire en el túnel aerodinámico, un pequeño torno, hojas de lata y cartón, soldadores y herramientas diversas.

— Perdone usted por el desorden que hay aquí. Es el taller experimental. Venga aquí, al despacho. . .

Y surge ante mí el cuarto de trabajo de Tsiolkovski, tan conocido ahora por las fotografías reproducidas en libros y revistas.

No es muy grande. A la izquierda de la puerta se ve una estrecha cama "de soldado", cubierta con una manta gris; a la derecha, junto a las ventanas, una pequeña mesa de despacho. Hay sobre ella un quinqué de petróleo con pantalla verde ovalada, montones de manuscritos, libros, lapiceros en un vaso y un pequeño embudo de hojalata. Al lado de la mesa, una butaca tapizada, de respaldo redondo. En la habitación hay, además, un gran modelo de dirigible. Un barómetro en la pared. Una estantería con carpetas y libros. Dos sillas vienesas de patas combadas. Un moblaje modesto, un tanto sobrio.

Tsiolkovski me invita con un gesto a que me siente, se sienta él también en una butaca, toma el embudo de la mesa y se lo acerca a la oreja.

— Ahora podemos hablar. Esta trompetilla me la he hecho yo mismo —dice sonriendo, mientras sus dedos juguetean con la barba—. Pero ¿no querrá usted comer después del viaje?

— Muchas gracias. No, no tengo hambre. . .

— ¿Qué le ha traído a casa de este viejo, a nuestra Kaluga?

Le digo que a mí, literato y colaborador del Instituto Científico de Aviación, me interesan mucho sus ideas acerca de cómo avanzará la conquista del espacio aéreo por el hombre.

Esta cuestión se discutía entonces ampliamente en los medios aeronáuticos.

Los aviones de propulsión a hélice y motor de combustión interna habían adquirido ya carta de naturaleza y las

vías de su desarrollo eran claras, en líneas generales: al aumentar la potencia de los motores y disminuir su peso y al perfeccionarse las cualidades aerodinámicas de los propios aviones, crecerán la velocidad, el radio de acción y la altura del vuelo, la capacidad de carga y la seguridad de funcionamiento de los aparatos. Gracias a ello, aumentará la importancia de la aviación en el terreno militar y como rápido medio de transporte. Se desarrollarán igualmente otros tipos de aviación que ayuden a la agricultura, a los geólogos, a los sinópticos, etc. A comienzos de la década del 30, en la URSS había ya más de veinte aviones dedicados a luchar contra la langosta y otros parásitos de la agricultura, rociando las plantas desde el aire con polvos tóxicos. Se efectuaban igualmente levantamientos fotogramétricos y experimentos de empleo de la aviación en la protección de los bosques contra los incendios y en la tasación aérea de las zonas forestales.

Los aeronautas profetizaban un gran porvenir a los aparatos voladores menos pesados que el aire: los dirigibles. Nadie se sentía desanimado por el fracaso de los vuelos de Nobile y Amundsen al Polo Norte. Diversos diseñadores proyectaban en nuestro país y en el extranjero nuevos y nuevos tipos de dirigibles. Empezaba asimismo la prueba experimental del proyecto de dirigible de metal ondulado capaz de modificar su volumen, inventado por Tsiolkovski ya a fines del siglo pasado.

El "Grupo de estudio del movimiento reactivo", organizado por el ingeniero Tsánder, elaboraba con entusiasmo la teoría de los cohetes y de los aparatos voladores a reacción, basándose en grado considerable en los descubrimientos e inventos hechos por Tsiolkovski en este terreno. El ingeniero Tijonrávov y sus compañeros construyeron los primeros cohetes con motor de combustible líquido.

Numerosos hombres de ciencia se dedicaron a estudiar las capas altas de la atmósfera, pues se hacía evidente que las grandes velocidades de vuelo podrían ser alcanzadas

únicamente en la estratosfera, donde la densidad del aire —y, por consiguiente, su resistencia al avión— sería menor. El profesor Molchánov, de Leningrado, ideó un aparato automático —la "radiosonda"— para explorar las alturas.

Con este mismo fin, el profesor Augusto Picard inventó un aeróstato-estratostato.

...Tsiolkovski, después de escucharme, asintió con la cabeza:

— Está bien. Procuraré responder —y se quedó pensativo, con la vista fija en la ventana, tras la que unas golondrinas de alas puntiagudas trazaban dibujos en el cielo.

— El hombre, por lo visto —inició Tsiolkovski sus razonamientos, como si hablara consigo mismo—, no podrá nunca volar en la Tierra, sobre los bosques y los campos, igual que las aves. Está condenado a volar así sólo en sueños. ¿Ha tenido usted en sueños la sensación del vuelo libre? —me preguntó, continuando en el acto—: Entonces parece que uno es ingrávido. El hombre podrá volar libre por completo solamente en el espacio interplanetario, saliendo de la nave estelar y vistiendo, como es lógico, un traje especial. Pero junto a la Tierra, en el aire, necesitará siempre una ayuda mecánica que sustituya a los músculos de las aves. Es mucho ya lo que se ha hecho en este sentido. Me llenan de alegría los éxitos de la aviación, a la que espera un gran porvenir. Sin embargo, las posibilidades de los aeroplanos de propulsión a hélice son limitadas. ¿Comprende usted por qué? ¿Sí? ¡Está bien! Entonces, deberá coincidir conmigo. Hace ya mucho que se me ha ocurrido aprovechar la fuerza reactiva para volar en el vacío, en el espacio interplanetario...

Y levantando un brazo, no dijo, sino que me dictó:

— La era de los aeroplanos de propulsión a hélice será seguida por la de los aeroplanos a reacción.

Esperó a que anotase esta frase y me preguntó:

— ¿Qué cree usted? ¿Cuándo ocurrirá eso?

Y él mismo respondió con firmeza, con seguridad:

— ¡En el siglo XX!

Como deseando corroborar esta respuesta, se puso en pie, se acercó a la mesa y tomó una de las carpetas.

— Aquí tiene el original a máquina de mi nueva obra: *El estratoplano semirreactivo.* Así he denominado al avión a motor que, hablando de una manera simplista, recibirá fuerza de tracción de la hélice y de la fuerza reactiva de los productos de la combustión eyectados. Tengo la esperanza de que con esta obra ayudaré a los hombres a crear un avión de tipo intermedio para las grandes alturas.

Tsiolkovski calló de nuevo y volvió a mirar a la ventana, a las golondrinas, a la lejanía azul que se perdía al otro lado del Oká. Yo lo miraba, contemplaba su rostro cansado, iluminado por la alegría y la satisfacción y pensaba en el gran espíritu de este hombre. ¡Cuánto ha sufrido! Pero, lejos de doblegarse, continúa luchando por sus ideas, y en su mente poderosa nacen nuevos y nuevos proyectos y soluciones técnicas. Este manuscrito y este montón de libritos que tengo sobre mis rodillas son una prueba convincente de la sorprendente capacidad de trabajo de esta figura señera de la aviación y de la aeronáutica, de este hombre ya anciano (estaba entonces a punto de cumplir setenta años) sentado ante mí.

Pero ¿por qué no está indicado el precio en muchos de estos libritos? Como no puedo contestarme a esta pregunta, se la dirijo a Konstantín Eduárdovich. El sabio ríe alegremente y dice:

— ¡Es un capricho mío! A mi juicio, lo más valioso es el pensamiento humano. ¡Es imposible incluso valorarlo! En lo futuro, los libros, y en ellos precisamente están acumulados los pensamientos, se distribuirán gratis. En lo futuro... Perdone usted a este viejo: me anticipo a las cosas, por cierto, como toda mi vida. Por eso edito yo mismo muchas de mis obras y se las regalo a cuantos les interesan...

Volvió a reír alegremente, después se puso serio y preguntó:

— ¿Vio usted a Lenin alguna vez?

— Por desgracia, no tuve ocasión. . .

— Era un gran hombre. ¡Un gran hombre!

Tsiolkovski alzó un brazo, accionó con él y se emocionó.

— Lenin era amigo de todos los inventores. También a mí me ayudó, me ayudó mucho. Pero no pude agradecérselo personalmente. . .

Sí, Tsiolkovski no llegó a entrevistarse con el gran guía de la Revolución de Octubre. No obstante, considero indudable que Lenin conocía los proyectos de Tsiolkovski y la abnegación con que había luchado por ello en la época zarista. Es probable que el ingeniero Tsánder, que inició su labor en el terreno de la técnica reactiva tomando como base las ideas del "soñador" de Kaluga, se entrevistara con Lenin y hablaran.

Y entonces, como es natural, Tsánder diría a Lenin el nombre de su maestro y "padre espiritual".

Es de suponer también, a mi juicio, que precisamente la conversación con Lenin movió a Tsánder a organizar en la Academia de la Flota Aérea, donde trabajaba a la sazón, la Sociedad de Estudios de las Comunicaciones Interplanetarias. En esta organización se agruparon por vez primera en el mundo. para reflexiones colectivas, hombres que habían decidido estudiar y desarrollar las ideas de Tsiolkovski. Este, como es natural, fue elegido miembro de la Sociedad. Fue elegido también, y no por casualidad, otro hombre magnífico, un compañero de lucha de Lenin cuyos pensamientos tendían por entero al futuro, un político de gran corazón: Félix Edmúndovich Dzerzhinski.

Con posterioridad, la Sociedad de Estudios de las Comunicaciones Interplanetarias proporcionó el personal básico de la primera organización dedicada de verdad a las investigaciones científicas en el terreno de la técnica reactiva, fundada gracias a la energía de Tsánder ya en la Sociedad de Cooperación a la Defensa y al Desarrollo de la Industria Aeroquímica de la URSS.

Poco era lo que el joven Estado soviético podía dar, en

aquellos tiempos difíciles, a los hombres de ciencia y a los inventores.

Mas, pese a ello, el poder obrero y campesino se esforzó por darles lo más posible. Constituyó una comisión encargada de mejorar las condiciones de vida y de trabajo de los científicos, asignó raciones especiales a los académicos y concedió pensiones extraordinarias a los ancianos. El nuevo poder, el nuevo Estado no olvidó tampoco a Tsiolkovski. Se le concedió una doble ración académica, y después —el 9 de noviembre de 1921—, por acuerdo del Consejo de Comisarios del Pueblo, una pensión especial. En la disposición del Consejo de Comisarios del Pueblo se decía: "En vista de sus méritos especiales como científico, inventor y especialista en aviación, conceder a K. E. Tsiolkovski una pensión vitalicia. . ." La disposición estaba firmada por Lenin.

Desde aquel momento, Tsiolkovski pudo dejar de pensar, por vez primera en su vida, en cómo conseguir un pedazo de pan para la familia. Dejó la enseñanza en la escuela y consagró todo su tiempo y todas sus energías a la obra predilecta. Pero ya tres años antes había terminado su soledad y empezado a disiparse la espesa niebla del no reconocimiento.

Tsiolkovski fue elegido miembro de la Academia Socialista y, más tarde, de la Asociación de Naturalistas y socio honorario de la sociedad de Estudio de la Naturaleza de Kaluga.

El número de continuadores de sus ideas fue aumentando de año en año. Muchos de ellos hicieron una magna aportación a la técnica reactiva moderna. Además de Tsánder, pueden ser considerados discípulos de Tsiolkovski eminentes científicos y diseñadores soviéticos en este dominio: Tijonrávov, Glushkó, Blojíntsev, Stechkin y Vetchinkin.

La dirección "Kaluga, calle de Jaurès (antigua calle Koróvinskaya), núm. 1" se hizo muy popular. El sabio e inventor, antes solitario, se sintió querido por muchísimas personas.

La renovación histórica de la humanidad, iniciada por la Gran Revolución Socialista de Octubre, se apoderó de todo su ser.

Pero el afán de lucha, antes también inquebrantable, parece multiplicarse. El científico entrega todas sus energías a la creación inspirada. Escribe con pasión febril nuevas obras teóricas, prepara la edición de las anteriores, crea toda una serie de proyectos magníficos. . .

El ingeniero B. Vorobiov, biógrafo suyo, ha calculado que Tsiolkovski publicó cerca de cincuenta trabajos durante todo el período de actividad anterior a la Revolución de Octubre y tres veces más en los años que vivió bajo el Poder soviético.

— No tuve ocasión, en efecto, de dar las gracias personalmente a Lenin —repite Tsiolkovski en voz baja, con amargura—. Murió demasiado pronto. Pero tengo fe absoluta en los hombres que continúan la obra iniciada por él. Me alegro, como un niño, de los éxitos. . .

La lejanía añil del otro lado del río se oscurecía tras las ventanas, se acercaba la noche. Su esposa, Bárbara Evgráfovna, llamó a la planta baja a Konstantín Eduárdovich: era la hora de cenar. Disculpándose de que la comida de su familia fuese tan modesta, Tsiolkovski me invitó a la mesa. Durante la cena guardó silencio y sólo al despedirnos me dijo:

— Cuando vuelva a Kaluga, venga a verme sin ningún reparo. . .

Y sonriendo malicioso, añadió:

— ¡Si no le ha aburrido, naturalmente, conversar con un viejo!. . .

Aquella misma noche emprendí el viaje de regreso. En el tren hojeé los libritos que me había regalado Tsiolkovski. Y no pude dormir. El talento poderoso y osado de Tsiolkovski cautivó imperiosamente todos mis pensamientos, me obligó a meditar en el futuro de la humanidad, en los más diversos problemas de la ciencia y de la técnica que él trataba de resolver con audacia en aquellas obras, escritas

después de la revolución. La gama de sus búsquedas era inmensa. En esas obras se hablaba del sistema de la nueva lengua común a toda la humanidad; de los métodos de cultivo de las plantas en el espacio, en las "estaciones"-satélites y las naves interplanetarias, que, posándose en la "estación", recibirán en ella reservas de oxígeno y de alimentos para las tripulaciones, gracias a la energía solar transformada por las hojas verdes.

Me maravilló la idea de los cohetes compuestos o trenes de cohetes, como los denominaba el autor. Demostraba que precisamente estos cohetes permitirían con mayor seguridad conseguir que la nave coheteril alcanzase velocidades cósmicas. Como se sabe, esta idea genial plasmó después en el sistema de cohetes multiseccionales. Eran extraordinariamente interesantes las ideas del "soñador" de Kaluga sobre el pasado de la Tierra y el origen del sistema solar, así como sus proyectos de obtención de agua en los desiertos aprovechando la humedad contenida en el aire y de limpieza de la tierra de insectos y microorganismos dañinos.

Como es natural, al leer una tras otra las obras de Tsiolkovski, no siempre, ni mucho menos, comprendía yo entonces su profundidad e importancia y algunas me parecían impregnadas de ideas y proyectos demasiado fantásticos. Mas eso no disminuía ni un ápice el creciente sentimiento de admiración e incluso de veneración por el autor, por la infinidad de problemas que le interesaban. "¡Dios mío! ¡Cuánto ha hecho este hombre admirable, a pesar de su vejez y de sus achaques! —pensaba—. Pocos pueden equipararse con él en la historia de la humanidad. ¡Y qué felicidad que haya vivido hasta el nacimiento de nuestro nuevo mundo, que le ha aceptado, reconocido y comprendido, que le ha dado nuevas fuerzas y que, naturalmente, continuará su obra!"

En el otoño de aquel mismo año, 1932, el País de los Soviets conmemoró solemnemente el 75 aniversario del nacimiento del "patriarca de la aviación y de la aeronáutica". Tsiolkovski fue condecorado con la Orden de la

Bandera Roja del Trabajo, y Máximo Gorki, en un telegrama de felicitación, le dijo: "Le felicito, Héroe del Trabajo, con el más profundo respeto".

¡Héroe del Trabajo! ¡Con qué exactitud definió Gorki a Tsiolkovski: al científico, inventor, soñador y propagandista de la ciencia!

Volví a entrevistarme con Tsiolkovski más de una vez. La última de ellas, en el otoño de 1934, le visité en la casa nueva que se le había regalado en la calle de Tsiolkovski (la antigua calle de Jaurès).

Hablamos cerca de una hora de la edición de sus obras y de su autobiografía. Me dijo que en breve, si no le abandonaban las fuerzas, terminaría su autobiografía —"Un texto nuevo, el más completo"— y nos la enviaría sin falta.

Tsiolkovski cumplió lo prometido: nos envió su autobiografía, que vio la luz en la revista *Molodaya Gvardia* ("Joven Guardia") un mes después de su fallecimiento: el 19 de septiembre de 1935.

Poco después se publicó su última obra, titulada *La aviación, la aeronáutica y la cohetonáutica en el siglo XX.* Konstantín Eduárdovich me había enviado esta obra, escrita a máquina y acompañada de una breve esquela a mano, poco antes de que fuera hospitalizado.

Al morir, dijo en su testamento: "Entrego al Partido Bolchevique y al Poder soviético, dirigentes auténticos del progreso de la cultura humana, todos mis trabajos de aviación, de vuelos en cohetes y de comunicaciones interplanetarias, seguro de que los terminarán con feliz éxito".

El testamento del "soñador" de Kaluga ha sido cumplido por los soviéticos, por el Partido Bolchevique, por el Partido de Lenin. "Yo soy revolucionario y comunista por naturaleza y por carácter", dijo Tsiolkovski en más de una ocasión. Y estaba en lo cierto: ¡fue un revolucionario!

V. Sytin

LUNACHARSKI

LUNACHARSKI

1

Una noche de octubre, fría y oscura, en Petrogrado. Es ya muy tarde, pero el gran edificio del Smolny está desacostumbradamente iluminado.

En él se producen acontecimientos llamados a entrar en la historia de nuestro siglo y de muchas generaciones. En él se forma el nuevo Gobierno, presidido por Vladímir Ilich Lenin. En él se aprueban los primeros decretos del nuevo poder, los decretos de la paz y de la tierra.

Anatoli Vasílievich Lunacharski se convierte en el primer comisario del pueblo de Instrucción Pública. Tiene ya más de cuarenta años y ha recorrido un camino no corto en la vida y en la lucha revolucionaria. En uno de sus escritos ha dicho de sí mismo: "Me hice socialdemócrata muy pronto. Puede decirse que mi conciencia revolucionaria se definió en el acto como más o menos marxista. Me hice revolucionario tan pronto que no puedo siquiera recordar cuándo no lo fui".

Cuando estudiaba todavía en el liceo, Lunacharski era ya agitador, propagandista y organizador de círculos revolucionarios de la juventud. Conoció todas las reglas de la labor clandestina, las detenciones y la cárcel, el destierro y la emigración.

Pero entre las fechas, grandes y pequeñas, de su vida difícil de luchador revolucinario hay una especialmente notable.

Lenin y Lunacharski con un grupo de camaradas. Mayo de 1920

Año de 1904. Lunacharski, que se encontraba a la sazón en París, vio a Lenin por vez primera. Le escuchó por vez primera como orador.

En una pequeña sala de París, alquilada casualmente, Lenin dio una conferencia sobre los destinos de la revolución rusa. Lunacharski, claro está, le conocía ya como un publicista que, con lenguaje extraordinariamente claro, hacía llegar a la conciencia del lector menos preparado incluso la idea más compleja. En 1904 escuchó a Lenin, vio sus ojos vivarachos, inteligentes, chispeantes, dirigidos al público y se sintió hechizado por la inflexible voluntad que sonaba en cada una de sus palabras, por la lógica de su discurso, rebosante de imágenes y comparaciones. Comprendió que Lenin poseía la fuerza poderosa de un tribuno que deja una impresión imborrable en el auditorio.

Lunacharski conservó durante toda su vida el recuerdo de aquel primer encuentro en París. Posteriormente habría de rememorar más de una vez cómo visitó en París, acompañado de Lenin, el taller del famoso escultor Aronson. El escultor quedó admirado al ver la cabeza de Lenin y le rogó repetidas veces que le permitiera esculpirla, aunque sólo fuera, en un medallón. Comparó la cabeza de Lenin con la de Sócrates, el filósofo de la antigua Grecia, que se distinguía por su poder físico. Desarrollando esta comparación de Aronson, Lunacharski hablaba de la belleza y espiritualidad sin par de la alta frente de sabio de Lenin.

Más tarde, en Ginebra, entrevistándose a diario con Lenin y trabajando bajo su dirección, Lunacharski fue descubriendo nuevos y nuevos rasgos de Vladímir Ilich. La pasmosa energía vital que encerraba en sí hacía que Lenin fuera siempre equilibrado y optimista y le ayudaba a vencer las dificultades y las disputas entre los emigrados políticos.

Se ha escrito mucho de la incomparable risa de Lenin, que parecía la culminación de su amor a la vida. Lunacharski recordaba también con frecuencia la risa conta-

giosa, infantil, de Lenin y lo fácil que era hacerle reír. Y con la misma naturalidad se encolerizaba. "Observé muchas veces esta agitación externa, estas palabras de enojo, estos dardos de ironía venosa y, al mismo tiempo, esa sonrisa en los ojos y esa facultad de acabar en un instante con la escena de cólera, que parece representada por Lenin porque así es necesario, mientras que en su fuero interno sigue no sólo sereno, sino alegre".

Anatoli Lunacharski

Al cohesionar las fuerzas del Partido Bolchevique, Lenin, con la perspicacia de un organizador genial, vio en Lunacharski a un revolucionario convencido y a un orador eminente.

Lunacharski colaboró en los periódicos bolcheviques *Vperiod* ("Adelante") y *Proletari* ("El Proletario") con el seudónimo de Vóinov, recorrió Suiza, Francia, Bélgica y Alemania para cumplir misiones del partido y pronunció discursos en asambleas y mítines arrancando la careta a los mencheviques.

Lenin valoraba extraordinariamente la inteligencia viva y flexible de Lunacharski, su incomparable ardor polémico, su habilidad para batir al enemigo.

Nadezhda Krúpskaya recuerda con las siguientes palabras la colaboración de Lunacharski en la Redacción de

Vperiod: "Vladímir Ilich apreciaba sobre todo a los redactores y colaboradores que poseían el talento de la exposición. No se trata únicamente del estilo y del lenguaje, sino de toda la manera de enfocar y desarrollar un problema. En este sentido, Vladímir Ilich estimaba especialmente a Anatoli Vasílievich Lunacharski, como manifestó en más de una ocasión. Por ejemplo, alguien expresaba una idea acertada e interesante; Anatoli Vasílievich la captaba y la exponía con tanta belleza y talento, le daba una forma tan brillante, que hasta el propio autor se maravillaba de que esa idea suya, tan sencilla y con frecuencia tan mal expresada, hubiera adquirido una forma inesperadamente bella y atractiva. He tenido ocasión varias veces de asistir a conversaciones de Vladímir Ilich y Anatoli Vasílievich y observar cómo se "excitaban" el uno al otro".

El camino que llevó a Lunacharski a la Revolución de Octubre no fue fácil. El apasionamiento por la filosofía idealista de Mach y Avenarius, cuyas lecciones escuchó Lunacharski en la Universidad de Zurich, provocó en repetidas ocasiones la condenación categórica de Lenin. Después de la primera revolución rusa de 1905, Lunacharski, influenciado por su amigo A. Bogdánov, formó parte del grupo de los de *Vperiod*, que se había separado de Lenin. Pero Vladímir Ilich, aun criticando duramente a Lunacharski en sus obras, estaba convencido de que éste volvería a encontrar el camino certero. Así lo atestigua Gorki, quien dio a conocer las siguientes palabras de Lenin: "Lunacharski volverá al partido... Es una naturaleza dotada de un talento extraordinario. "Tengo predilección" por él... Le quiero, ¿sabe usted?, ¡es un excelente camarada!"

Y, en efecto, a partir de 1912, Lunacharski forma de nuevo en las mismas filas que Lenin.

Al hojear los periódicos y revistas de los primeros años de la revolución, ya amarillentos por el tiempo pero eternamente vivos y emocionantes, se encuentra en todas

partes el nombre de Lunacharski cuando se trata de teatro, museos, exposiciones, conferencias y escuelas. En los duros años de hambre y desorganización en el país, arruinado por la guerra civil y la intervención extranjera, se emprendió un desarrollo cultural inusitado. Lunacharski se entregó por entero a esta labor, que pasó a ser el contenido de toda su vida. Según propia confesión, sus jornadas estaban tan llenas del "trabajo más febril" que dormía de tres a cinco horas al día.

"La revolución trae consigo ideas de magnífica amplitud y profundidad, enciende en torno suyo sentimientos intensos, heroicos, audaces..." Estas palabras de Lunacharski, pronunciadas desde la tribuna del VI Congreso del Partido, parecen alumbrar el glorioso camino que recorrió desde los primeros días de la Revolución de Octubre.

Trasladémonos mentalmente al Petrogrado de fines de 1917. La sala, enorme y fría, del antiguo Ministerio de Instrucción Pública. Una bombilla solitaria arroja su luz mortecina sobre los reunidos. Hombres de abigarrada vestimenta, que arden en deseos de trabajar para instruir al pueblo, y, al lado de ellos, hoscos funcionarios y oficinistas del Ministerio, que han decidido, por fin, desistir del sabotaje. Todo es aún inestable, y entre los reunidos, a la par con el entusiasmo, hay no poco escepticismo mordaz. ¡Y cómo puede ser de otra manera! La prensa reaccionaria del extranjero anuncia a bombo y platillos que los bolcheviques serán derribados en breve y que los generales zaristas pondrán fin a la "anarquía". Pero el comisario del pueblo Lunacharski pronuncia un discurso precisamente en esta sala sombría. Los espejuelos de sus anteojos despiden pálidos reflejos; la voz, de timbre bello y amplio, suena convincente. A los pocos minutos, el variadísimo auditorio se siente dominado por la envergadura del discurso. Han transcurrido treinta días desde la implantación del Poder soviético —dice el orador— y el día de hoy es una fecha pequeña, pero significativa. Y recuerda los siete días bíblicos que fueron necesarios, según se

dice, para crear el mundo, y los cuarenta días del diluvio, y los cien días de Napoleón, y los setenta y dos días de la Comuna de París. Los jóvenes entusiastas y los viejos funcionarios aplauden por igual. Lunacharski termina diciendo: "Camaradas: Nuestros enemigos predecían que no podríamos sostenernos en el poder más de tres días. Otros, más comedidos, nos presagiaban dos semanas, como máximo. Pero, como ven, nos sostenemos ya todo un mes. ¡Y les aseguro que si vienen aquí dentro de tres años, también nos sostendremos todavía!"

Y una nueva explosión de aplausos y de entusiasmo estremece la sala.

Este pequeño episodio refleja la ingente labor que cayó sobre los hombros de Lunacharski.

Algo más tarde podía recordar con una sonrisa cómo se presentó en el antiguo ministerio zarista con un puñado de trabajadores del Comisariado del Pueblo de Instrucción Pública. Los funcionarios, enfurecidos, habían declarado categóricamente que se marcharían en el mismo instante en que el odiado Lunacharski cruzara el umbral del palacio que se alzaba junto al puente de Chernyshov. Y se marcharon. Las oficinas y los pasillos del ministerio estaban vacíos. Mas esto no desanimó a Lunacharski. Marchó directamente a su despacho y celebró allí la primera reunión del Colegio del Comisariado del Pueblo de Instrucción Pública. Se presentaron los fogoneros encargados de la calefacción, los ordenanzas, los porteros y otros empleados. Habló en su nombre el empleado Monájov, que no escatimó palabras gruesas para calificar a los funcionarios desertores y declaró que estaban dispuestos a trabajar.

— Muy bien —respondió Lunacharski—. Podéis estar seguros, camaradas, de que no temeremos las dificultades ni nos arredrará ningún sabotaje.

En el Comisariado del Pueblo de Instrucción empezó una nueva e intensa actividad. El *Llamamiento* a los ciudadanos de Rusia, escrito por Lunacharski en noviembre

de 1917 y aprobado por Lenin, resonó como un manifiesto sobre la alfabetización general y la enseñanza gratuita, sobre la creación de la nueva escuela basada en la combinación de la enseñanza y el trabajo.

¡Cuántas veces, en su despacho del Kremlin, habló Lenin con Lunacharski de las escuelas, las bibliotecas y los libros, los museos y los teatros, los periódicos y las revistas! Todo eso dependía del Comisariado del Pueblo de Instrucción Pública, cuya alma era Anatoli Vasílievich Lunacharski. Y éste salía siempre del despacho de Lenin con nuevos ánimos, sorprendido una y otra vez de la gigantesca inteligencia del hombre más grande de nuestro tiempo.

"Considero —decía Lunacharski— que la historia de ningún pueblo conoce todavía un hombre como Lenin, un hombre de extraordinario temperamento revolucionario y combativo, un hombre no sólo de pensamiento genial, sino de acciones decididas".

El partido dedicaba una atención especial a transformar las concepciones de los viejos intelectuales, en particular de los artistas, vinculados por su educación y sus hábitos al género de vida burgués. Lenin decía que "en las manos y en las cabezas" de estos intelectuales se encuentra la herencia cultural del pasado, indispensable para crear la nueva sociedad. Entre los viejos intelectuales había personas que percibieron en el acto el énfasis de la revolución y se incorporaron al campo proletario sin la menor duda interna. Había asimismo reaccionarios descarados, que exhortaban al sabotaje y al boicot. Pero había también una parte considerable de vacilantes que no sabían a quién sumarse. Lunacharski prestó una ayuda no pequeña al partido en la incorporación de los intelectuales a la revolución. En esta labor se revelaron su gran tacto, su atractivo personal y su habilidad para vencer la malquerencia. El actor Nemiróvich-Dánchenko recordaba: "La gente de teatro no ha olvidado cómo acudía en los primeros meses de la revolución a las reuniones, cargada

de "protesta" hasta los dientes, con los pómulos contraídos, y después de un fogoso discurso de hora y media, bajo los golpes suaves pero implacables de una lógica de hierro, abandonaba todas las dudas y desde allí mismo se lanzaba al combate tras el guía, como la más intransigente y la más obstinada".

Lenin se interesaba cada día por los detalles de la labor de Lunacharski. Este recordaría más tarde con emoción que en los momentos difíciles acudía a Lenin en busca de consejo y recibía de él la ayuda necesaria. He aquí uno de esos recuerdos: "Fui a ver a Vladímir Ilich a su despacho, no recuerdo exactamente la fecha, pero, en todo caso, durante la temporada de 1918 a 1919, y le dije que pensaba hacer todos los esfuerzos posibles para conservar los mejores teatros de la capital. Agregué a esto: por ahora, como es natural, su repertorio es viejo, pero lo limpiaremos inmediatamente de toda la basura. El público, y precisamente el público proletario, acude a ellos con agrado. Tanto este público como los tiempos que vivimos obligarán incluso a los teatros más conservadores a cambiar paulatinamente. Creo que este cambio se producirá con relativa rapidez. Considero peligroso efectuar transformaciones bruscas en este terreno: todavía no tenemos con qué remplazar lo existente. Porque es imposible suponer que se puedan clausurar los conservatorios y las escuelas musicales y quemar los viejos instrumentos y notas "feudales y burgueses", basándose en que, después de la revolución, la música del futuro se hará proletaria y socialista.

Vladímir Ilich me escuchó con atención y respondió que me atuviera precisamente a esta línea, pero sin olvidarme de apoyar también todo lo nuevo que nace bajo el influjo de la revolución. No importa que esto nuevo sea flojo al principio: en este terreno es imposible guiarse únicamente por consideraciones estéticas, pues, de otro modo, el arte viejo, más maduro, frenará el desarrollo del nuevo, y aunque él mismo vaya cambiando, ese cambio será tanto más

lento cuanto menos se sienta espoleado por la competencia de los fenómenos jóvenes".

El 26 de agosto de 1919 se publicó un decreto, firmado por Lenin y Lunacharski, en virtud del cual se unificaba toda la labor teatral. Se formó un Comité Teatral Central, presidido por Anatoli Lunacharski, al que se encargó de resolver los problemas más diversos, desde los relacionados con la obra creadora hasta los referentes a las condiciones de existencia, y preocuparse del abastecimiento racionado, de las viviendas y de la distribución de entradas de los teatros.

La política del partido y del Poder soviético en el dominio teatral, aplicada por Lunacharski, consistía en crear y cuidar solícitamente el arte nuevo, nacido de las ideas de la Revolución de Octubre, pero conservando todo lo que hubiera de valioso en el teatro viejo.

Acude a la memoria la capital soviética de aquellos tiempos, cubierta de nieve, fría y no muy harta. Se libran combates en los frentes de la guerra civil. Hay que pertrechar, vestir, calzar y alimentar al Ejército Rojo. El transporte urbano casi no funciona. Muy de tarde en tarde retumba un tranvía vetusto, con chirridos y timbrazos amenazadores. Hombres y mujeres, envueltos en pañoletas y capotes de piel de carnero y calzando botas de fieltro, tiran de pequeños trineos cargados. Las fábricas de electricidad funcionan con intermitencias. Por las noches, las calles están sumidas en la oscuridad. Pero cada día, a la hora señalada, se levanta el telón en decenas de teatros, en cuyas salas, completamente abarrotadas, hay un público nuevo, principalmente obreros y soldados rojos.

La transformación de la vieja máquina teatral avanzaba con gran trabajo en los años de guerra civil y de desbarajuste. Desde su puesto de comisario del pueblo, Lunacharski no tuvo que vencer únicamente dificultades materiales; hubo de luchar, sobre todo, contra los numerosos enemigos de su "humanismo", que exigían la "proletarización" categórica de todo el arte teatral, la supresión de

los teatros académicos, que ellos calificaban de "burgueses", y la creación, a partir de la nada, de nuevos teatros de agitación revolucionaria.

"Es fácil destruir, pero es imposible reconstruir lo destruido": tal es el leitmotiv de la mayoría de los discursos y artículos polémicos de Lunacharski de aquellos años. En esos artículos y discursos combatió a los "izquierdistas", los cuales llegaron a afirmar que el legado de los clásicos era "inútil" e incluso perjudicial para el proletariado.

Lunacharski era un partidario convencido del arte realista y aplicó esta política.

La sutil penetración en los secretos de la obra creadora de los actores y escritores, de los pintores y músicos permitió a Lunacharski intimar con ellos. Sabía siempre, de una manera inexplicable, qué constituía la vida de este o aquel hombre de ciencia, qué escribía un joven dramaturgo, qué preocupaba al artista Yuzhin, qué inquietaba al poeta Mayakovski, a qué se dedicaban los directores de escena Stanislavski y Vajtángov y qué preparaba la nueva escuela teatral.

Hombre de vasta cultura y, a la par, extraordinariamente modesto, Lunacharski jamás imponía su opinión ni sus gustos personales al artista, sino que con habilidad y gran comedimiento señalaba la orientación necesaria.

En los primeros años de la revolución se sostuvieron animadas discusiones en la prensa, en las reuniones de controversia, en todas partes, en torno a los destinos de la cultura proletaria. Proletkult, organización especial que formaba parte del Comisariado del Pueblo de Instrucción Pública, estaba contagiada de la idea, profundamente errónea, de que era necesario arrojar por la borda todas las conquistas culturales del pasado. Lenin condenó más de una vez semejantes afirmaciones. El 2 de octubre de 1920 dijo en el II Congreso de la Unión de Juventudes Comunistas de Rusia: "Sin comprender con claridad que sólo se puede crear esta cultura proletaria conociendo con precisión la cultura que ha creado la humanidad en todo

su desarrollo y transformándola, sin comprender eso, no podremos cumplir esta tarea. La cultura proletaria no surge de fuente desconocida, no es una invención de los que se llaman especialistas en cultura proletaria. Eso es pura necedad. La cultura proletaria tiene que ser el desarrollo lógico del acervo de conocimientos conquistados por la humanidad bajo el yugo de la sociedad capitalista".

Lunacharski aplicó estas ideas de Lenin, desarrollando por todos los medios el pensamiento de que es necesario asimilar con la mayor profundidad la cultura del pasado. El, que se encontraba en el centro de una encarnizada lucha de opiniones, rechazaba con energía a los nihilistas de toda laya que querían expulsar a Pushkin "del barco de la contemporaneidad".

Sin embargo, en el discurso pronunciado en el Congreso de Proletkult en octubre de 1920, Lunacharski apoyó la reivindicación de los "proletkultistas" de que se les concediese autonomía en el sistema del Comisariado del Pueblo de Instrucción. Al tener noticias de este discurso, Lenin escribió: "Por el número de *Izvestia* correspondiente al 8 de octubre se ve que el camarada Lunacharski ha dicho en el Congreso de Proletkult *justamente lo contrario* de lo que habíamos convenido con él ayer.

Es necesario preparar con extraordinaria rapidez un proyecto de resolución (del Congreso de Proletkult), hacerlo pasar por el CC y llegar a tiempo de que sea aprobado *en esta misma* sesión de Proletkult".

Lunacharski recordaba más tarde: "Durante el Congreso de Proletkult, me parece que fue en 1920, Vladímir Ilich me encargó que fuera allí y dijera claramente que Proletkult debía encontrarse bajo la dirección del Comisariado del Pueblo de Instrucción y considerarse una institución del mismo, etc. En una palabra, Vladímir Ilich quería que nosotros ajustáramos Proletkult al Estado, en tanto que él adoptaba medidas para ajustarlo también al partido. El discurso que pronuncié en el congreso fue bastante evasivo y conciliador... Este discurso fue dado a

conocer a Vladímir Ilich en una redacción más suave todavía. Me llamó a su despacho y me reprendió".

No se trataba solamente de cuestiones de organización. Tras las consignas de "autonomía" y "libertad" de Proletkult se ocultaba el deseo de suplantar al partido en los problemas del desarrollo cultural.

La vida mostró hasta qué extremo eran justas las posiciones de Lenin, del partido.

19 de septiembre de 1925. Leningrado. El Teatro Académico del Drama (antiguo Teatro Alexandrinski) está abarrotado. Los artistas de la ciudad de Lenin se han reunido en él para escuchar a Lunacharski. Habla de las bases de la política teatral del Poder soviético. Llena la sala esa tensión con que todos escuchan al orador preferido. Sus palabras suenan con serenidad y seguridad: "En ninguna época, en ningún año, he sentido en tal grado la justificación plena de la política que ha seguido el Poder soviético en el dominio del teatro y cuyo vehículo tengo el honor de ser. Quienes, haciéndome un gran honor, piensan que existe una política de Lunacharski, desconocen sencillamente las condiciones de nuestra actividad estatal. Yo, naturalmente, he aplicado la línea comprobada y apoyada en nuestras instituciones centrales del Estado y del partido. Es la política del Poder soviético... Jamás he podido decir con tanta seguridad como hoy que esa política es absolutamente justa. Hay aún, claro está, gran cantidad de lagunas, gran cantidad de necesidades, gran cantidad de faltas en distintos dominios, y considero que, en este terreno, el teatro se halla en mejor situación que otras artes; pero, pese a todo, nuestra Unión Soviética se encuentra en el aspecto artístico a una altura extraordinariamente grande, no cabe la menor duda de ello".

2

Eran muchos, muchísimos, los escritores, artistas, músicos y pintores de las décadas del 20 y del 30 que conocían bien la casa alta que se alza en una esquina de la calle

que lleva hoy el nombre de Lunacharski. Allí vivía, en el quinto piso, Anatoli Lunacharski. Los artistas y literatos acudían a aquella casa, como a una fiesta, para ver a su hospitalario morador, recibir de él aliento y escuchar palabras fogosas. En las espaciosas habitaciones de su apartamento se entablaban animadas discusiones sobre los nuevos libros, estrenos teatrales y exposiciones de pinturas y se daban recitales de música. Y todo ello estaba reconfortado por una profunda comprensión del arte, por un sentimiento de penetración en su importancia contemporánea. Cuanto ocurría allí parecía natural, simple, significativo e imperiosamente necesario, como la vida nacida con la Revolución de Octubre.

Es difícil enumerar las cuestiones que interesaban a Lunacharski como lector. De ordinario, las personas que se dedican a las humanidades sienten indiferencia por las Ciencias Naturales, las Matemáticas, la Física, la Medicina y la Astronomía. Lunacharski, que ya en la Universidad hizo un curso de Ciencias Naturales, estaba siempre al corriente de los últimos adelantos en esta rama del saber, leía las revistas del país y del extranjero. Era frecuente que acudieran a él especialistas para hacerle preguntas estrictamente profesionales. Con los matemáticos hablaba en el lenguaje de los matemáticos; con los geólogos, en el de los geólogos, y todos quedaban admirados, preguntándose dónde había adquirido conocimientos tan variados y especiales. Merece la pena recordar la conmemoración del segundo centenario de la Academia de Ciencias. Lunacharski pronunció ante famosísimos sabios de numerosos países un fogoso discurso sobre la importancia de la ciencia. Empezó su discurso en ruso, lo prosiguió en alemán, francés, inglés e italiano y lo terminó en latín.

A las veladas que tenían lugar en casa de Lunacharski asistían con frecuencia los escritores A. Tolstói, A. Fadéiev, V. Mayakovski, M. Koltsov, V. Inber, I. Utkin, I. Selvinski y B. Pasternak; los dramaturgos A. Glébov, N. Erdman y S. Tretiakov; los artistas A. Yuzhin, Y. Yú-

riev, I. Kozlovski, A. Baturin, Vera Dúlova, V. Massalitínova, E. Turchanínova, E. Gógoleva y otros muchos. Allí se entrevistaban también viejos compañeros de deportación: I. Grossman-Roschin, P. Lébedev-Polianski y los destacados políticos F. Raskólnikov, V. Antónov-Ovséenko, A. Egórov y M. Litvínov.

Podríamos continuar esta lista hasta lo infinito, pero, de todos modos, no daría una idea exacta del variadísimo grupo de personas de diversas profesiones y de distinto talento y mentalidad que acudían poco menos que cada día al apartamento de Lunacharski. El dueño de la casa encantaba a todos con su inagotable talento para relacionar y unir incluso a personas que tenían muy poco de común.

Es interesante que Lunacharski, desde sus primeros pasos en las letras, buscara una forma nueva para sus artículos de crítica. Recurría con frecuencia al diálogo. Una de sus primeras obras teóricas, *Diálogo sobre arte*, aparecida en 1905, fue escrita en forma dramática, como una conversación. El joven Lunacharski dio el título de *Ideas con careta* a una colección de relatos y piezas teatrales en un acto que publicó en 1912. Se esforzaba por dar a las ideas que propagaba una forma no sólo gráfica, sino activa, escénica.

Su última obra, *Gogoliana* (1933), está escrita también en diálogo. Este método ayudaba al autor a mostrar la lucha de ideas distintas. Por ejemplo, al describir la representación del misterio de Byron *Caín*, Lunacharski se vale de dos interlocutores, que discuten en torno a las ideas de *Caín* desde distintos puntos de vista: el liberal-burgués y el revolucionario.

Las redacciones de los periódicos y revistas, las instituciones científicas, los organizadores de conferencias y los directores de clubs obreros asediaban a Lunacharski por teléfono y personalmente, lo atrapaban en el Comisariado del Pueblo de Instrucción Pública, en su casa e incluso en la calle. A Lunacharski no le gustaba negarse. Y, además, no sabía negarse. Hubo casos en que organizado-

res singularmente enérgicos se apoderaron de él en la calle y se lo llevaron para pronunciar un discurso. Es difícil imaginarse la carga física e intelectual que hubo de soportar Lunacharski. Su fuerza vital residía precisamente en esta incesante mutación de impresiones y conocimientos percibidos y entregados. Para él, descansar significaba cambiar de trabajo. En cierta ocasión, al enfermar de gripe, tradujo unas poesías del clásico húngaro Sándor Petöfi.

Entre las numerosas "pasiones" de Lunacharski —la ciencia, la literatura, las artes plásticas y la música— predominaba, pese a todo, la pasión por el teatro. En 1924 confesó: "Desde la infancia y hasta hoy... amo el teatro, y por eso, como es natural, le he dedicado no poca atención. He estudiado directamente la escena, la literatura teatral, la historia de la dramaturgia, etc. Cuando hube de dirigir durante varios años la instrucción pública de la primera República Socialista se me reprochó incluso que prestaba demasiada atención al teatro".

Y, en efecto, cualquier acontecimiento de la vida teatral —un nuevo espectáculo, un aniversario de un artista, una obra recién salida de la pluma de un dramaturgo soviético, un interesante experimento escénico de un director, un papel acertadamente representado por un actor— encontraba eco, y, además, inmediatamente, en Lunacharski. Así nacían una breve reseña periodística, un artículo teórico, un discurso durante una discusión creadora, un informe, una conferencia...

Lunacharski podía abandonar un libro sin terminar de leerlo, pero jamás salía del teatro sin presenciar una representación hasta el fin. Y por mala que le pareciera una obra, veía una escena tras otra, un acto tras otro, buscando, al menos, unos cuantos rasgos brillantes o positivos.

En ello se manifestaba, dicho sea de paso, la famosa bondad de Lunacharski. Pero, si se piensa bien, existe una idea equivocada de su blandura y su bondad. Cedía con agrado y facilidad en los problemas de poca importancia,

no de principio. Ahora bien, si no estaba de acuerdo con algo y lo consideraba equivocado, era inflexible. Lunacharski no tenía miramientos con Meyerhold cuando se trataba de sus fracasos y equivocaciones; pero comprendía sus notables realizaciones y apoyaba por todos los medios las búsquedas de Meyerhold en el terreno del teatro nuevo, aceptando amistosamente su presentación de obras como *El inspector*, de Gógol, y *La credencial*, de Erdman. Le gustaba decir que el crítico debe ser un auxiliar del teatro, y no un mosquito que trompetea sobre la cabeza eligiendo el lugar donde picar.

Así precisamente enfocaba Lunacharski como crítico las obras de arte.

Al leer los artículos y reseñas de los críticos de teatro, Lunacharski se irritaba francamente con los que se recreaban por los defectos de una u otra obra. "Veo frecuentemente con un sentimiento de profundo pesar —decía a este respecto— cuánta alegría malsana suele haber en un artículo o en una reseña cuando un teatro fracasa en la representación de esta o aquella obra, cuando no alcanza los objetivos señalados ante el artista".

Es imposible mencionar ni un solo artículo de Lunacharski acerca del teatro en el que él, hombre muy ingenioso y muy preciso, se ría sin fundamento de cualquier fracaso.

El repertorio de los teatros soviéticos preocupó a Lunacharski poco menos que desde los primeros días que siguieron a la Revolución de Octubre. Temía los experimentos prematuros en el campo de la dramaturgia. Recuerdo que un día, conversando con un grupo de jóvenes dramaturgos, les contó una gráfica parábola china, en la que se hablaba de un mandarín que, para halagar a su señor, colgó flores de papel de las ramas desnudas de los árboles de un jardín de invierno y le aseguró que había llegado la primavera. No es casual que en los artículos críticos de Lunacharski se repita con tanta frecuencia esta imagen de la "primavera de papel".

— Lo que más debemos temer en nuestro teatro es esa primavera oficial de papel —resumía Lunacharski—. Yo os llamo a crear obras teatrales verdaderamente revolucionarias y no piececillas de agitación sobre temas del momento...

En el variado y abigarrado repertorio de los años 20, las obras del propio Lunacharski eran muy notables. Se representaban mucho en los escenarios de la capital y de provincias, así como en los teatros de vanguardia de Europa Occidental. Más de una vez surgieron discusiones alrededor de la creación del dramaturgo. Si se tiene en cuenta el nivel general de la dramaturgia de los primeros años de la Revolución de Octubre, las obras teatrales de Lunacharski constituían un fenómeno inusitado y complejo. Eran dramas de grandes pensamientos sociales y filosóficos, expresados a veces, sin embargo, de forma muy complicada.

Lenin habló con simpatía del drama de Lunacharski *El barbero del rey*. El autor informaba en una carta al director de escena que montó este drama: "Puedo decir con orgullo que un hombre tan parco en elogios como nuestro gran jefe Vladímir Ilich Lenin ha dado, es cierto que de palabra, una opinión bastante halagüeña de esta obra. Ha destacado en ella, naturalmente, lo más importante para mí: el intento, de una parte, de analizar lo que es el poder monárquico, de qué contradicciones sociales surge, y, de otra parte, mostrar su evolución natural, su monstruosa ambición, que se transforma directamente en una locura específica".

Dedicado a diario al febril trabajo de estadista, Anatoli Lunacharski encontraba tiempo para crear y eso constituía siempre para él una alegre fiesta.

Lunacharski tenía muchos amigos en el extranjero, entre los que figuraban Romain Rolland, Henri Barbusse y Bernardo Shaw. Recuerdo una tarde de verano en el

Moscú de 1931. Por las ventanas abiertas irrumpe el ruido de la ciudad. En una pequeña sala de recibir se encuentran dos hombres eminentes de nuestra época. Uno, alto, recto, de barba canosa y rostro característico por su vivacidad y expresión, es conocido en el mundo entero por los retratos de periódicos y revistas. Tiene ya muchos años, pero en sus ojos, rápidos y un tanto pícaros, brilla un ardor casi juvenil. Es nuestro huésped inglés Bernardo Shaw. En una butaca, frente a él, está sentado Anatoli Lunacharski.

Escucho atentamente su conversación. Shaw va a cumplir setenta y cinco años en Moscú.

— Soy un paradójico acreditado —dice— y, por eso, quiero, como el escritor más viejo, celebrar mi cumpleaños en el país más joven del mundo.

Lunacharski seguía con atención la labor creadora de Shaw y, al aparecer cada una de sus obras, escribía con su benevolencia peculiar, pero siempre sin apartarse de los principios y a veces con brusquedad, de los errores y desviaciones reformistas del dramaturgo. Sin el menor embarazo, Lunacharski manifestó a su huésped durante la conversación que sus últimas obras, incluida *Santa Juana*, eran desafortunadas, no armonizaban mucho con nuestra época. Shaw le rogó que le hablara de ello con más detalle.

— No creo que quisiera usted escribir una obra rigurosamente histórica —dijo Lunacharski—. Para usted, la idea tenía más valor que la autenticidad. ¿Y qué ha resultado? Ha rehabilitado el medievo, la Inquisición, para exaltar a Juana de Arco. Pero le ha resultado una señorita aldeana y una nacionalista.

Shaw se defendía débilmente y su sonrisa denotaba cierto desconcierto...

— Quería ridiculizar a los invasores y lo he hecho. Pero acepto que, tal como está, mi obra no es adecuada para ustedes. Deben representar *El discípulo de Devil.* La escribí cuando era joven. Hay en ella mucha brusque-

dad, decisión y, lo que es principal, todos los planos están desplazados, el bien y el mal aparecen mezclados; en una palabra, Shaw está ahí completamente puro.

La conversación recayó sobre otro tema. Lunacharski dijo que consideraba a Shaw un probado amigo del País de los Soviets y le recordó un artículo que publicó en 1921 en defensa de la Rusia Soviética.

— Entonces no me imaginaba con suficiente claridad el papel de Lenin —manifestó Shaw—, aunque sí mejor que mi colega Wells.

Lunacharski objetó:

— Es muy posible; de todos modos, le llamó usted el estadista más interesante de la Europa de nuestros días.

— Y no me retracto de ello lo más mínimo —replicó Shaw—, pero la grandeza de Lenin es ahora especialmente evidente para mí. Ustedes trabajan siguiendo sus preceptos, mientras que los socialistas de Occidente hacen esfuerzos por subir la piedra hasta la cima de la montaña, pero la piedra rueda cada vez hacia abajo.

Unos días después, durante un discurso pronunciado ante los moscovitas en la Sala de las Columnas, Shaw no olvidó hablar de Lunacharski. "Me ha producido una inmensa satisfacción —dijo— encontrarme cara a cara con algunas fuerzas que hasta ahora no eran para mí más que unos nombres. Hace una semana, Lunacharski era para mí un nombre muy conocido. Pero ahora es para mí un ser vivo. He encontrado en él no sólo a un militante del Partido Comunista, sino algo más que los rusos y sólo los rusos pueden darme: me refiero a la capacidad de comprender y valorar mis propias obras dramáticas con una profundidad y una sutileza que, debo confesarlo, jamás he encontrado en Europa Occidental".

Lunacharski conoció a Romain Rolland en la emigración, en París. En el libro *Quince años de lucha* (1935), Romain Rolland cuenta: "A fines de enero de 1915 me visitó Anatoli Lunacharski, el futuro comisario de Ins-

trucción Pública de los Soviets. Era para mí, por así decirlo, un embajador del futuro, un mensajero de la inminente revolución rusa, de la que decía con serenidad y convicción que se produciría sin falta al final de la guerra, que era cosa decidida". Rolland añade que, al escuchar estas palabras de Lunacharski, sintió cómo "nacía la nueva Europa y la nueva humanidad".

Las entrevistas y las conversaciones de Lunacharski con Romain Rolland contribuyeron, sin duda alguna, a que el famoso escritor francés se compenetrara más a fondo cada día con el pensamiento de Lenin, "puro y punzante, como una espada". Así lo prueba, aunque sólo sea, el artículo de Romain Rolland *Lenin. El arte y la acción*, escrito a raíz de la muerte de Lunacharski. Basta compararlo con la última obra de Lunacharski —*Lenin y los estudios literarios*— para encontrar no pocos puntos de contacto.

Así reveló Anatoli Vasílievich Lunacharski a los amigos de otros países la gran verdad leninista sobre el sentido combativo del arte estrechamente vinculado a la acción revolucionaria.

A. Deich

UNA POSICION JUSTA

UNA POSICION JUSTA

El académico Axel Iványovich Berg cumplió setenta años en 1963. Desde los primeros días de octubre empezó a recibir felicitaciones, mensajes y regalos, y en cada uno de ellos, en la medida de las dotes literarias de sus autores, se sacaba partido de la cifra 70. Luego llegó la noticia de que se le había conferido el título de Héroe del Trabajo Socialista. Y empezaron de nuevo las llamadas telefónicas y las felicitaciones.

En los primeros días que siguieron al aniversario, cuando surgió en serio el problema de dónde colocar los centenares de carpetas con mensajes y los regalos —objetos y chirimbolos radioelectrónicos de todo género: receptores, modelos, esquemas humorísticos, etc.—, en esos días de ajetreo, llegó a Moscú una carta de un lejano país meridional. Axel Berg, al repasar por la tarde su correspondencia, la sacó de entre el montón de cartas que recibía cada día, se sentó un instante en la butaca —para leerla— y se pasó toda la noche con aquella hoja de papel en la mano. Se levantó, anduvo por el despacho de un lado para otro, hizo memoria y después se sentó a la máquina, empezó a teclear y se sumió de nuevo en profundas reflexiones...

La carta venía de su lejana juventud. Era de un viejo amigo, de un compañero de estudios del Cuerpo de Marina, al que había visto por última vez justamente cuarenta y

Lenin durante una sesión del III Congreso de la Internacional Comunista. Junio-julio de 1921

cinco años atrás, en 1918. Por su estilo, su manera y su entonación, la carta recordaba pasmosamente a Berg la prosa de los últimos años de Bunin: la misma soledad espiritual, la misma desesperanza lacerante...

El autor de la misiva escribe que está sentado en el jardín, florecen las rosas, triunfa imperioso alrededor el verdor meridional, tiene sobre las rodillas un número reciente de *Izvestia* y de pronto ve en él una foto, un rostro conocido —frente alta y mirada obstinada— y una firma: Axel Berg. Y recuerda a Rusia y, sin saber por qué, se siente tan desasosegado y tan conmovido interiormente que se decide a escribir a la patria por vez primera en casi medio siglo. Le alegra saber que uno, por lo menos, de su promoción haya sabido ser útil y necesario a Rusia, haya sabido hacer tanto, a juzgar por lo que dice el periódico. A él, en cambio, le horroriza mirar a su pasado, absurdo e inane. Y desde hace varios años espera la muerte en su espléndido jardín, la espera sin miedo y sin pena.

Esta carta, que por motivos ignorados ha llegado a Moscú dando un complicado rodeo —a través de Francia y de la República Federal Alemana— es, quizá, lo más valioso del correo recibido por Berg con motivo de su aniversario. Porque esta carta habla de lo más importante, del comienzo de todo. Porque esta carta, mejor que todos los mensajes grandilocuentes juntos, mejor incluso que los más cordiales y extensos, en los que se enumeran con detalle todos sus descubrimientos y méritos científicos, hace el balance auténtico de lo que se suele llamar estereotipadamente el camino del hombre en la vida.

En octubre de 1917, todos tenían veinticuatro años. Todos los jóvenes oficiales de Marina recientemente graduados, habían olido la pólvora de una u otra manera: la primera guerra mundial duraba ya cerca de tres años. La guerra los había lanzado a sitios distintos. Unos se habían convertido en enemigos: habían marchado con Kolchak y Denikin, habían partido de Odesa con los últimos buques.

Otros construían el nuevo Estado, el Estado soviético. Podría creerse que les habían ligado indisolublemente unos a otros todo el fardo de los recuerdos de la infancia y de la adolescencia, la comunidad de origen —casi todos eran vástagos de renombradas familias aristocráticas—, el romanticismo de las primeras travesías de entrenamiento. Sus camas habían estado juntas durante diez años.

Axel Berg

Todo el sistema de educación nobiliaria, perfeccionado a lo largo de los siglos, presuponía la atrofia completa del espíritu de independencia. Ese sistema no confiaba en la capacidad de raciocinio y de elección. En caso de catástrofe, debía funcionar con exactitud el día y la hora necesarios. Pero se vino abajo. El mundo se dividió en dos. Y cada cual debió decidir por sí mismo.

¿Quién sabe por qué se negó Axel Berg a desertar al campo de Kolchak cuando sus amigos y compañeros de estudios le llamaron de Helsingfors a Petrogrado para conversar y decidir qué deberían hacer ellos, oficiales profesionales de Marina? ¿Dónde buscar los orígenes de esta negativa, que predeterminó todo el destino de un hombre que habría de desempeñar con posterioridad un papel tan relevante en la historia de la ciencia soviética?

El propio Axel Berg habla raramente de ello.

— Hoy, al cabo de casi medio siglo, muchos creen a veces que todo lo que ocurre en el mundo puede explicarse con facilidad. ¿Comprendía yo algo en octubre de 1917? ¿Estaba bien enterado de los partidos que existían, entendía sus programas, me imaginaba, aunque fuera remota-

mente, lo que era la lucha política? No, claro que no. Era totalmente apolítico. Me apasionaba el mar, escribía mis primeros trabajos científicos, estudiaba mucho las Matemáticas y la Física y soñaba en secreto con ser astrónomo.

Oí por vez primera el nombre de Lenin cuando regresó de la emigración. Entonces no podía imaginarme en modo alguno que este hombre hubiera de trastrocar toda mi vida. El país marchaba hacia la revolución, la flota del Báltico seguía combatiendo. Llegábamos a la base, reparábamos los buques, nos enterábamos de las últimas noticias y volvíamos a hacernos a la mar. Y de nuevo, la noticia de que se había inutilizado algún tornillo insignificante me velaba las novedades desconcertantes de la capital: había que pelear, había que sobrevivir. . .

Cuando se me propuso que huyera para unirme a los blancos me negué. No me imaginaba cómo podría abandonar el submarino y a la tripulación (la tripulación de un submarino es una hermandad especial, en la que la vida de todos depende de cada uno). La palabra "patria" tenía para mí una dirección concreta: eran los marinos que habían peleado junto conmigo. Estaba avecindado allí y no me disponía a cambiar de domicilio. . .

Recuerdo que la tripulación de nuestro sumergible recibió la orden de guardar a Lenin cuando pronunció un discurso en la Sala Grande del Cuerpo de Marina. Estábamos de pie, el pecho cruzado por las cintas de ametralladora y las bombas de mano bajo el chaquetón, observando atentamente al público que llenaba la sala. Miré a mi alrededor y fijé la vista en los rostros de los reunidos. ¡La Sala Grande! Mi casa, mi juventud. Allá, en aquel rincón, bailé mi primer vals. Es curioso, ¿cuántas veces había estado yo, como primer violín de la orquesta de aficionados, en aquel escenario desde cuya tribuna hablaba Lenin? Hablaba con una ligera pronunciación gutural de la letra "r", con un lenguaje intelectual, sin adaptarse lo más mínimo al auditorio. ¡Y cómo le escuchaban los marineros! ¿Y por qué le escuchaban así?

* * *

Axel Berg, aristócrata, hijo de un general zarista, aceptó sin reservas la revolución. En 1918 fue nombrado ayudante del comandante del destructor *Capitán Belli*; en 1919, piloto del submarino *Pantera*, de la Flota Roja del Báltico, y luego capitán del submarino *Lince*. En 1920 mandó el sumergible *Lobo*. En 1921, juntamente con la tripulación, reparó y puso en servicio el submarino *Culebra*, que permanecía inactivo. El capitán Berg recibió por el *Culebra* la primera recompensa del Poder soviético: el título de "Héroe del Trabajo de la división especial de submarinos de la Flota del Báltico".

A fines de 1922, después de una avería y una lesión, fue desmovilizado de la flota. Podría creerse que una casualidad, la pérdida de un dedo, le había llevado a la ciencia: rindió en el acto los exámenes de las asignaturas de la Universidad y tres años después terminó los estudios en la Academia de la Marina de Guerra. Pero en cada casualidad hay una regularidad férrea. Porque incluso en el año más difícil, en 1918, Berg se esforzó por asistir a las lecciones de la Universidad en los raros días en que su submarino se encontraba en reparación.

— ¡Qué lecciones aquellas! —recuerda—. En las aulas, que podían acoger a trescientas personas, se reunían no más de una docena de estudiantes. No olvidaré en toda mi vida una lección en el Instituto Politécnico. La inmensa sala helada. En la cátedra, un profesor famoso, muy viejo y completamente ciego, y, ante él, un solo oyente: yo, anotando las fórmulas de la estadística matemática.

No se hizo astrónomo, como soñaba en su juventud. "¿Ahogó él mismo sus propias aspiraciones?" En parte, quizá, sí. Pero tenía una idea demasiado clara y precisa de lo que más necesitaba en aquellos momentos la República de los Soviets. Comprendía que a la joven flota le esperaban nuevas pruebas. La radiotecnia, que estaba naciendo

en aquellos momentos, prometía dar solución a los problemas que trataban en vano de resolver en el mar. Berg fue uno de los tres primeros graduados en la Academia en una especialidad absolutamente nueva: la electrotecnia.

Faltaban publicaciones científicas. Faltaban materiales para los experimentos. No se veía aún muy claro lo que sería el transmisor de radio: un arco, una chispa, una máquina o una lámpara. Berg eligió la lámpara. Y no se equivocó.

Llegó a la ciencia como un hombre ya formado. No se proponía en absoluto vivir como un científico anacoreta. Llevó consigo a la ciencia el viento de la revolución, sus tradiciones combativas, su forma de abordar a los hombres. Representaba un tipo nuevo de investigador, desconocido hasta entonces en la historia de la ciencia: el tipo del investigador nacido del Poder soviético, del investigador al que interesa todo lo existente en el mundo. La revolución creó esta aleación maravillosa: la obsesión personal por las propias inquietudes en la ciencia y la capacidad de limitarse a sí mismo en aras de las grandes tareas del Estado en la organización del proceso científico.

Berg se hizo un sabio organizador de la ciencia. Y la ciencia pasó a ser para él la continuación de la batalla por lo nuevo iniciada en octubre de 1917. Ni una vez, aun en las circunstancias más difíciles, retrocedió en un solo combate científico.

Eso habría constituido una traición. Una traición a sí mismo. A su pasado. A su patria. A Lenin.

Toda su vida es un combate continuo. Contra la indiferencia y la rutina, contra la falta de deseo de abandonar las ideas habituales, cómodas.

Cierto día le preguntaron: "Axel Ivánovich: ¿qué es en general, a su juicio, la felicidad?"

— No existe la felicidad "en general". Yo he conocido la felicidad del hombre de ciencia. No soy un admirador de la ciencia "pura". Para mí, la felicidad son mis ideas, plasmadas en las lámparas y en los generadores, en las fá-

bricas y en los institutos levantados con mi participación. Mi felicidad personal es nuestra Marina, que no será pillada de sorpresa; son también las disposiciones del gobierno en apoyo de la labor de los científicos y de los ingenieros.

Y, en efecto, la vida de Berg —marino, ingeniero y científico— es rica en acontecimientos. Todos los marinos están firmemente convencidos de que Berg es el mar. Berg es el primer armamento de la Marina soviética de superficie y submarina; es su rearme, su equipamiento con los aparatos de radio más modernos. Los radistas de Leningrado objetan a los marinos: Berg es un científico radiotécnico. En los libros de Berg —helos ahí, ocupando todo un anaquel, impresos en el basto papel amarillento de los años 20— han estudiado las primeras generaciones de ingenieros de radio soviéticos. Y también las posteriores.

Durante la Guerra Patria, Berg resolvió problemas referentes a la radiolocalización. ¿Dónde encontrar dinero, dónde montar decenas de nuevas fábricas, dónde alojar a la gente y, por último, dónde encontrar a esa gente, a los especialistas, lanzados por la guerra a distintos confines del país —a los frentes, a la evacuación—, y cómo reunirlos? Berg buscaba y encontraba, sacaba y sabía recordar lo grande y lo pequeño. Y siempre de prisa, de prisa, entregando producción: la guerra no esperaba. Tan sólo de tarde en tarde experimentaba algún desahogo: partía en avión para asistir a algunas pruebas, observaba, aprobaba y regresaba dichoso.

¿Y después de la guerra? Desempeñar el cargo de viceministro de Defensa no es, seguramente, la ocupación más fácil ni más tranquila, sobre todo en los años en que cambiaba de raíz la idea de lo que es la guerra moderna, en que el ejército era equipado con cohetes, en que cada día había que adoptar decisiones de cuyo acierto dependía el bienestar y la independencia del país. . .

¿Y la radioelectrónica, el comienzo de la era de los

semiconductores? Berg fue uno de los primeros que se lanzó al combate en defensa de los díodos y los triodos y predijo que, en un futuro muy próximo, estos minúsculos cristales cambiarían por completo la faz de la industria moderna e iniciarían la irrupción triunfal en la vida cotidiana. Berg se imaginó entonces con claridad los nuevos aparatos compactos, se atrevió a soñar con centenares de computadoras electrónicas que se encargarían a los asuntos humanos más complicados, farragosos y desagradables.

Y halló en sí mismo una valentía rara en el hombre de ciencia, en el inventor y el diseñador: renunció a sus propios esquemas, a sus propias lámparas de radio, a toda una época que, como la bala en el cargador, estaba estrechamente fundida con su nombre. Renunció a la época de la radiotecnia en aras de la incipiente radioelectrónica...

La cibernética es la última pasión, y probablemente la más fuerte, de Axel Berg.

Quizá porque la propia amplitud, grandiosidad y universalidad de la cibernética y su indiscutible influjo en las esferas más insospechadas de la vida corresponden muy sutilmente al carácter inquieto de Axel Berg, a sus sueños con la armonía y el orden en la casa gigantesca de los conocimientos modernos.

¿O quizá el quid de la cuestión esté en que la cibernética es el futuro? El futuro de la ciencia y de todos nosotros. La cibernética atrae a Berg por sus posibilidades aún no descubiertas. Estadista, militar y hombre de ciencia con vastísimas inquietudes científicas, piensa cada año más en el porvenir. En las vías del progreso. En los caminos que llevan adelante con la mayor rapidez. Piensa en que nuestra ciencia no puede, no tiene derecho a rezagarse en nada, ni siquiera en lo más minúsculo.

Al correr de los años, Berg no sólo comprendió con claridad creciente, sino que percibió físicamente la razón que asistía a Lenin al decir ya en 1917: "Perecer o alcanzar y sobrepasar también económicamente a los países adelan-

tados. Perecer o avanzar a todo vapor. Así plantea la historia la cuestión".

Axel Berg habla de esto en cada una de sus conferencias, en cada reunión, en sus obras científicas y en sus libros de divulgación.

Hay otro pensamiento de Lenin que recuerda una y otra vez: "La productividad del trabajo es, en última instancia, lo más importante, lo decisivo para el triunfo del nuevo régimen social".

La cibernética le atrae tanto, seguramente, porque promete "avanzar a todo vapor". La teoría del mando automático, el desarrollo de los sistemas automáticos de autosintonización y la enseñanza programada son para Berg, ante todo, un problema de magna importancia económica. Por eso, en las discusiones en torno a las perspectivas de desarrollo de la cibernética es con frecuencia brusco y franco y suscita la irritación de algunos hombres de ciencia. "¿Puede pensar una máquina, no puede pensar una máquina?" ¿Qué importancia de principio tiene hoy eso? Lo importante es que las computadoras electrónicas funcionen, que las fábricas las preparen sin defectos, que la cibernética dé ya ahora una salida práctica.

El académico Axel Berg es presidente del Consejo encargado de estudiar en su conjunto el problema "Cibernética". Este Consejo, adjunto a la Presidencia de la Academia de Ciencias de la URSS, consta de diecisiete secciones: desde la de cibernética técnica hasta la de lingüística estructural. Su presidente debe trazar las orientaciones principales de la labor de cada sección y distribuir del modo más racional las fuerzas científicas. Debe hacerlo todo a tiempo y preverlo todo.

Químicos, físicos, cibernéticos, médicos y lingüistas acuden a Berg en busca de consejo, de asesoramiento científico, de ayuda, le piden que lea y redacte un artículo, un libro...

— Algunos viejos amigos —dijo en cierta ocasión— me reprochan que quiero abarcarlo todo. Pero así es la propia

cibernética, la ciencia de la dirección, ya sea de la economía o de los procesos sicológicos y fisiológicos, lo mismo da. La cibernética penetra en todas partes. Tomen, por ejemplo, la Geología. Los geólogos recorren el país, buscan piedras. Y nosotros nos admiramos: ¡romanticismo, heroísmo, los hombres caminan con grandes cargas a cuestas! Pero el heroísmo consiste hoy en otra cosa: en aprender a extraer de esas piedras el máximo de información útil. Hasta ahora, los geólogos siguen excavando a mano y tienen tiempo de estudiar apenas una milésima parte de lo que hallan. Y las piedras quedan ahí como un peso muerto. Estoy seguro de que si las computadoras electrónicas repasaran las viejas colecciones, descubriríamos docenas de nuevos yacimientos.

Infalibilidad, planificación, organización del trabajo... El académico Berg viaja por el país, visita las fábricas, asesora...

Pero incluso en la cibernética tiene su favorita. Es la enseñanza programada. Recuerdo una conferencia que Berg dio sobre este tema a los profesores y catedráticos en el Instituto de Acero y Aleaciones de Moscú.

— Con mucha frecuencia no enseñamos lo que debemos ni como debemos. Y eso a pesar de que los alumnos de las escuelas y de los establecimientos de enseñanza superior están muy recargados. Estamos acostumbrados a dirigirnos a un oyente mediano, ni demasiado estúpido, ni excesivamente inteligente. En la naturaleza no hay nada mediano. Este método es el peor enemigo de los pedagogos.

— ¿Qué es la enseñanza desde el punto de vista de la cibernética? Una de las variedades del control. Con ayuda de las máquinas pasaremos a métodos individuales de enseñanza. La máquina moderna, al enseñar al hombre, puede registrar el ritmo de sus respuestas en los memorizadores electrónicos. Puede incluso —según las dotes del alumno— acelerar o retardar la marcha de la enseñanza.

En la sala se alzó un zumbido de cuchicheos.

— No piensen ustedes que la cibernética niega el papel del pedagogo. Al contrario, el trabajo de este último adquiere de verdad un carácter creador. Pero no olviden que en la Pedagogía perduran los hombres de mayor talento y más laboriosos. La experiencia enseña que confeccionar el programa para una máquina es mucho más complicado que dictar sencillamente una lección...

Esta conferencia fue dada hace dos años. Los profesores oyeron hablar por vez primera de lo que es la enseñanza programada.

Pues bien, en el Museo Politécnico está abierta una exposición permanente de máquinas electrónicas dedicadas a la enseñanza y se celebran conferencias y seminarios de todo el país sobre este tema. Funcionan ya también las primeras aulas equipadas con estas máquinas.

Pero todo eso no es más que una minúscula partícula de lo nuevo, apenas perceptible para los no iniciados...

Tras las primeras máquinas, torpes y no siempre afortunadas; tras los primeros programas de las máquinas, confeccionados pesada e incorrectamente, como dicen los cibernéticos, se oculta toda una revolución, el rompimiento con tradiciones milenarias, el comienzo de una nueva era en la enseñanza. Es una victoria más de la cibernética. Y en esa victoria hay una gran parte del trabajo personal del académico Berg.

Las vías de desarrollo de la cibernética y las perspectivas de unas u otras de sus ramas originan multitud de discusiones y discrepancias entre los hombres de ciencia. Y esto es comprensible y completamente explicable. Pero además de las complicaciones científicas surgen de manera inevitable otras de orden puramente sicológico. Y esto también es comprensible: las ideas de unos resultan ser proyectos ilusorios, otros dan rodeos, alguno necesita que se le sugiera a tiempo la solución... No se puede decir que todo este difícil nudo sicológico que se ha formado alrededor de la cibernética sea una cosa fácil para Axel Berg. Y tampoco se puede afirmar que la vida sea siempre fácil

y agradable para quienes tienen que tratar con él en el trabajo. El académico es rectilíneo. No tiene nada de diplomático. En el calor de una discusión puede herir el amor propio de alguien, agraviarlo, sin darse cuenta de ello y, lo que es principal, sin desearlo. Porque la discusión gira en torno a problemas de mucha importancia. Y la obra le vela todo lo demás. Se acepta a Berg tal como es y se hace uno amigo suyo. O no se le acepta en absoluto.

Sin embargo, son muy pocos los que sospechan que esta pólvora seca, presta a inflamarse en cualquier momento, es un hombre tímido y muy bondadoso.

Hay pocas personas capaces de descubrir en el acto el sentimiento recóndito, profundamente oculto, que en un momento histórico ordenó a Berg, de manera subconsciente, hacerse comandante rojo, ese sentimiento que explica toda su posición en la vida, toda su posición de hombre... Mas lo que importa es que esa posición en la vida es justa, leninista.

G. Bashkírova

HISTORIA DE UNA VIDA

HISTORIA DE UNA VIDA

Elisabeta Gavrílova pasó su infancia entre hombres y mujeres del campo, obligados por la miseria a trasladarse a la ciudad, a las secciones de la fábrica *El Diésel Ruso,* a los talleres de las hilanderías de Sampsónievskaya.

La crió y educó el tío Vasia, un ajustador de *El Diésel Ruso.* Las condiciones de vida eran desesperantes: hacinamiento, atmósfera enrarecida, humedad, oscuridad casi completa... Pero el hombre que sustituyó a su padre era bueno, aunque la acariciara raramente.

Como todos los chiquillos y chiquillas que vivían en "rincones" arrendados, Elisabeta vestía una camisa larga que mudaba de tarde en tarde. No tenía otra ropa. Para no ser una carga, hacía la limpieza, fregaba suelos, iba a la tienda y, a los ocho años, se hizo niñera. La esposa del tío Vasia, Ana, trabajaba en la fábrica de hilados de algodón de Sampsónievskaya. Allá llevaba Lisa, como la llamaban todos, a un niño de pecho tres veces al día, para que lo amamantara su madre. Lisa no iba a la escuela.

Aquellos años —1905, 1906— fueron especiales para los proletarios de Petersburgo. Las huelgas se sucedían constantemente. La más importante y amenazadora fue la de los obreros textiles, en la que participaron también los trabajadores de las hilanderías de Sampsónievskaya.

Se acalló el rechinar del hierro en los talleres. Pararon

Lenin y Krúpskaya con un grupo de campesinos de la aldea de Káshino. Noviembre de 1920

las máquinas. En cambio, en la calle de Sampsónievskaya resonaron los cascos de los caballos de los cosacos.

La huelga duró mucho. Lisa no tenía que llevar a la fábrica al chiquillo, pero no se alegraba por ello. La vida se hizo más difícil. Empezó el hambre. No podían saciarla ni siquiera con duro pan negro. Fueron tiempos penosos.

Un hombre los definió entonces como el comienzo de la fase preparatoria de la revolución popular. Calificó la huelga de los obreros textiles de famosa guerra industrial. En las entrañas de la revolución germinaban nuevas semillas.

Aquel hombre —Vladímir Uliánov (Lenin)— empezó a sembrar esas semillas, que llevaban en sí la fuerza de una explosión, dos años antes de la huelga general de tejedores e hilanderos de Petersburgo. En el otoño de 1893, en los círculos obreros de la barriada de Vyborg apareció un desconocido, que sus contemporáneos habrían de recordar toda la vida.

Se le podía ver en la sala de lectura de la Biblioteca Pública y en los callejones de la fábricas, en las aulas estudiantiles y en los caserones obreros de la fábrica *Laferm*.

Entraba en aquellos caserones, a lo largo de cuyas paredes se alineaban los catres de tablas, burdamente hechos y apenas cubiertos con viejos jergones de paja. Cualquier persona ajena podía sentirse allí aturdida por el aire sofocante y húmedo; la luz macilenta y escasa hacía amarillear los rostros de los hombres, extenuados por el trabajo insoportable y que no tenían nada verdadero: ni techo, ni ropa, ni comida, ni siquiera vida.

Pero a Lenin no le turbaba lo que veía allí. Sabía que aquellos hombres tenían presente —la lucha por la libertad— y futuro: la revolución.

En aras de ese futuro, dirigió allí, en la barriada de Vyborg, la reunión de representantes de todos los círculos marxistas de Petersburgo que fundó la "Unión de Lucha por la Emancipación de la Clase Obrera".

La pequeña Elisabeta, hija de esta clase, no podía figurarse entonces que su destino y el de aquel hombre

extraordinario llamado Vladímir Uliánov confluirían en un gran torrente único más de veinte años después.

A los doce años terminó su triste infancia. La niña fue enviada al mismo sitio donde trabajaba Ana, la esposa del tío Vasia: a la fábrica de hilados de algodón. Era pequeña, delgaducha. No querían admitirla. Y cuando la admitieron y llegó el día de la primera paga, pasó no poca vergüenza. Elisabeta no llegaba con su mano hasta la ventanilla y el cajero se enfadó: "¿Dónde está esa Gavrílova, dónde se ha metido?"

Elisabeta Vasílieva

En la sección donde la pusieron a trabajar había otras ocho niñas como ella. Las obligaban a retirar la basura, limpiar el polvo y llevar de un lado a otro pesadas bobinas. Pero a veces recordaban su infancia, pasada tan pronto, y se revolcaban en el algodón, hacían muñecas de trapo y jugaban con ellas. Y eran castigadas.

Con los años, la niña creció y se hizo, como las demás, hilandera. Las semanas pasaban en medio de un trabajo monótono, sin alegría, en medio de un calor sofocante. El aire estaba impregnado de humedad. No había ventilación. Tenían rigurosamente prohibido abrir los ventanucos para que no se enfriara la hilaza. ¿Cómo podía soportarse todo aquello? ¿Cómo podían tolerarse sin rechistar las multas, los insultos y las vejaciones de los contramaestres? En el año de combates de 1905, Lisa —entonces ya Elisabeta— se rebeló contra el zar, marchó con todos bajo la bandera roja. La juventud de la hilandera Gavrílova terminaba: se acercaba la madurez.

Elisabeta Gavrílova abandonó la odiosa fábrica de hilados: no podía más. Se presentó con otras amigas en la fábrica de teléfonos *Ericsson*, de Petersburgo. Fue en 1913. Elisabeta se había casado y tenía un hijo.

La fábrica *Ericsson* pertenecía a una sociedad anónima sueca. Sus naves de ladrillo rojo, de cinco y seis pisos, se alzaban en el centro mismo de la barriada de Vyborg. En los pisos altos estaban los talleres de montaje. Allí empezó a trabajar Elisabeta. En mesas largas y estrechas montaban aparatos telefónicos y máquinas para las centrales de teléfonos. Una maestra hosca y severa señaló su sitio a la nueva operaria: tenía que acostumbrarse a aquellos minúsculos tornillos, carretes y sujetadores, aprender a colocarlos como es debido, a montar los aparatos.

Para la antigua obrera textil empezó un nuevo trabajo, pero no una nueva vida. Los contramaestres extranjeros, calmosos, indiferentes a todo lo que no fuera sus intereses y los de sus amos, hablaban con altivez a los obreros, ocultando a duras penas su desprecio.

La barriada de Vyborg había sido siempre un baluarte de los proletarios revolucionarios de Petersburgo. Ya en 1904 surgió en la fábrica *Ericsson* una organización bolchevique clandestina. Elisabeta —entonces ya Elisabeta Vasílieva, pues adoptó el apellido de su esposo— entró a trabajar en la *Ericsson* precisamente en el invierno en que los bolcheviques petersburgueses acordaron declarar una huelga general en memoria de las víctimas de los ametrallamientos del Lena*. Durante toda la primavera se preparó la celebración del Primero de Mayo. En los talleres circularon de mano en mano octavillas y llamamientos. Y el Primero de mayo se paró el trabajo. Miles de operarios de la fábrica *Ericsson* salieron a la calle. Se sumaron a ellos las obreras de la fábrica de hilo de Tarshílov y los

---

* Salvaje ametrallamiento de los obreros de los placeres auríferos de Bodaibo, a orillas del río Lena, por el gobierno zarista el 4 de abril de 1912. *(N. de la Edit.)*

obreros de la empresa *Nuevo Lésner*. Desfilaron bajo la bandera roja, cantando:

¡Arriba, parias de la tierra,
en pie, famélica legión!...

Cuando la manifestación pasaba ante una comisaría, se abrieron los portones de hierro y la policía montada irrumpió en la avenida. Arremetió a latigazos contra los obreros indefensos, los pisoteó con sus caballos, cubrió de repugnantes injurias a los manifestantes, su bandera roja, su himno... Pero, como dijera Lenin de aquella manifestación del Primero de Mayo, "los obreros se reían de la impotente rabia de la pandilla zarista y de la clase de los capitalistas..."

Junto con sus hermanos de clase, Elisabeta Vasílieva desfiló entonces por la avenida obrera. Y sobre ella cayeron asimismo los látigos de la policía.

Las manifestaciones, los mítines y las huelgas políticas no cesaban. Estaba madurando una nueva revolución. En 1914, en vísperas de la guerra, los trabajadores de *Ericsson* participaron en la huelga general política de Petersburgo, que desembocó en combates abiertos contra la autocracia. En la barriada de Vyborg se levantaron barricadas. Elisabeta Vasílieva volvió a ocupar su puesto al lado de sus compañeros. No la asustaban ya los altivos contramaestres extranjeros. No había ya fuerza capaz de ocultar la cólera que hacían hervir en su corazón la falta de derechos y las arbitrariedades. Y cuando Lenin escribió, refiriéndose a la situación de entonces, que la huelga revolucionaria, lentamente, pero de manera segura, movía, despertaba, instruía y organizaba a las masas populares para la revolución, parecía que desde su lejana emigración veía, comprendía y sentía a la Elisabeta Vasílieva, la joven montadora de la fábrica *Ericsson*.

Elisabeta necesitaba cada día más energía, mayor firmeza. Empezó la guerra. Para satisfacer sus necesidades, la producción en la fábrica se amplió rápidamente. El trabajo se hizo más intenso, más agotador. La joven vida fa-

miliar de los Vasíliev no duró mucho: poco más de tres años. Semión, cerrajero de la fábrica de fundiciones mecánicas, fue enviado al frente.

Elisabeta recibía de tarde en tarde cartas de Semión. Después, súbitamente, dejaron de llegar. En los calurosos días de verano, Elisabeta marchaba los domingos con su hijo a las afueras de la ciudad, a Shuválovo; se sentaba en la orilla del lago, al pie de los altos pinos, añoraba y maldecía la guerra. Esperaba. Hasta que un día recibió la notificación de que su esposo había sido muerto en el frente. Quedó viuda, como miles y miles de mujeres tan jóvenes como ella, que no habían conocido la felicidad completa. Fue en 1915. Aquel año y el siguiente, los proletarios de Petersburgo volvieron a declararse en huelga. Y, con ellos, Elisabeta Vasílieva.

Los comestibles encarecían más y más. Disminuía sin cesar la cantidad de víveres que los obreros podían comprar con su salario. Las colas ante las panaderías se hacían cada día más largas.

La guerra duraba más de dos años. No eran ya personas sueltas, ni centenares, sino millones de hombres y mujeres los que se preguntaban: "¿Qué se persigue en esta guerra? ¿Para qué se hace?"

"¿Qué se persigue en esta guerra, que sume a la humanidad en calamidades y sufrimientos inusitados?", preguntaba Lenin. Y respondía: "...el reparto de las colonias, la esclavización de otras naciones, obtener ventajas y privilegios en el mercado mundial".

Elisabeta Vasílieva era completamente analfabeta. Los camaradas le dijeron:

— Deberías ir a una escuela dominical. ¡Aprender por lo menos a firmar!

Y aunque le resultaba difícil por tener que atender a su hijo, además de trabajar, fue a la escuela. Escuchó el buen consejo que se le había dado. Con esfuerzos, paso a paso, pero sin abandonar la labor iniciada, terminó dos

grados. El libro y el periódico se convirtieron, por fin, para ella en una puerta abierta por la que entró en el mundo de los conocimientos.

El diario bolchevique *Pravda* ("La Verdad") circulaba clandestinamente, pasando de unas manos fieles a otras manos fieles, por las secciones de la fábrica *Ericsson*. El periódico, defendiéndose de las persecuciones del zarismo, cambiaba de título con frecuencia: *Rabóchaya Pravda* ("La Verdad Obrera"), *Rabochi* ("El Obrero), *Pravda Trudá* ("La Verdad del Trabajo")...

Poco antes de empezar la guerra, la autocracia suspendió *Pravda*. Pero la barriada de Vyborg, como todo el Petrogrado proletario, empezó a conocer la verdad por medio de octavillas, proclamas y folletos revolucionarios del partido. Y las palabras fogosas, apasionadas, de la verdad leninista llegaron también hasta aquella mujer, ayer ignorante, analfabeta, que empezaba a ver claro, que iba a la lucha contra la violencia no ya espontáneamente, sino de manera consciente.

Aquellas sabias palabras —"la guerra, al llevar infinitas calamidades y horrores a las masas trabajadoras, instruye y templa a los mejores representantes de la clase obrera"— afectaban directamente a Elisabeta Vasílieva.

Escuchaba con atención lo que decían en los talleres los obreros avanzados, lo que enseñaban, a lo que llamaban. Reflexionaba. Sopesaba. Se hacía más firme, más reconcentrada. Esperaba, como todos, los acontecimientos que se avecinaban.

Se parecía cada vez menos a aquella desconcertada mujer de soldado, que, al conocer la muerte de su esposo en el frente, se encerró en sí misma, cayó en la postración, sin saber qué hacer ni cómo vivir. El Petrogrado revolucionario —su Petrogrado— bullía cada día más intensamente.

Los obreros de *Ericsson* habían marchado siempre en las primeras filas del proletariado de la barriada de Vyborg. Esta fábrica ocupaba un lugar primordial en los acontecimientos revolucionarios de la barriada. Allí pre-

cisamente, en Vyborg, reunieron sus fuerzas en febrero de 1917 los obreros y soldados alzados en armas contra la autocracia. Desde allí precisamente, a través del puente Liteiny y de los hielos del Neva, descargaron los insurgentes su golpe principal contra el centro de la ciudad, donde el zarismo había concentrado sus fuerzas. Y en este golpe participaron también los guardias rojos de la fábrica *Ericsson.*

Sin vacilar, despreciando el peligro, cruzó Elisabeta Vasílieva los hielos del Neva para pasar a la otra orilla, a la orilla aristocrática, con los manifestantes que enarbolaban la bandera roja. El viento soplaba, barriendo las veredas abiertas por los caminantes. La nieve dura del invierno crujía bajo los pies. Habían llegado casi a la orilla izquierda cuando los cosacos se lanzaron contra la manifestación...

Una pequeña cicatriz. Se ha secado hace mucho la sangre que hizo brotar el látigo de un cosaco, pero la cicatriz ha quedado para toda la vida.

Un viejo obrero de la sección de prensado, jadeando, le ayudó a levantarse. Decía:

— No importa, Elisabeta. No hay mar sin agua ni guerra sin sangre... ¡Los combatientes curtidos valen más!

Pasó febrero de 1917. Pasó marzo. El 3 de abril, Lenin regresó a Rusia del exilio. En la barriada de Vyborg, en la estación de Finlandia, le recibieron miles de personas. Sonaba la música. Las banderas ondeaban en la aureola azul de los reflectores, formando olas bermejas.

Una semana después, Elisabeta leyó en *Pravda* un discurso de Lenin dirigido a los soldados. En él decía:

"No son la policía y los funcionarios, irresponsables ante el pueblo y colocados por encima del pueblo; no es el ejército permanente, aislado del pueblo, *sino el propio pueblo armado sin excepción alguna* y unido en los Soviets quien debe dirigir el Estado".

Y cada obrero, y ella, Elisabeta Vasílieva, empezaron a ver claro lo que se debía hacer para acabar definitiva-

mente con la policía, con los látigos, con el hambre. Dos semanas y media más tarde vio por vez primera al hombre que conocía ya toda Rusia: a Lenin.

El invierno, intranquilo, lleno de alarma y efervescencia, tocaba a su fin... Pero en la historia de Petrogrado no había habido nunca una primavera tan agitada, que llamara adelante con tal fuerza. En Rusia no se había celebrado jamás con tanta solemnidad ni con tanta afluencia de gente como en aquel año la fiesta internacional del trabajo, el Primero de Mayo. En todas las plazas se desbordaba el clamor de los mítines. Ríos de manifestantes de todos los confines de la ciudad desembocaban en el Campo de Marte. En la columna de la barriada de Vyborg marchaba Vladímir Ilich Lenin. Y en esa misma columna, pero muchas filas más atrás, marchaba también con sus compañeros Elisabeta Vasílieva.

Los manifestantes daban muestras de gran entusiasmo, se sentían de fiesta. Tenían conciencia de su fuerza.

Desde una alta tribuna de madera, adornada con un lienzo rojo y ramas verdes, Lenin llamaba a la clase obrera de Rusia a hacer más firme la fraternidad internacional de los trabajadores del mundo entero.

Vasílieva estaba cerca de la tribuna. Veía y oía claramente al orador, miraba con atención a sus ojos vivos y penetrantes y, sin darse cuenta, asentía con la cabeza en respuesta a los llamamientos dirigidos a la multitud. ¡La barriada obrera no había visto nunca una fiesta semejante!

El 12 de mayo, Lenin pronunció un discurso en la fábrica Franco-Rusa.

— Camaradas —empezó Lenin, reconcentrado—: En nuestro país, en Rusia, ha estallado la revolución. En el poder se encuentra el Gobierno Provisional. Pero ¿qué han recibido los obreros?...

Le escuchaban, conteniendo la respiración, obreros viejos y jóvenes, aprendices de la fábrica. Y él, dando a sus palabras la mayor fuerza de convicción posible, demostraba, insistía:

— Los campesinos deben confiscar la tierra a los latifundistas. Los obreros deben confiscar la producción a los capitalistas. Todo el poder debe pertenecer a los Soviets de diputados obreros, soldados y campesinos. . .

Elisabeta Vasílieva escuchaba ávidamente sus palabras. Hablaba con sencillez, de una manera comprensible, como si estuviera conversando con cada uno de los presentes Cuando terminó el mitin, Lenin tardó mucho en abrirse paso hasta la salida. El pueblo le rodeó, le siguió. Le acompañó.

En junio, los trabajadores de la fábrica *Ericsson* pidieron que los obreros tuvieran más representantes en el Soviet de Petrogrado. Aprobaron un mandato bolchevique a su Comité de fábrica, expulsaron de la asamblea electoral a los mencheviques y socialistas-revolucionarios y protestaron enérgicamente contra la continuación de la guerra imperialista.

El 4 de julio de 1917, medio millón de obreros llenó las calles de Petrogrado. En el aire flameaban las consignas: "¡Todo el poder a los Soviets!", "¡Abajo los ministros capitalistas!" Inmediatamente después empezaron los registros, las detenciones, el desarme de los soldados revolucionarios. Y los fusilamientos.

Lenin, ocultándose de sus perseguidores, pasó a la clandestinidad. El 6 de julio se trasladó a la barriada de Vyborg, acompañado de su esposa, Nadezhda Krúpskaya. Esta habría de escribir más tarde: "En los días de julio sorprendía la diferencia entre el estado de ánimo de los filisteos y de los obreros. En los tranvías, en la calle, desde todos los rincones bufaban los filisteos; pero bastaba con cruzar el puente de madera que conducía a la barriada de Vyborg para encontrarse en un mundo completamente distinto".

Lenin podía sentirse tranquilo allí. En la barriada de Vyborg, los bolcheviques eran los dueños de la situación. A los sabuesos de Kerenski no les gustaba husmear allí. Sabían que en el Soviet del distrito, en la Duma, en las fábricas y en los cuarteles de los regimientos la fuerza

estaba en manos de los bolcheviques. Lenin dijo más de una vez que se sentía asombrosamente tranquilo entre los obreros de Vyborg.

Solamente los camaradas más íntimos, más fieles, conocían en los días de reacción dónde se ocultaba el guía de la revolución. Los obreros del Petrogrado revolucionario, preocupados y alarmados por el destino de Lenin, creían firmemente en que vivía, en que estaba en su puesto.

Agosto de 1917. Los obreros de la fábrica *Ericsson* se pronuncian contra la política del Gobierno Provisional y de los partidos conciliadores en el Soviet de Petrogrado. Exigen que se implante la dictadura del proletariado. Elisabeta Vasílieva no se limita a escuchar con atención lo que dicen los bolcheviques: les ayuda. Les apoya en todas partes donde puede, distribuye sus publicaciones, entabla furiosas discusiones con quienes intentan hacer triunfar la línea política de los mencheviques y socialistas-revolucionarios.

En el país madura la crisis revolucionaria. En las fábricas, en los cuarteles y en los buques de guerra se prepara el último ataque. La barriada de Vyborg vuelve a ocultar a Lenin. Allí se entrevista con los dirigentes del partido y discute con ellos los problemas de la insurrección armada.

El 16 de octubre se celebra una reunión ampliada del Comité Central del Partido Obrero Socialdemócrata (bolchevique) de Rusia. Preside Lenin. Se ratifica el acuerdo sobre la insurrección armada y se elige el Centro Militar Revolucionario.

El 25 de octubre, veinte mil guardias rojos armados, la cuarta parte de los cuales proceden de la barriada de Vyborg, llevan a la práctica el plan de Lenin. Triunfa la revolución.

Los obreros de *Ericsson*, cumpliendo la misión encomendada por el Comité Militar Revolucionario, ocupan el picadero y la Escuela de Ingenieros Militares. Juntamente con los obreros de las fábricas de Izhora y de Putílov asal-

tan el Palacio de Invierno. Después se les envía a proteger el Smolny y ocupar la estación de Finlandia...

Y entre ellos está Elisabeta Vasílieva.

* * *

En 1918, la fábrica *Ericsson* fue nacionalizada, dándosele el nombre de *Aurora Roja*. Estas dos palabras encerraban un gran sentido.

La barriada de Vyborg celebró aquel primer Año Nuevo soviético en compañía de huéspedes queridos. A la fiesta de Año Nuevo de los trabajadores de Vyborg, celebrada en la sala de la antigua Escuela de Oficiales de Mijaíl, asistieron Lenin y Krúpskaya.

— ¡El futuro es nuestro! —dijo Lenin aquella noche—. Los trabajadores de la barriada de Vyborg habéis marchado siempre en la columna de vanguardia. Habéis estado en las primeras filas en la lucha por la victoria de la Revolución de Octubre. Y confío en que estaréis también en las primeras filas en la defensa de sus conquistas.

Vasílieva se sintió dominada plenamente por lo que se hacía en la fábrica, en Petrogrado, en todo el país. Ocurrió con ella lo mismo que con el viejo obrero Ozerov, de la fábrica de Putílov, que después de recibir a Lenin en la estación de Finlandia dijo: "Ha muerto el viejo Vanka. Ahora existe el proletario Iván Vasílievich Ozerov, que ha encontrado su eje y vivirá..."

También en ella, en Elïsabeta Vasílieva, murió para siempre la muchachuela fabril Lisa, que no había conocido en otros tiempos ni los verdaderos sueños ni el sentido de su existencia. Después de octubre de 1917 encontró su "eje", se hizo para siempre proletaria roja.

La vida seguía siendo todavía difícil, de hambre, a veces desesperada; pero todos sabían en la fábrica que ya no trabajan para Ericsson, sino para sí mismos, y que nadie podría multarlos, mofarse de ellos ni gritarles, como ocurría poco antes.

El 23 de octubre, la víspera casi de la insurrección

armada, el cajero de la fábrica retiró del Banco 450.000 rublos para pagar sus salarios a los obreros. Pero por el camino le atracó una banda anarquizante y le quitó el dinero.

¿Qué podían hacer?

El 26 de octubre, Alexéi Semiónov, miembro del Soviet de Petrogrado en representación de la fábrica *Ericsson*, fue al Smolny, a ver a Lenin. Le contó lo ocurrido y Lenin dispuso que se ayudara sin demora a los obreros de *Ericsson*. Allí mismo, en la reunión del Comité Revolucionario, escribió la siguiente orden: "Entréguense inmediatamente al camarada Semiónov 500.000 rublos para pagar los salarios a los obreros de la fábrica *Ericsson*. — L e n i n".

Cuando se llevó el dinero a la fábrica y se pagaron los salarios, los obreros comprobaron, por vez primera, que eran de veras los dueños de su vida, los dueños de su fábrica.

Esta causa la defendieron abnegadamente también en los días de la ofensiva de Yudénich. Respondiendo a los llamamientos de Lenin —la primera vez en mayo y la segunda en otoño de 1919—, miles de obreros de Petrogrado marcharon voluntarios al frente. A defender la joven República. Entonces, de la fábrica *Aurora Roja* fueron al combate casi todos los hombres capaces de empuñar las armas.

En uno de aquellos días alarmantes, Elisabeta Vasílieva ingresó en el partido. Quería demostrarse a sí misma y demostrar a los demás que incluso en los momentos de mayor peligro estaba con los bolcheviques, con Lenin.

La joven comunista se incorporó con gran rapidez a la vida de la organización del partido en la fábrica. Se entregaba con entusiasmo al trabajo social, intervenía en las reuniones, participaba en los sábados comunistas, sin que por ello se olvidara de la producción ni dejara de interesarse por la vida de sus camaradas. . . Al año siguiente, en 1920, fue elegida secretaria de la organización del partido en la fábrica.

En aquellos tiempos las movilizaciones se sucedían sin cesar. La Rusia Soviética hacía frente a la intervención de catorce Estados y a "sus propios" buitres contrarrevolu-

cionarios: Kolchak, Denikin, Wrángel... Los comunistas marchaban a los frentes cercanos y lejanos. Los sin partido se incorporaba voluntarios a la lucha. Sus puestos en las fábricas eran ocupados por las mujeres.

Así fue cómo Elisabeta Vasílieva, apenas formalizado su ingreso en el partido, tuvo no tanto que aprender de los viejos camaradas como enseñar y educar a otros. Fue elegida para formar parte del trío dirigente, integrado por ella, en representación de la organización del partido, el director de la fábrica y el presidente del Comité sindical. Los tres resolvían conjuntamente numerosos problemas relacionados con la vida de la fábrica.

Elisabeta Vasílieva se repetía en todo momento unas palabras que jamás olvidaría: quien se aparta del orden, de la disciplina, deja entrar en su medio a los enemigos.

Y cualquiera que fuera el lugar al que se la enviase, cualquiera que fuera la misión que se le encomendase, Vasílieva se consagraba a ella con todo el ardor de su corazón, sin regatear ni tiempo ni energías. Hizo falta luchar contra el vagabundeo infantil, y ella, como miembro de la Cheka —que por encargo de Lenin se preocupaba también de la infancia—, recorrió las calles de Petrogrado en busca de niños abandonados, los sacó de los sótanos, de las casas destruidas en que pernoctaban y los llevó a guarderías infantiles. Cada desgracia ajena la emocionaba, la sentía como una desgracia propia.

Valiéndose de la severidad con éstos, del cariño con aquéllos y de la persuasión con los de más allá, Elisabeta Vasílievna les convencía, les enseñaba a trabajar. Les acompañaba a los talleres y al club y les llevaba libros de la biblioteca si no iban a ella. Fue comprendiendo con claridad y precisión crecientes que, a veces, era más fácil rescatar de Wrángel una aldea que rescatar del mundo viejo una alma humana. Y entonces su combate por conquistar esa alma se hacía más furioso, más encarnizado.

La destinaron al montaje de condensadores. Sus manos habían sentido la añoranza del trabajo conocido. Muy pron-

to se convirtió en una de las mejores montadoras de la sección.

Terminada la guerra civil, volvieron los viejos obreros de la fábrica *Ericsson*, la voz de las máquinas se hizo más recia, fue normalizándose el ritmo de la vida del país, que empezó a construir el socialismo.

El 21 de enero de 1924 murió Lenin, pero afluyeron al partido hombres de la fábrica, del campo y de la mina. Y parecía como si cada uno de ellos tuviera un tanto caídos los hombros: no por el abatimiento, sino por una millonésima parte del gran peso que había llevado sobre sí el guía y que entonces recayó sobre sus hombros. El peso de la responsabilidad por la causa de la revolución.

En 1925 empezó la modernización de la fábrica *Aurora Roja*. La economía nacional necesitaba material telefónico. Los ferrocarriles y las empresas, las ciudades grandes y pequeñas precisaban comunicaciones alámbricas. La fábrica se amplió y renovó. En 1927 entró en funcionamiento en Rostov la primera central telefónica automática del país. En 1930 se inauguró otra igual en Moscú. El país estaba cumpliendo su primer plan quinquenal.

Las frases más usuales en aquellos años eran "emulación socialista" y "trabajo de choque". Pero había también otras no menos corrientes: "contraplán financiero", "brigada de autogestión financiera", "liberación de la dependencia extranjera"... La ciudad, que llevaba ya el nombre de Lenin, debía desempeñar en la industrialización del país el mismo papel que sus proletarios habían desempeñado en todas las etapas de la revolución socialista.

A comienzos de los años 30, Elisabeta Vasílieva fue nombrada jefe de brigada y, más tarde, contramaestre de la sección de condensadores. En su sector trabajaban principalmente mujeres, en su mayoría procedentes del campo. Había que enseñarles con rapidez distintos oficios, sobre todo los de montadoras y reguladoras de aparatos de centrales telefónicas automáticas, que eran indispensables para organizar la fabricación en serie de dichas centrales.

La contramaestre bolchevique supo educar a la nueva generación de la clase obrera. Sus compañeras y ella fueron las primeras en la fábrica que presentaron un contraplán, más elevado. Fueron las iniciadoras de la emulación socialista en la sección. La brigada cumplía magníficamente con su trabajo. Vasílieva continuaba siendo la más activa y las mujeres la seguían como a su guía. Estudiaban en las escuelas de peritaje y en los institutos, se hacían activistas sociales.

La organizadora femenina de la sección, Elisabeta Vasílieva, era una verdadera amiga para cada una de sus obreras. Gestionaba la organización de jardines de la infancia, se preocupaba de mejorar las condiciones de vida, iba al Smolny, a ver a Kírov, para interesarse por la concesión de aposentos.

A comienzos de los años 30, el problema de la vivienda no podía ser más grave. Las viejas casas se venían abajo y se construían pocas nuevas. Los obreros de *Aurora Roja* eligieron a Vasílieva diputado al Soviet distrital, primero, y al Soviet de Leningrado, después, y le dieron su mandato:

— ¡Preocúpate, Vasílieva, de la vivienda!

Al poco tiempo llegaron dieciséis casas prefabricadas, en las que se dio alojamiento a los obreros más necesitados de vivienda.

* * *

Pasaron los años. Las calles que conocía desde su juventud se transformaron por completo. Surgieron grandes casas nuevas, el Jardín Carlos Marx ocupó una gran extensión, la antigua barriada obrera se enriqueció con escuelas, el Palacio de la Cultura, cines, policlínicas y hospitales, comedores y un lavadero mecánico. Las viejas calles se transformaron en espléndidas avenidas arboladas...

Lenin no habría reconocido ni la Málaya Spásskaya, donde habló en 1895 a los estudiantes socialdemócratas; ni el callejón de Yazykov, en el que se alzan ahora los pabe-

llones de un instituto científico; ni la plaza de Serdobolski, de la que arrancan hoy, como flechas, en distintas direcciones, las nuevas calles abiertas en lo que fueran vertederos y solares. No, no habría reconocido aquellos lugares.

Es cierto que en el rostro de Elisabeta Vasílieva habían aparecido más arrugas y que en sus cabellos castaños brillaban la primeras canas; pero seguía siendo tan infatigable en el trabajo y en la vida. Era siempre tan decidida, tan enérgica, tan optimista, tan pletórica de vida como antes: lo mismo al frente de su sector que cuando respondía a las cartas de los pioneros, de los pilotos y de los jóvenes o publicaba un artículo en el periódico de la fábrica con el título de *No hay retorno al pasado*. No pudieron doblegarla ni el tiempo ni las calamidades. Ni la guerra.

La guerra... Empezó en 1941 con un llamamiento por radio, un mitin a la puerta de la fábrica y un juramento: no dejar pasar al enemigo. Derrotarlo. Alrededor de Leningrado abrieron trincheras y zanjas antitanque, levantaron obstáculos...

Elisabeta Vasílieva despidió a su hijo al salir para el frente. Lo despidió y se consagró por entero al trabajo. La fábrica produjo para la defensa hasta que empezaron los grandes fríos de diciembre. Para entonces, parte de la empresa había sido ya evacuada. En la *Aurora Roja* quedaron unos cuantos obreros para protegerla contra los incendios. Entre ellos, la jefe de brigada de la sección de montaje, Vasílieva.

Leningrado quedó aislado del país. Cesó la llegada de víveres, combustible y materias primas. La norma diaria de pan se redujo a doscientos cincuenta gramos. Las grandes heladas, el hambre y los salvajes cañoneos del enemigo segaban al pueblo. Dejó de funcionar el transporte urbano. Los obreros de la fábrica que vivían lejos se trasladaron a las casas inmediatas a la *Aurora Roja*.

Fue un invierno terrible, cruel. Ardió la nueva sección de aparatos, ardieron otras naves de la fábrica. En los tejados y los muros aparecieron grandes boquetes abiertos

por los impactos de la artillería y la aviación enemigas. Los cristales rotos crujían bajo los pies. Los leningradenses, extenuados, carecían de fuerzas para enterrar a sus camaradas caídos. Elisabeta Vasílieva no se dejaba vencer. Jadeando, subía al quinto piso, al taller de cables. Se obligaba a sí misma a trabajar. Convencía y obligaba a los demás:

— Andad, andad, aunque sea poco. No permanezcáis sentados. . . Andad. ¡La sangre circulará, correrá por las venas!

En enero de 1942 fue evacuada, a través del lago Ladoga, otra parte de la maquinaria y del personal. Vasílieva salió con los últimos. Aquellos hombres y mujeres agotados llevaron consigo, en condiciones increíblemente difíciles, máquinas y herramientas, materiales y producción sin terminar. El ejército necesitaba aparatos telefónicos y no debía quedar nada sin utilizar.

Apenas repuesta de su grave extenuación, Elisabeta Vasílieva se reincorporó al trabajo en el nuevo lugar como jefe de brigada del sector de montaje.

Volvió a su ciudad natal nada más terminar la guerra. Se reintegró al trabajo en la fábrica. Y cuando se conmemoró el 250 aniversario de la ciudad de Leningrado, Elisabeta Vasílieva fue galardonada con el título de Heroína del Trabajo Socialista.

Todavía presenta proposiciones, perfeccionamientos. Es una verdadera racionalizadora. En su vida de trabajo ha enseñado el arte del montaje de aparatos telefónicos a centenares de muchachas, muchas de las cuales son también jefes de brigada y contramaestres.

Elisabeta Vasílieva es como un puente vivo que une los años de la lucha revolucionaria, de la guerra civil y de los primeros planes quinquenales con nuestro tiempo: con la época de la edificación del comunismo. Un puente vivo que ayuda a los jóvenes a avanzar por el camino que señalara Lenin. A marchar hacia el objetivo iluminado por sus ideas y por su vida heroica.

Z. Dichárov

LO MAS QUERIDO EN LA VIDA

LO MAS QUERIDO EN LA VIDA

Quisiera hablar a los que tienen menos años que yo —y en nuestro país son muchísimos más que los de mi generación— de la felicidad que significa tener en la vida un objetivo grande, auténtico, y de lo amargo y absurdo que es vivir sin estrella polar. Por lo que a mí respecta, no comprendí de golpe ni con facilidad cuál era mi verdadero objetivo. Pero cuando lo comprendí, experimenté una inmensa alegría, una inmensa satisfacción, pues descubrí, al fin, el sentido de mi vida. Y el hecho de que este descubrimiento vaya vinculado al nombre de Lenin —a sus ideas, a su doctrina, a la nueva sociedad y a las nuevas relaciones humanas creadas bajo su dirección personal y con su participación— llena mi corazón de un orgullo especial.

En el País de los Soviets ha pasado la menor parte de mi vida. Fue en otro mundo completamente distinto en el que hube de elegir mi camino y recorrer su mayor parte. Hablaré primero de mi padre.

También él tenía un objetivo anhelado. Incluso tuvo la suerte de alcanzarlo, de vivir hasta ver cumplido su deseo más ferviente. Pero eso no le hizo feliz. Porque mi padre, Ignas Paleckis, herrero de la ciudad lituana de Telšiai, aspiró toda su vida a "abrirse camino", a ser dueño de una casa. Sin embargo, como dice un viejo refrán popular, "Con el honrado trabajo no te harás un gran palacio". Y

Lenin en mayo de 1920

mi padre —un hombre fuerte, capaz de trabajar catorce o dieciséis horas seguidas— pretendió desmentir este refrán. Su deseo se convirtió en manía. Para acercar la satisfacción de ese deseo vivió medio hambriento: compraba el pan duro, un cuarto de kopek más barato, y los arenques ya pasados. Y a los chiquillos de nuestra familia les acostumbraba desde la infancia a no saciar el hambre. Sin embargo, de los cuatro que éramos, sólo sobreviví yo. El padre construyó la casa "por los hijos", para asegurarles la existencia. Pero los hijos fueron muriéndose precisamente por culpa de aquella casa.

En fin de cuentas, mi padre consiguió ahorrar algún dinero, se empeñó y levantó en Riga una casa de dos pisos. ¡Cuántas veces había soñado él dormido y despierto con aquellos días! Y cuando llegaron, por fin, sólo le produjeron profunda desilusión. La casa estaba enclavada en una barriada obrera y sus inquilinos —menestrales— eran espantosamente pobres. Pagaban el alquiler con grandes irregularidades. Y la ley lobuna del viejo mundo colocó a mi padre ante un dilema ineludible: convertirse en un casero sin entrañas, que exprimía los últimos kopeks a los pobres, o arruinarse, perder cuanto había logrado a costa de un duro trabajo y de grandes privaciones.

Entre nuestros inquilinos había un socialdemócrata, Janson, obrero de una fábrica de juguetes. En 1905 combatió en las barricadas de Riga en un destacamento revolucionario. Mi padre visitaba con cierta frecuencia a aquel hombre, pobre, pero pletórico de alegre seguridad en sus fuerzas, en la victoria final, y le hacía partícipe de sus dudas y sus quejas. Recuerdo las palabras sencillas, comprensibles hasta para mí, un chiquillo entonces, con que Janson hablaba de la lucha de clases, de la necesidad de cambiar el orden establecido.

— No, no hay que hablar así —decía mi padre, moviendo la cabeza en señal de reproche—. El zar tiene la fuerza, tiene a su lado a Dios (mi padre creía firmemente en Dios). ¿Qué sentido puede tener soplar contra el aire?

Muchos años más tarde conocí un proverbio oriental: "Si sopla todo el pueblo, se levantará un huracán". Pero aun entonces, me daba cuenta de que Janson y sus camaradas, los obreros, tenían razón.

Cuando murió mi padre tuve que pensar en cómo organizar mi vida. Y decidí no repetir su error: la felicidad no consiste en el dinero. Pero ¿en qué consiste la felicidad? En aquellos tiempos lo ignoraba todavía.

Justas Paleckis

Por desgracia, en los años juveniles no tuve a mi lado a un hombre como Janson. No tuve a nadie que pudiera explicarme "con quién ir y en qué campo pelear". Trabajé en una imprenta, después fui recadero, escribiente, carpintero. En las horas libres leía cuanto caía en mis manos, principalmente novelas policíacas. ¡Oh, alimentar a la juventud con esa bazofia espiritual es un descubrimiento muy astuto! Aquellas novelas baratísimas, que hablaban de bandidos generosos y detectives casi tan generosos como ellos, apartaban a la juventud de la verdadera lucha, la desacostumbraban a pensar.

El gran año de 1917, que cambió el destino del género humano, produjo también un viraje en nuestro destino de adolescentes. Después de ser derrocado el zar, en numerosísimos mítines tempestuosos escuchamos discursos llamando a la lucha, que agitaron nuestros corazones. Entonces empezamos a leer libros más serios. . .

Me agradaría mucho tener el derecho de contar cómo, al oír hablar del Partido Bolchevique, me incorporé a su joven guardia. Pero, ¡ay!, no ocurrió así. Lo mismo que miles y miles de mis coetáneos que no habían cursado la du-

ra y bella escuela de la lucha, no supe elegir en el acto con acierto. En aquellos años, decenas, quizá centenares de partidos y partiditos luchaban por conquistar el corazón del hombre de la calle. Y casi todos tenían títulos y programas seductores.

Parecerá curioso, pero debo confesar que a los diecinueve años milité simultáneamente en tres partidos. Oí que se constituía una organización democrática nacional denominada "Unión de los lituanos". ¿No era yo lituano, no era demócrata? Ingresé en ella. Luego me llevaron a una asamblea del Partido Progresista. Allí oí también palabras muy bellas. ¿Acaso no era yo partidario del progreso? Me apunté. Por la tarde asistí a una reunión de los católicos, los cuales aseguraban que eran partidarios del socialismo, pues Jesucristo había sido el primer socialista. ¿Es que yo no era socialista? Janson me había dicho ya que el socialismo era una cosa buena. En una palabra, me inscribieron también allí. Entonces me parecía que había encontrado, por fin, mi objetivo y que sabía qué camino elegir.

Pero después, para regocijo de la burguesía nacional, los alemanes llegaron a nuestro país. Llegaron como invasores. Y yo, lo mismo que muchos de mis jóvenes conterráneos, "me enfrié" un tanto y no me entusiasmaban como antes las consignas de "libertad, igualdad y fraternidad". Se hizo claro hasta para los niños de pecho que las palabras y los hechos de los partidos burgueses no son la misma cosa.

Mas precisamente "bajo los alemanes", en un período de profundísima crisis espiritual, de dudas y desilusiones, oí por vez primera un nombre que posteriormente habría de convertirse para mí, igual que para millones y millones de personas, en estrella polar: el nombre de Lenin. Yo era un prisionero civil y trabajaba en Letonia con prisioneros de guerra rusos. Les leía los periódicos. Y al ver cómo insultaban a Lenin sus enemigos, por qué le insultaban y quiénes eran aquellos acusadores y denigradores, mis compañeros de cautiverio, expertos y maduros, llegaron a la

conclusión de que Lenin era una buena persona, de que estaba al lado del pueblo.

¡Qué importancia tenía, qué necesario era descubrir las fuerzas capaces de dar de hecho, y no de palabra, la justicia y la felicidad a los hombres sencillos como yo y mis compañeros! Cuando en 1919, en medio de combates, se implantaron los Soviets populares en nuestra región del Báltico, parecía ya muy cerca la anhelada respuesta a la más importante de las preguntas que nos preocupaban. Y yo, joven colaborador del periódico comunista de los lituanos de Riga, que acababa de nacer, traduje con extraordinaria emoción, como una obra de sublime poesía, el Manifiesto de la Tercera Internacional. Las palabras de Lenin animaban a la lucha y, como nos parecía entonces, a la victoria inminente.

Pero los jóvenes Soviets de la región del Báltico no pudieron entonces resistir el embate de las fuerzas enemigas. Recuerdo Riga en mayo de 1919. Por sus calles y sus plazas desfilan las compañías alemanas. Allí mismo, en las calles y las plazas, se ven los cadáveres de obreros asesinados, que se prohibía retirar durante varios días para intimidar a la población. Los vencedores —los ingleses— pidieron a los generales alemanes derrotados que no se marcharan del Báltico. Los ingleses y los norteamericanos querían matar definitivamente el Poder soviético en el Báltico con ayuda de las bayonetas del kaiser.

Cuando se formaron las repúblicas burguesas "independientes" del Báltico, renació en alguien la esperanza de florecimiento nacional. Pero bastó muy poco tiempo para que los campesinos, que se enorgullecían de pertenecer al mismo partido que el Presidente de la República, se convencieran de que su "compañero de partido", su "Presidente campesino", aumentaba al doble la extensión de las tierras inalienables de los latifundistas y de que en la industria disponían a su antojo los extranjeros: ingleses, alemanes, franceses, norteamericanos, belgas y suecos.

La Lituania, la Letonia y la Estonia "independientes"

fueron creadas bajo la protección de las potencias vencedoras en la primera guerra mundial para servir de "tope", de "cordón sanitario" frente al "peligro rojo".

En vano gritaron a los cuatro vientos los jefes burgueses que el alzamiento antisoviético lo habían realizado unas supuestas fuerzas "nacionales" y que su fin era "un Báltico libre". El alzamiento fue obra de los imperialistas extranjeros. Los ejércitos burgueses de Lituania, Letonia y Estonia eran al principio algo ridículo. Bastará con decir que en Vilnius, los gobernantes burgueses lituanos lograron reclutar en dos meses para su ejército solamente a 133 mercenarios.

En las tres repúblicas del Báltico existía una apariencia de "democracias", creadas a imagen y semejanza de las occidentales. En Tallinn sesionaba ceremoniosamente la Duma de Estado; en Kaunas y Riga, las Dietas. Decenas de partidos burgueses de la ciudad y del campo (en Lituania había más de treinta y cinco) levantaban un verdadero alboroto ratonil. Cada uno tenía su programa y sus declaraciones altisonantes. Había entre ellos demócratas cristianos, y "liaudininkai" (variedad de los socialistas-revolucionarios) y socialdemócratas, y una Unión Campesina, y socialistas de diferentes matices. Pero a pesar de sus distintas declaraciones, en el fondo, todos aquellos partidos se diferenciaban unos de otros no más que los botones de un uniforme. Y el uniforme era inglés.

Llegó la hora de los amargos desengaños. La escritora popular lituana Julia Žemaite, que retornó a la patria desde Norteamérica, escribió entonces: "He venido a Lituania, pero aquí no he encontrado a Lituania". En la República se desencadenó una epidemia de suicidios. En casi todas las cartas en que aquellos suicidas, jóvenes y en pleno florecer, explicaban las causas de su fatal decisión, se repetían dos palabras terribles: "inutilidad" y "desempleo". Los fascistas, que habían ocupado el poder en Lituania, lanzaron a la más profunda clandestinidad al Partido Comunista, el único partido que luchaba de manera conse-

cuente por los intereses del pueblo. Los gobernantes trataban de ahogarlo por medio de ejecuciones, celdas de castigo y prohibiciones de toda actividad. Pero la lucha proseguía con gran tesón. El periódico comunista clandestino *Tiesa* llamaba a los obreros a prepararse para el combate.

Me trasladé de Letonia a Lituania y, riéndome de mis antiguos sueños, me dediqué a los versos, a las traducciones de Rainis y al periodismo. Me gustaba tener reputación de literato de "izquierda" y sentía profunda estimación por mí mismo porque en una entrevista con el Presidente, el fascista Smetona, tuve la audacia de no darle la mano en señal de protesta. ¡Pero qué mezquino e impotente me pareció este gesto cuando la vida me puso un día en contacto con una joven comunista! Llamó a mi casa a altas horas de la noche y me pidió que le prestara la máquina de escribir. Confiando en mí, me dijo que su hermana Maryte había sido detenida y se la acusaba de agitación comunista durante las elecciones. Era preciso publicar una octavilla con motivo de su detención y advertir a los amigos.

Aquella noche me la pasé sumido en amargas reflexiones. "¿Quién trata de conseguir la felicidad del pueblo? —me pregunté—. ¿Tú, con tus librepensadores artículos "izquierdistas", pero, por lo visto, totalmente inofensivos para el gobierno, o frágiles muchachas como ésta, que sostienen una lucha a muerte contra el fascismo y están dispuestas a ir a la cárcel y soportar las torturas en aras de su gran causa?"

La conciencia y la propia vida atraían hacia los comunistas, lo mismo que a mí, a muchos intelectuales lituanos. Los más audaces, los más decididos se sumaban a los bolcheviques y luchaban con ellos heroicamente contra el fascismo. Conocíamos la valentía con que había ido a la muerte Karolis Požela, uno de los dirigentes comunistas lituanos. Nos había emocionado profundamente la firmeza del comunista Antanas Snieckus, que en el juicio se convirtió de acusado en acusador implacable, denunciando la podre-

dumbre del régimen. Esos hombres veían claramente su objetivo en la vida, sabían lo que querían y por qué luchaban.

Al igual que muchos amigos míos —los escritores Salomeja Neris, Petras Cvirka y Antanas Venclova—, busqué contacto con los comunistas. Participábamos en los actos clandestinos con que los obreros celebraban el Primero de Mayo y publicábamos artículos criticando al gobierno. Con frecuencia, nuestros artículos aparecían ilegalmente en hojas editadas en multicopista. Crecía de año en año nuestro deseo de luchar de una manera directa por transformar la vida de la República. En las discusiones que sosteníamos acerca de cuál debía ser el objetivo de nuestra lucha, de cómo debía ser la nueva vida a que aspirábamos, la Unión Soviética nos servía siempre de ejemplo, de estrella polar.

Un día tuve ocasión de visitar la patria de Lenin, el País de los Soviets. Estaba en pleno apogeo el cumplimiento del segundo plan quinquenal. Los soviéticos, privándose de lo más indispensable, construían con entusiasmo, pletóricos de jubilosas esperanzas, fábricas y centrales eléctricas, empresas industriales y agrícolas. Percibimos en cada uno de ellos el orgullo de sentirse dueños de todo lo creado con su trabajo, la seguridad de que estaban forjando un futuro maravilloso no sólo para ellos, sino para todo el género humano. Sabían por qué y para qué vencían dificultades y sufrían privaciones.

Y recordé —¡cómo podía no hacerlo!— las sabias palabras de Lenin, que yo había "descubierto" hacía poco: "Nosotros, el Partido Bolchevique, *hemos convencido* a Rusia, la *hemos conquistado* de manos de los ricos para los pobres, de manos de los explotadores para los trabajadores". Ante nosotros se encontraba precisamente este país, convencido de su razón.

En la fábrica de cojinetes de bolas de Moscú, en el sovjós *Gigante* y en las empresas de Leningrado vimos a hombres y mujeres de todas las edades. No se parecían a

nosotros, sobre todo los jóvenes: tenían un objetivo claro y hermoso, marchaban con paso firme por el camino al que les había llevado Lenin.

Cuando regresamos de nuestro viaje por el País del Socialismo, después de haber respirado el aire fresco de la Unión Soviética, no podíamos dejar de percibir la pesada atmósfera de nuestra vida. En Kaunas, Shiauliai y Telšiai todo continuaba igual. Los periódicos seguían publicando anuncios que decían: "Joven con instrucción musical superior busca trabajo de camarera", "Hombre joven aceptaría cualquier trabajo, incluso fuera de la ciudad". Nos enterábamos de que este o aquel conocido nuestro había decidido abandonar la patria y buscar trabajo y suerte en el Brasil, en la Argentina, en Africa del Sur... Y en secreto, en un susurro, se repetían las amargas palabras de la esquela que había dejado antes de suicidarse la joven pintora Marcele Katiliute.

La poetisa popular Salomeja Neris escribió por entonces:

Teníamos prohibidos todos los caminos,
Y la patria era para nosotros una cárcel,
Y nuestras manos estaban fuertemente atadas,
Y todo el país permanecía mudo.

¡Qué dolor causaba ver a la nueva generación! La Iglesia apresaba en su puño las escuelas, las universidades, el Conservatorio, todos los centros de enseñanza. Los clericales trataban de atrapar en sus redes el alma infantil. De los "angelitos" de la organización católica infantil a la organización estudiantil "Ateitininkai" y, luego, al Partido Demócrata Cristiano: tal es el camino que los sacerdotes enseñaban a la joven generación. Realizaban su obra con extraordinaria habilidad. En las iglesias organizaban coros, cuadros artísticos con su repertorio de obras teatrales moralizadoras, incluso equipos deportivos. Los "pescadores de almas" sabían explotar para sus propios fines la inclinación de los jóvenes por el romanticismo. En la

organización de exploradores, cada marcha, cada hoguera encendida al anochecer, cada competición de baloncesto debía, en última instancia, afirmar una verdad: teme a Dios, respeta el poder de las clases poseedoras.

Mas no podíamos dejar de observar también que crecía y aumentaba de año en año el afán de lucha de los que combatían a las fuerzas antipopulares en mi patria. A su frente estaban los comunistas. La verdad de Lenin se abría paso, a través de todos los obstáculos, hasta los corazones de los hombres.

Los comunistas que conocí al ser recluido en el campo de concentración de Dimitrava —luchadores tan templados como Karolis Didžiulis, Vladas Niunka, Motejus Šumauscas, Chaimas Aizenas y Vladas Banaitis— me ayudaron a adquirir conciencia definitivamente de la fuerza y la sabiduría de las ideas leninistas, a comprender mi objetivo principal en la vida. Jamás olvidaré la maravillosa figura de la intrépida y alegre Sonia Glezeryte, primera cantante de nuestro campo, que murió heroicamente en el trabajo clandestino durante la ocupación hitleriana.

Los meses de reclusión fueron una gran escuela de vida que completó mi instrucción política. Fui a parar al campo de concentración en las siguientes circunstancias. En octubre de 1939 se organizó una manifestación para ensalzar la "sabiduría" del gobierno con motivo de la devolución a Lituania de su capital, Vilnius. Nosotros explicamos que no era el gobierno, sino la Unión Soviética, quien había reintegrado Vilnius a Lituania, y llamábamos a los obreros a exigir el derrocamiento de aquel gobierno. Junto con los participantes en la manifestación, que había adquirido un cariz tan inesperado para los gobernantes, los activistas del Frente Popular, dirigidos por los comunistas, nos encaminamos al Palacio Presidencial y dijimos a Smetona todo lo que el pueblo pensaba de él.

En el verano de 1940, el pueblo envió a Moscú a varios diputados del primer Parlamento elegido libremente —la Dieta Popular—, entre ellos a mí, con la misión de pe-

dir al Soviet Supremo de la URSS que Lituania fuese admitida en la fraternal familia de pueblos de la Unión Soviética. Las repúblicas del Báltico se hicieron soviéticas, se colocaron para siempre bajo la bandera de Lenin.

"¡Hela aquí, la victoria!", decían los obreros lituanos, recordando el testamento de su guía, Karolis Požela, asesinado por los verdugos de Smetona. La víspera de su ejecución escribió: "¡Camaradas! He trabajado todo lo que he podido, muero por nuestra causa común. Os deseo que trabajéis, trabajéis y luchéis hasta la victoria".

Así llegamos, tras largos años de lucha y de búsquedas dolorosas, a comprender claramente nuestro verdadero objetivo en la vida.

Ya en los primeros meses que siguieron a la victoria del régimen soviético se produjeron cambios notables en la vida de la República, en la vida de los lituanos, sobre todo de la juventud. A quienes han nacido y crecido en los años de Poder soviético les resulta difícil incluso comprender con qué júbilo y sorpresa leían entonces nuestros muchachos y muchachas los anuncios de ofertas de trabajo, hoy tan corrientes en nuestro país: "Se necesitan chóferes", "Se necesitan urgentemente obreros de la edificación", "La fábrica invita al trabajo a metalúrgicos de todas las categorías"...

Pero el principal factor determinante de la actitud del pueblo ante el nuevo poder es el sentirse partícipe de cuanto se hace en la República, de lo que se construye y se crea en ella. Esa es la razón de que en los días de la Guerra Patria, cuando Lituania fue ocupada por los hitlerianos, el pueblo lituano opusiera tan unánime resistencia a los invasores, ansiara de todo corazón el restablecimiento de su Poder soviético.

Todo lituano honrado sabía ya para qué tenía que vivir y por qué tenía que luchar. Hablaré de uno entre muchos, del obrero Klemensas Žuta, del pueblecillo de Sed. Este hombre, callado y laborioso, pronunció por vez primera un discurso en una asamblea a los pocos días de

proclamarse el Poder soviético. Habló de la felicidad que significa vivir bajo el sol soviético. Cuando llegaron los fascistas, le recordaron este discurso.

El carcelero que le conducía a la celda, le preguntó en tono de mofa:

— ¿Qué, Žuta, alumbra todavía para ti el sol soviético?

Sus compañeros de celda cuentan que, al oír estas palabras, Klemensas se irguió y respondió con serenidad y firmeza:

— ¡Alumbra y alumbrará!

Varios fascistas se congregaron especialmente en la celda para obligar al indómito a retractarse de estas palabras en presencia de sus compañeros. Le hirieron un brazo de un disparo y le preguntaron:

— ¿Alumbra?

— Alumbra —respondió.

Le torturaron durante más de una hora, pero Žuta repitió una sola palabra:

— ¡Alumbra, alumbra, alumbra!

Y murió con ella en los labios.

El país jamás olvidará las hazañas de los guerrilleros lituanos, como la joven Maryte Melnikaite, Heroína de la Unión Soviética, que entregó su vida por un gran objetivo.

Recordamos cómo partió para el frente la División Lituana, que se cubrió de gloria en los combates más duros y llevó con honor su bandera hasta Vilnius, hasta la antigua torre de Gediminas, que se alza sobre la ciudad.

En el último mes de guerra, en una ciudad de Prusia Oriental que acababa de ser limpiada de fascistas, encontré a unos jóvenes alemanes que maldecían a Hitler, acusándole de haber malogrado el destino de su generación.

Y entonces recordé otro cuadro: el Berlín de 1936. Como corresponsal lituano, me encuentro en la Unter den Linden entre la multitud de alemanes, escucho sus embrolladas palabras de entusiasmo. Todos están excitados: acaba de pasar el führer, el "genial führer" que había señalado a la nación alemana el camino de los luceros. En aquel

momento pensé: ¡Qué gran tragedia engendra esta ceguera!

Pues bien, en 1945, en una pequeña ciudad prusiana destruida por las "katiushas", recordé los ojos ardientes de un mozalbete de la "Hitlerjugend", que hablaba, repitiendo palabras ajenas, de la gran misión señalada por Hitler a su generación. ¡Qué caro ha pagado la nación alemana, la juventud alemana, la fe en una causa injusta, canibalesca, en un objetivo equivocado! Es una dicha que el pueblo más humano —el pueblo soviético— haya exterminado la peste fascista, haya devuelto el corazón a la juventud alemana y lo haya inflamado con su noble ejemplo.

He visitado Yugoslavia y Brasil, Polonia y el Japón, la India y México, Finlandia y otros muchos países. En todas partes, el nombre de Lenin es para los trabajadores símbolo de esperanza.

En los últimos años, al sostener con los jóvenes conversaciones francas y amistosas, he procurado conocer cuáles son sus esperanzas, qué sueños les dan alas. Son diferentes la vida y el destino del joven hindú Vishnu Dutt, que me acompañó a las obras de la central eléctrica de Bhakra Nangal, y del joven montenegrino Gojko Krapovič, que encontré en la ciudad yugoslava de Budva, en la costa del Adriático. Pero uno y otro ardían en deseos de trabajar en paz, de construir y no destruir. Y Gojko, que empezó a luchar en la guerrilla a los trece años y que sólo con el poder popular ha podido hacerse estudiante de la Universidad de Belgrado, me dijo:

— Estamos edificando el socialismo. Somos comunistas y el objetivo que nos señaló Lenin nos infunde una fuerza capaz de mover montañas. Cuando pienso en Lenin, olvido las palabras "obstáculos insuperables".

En el extranjero me preguntan siempre, como a todos los emisarios de la URSS, qué piensa y qué hace la generación actual, la juventud soviética, la que debe llevar a la práctica las ideas de Lenin y culminar su realización. Y es para mí una felicidad poder hablar con orgullo en todos

los países de las maravillosas obras y del maravilloso destino de nuestra juventud lituana y de todos los muchachos y muchachas soviéticos. Cuando pienso en los que son hoy jóvenes, siento deseos de repetir una y otra vez: Recordad que vuestra dicha no está sólo en las riquezas del país, que mañana serán aún mayores, no está sólo en vuestros éxitos y alegrías personales. Vuestra dicha reside, sobre todo, en que desde la adolescencia conocéis el grande y hermoso objetivo de vuestra vida, el objetivo que os señaló Lenin. ¡Apreciad esa dicha!

J. Paleckis

UNA LECCION DE LENIN

UNA LECCION DE LENIN

Lenin fue para mí, desde los primeros años de la revolución, la sabiduría que me ayudó a pasar del cristianismo al comunismo. En estas páginas quisiera hablarles de una lección que me dio Lenin.

1

Recuerdo cómo ingresé en el Partido Comunista en los primeros días de la retirada de nuestras tropas, en el otoño de 1941. El ambiente de aquellos días era especial, de alarma y excitación. La guerra había envuelto a los soviéticos súbitamente, como las llamas de un incendio en una casa; el estado anímico de cada uno parecía haberse revelado e iluminado; los caracteres se hicieron visibles en el acto, como el esqueleto en una radiografía, y las diferencias entre ellos se manifestaron con mayor claridad y precisión. Al recibir mi carnet de candidato a miembro del partido escuché frases generales sobre la guerra, el patriotismo y el deber del militante comunista. Esto último parecía sobrentenderse y no me fue explicado de una manera concreta: en las condiciones creadas por la guerra se parecía al deber de toda persona honrada y de todo hijo de la patria. Pero cuando salí a la calle, guardando mi valioso carnet en el pecho, la propia vida concretó inmediatamente

ese deber, mejor dicho, me enfrento cara a cara con una nueva obligación.

Jamás había estudiado lo que es la agitación ni cómo debe efectuarse, aunque en la vida corriente era una gran discutidora cuando tenía que defender o refutar algo. Pues bien, la primera misión que se me encomendó como candidato a miembro del partido fue hacer agitación, hablar a mis conciudadanos.

Moscú estaba salpicada, como el lomo de un ciervo, de manchas de camuflaje en los muros de sus casas; estaba cubierta de sacos terreros, y aspas de papel blanco cruzaban los cristales de las ventanas. Sobre la ciudad humeaba el cielo, envuelto en el velo de las explosiones. Aullaban las sirenas, apresurando a los moscovitas a bajar a los refugios antiaéreos. Por la mañana, en la hora tardía de la aurora, un aeróstato argentado se balanceaba sobre las plazas, como un trozo de hielo en las frías tinieblas del cielo. Todo lo habitual había sido desplazado, sustituyéndolo un enorme vivac, algo temporal, inconsistente, fugaz. Y nosotros, una parte de los escritores, debíamos inmiscuirnos inmediatamente en ese mundo incierto de inestabilidad, haciendo sentir a todos que las cosas se mantenían inconmovibles sobre la tierra, que las formas habituales del Poder soviético eran y seguían siendo resistentes como el granito y que la vida espiritual del individuo debía entrar en los cauces del mundo invariablemente firme, invariablemente estable: fuimos nombrados agitadores.

Teníamos que intervenir con mucha frecuencia: en las salas semidesiertas del Museo Politécnico, en los cines antes de empezar las sesiones, en los andenes y los vestíbulos de mármol del Metro, atestados hasta más no poder después de ulular las sirenas... Pero cuando tenía una tregua entre la labor profesional —escribir artículos para los diarios, para el Buró de Información Soviético de entonces y para los periódicos de las fábricas— y los discursos de agitación (tregua que se daba con mayor frecuencia durante las alarmas aéreas nocturnas), leía ávidamente los

libros que tenía a mano. Eran libros editados en los años 30: recuerdos sobre Lenin de su esposa, Nadezhda Konstantínovna Krúpskaya y de dirigentes de la Internacional Comunista. Deseaba ardientemente conocer y percibir a través de aquellos libros las cualidades de comunista que habían hecho de Lenin el guía del movimiento obrero internacional, por qué y cómo se había granjeado un cariño tan inmenso de toda la humanidad, qué propiedades de su carácter es necesario aprender a imitar y, en general, en qué se diferencia un verdadero comunista de una persona corriente, aparte de sus convicciones.

Marietta Shaguinián

Porque el secreto del carácter es también el secreto de la conducta, la clave para comprender el conjunto de rasgos de una persona que influyen sobre otra, le infunden confianza y respeto y el deseo de imitarla. Y esto no nace de la razón, es más profundo que la razón y está vinculado, en cierto modo, a lo que uno mismo trata de ser.

Deseaba, sobre todo, conocer por los libros cómo hablaba Lenin a la gente, qué enseñanzas podía sacar un agitador del arte leninista de influir y convencer. Y en ello no podían ayudar las frases generales. Tampoco podían ser una gran ayuda las definiciones generales desperdigadas en numerosos artículos, libros y relatos de quienes habían oído

hablar a Lenin. El pensamiento debía asirse a algo muy concreto, a una peculiaridad captada al vuelo. En este sentido me fue extraordinariamente útil un librito, editado en papel amarillento de mala calidad, que contenía las impresiones de varios comunistas extranjeros en la complicada época en que se desmoronaba la II Internacional y daba sus primeros pasos la III Internacional.

Hombres acostumbrados a escuchar a numerosos socialdemócratas —entre los que figuraban "clásicos" de la socialdemocracia tan venerables como Augusto Bebel— se encontraron inesperadamente ante Lenin, al que sólo conocían de oídas. Disponían del viejo rasero de la comparación, eran expertos en todos los tipos de elocuencia desde la tribuna y, al escuchar a Lenin por vez primera, no podían dejar de observar en sus discursos algo nuevo para ellos.

Me resultó muy interesante, por ejemplo, leer la descripción que hacía el comunista Seņ Katayama, llegado de México a la Rusia Soviética en diciembre de 1921, del informe pronunciado por Lenin en el Gran Teatro de Moscú en el Congreso de los Soviets de toda Rusia. Sen Katayama desconocía por completo el ruso; no entendió ni una sola palabra del informe, pero percibió con los ojos cómo hablaba Lenin y cómo se le escuchaba. Por lo visto, esto fue tan nuevo y tan desacostumbrado para él, que Sen Katayama no se fatigó ni se aburrió en las tres horas que duró el informe, a pesar de no comprender las palabras pronunciadas.

"El camarada Lenin —escribe Sen Katayama— habló unas tres horas, sin que denotara el menor cansancio, casi sin cambiar de entonación, desarrollando invariablemente su pensamiento, exponiendo un argumento tras otro, y todo el auditorio, conteniendo la respiración, captaba cada una de sus palabras. El camarada Lenin no recurrió ni a la grandilocuencia retórica ni a ningún ademán, pero tenía un atractivo extraordinario. Cuando empezó a hablar se hizo un profundo silencio, todas las miradas se fijaron en

él. El camarada Lenin abarcó con la vista a todos sus oyentes, como si los hipnotizara. Yo observé a la multitud y no vi ni una sola persona que se moviera o tosiera durante aquellas tres largas horas. Cautivó a todo el auditorio, al que el tiempo le pareció muy corto. El camarada Lenin es el más grande orador que he escuchado en mi vida".

En este fragmento todo es todavía muy general. Pero si las peculiaridades de Lenin como orador eran nuevas para Sen Katayama, nosotros encontramos también algo inesperado en su percepción visual. La imagen de Lenin —en los cuadros de los pintores, en los monumentos de los escultores y en la interpretación de los actores— se ha grabado en nuestra mente y adquirido corporeidad para millones de soviéticos con un ademán amplio. Este ademán, un brazo extendido hacia adelante, se ha hecho inalienable de su figura. Pero Sen Katayama nos dice que Lenin "no recurrió a ningún ademán", que parecía inmóvil ante sus oyentes. Y por si esto fuera poco, la ausencia de ademanes se conjugaba en él con una entonación uniforme: ¡tres horas sin cambiar de entonación! Más aún: la frase, un tanto extraña e inadmisible para nuestro oído soviético, de que Lenin parecía "hipnotizar" al auditorio.

Intentemos, sin embargo, desentrañar qué es precisamente lo que sorprendió a Sen Katayama en el arte oratorio de Lenin. Según confesión propia, desconocía el ruso y, por tanto, no comprendió ni una sola palabra del informe. ¿De dónde procede, entonces, su seguridad de que Lenin "desarrolló invariablemente su pensamiento, exponiendo un argumento tras otro"? La cosa está clara: imposibilitado de entender el sentido de las palabras de Lenin, Sen Katayama no pudo, sin embargo, dejar de entender, más aún, de sentir la profundísima fuerza de convicción de que estaba impregnado su discurso. Esta fuerza de convicción no se debilitó ni un instante, y de ahí la impresión de desarrollo invariable del pensamiento; duró, sin debilitarse, sin cansar a los oyentes, tres horas; por tanto, no hubo en el discurso repeticiones fatigosas, sino nuevas y

nuevas demostraciones (argumentos), que se sucedieron una tras otra. Una vez captada esta peculiaridad principal del discurso de Lenin, Sen Katayama convirtió involuntariamente esta imagen mental del mismo en la imagen visual, de donde surgió en su descripción un Lenin completamente distinto: el Lenin vivaz y siempre muy agitado se transformó súbitamente, en el relato de Sen Katayama, en una estatua inmóvil, sin ademanes y con una entonación monótona que no cambia lo más mínimo en el transcurso de tres horas.

Pero Sen Katayama hace otra definición, sin explicársela al lector: Lenin "tenía un atractivo extraordinario". Para revelar el secreto del atractivo de Lenin como orador, que en Sen Katayama no pasa de ser una simple afirmación, será muy útil imaginarse a qué oradores, de entre los jefes de mayor prestigio, estaban acostumbrados entonces los comunistas de otros países, es decir, con quiénes podía Sen Katayama comparar mentalmente a Lenin.

En los recuerdos de los teóricos y de los combatientes prácticos del movimiento revolucionario es difícil encontrar (¡y no hay por qué exigírselo!) algo que se asemeje a una obra literaria, al arte de la palabra. Y, sin embargo, al recordar a Lenin en el Congreso de Stuttgart de la II Internacional (1907), Félix Kon, quizá sin proponérselo, nos ha dejado un retrato casi artístico de Bebel. Para mí, que he vivido muchos años en Alemania y he estudiado algún tiempo en Heidelberg, este retrato fue una verdadera revelación, pues entre los alemanes he encontrado frecuentemente el rasgo, incomprensible para los rusos, de la veneración por los rangos, de un respeto especial a la burocracia, al uniforme. Al Congreso de Stuttgart asistió Augusto Bebel, el "general de la socialdemocracia", el jefe profundamente venerado. En el Partido Obrero Alemán no existía la idolatría. El propio Lenin lo dijo en una frase muy elocuente: "En el Partido Obrero Alemán ha habido casos en que se han corregido los errores oportunistas incluso de jefes tan grandes como Bebel". Pero en las altas

esferas de la socialdemocracia eran usuales algunas formas externas, copiadas de los medios diplomáticos burgueses. Por ejemplo, para poner en claro "puntos de vista" y conseguir acercamientos amistosos se organizaban "recepciones", "coloquios en torno a una taza de té" y conversaciones de mesa redonda. "Un banquete de este tipo —cuenta Kon— se celebró en Stuttgart, en las afueras de la ciudad. Cerveza, vino y manjares de todas clases debían abrir el camino del "acercamiento"... Bebel, como jefe de mayor prestigio de la II Internacional y guardador de las tradiciones, se acercó solemnemente en el banquete a cada una de las delegaciones, dirigiéndose a todos con las palabras *Meine Kinder* ("hijos míos"), bromeando paternalmente con éstos, amonestando a aquéllos y enseñando el camino de la verdad a los otros. El séquito de admiradores y admiradoras que rodeaba a Bebel acentuaba la majestuosidad de esta revista..."

El cuadro aparece vivamente ante nosotros: Bebel fue, en efecto, un gran jefe (así le llamó Lenin y así lo recuerdan los estudiantes de mi época que se pasaron horas inclinados sobre su libro *El problema agrario*), y cuanto quiero decir a continuación no pretende en modo alguno agraviar su nombre. Mas cuando la grandeza personal es considerada como una posición entre los contemporáneos y el hombre en cuestión trata de conjugarla con el espíritu democrático, como si descendiera de su pedestal para decir unas palabras benévolas a los demás, ese "espíritu democrático" no hace más que resaltar la diferencia de situación y de "rango" entre el que se acerca a los asistentes a una "recepción" y los "revistados". La fórmula "para no agraviar a nadie" afirma, como algo que se entiende de por sí, la subordinación jerárquica de una persona respecto de otra, cosa que se ha hecho tradición en las altas esferas de la socialdemocracia occidental. Ahora bien, ¿podemos imaginarnos por un instante a nuestro Lenin en la situación de Bebel, revistando benévolamente a los delegados como un general? Es imposible imaginárse-

lo físicamente. Como es imposible también imaginárselo "rodeado de un séquito de admiradores y admiradoras". En el "atractivo extraordinario" de Lenin como orador, señalado por Sen Katayama, en su magna popularidad entre los centenares de personas que escucharon su informe conteniendo la respiración, había otra cualidad. Pero, ¿cuál?

Retrocedamos algo en el tiempo y trasladémonos del Stuttgart de 1907 al año 1902, a los recuerdos de Nadezhda Konstantínovna Krúpskaya referentes a los tiempos de emigración en Munich. Lo mismo que Lenin, su fiel compañera de lucha estimaba mucho a Plejánov. Cuando en uno de mis trabajos (*La fábrica Tornton*) puse el nombre de Plejánov al lado del de Tajtariov, Nadezhda Konstantínovna me corrigió en una carta, señalando que Plejánov fue uno de los fundadores de nuestro partido, en tanto que Tajtariov había sido "un revolucionario fugaz". Mas veamos lo que recuerda sobre los tiempos en que fundaron *Iskra*:

"Los obreros venían con frecuencia a *Iskra* y todos querían, como es natural, ver a Plejánov. Ver a Plejánov era mucho más difícil que vernos a nosotros o a Mártov, pero aun en el caso de que un obrero fuera recibido por Plejánov, salía de la entrevista con un sentimiento confuso. Le habían sorprendido el brillante talento de Plejánov, sus conocimientos, su ingenio; pero resultaba que, al salir de la entrevista con Plejánov, *el obrero sentía únicamente la enorme distancia* (la cursiva es mía. — *M. Sh.*) que le separaba de este brillante teórico; sin embargo, no había podido contarle lo que quería, hablarle de sus pensamientos más íntimos, aconsejarse de él.

Y si el obrero no estaba de acuerdo con él, si intentaba exponer su opinión, Plejánov empezaba a irritarse: "Sus padrecitos andaban todavía a gatas cuando yo..."

¡Otro rasgo, pasmosamente concreto, de un carácter! Plejánov conocía y veía magníficamente en sí mismo el brillo del ingenio, la extraordinaria cultura. Sus grandes dotes le producían un placer personal, una satisfacción per-

sonal, de la misma manera que un actor de talento se deleita cuando consigue representar un papel de manera insuperable. En Zurich, durante una violenta discusión con el grupo de *Rabócheie Dielo** —que llevó al rompimiento—, los participantes en ella se excitaron e impresionaron vivamente, hasta el extremo de que Mártov "incluso se arrancó la corbata". Pero Plejánov "brilló por su ingenio". Y Krúpskaya, al recordar este episodio, escribe, dando sin proponérselo la última pincelada en el retrato que había dibujado antes: "Plejánov. . . estaba de un humor excelente, pues había derrotado al enemigo contra el que tanto tuvo que luchar. Plejánov estaba alegre y parlanchín". Mientras que en el carácter de Augusto Bebel se manifestaba la observancia alemana de las tradiciones, rayana en la ingenuidad, en el carácter de Plejánov —sentirse satisfecho de sí mismo, rasgo que la lengua rusa ha definido con la expresión "sabe lo que vale"— no se trata ya de una ingenua veneración por los rangos, sino del individualismo de un gran talento, que ve ante todo su "cómo", y no el "qué" ajeno. Pese a todo, no hacemos más que acercarnos a la respuesta de en qué consiste esa "otra cualidad" de Lenin como orador, y deberemos viajar nuevamente de un libro a otro —esta vez a las impresiones de un comunista escocés— para llegar, por fin, a una definición exacta.

Los escoceses son muy obstinados, de una firmeza maravillosa, y durante varios siglos han conservado inmutablemente su carácter nacional. Cuando leemos los recuerdos de William Gallacher, delegado del Comité Obrero Escocés al II Congreso de la Internacional Comunista, ante nosotros surge un héroe de las novelas de Smollett, pese a que los personajes de Smollett vivieron a mediados

---

* *Rabócheie Dielo* ("La Causa Obrera"): revista editada por los "economistas" en Ginebra. Propagaba ideas oportunistas de subordinación de la lucha política del proletariado a la lucha económica, prosternándose ante la espontaneidad del movimiento obrero y negando el papel dirigente del partido. (*N. de la Edit.*)

del siglo XVIII y la juventud de Gallacher transcurrió en los albores del siglo XX. La misma franqueza y brusquedad, la misma manera de hablar sin rodeos ni diplomacia y la misma capacidad de observación inteligente, unida a un natural sentido común. Gallacher reconoce sin el menor reparo, incluso con cierto orgullo, que en las reuniones y comisiones encargadas de redactar las tesis "que dieron tan magna importancia al II Congreso en la historia de la Internacional Comunista", él, Gallacher, "no fue útil, ni mucho menos". ¿Por qué? Pues porque... Pero mejor será que concedamos la palabra al propio escocés:

"Llegado a Moscú con el convencimiento de que el rebelde de Glasgow sabía mucho más de la revolución que cualquiera de nuestros camaradas rusos, a pesar de que ellos la habían vivido, traté en el acto de orientarles por el camino "justo" en una serie de cuestiones..."

No cabe la menor duda de que el aplomo escocés de Gallacher agradó a Lenin. Quizá hiciera nacer en él, como en nosotros, reminiscencias literarias y despertara su humorismo innato. Gallacher cuenta más adelante con sinceridad inigualable que estaba irritadísimo por "las condiciones de alimentación", para él "desacostumbradas", y que en semejante estado de ánimo se hizo increíblemente quisquilloso. Al saber que Lenin le había criticado precisamente a él en su libro *La enfermedad infantil del "izquierdismo" en el comunismo*, Gallacher estuvo a punto de lanzarse sobre Vladímir Ilich:

"Traté insistentemente de convencerle —recuerda Gallacher— de que yo no era un niño y de que, como le dije, "estaba adiestrado en este juego"*. Muchas de mis objeciones fueron hechas en un lenguaje más libre que el inglés corriente". Esto significa que Gallacher arremetió contra Lenin a la escocesa, con sal y pimienta, impropias de la comedida lengua inglesa. Pues bien, imaginémonos al enfurecido escocés, empleando con Lenin el léxico usual

---

* Gallacher se refería a la revolución. — *M. Sh.*

"al otro lado del Clyde". Lenin le apaciguó con una breve nota: "Cuando escribí este folleto, no le conocía a usted". Pero no olvidó ni al escocés ni su frase "en un lenguaje más libre que el inglés corriente". Varios meses más tarde estuvo en la Unión Soviética otro comunista de la Gran Bretaña, Willie Paul. Lenin le describió la salida de tono de Gallacher y, probablemente, le remedó con gran maestría, repitiendo la famosa frase palabra por palabra y con acento escocés: *Gallacher said he'wis an awl haun et the game* ("Gallacher me dijo que estaba adiestrado en este juego"). Al recordar este hecho que le había comunicado Paul, Gallacher termina su relato con las siguientes palabras: "Paul dice que él (Lenin) imitó magníficamente el acento de Clydeside".

Debemos estar profundamente agradecidos al comunista escocés aunque sólo sea por este valioso rasgo del humorismo, infinitamente querido para nosotros, de Vladímir Ilich. Pero le debemos mucho más. Fue precisamente Gallacher quien supo captar con la mayor sutileza y expresar con la mayor exactitud la peculiaridad fundamental de los discursos y las conversaciones de Lenin.

"Estuve dos veces en casa de Lenin —dice— y sostuve con él una conversación particular. *Lo que más me sorprendió en él es que, mientras estuve a su lado, no pensé en Lenin ni una sola vez, pude pensar solamente en lo que pensaba él, y él pensó todo el tiempo en la revolución mundial*". (La cursiva es mía. — *M. Sh.*)

He aquí, por fin, el rasgo al que puede asirse el pensamiento. Ver a Lenin cara a cara, oír su voz, quizá cruzar miradas con él más de una vez, y, a pesar de ello, no ver ni oír en todo el tiempo al propio Lenin, no pensar en *él mismo*, sino en el objeto de sus pensamientos, en lo que piensa Lenin, en lo que le preocupa en esos momentos, es decir, percibir únicamente el contenido de sus palabras, no "cómo" y "quién", sino "qué". Lenin era un orador tan grande y sabía tan bien renunciar a sí mismo por completo, sumergirse en el objeto de su discurso, que transmitía

al oyente toda la profundidad de su convencimiento, todo el contenido de sus pensamientos, obligándole a olvidarse del propio orador y a no distraer ni un segundo la atención de la esencia de su discurso o de su conversación.

Yo me imagino dos formas de reacción ante dos tipos de oradores. Después del informe de uno, nos acercamos a él entusiasmados y le felicitamos: "¡Qué bien, qué brillantemente ha hablado!" Mas nos acercamos al otro informante y no le hablamos de cómo ha intervenido, sino del objeto de su discurso, que nos ha dominado, interesado y cautivado. Al subrayar con lápiz rojo las palabras profundas y sencillas de Gallacher, me hice la siguiente deducción: si el auditorio, después de un informe, te elogia y se admira de ti, quiere decirse que has cumplido mal tu misión, que la has hecho fracasar; pero si te hablan en el acto del objeto y el contenido de tu informe, como si tú misma no estuvieras allí, significará que has hablado bien, que has cumplido tu misión de manera excelente. Tal fue la primera enseñanza que me proporcionó la lectura durante los bombardeos. Y desde entonces, al orientar mis esfuerzos internos en la labor de agitadora de modo que, al terminar el informe, los oyentes hablasen en el acto de su contenido, me imaginaba siempre mentalmente la figura de Lenin como informante. Nada importa que no pudiera conseguir ni una cienmilésima parte del resultado que obtenía él; el propio recuerdo de la lección recibida era muy valioso. Porque conservándolo permanentemente, educamos en nosotros mismos la autoapreciación serena de cualquier éxito externo.

2

Así di el primer paso en el conocimiento de las peculiaridades de Lenin como agitador. Pero seguía sin desentrañar el secreto del infinito cariño que sienten por él millones y millones de seres, el secreto de ese cariño, no sólo con la razón, sino con el corazón. A decir verdad, era ya evidente a todas luces la diferencia que existe, por ejem-

plo, entre "el séquito de admiradores y admiradoras" que seguía respetuosamente a Augusto Bebel —y que, sin duda alguna, le querían también y le eran fieles— y la forma, nada respetable, en que la gente se lanzaba al encuentro de Lenin con el único fin de verlo y de estar junto a él. Clara Zetkin, que presenció con frecuencia encuentros de este tipo en Moscú en 1921, dice de ellos en sus memorias:

"Cuando Lenin venía a visitarme, era una verdadera fiesta para todos los de casa, desde los soldados rojos que montaban la guardia ante la puerta hasta la muchacha que servía en la cocina y los delegados del Extremo Oriente y del Cercano Oriente que vivían, como yo, en aquella enorme casa de campo...

"¡Ha venido Vladímir Ilich!" La noticia circulaba de boca en boca, todos le esperaban, corrían al gran recibidor o se agrupaban junto a la puerta para saludarle. Una sincera alegría iluminaba sus rostros cuando él pasaba por delante de ellos, les saludaba y, sonriendo bondadoso, cruzaba con uno u otro un par de palabras. No había ni sombra de cohibición, y mucho menos de servilismo, en una parte, ni el más pequeño indicio de condescendencia o afanes efectistas, en la otra. Los soldados rojos, los obreros, los empleados, los delegados al congreso... todos querían a Lenin como a uno de los suyos, y él se sentía entre ellos uno más. Un sentimiento cordial, fraternal, les unía a todos".

En estas palabras no hay nada nuevo. Cuantos han escrito en todas las épocas de sus entrevistas con Lenin han destacado siempre esto mismo: la gran sencillez, cordialidad y compañerismo de Lenin en sus relaciones con los demás.

Cuando vio la luz la primera edición de las Obras Completas de Vladímir Ilich Lenin, no existía todavía una ramificada red de círculos de estudio político con un vasto programa de conferencias. En estos programas, para el estudio de cada cuestión, se recomendaban (y se recomien-

dan hoy) numerosas obras de los clásicos del marxismo-leninismo, pero no íntegras, sino solamente las páginas imprescindibles: de la tal a la tal. Considero una felicidad haber rehuido a fines de la década del 20 este abigarrado conocimiento de los libros a través de fragmentos y haber podido leer a Lenin tomo tras tomo, cada una de sus obras íntegramente. Es cierto que, no teniendo un asesor ni un camarada con experiencia que me "guiase" en esta lectura, yo "distraía mi pensamiento" frecuentemente con pasajes secundarios, entusiasmada por algún detalle, y perdía de vista lo principal. En cambio, esos detalles me fueron después muy provechosos. Uno de ellos, que llama la atención ya en las primeras páginas de *Materialismo y empiriocriticismo*, ayuda, a mi juicio, a comprender algo muy importante: el nexo existente entre el individualismo en el carácter de una persona y la inclinación de su pensamiento hacia el idealismo teórico. A Vladímir Ilich le gustó mucho una expresión de Diderot. Al comienzo de su polémica con Ernst Mach, cita íntegramente la frase en que Diderot utilizó dicha expresión. A juzgar por la nota que figura al pie de la página, Lenin leyó las obras del enciclopedista francés en su texto original y tradujo él mismo la frase que cita. Se trata de la conversación entre Diderot y D'Alembert acerca de la naturaleza del materialismo. Diderot invita a su interlocutor a suponer que un clavicordio posee sensibilidad y memoria. Y llega súbitamente un momento de delirio. . . Sigue después la célebre frase de Diderot: "Ha habido un momento de delirio, en el que el clavicordio sensible ha llegado a pensar que era el único clavicordio que había en el mundo y que toda la armonía del universo se producía en él". Esta imagen del clavicordio sensible, en cuyas teclas (órganos de la percepción) toca el mundo objetivo, es decir, la naturaleza con existencia material —y que súbitamente cae en el delirio, imaginándose que en él, clavicordio único, se producía toda la armonía del universo— cautivó con tanta fuerza a Lenin que éste no sólo citó el pasaje en cuestión, sino que volvió a él, lo

desarrolló y lo acercó a nosotros, brindándoselo al lector en un aspecto algo distinto. Diderot acentúa la idea de que el clavicordio llegó a pensar que *toda la armonía del universo se producía en él* (la cursiva es mía. — *M. Sh.*). Lenin, burlándose del "desnudo" Ernst Mach, dice que si éste no reconoce la realidad objetiva existente independientemente de nosotros, "no le queda más que el *YO* "puramente abstracto", el *YO* escrito indefectiblemente en letras mayúsculas y en cursiva, "el loco clavicordio que llegó a pensar que era el único clavicordio que había en el mundo" ". Podría creerse que se trata otra vez de la misma frase de Diderot. Pero no es así del todo. Lenin pone un signo de igualdad entre "el loco clavicordio" y el pronombre de primera persona del singular "*yo*". No centra la atención en el segundo pensamiento de Diderot (el pensamiento de que el "loco clavicordio" se imaginó que era el creador de la armonía del universo, que llevaba en sí todo el mundo objetivo, como más tarde la "Razón Universal" de Hegel); simplemente, suprime esta segunda mitad de la frase, para que no desdoble la atención del lector, y destaca la primera afirmación de Diderot de que "el loco clavicordio" llegó a pensar que era el único que había en el mundo. Es más, el "loco clavicordio" se transforma en el "YO" con mayúsculas. Pero cuando el "YO" con mayúsculas se convierte en el centro del mundo y existe en singular, ¿qué ocurre con el pobre "tú", con todos los demás sujetos cognoscentes? ¿No dejará cada "YO" de sentir realmente la existencia de cada "tú", no se convertirán para él estos "tú" solamente en un fruto de sus propias ideas? De esta manera, en la mente de lector se tiende imperceptiblemente un puente del extremo solipsismo teórico de Berkeley al extremo individualismo práctico en el carácter del hombre, que le obliga a no sentir la existencia de otro hombre al lado suyo con la misma realidad convincente con que siente la profundidad y la realidad de su propia existencia.

Todas estas consideraciones de lector son, como se comprenderá, muy subjetivas. Pero hay en ellas un grano de

verdad. La plenitud de su conciencia materialista era precisamente lo que permitía a Lenin sentir con gran fuerza la existencia real de los demás individuos. Y todos a los que se acercaba Lenin no podían dejar de percibir la realidad de este acercamiento de Lenin como persona a otra persona, y, por consiguiente, no podían dejar de experimentar, como respuesta, su igualdad humana con él. El sentimiento materialista de la existencia del "tú" contiene, con la misma fuerza que la existencia del propio "yo", una cualidad completamente nueva de nuestra época.

¿Ha sentido alguna vez, estimado lector, una felicidad especial al relacionarse con una persona que se le ha acercado con esa expresión de igualdad en la que su "YO" percibe la existencia real del "tú" de usted? No es una cosa muy frecuente en la tierra. Las personas son diferentes en todo: por la situación que ocupan en la sociedad, por su talento y su carácter, por su edad y por lo atractivo de su aspecto. Pero hay una cosa en la que son absolutamente iguales: en que todas ellas *tienen existencia real.* Y en presencia de Lenin e incluso en la lectura —en la sola lectura de sus obras—, cada uno de nosotros ha sentido esa *felicidad viva que significa la afirmación de la realidad de la existencia propia,* por pequeña o insignificante que nos parezca a nosotros mismos. A mi juicio, es ésta una causa muy importante de que los demás se sintieran tan bien al lado de Lenin y de que Lenin se sintiera tan bien al lado de los demás. J. Fineberg, militante del Partido Socialista Británico, que visitó Moscú en 1919, ha definido este sentimiento como una sensación especial de libertad interna: "Por grandes que fueran la veneración y el respeto que se sintieran por él, uno se sentía inmediatamente libre en presencia suya". Y esto significa que la persona en cuestión había revelado en el trato con Lenin los mejores rasgos de su carácter, dicho más sencillamente, se había hecho mejor delante de él.

3

Un sabio, incluso un gran sabio, puede ser un sicólogo malísimo, mirar al interlocutor por encima del hombro y no verlo, escuchar y no contestar, hacer lo blanco negro, sin que la humanidad le exija cuentas por ello. Es más, aun en el caso de que ese sabio no le preste a uno la menor atención ni le comprenda, se puede aprender de él y crecer a su lado cada día, cada hora; se puede aprender su poderosa concentración de la inteligencia y admirarle por haber consagrado toda la vida a su ciencia. Pero un militante del partido, un comunista, no puede adoptar una actitud formal ante los hombres, mucho menos si dirige alguna colectividad. Está llamado a ver y sentir a las personas que dirige. Y decir de él que es un mal sicólogo equivale a reconocer que no ha cumplido una de sus tareas.

Naturalmente, para ser un sicólogo como Lenin hay que nacer Lenin y apoyarse tan firmemente como él en la conciencia materialista. La falta absoluta de vanidad parece la propiedad primaria de la naturaleza de Lenin. Sentía de manera real la existencia de los demás, de una manera tan real como su propia existencia. En este sentido, se puede aspirar toda la vida a imitarle interiormente, y, aun en el caso de no conseguirlo lo más mínimo, se convertirá en la conciencia propia, en el criterio más exacto para apreciar los caracteres: el de uno mismo y el de cuantos nos rodean. En cambio, cada comunista puede aprender —y, en todo caso, debe conocer— muchos métodos puramente pedagógicos de Lenin y, en particular, su manera de estudiar constantemente a las personas.

El arte de abordar a una persona, de comprenderla, de agitarla como es debido, de enseñarla o de darle una lección fue dominado por Vladímir Ilich en el proceso del trabajo permanente e infatigable con los hombres, en la vehemente necesidad de estudiarlos, de estar entre ellos,

de sentirlos. Jamás manifestó indiferencia por el individuo o desatención por sus necesidades inmediatas. Pero, además de la labor práctica directa con las personas, Lenin estudió siempre en los libros, en las obras literarias, lo que es la profunda sicología humana. Sabemos por Nadezhda Konstantínovna que en Cracovia echaba mucho de menos las obras literarias y que "releyó cien veces el pequeño tomo de *Ana Karénina*". Releyó cien veces la novela en la que el personaje predilecto de León Tolstói, Levin, expone su filosofía campesina; en la que se hace una descripción tan excelente de la sociedad contemporánea de Tolstói; en la que sin premeditación, con la mayor veracidad artística, se revelan caracteres como el de Karenin, terrible en su seca desnudez espiritual. Son caracteres de otra sociedad, de otra época... La gran escuela de sicología que revela el arte auténtico de la palabra ayudó mucho a Lenin a comprender a los hombres.

Cada pueblo se manifiesta en su idioma con extraordinaria fuerza de expresión. Vladímir Ilich comprendía esto muy bien. En su trabajo con los seres humanos le ayudó mucho el estudio constante, ininterrumpido, de las lenguas en que hablan. Nuestros propagandistas piensan poco en esto. Y, sin embargo, la relación con los obreros de distintas nacionalidades por medio de intérpretes, los viajes a otros países y la estancia en ellos sin tener la posibilidad de leer siquiera un cartel pegado a una pared —sin hablar ya de los periódicos— es una gran dificultad para un político, es lo mismo que encontrarse ante una puerta cerrada sin tener la llave que la abra. Aunque Lenin decía en los cuestionarios que conocía mal las lenguas extranjeras, los testigos afirman otra cosa:

"El camarada Lenin comprendía bien el inglés (y hablaba inglés)..." (J. Fineberg). Lenin "hablaba inglés con toda soltura" (Sen Katayama). "En 1920, cuando se celebró el II Congreso de la Internacional Comunista, Vladímir Ilich criticó en un discurso los errores de la dirección del

Partido Comunista Alemán y la línea del italiano Serrati. Mientras trató del Partido Comunista Alemán, Vladímir Ilich habló en alemán; pero después, cuando habló de los errores de Serrati, pasó inmediatamente al francés. Yo asistí a aquella sesión del congreso, que se celebró en la Sala de San Andrés, del Palacio del Kremlin. Recuerdo el rumor que recorrió la sala. Los camaradas extranjeros no podían imaginarse que un ruso, que acababa de hablar brillantemente en alemán, dominara el francés con la misma soltura" (E. Stásova).

Pero, además de pronunciar informes y sostener conversaciones en alemán, inglés y francés, Lenin conocía también perfectamente el italiano. A través del idioma comprendía el gesto interior de un pueblo, las peculiaridades de su reacción, de su carácter, de su humorismo; buscaba los caminos mejores para llegar a él, para lograr el mayor entendimiento recíproco. Hasta el fin de sus días se interesó también por las lenguas de los pueblos eslavos hermanos y continuó estudiándolas, en la medida que se lo permitían sus energías y su tiempo. El conocimiento de la lengua y de las costumbres checas le ayudó de la misma manera que el dominio de otros idiomas le había permitido, en los casos citados antes, establecer inmediatamente contacto con los ingleses, los alemanes y los franceses. En el verano de 1920 llegó a Moscú A. Zápotocky. Esperaba con emoción y desconcierto la entrevista con Lenin : ¿cómo y de qué le iba a hablar? Pero los temores desaparecieron en el acto:

"En primer lugar, resultó que él (Lenin) entendía el checo... Empezó la conversación con una pregunta que no habría desconcertado, sin duda alguna, a ningún checo. Preguntó si se seguía comiendo en Bohemia y Moravia "knedlík" con ciruelas. Recordaba este plato favorito de los checos desde su estancia en Praga..."

Visitó Moscú el comunista búlgaro J. Kabakchiev y trajo a Lenin, como regalo, un montón de folletos edita-

dos en búlgaro, de los que se enorgullecía mucho, como si quisiera decir: ¡Fijaos cuán abundante es nuestra literatura política de masas! Es corriente que, en tales casos, el interés por los libros regalados se extinga al ver que están escritos en una lengua desconocida. Mas podemos figurarnos a Vladímir Ilich ojeando con curiosidad los folletos.

"¿Y es muy difícil aprender el búlgaro?", preguntó de pronto a Kabakchiev. No era una pregunta ociosa. Lenin le pidió que le enviase lo antes posible un diccionario búlgaro-ruso. Y algún tiempo después, perdida, al parecer, la esperanza de recibirlo de Kabakchiev, escribió una nota a la bibliotecaria con el ruego de que le buscara un diccionario búlgaro-ruso.

Del estudio de las lenguas ajenas al estudio de los pueblos. Y así hasta los últimos días de su vida.

Lenin se preocupaba extraordinariamente por la juventud. Enseñaba a no temerla nunca, a observarla con la mayor atención, a no herir su amor propio (Krúpskaya cuenta cómo corregía Lenin a los jóvenes autores principiantes *sin que ellos mismos se dieran cuenta*) y, lo que es principal, poseía la maravillosa cualidad (o se había inculcado ese dominio de sí mismo) de *no irritarse por los errores.* Al encontrar algo negativo en una persona, no olvidaba recordar o señalar *simultáneamente* algo positivo de ella. Willi Münzenberg, organizador de la juventud suiza en la primera década de nuestro siglo, escribe después de haber trabajado con Lenin: "Su crítica jamás nos ofendía, nunca nos sentíamos repudiados, e incluso al criticarnos con la mayor dureza, siempre encontraba en nuestra labor algo digno de elogio". Münzenberg califica esta actitud de Lenin de *pedagógica,* es decir, orientada a educar a los cuadros: "Sin la fraternal ayuda camaraderil que nos prestó personalmente con inmenso tacto pedagógico, el Buró Juvenil Internacional en Zurich no habría sido en modo alguno tan útil al movimiento juvenil durante el

período de 1914 a 1918". Y termina sus recuerdos diciendo: "En quince años de trabajo en el movimiento juvenil socialista he aprendido muchísimo de los guías más conocidos del movimiento obrero; pero no puedo recordar ni uno solo que, en su calidad de hombre y de político, estuviera tan cerca de la juventud e influyera tanto políticamente en la juventud proletaria como Vladímir Ilich Uliánov-Lenin".

Debemos señalar que Lenin observaba siempre lo mejor en el hombre, lo que constituye uno de los principales rasgos imprescindibles en el pedagogo y, por consiguiente, en el comunista que trabaja entre los cuadros; porque el comunista puede organizar su labor educativa entre los hombres solamente si se apoya en sus mejores rasgos y no en los peores. Nadezhda Krúpskaya cuenta: "Vladímir Ilich tenía constantemente... períodos de apasionamiento por las personas. Observaba en alguien un rasgo valioso y se asía a él". A comienzos de mayo de 1918, varios camaradas finlandeses, que habían cometido no pocos errores graves y sufrido una derrota completa en la lucha dentro del partido, acudieron a Lenin con la cabeza baja, conscientes de toda la seriedad de su propio fracaso. Estaban convencidos de que recibirían una seria reprimenda. Pero Lenin los abrazó y, en vez de reprenderlos, les dio ánimos, los consoló, orientó sus pensamientos hacia lo porvenir y habló de lo que se debía hacer en lo sucesivo.

Hay muchísimos ejemplos semejantes, y al leer relatos sobre el particular, se percibe que las manifestaciones de esta sensibilidad no se deben solamente, ni mucho menos, a la bondad de Lenin; porque, cuando era necesario, sabía ser implacablemente severo. Sin embargo, una de las armas más importantes de que disponía Lenin en la labor educativa de los cuadros era la facultad de despertar y afianzar en el individuo el sentido de su propia dignidad, y no de aplastarlo. Lenin parecía mostrar especial satis-

facción en el trato con quienes tenían ese sentido de la propia dignidad. Por lo general, se trataba de obreros rusos que acudían a visitarle en la emigración, de campesinos que las aldeas le enviaban como emisarios en los primeros años de la revolución y de hombres dedicados a la actividad científica y creadora. Vladímir Ilich tenía en alta estima esta independencia humana interna de los obreros ingleses, que estudió con verdadera pasión durante los años de exilio en Londres. Las páginas que Nadezhda Konstantínovna ha dedicado a esta cuestión abrasan al leerlas. Después de los oficios religiosos, en las iglesias inglesas se organizaban originales discusiones en las que hablaban los obreros sencillos. Y Vladímir Ilich iba a las iglesias con el exclusivo objeto de escucharlos. Buscaba con avidez en los periódicos los anuncios de asambleas obreras y se trasladaba a las barriadas más apartadas para asistir a ellas; frecuentaba las salas de lectura de los obreros, viajaba en la imperial de los ómnibus y visitaba la iglesia "socialdemócrata" de Londres, cuyo sacerdote era socialdemócrata. Los que llegaban a Londres entablaban conocimiento solamente con la cúspide de la clase obrera inglesa, corrompida por la burguesía; pero Lenin observaba con atención al obrero inglés sencillo, al hijo de un pueblo que había hecho una revolución específica, había pasado por el cartismo y creado el *habeas corpus act*, precepto de la independencia personal del individuo.

El instinto de clase del obrero, que se asienta en el poderoso sentido de la colectividad y que se forja con el diario trabajo conjunto, va unido de la manera más estrecha al sentido de la propia dignidad y es incompatible con el servilismo, la adulación, la cobardía y la presunción. Esta serena y firme conciencia que tiene el hombre de sí mismo está separada por un abismo inconmensurable de la vanidad orgullosa, de la suficiencia, de la presunción, de la insolencia y de la egolatría.

4

He citado algunos ejemplos de la actitud de Lenin ante el individuo en los casos sencillos en que las personas reconocían su culpabilidad y era necesario conservar con cuidado su fe en sí mismas y sus energías para la labor venidera. Pero he aquí un caso más complicado en el que parecía necesario conservar para el Partido el talento, considerado brillante, de un hombre al que esperaba —así lo parecía, al menos— un gran porvenir literario y político. Para ello hacía falta liberarlo de la condenación general por un organismo tan autorizado como el III Congreso de la Internacional Comunista. Me refiero al interesantísimo episodio del comunista alemán Paul Levi y a la posición que adoptó ante él Vladímir Ilich. A mi juicio, quienes deseen templarse sicológica y pedagógicamente en su trabajo deberán no sólo leer, sino estudiar las páginas que Clara Zetkin dedicó a este episodio en sus memorias. Desde entonces han transcurrido más de cuarenta años. El análisis histórico objetivo ha borrado todas las complicaciones y sutilezas, todo lo concreto de la situación de entonces (1923), y el propio Levi ha sido arrojado del escenario de la historia como evidente renegado y oportunista. Pero hace cuarenta años, nada de eso era tan evidente ni comprensible para todos. Hace cuarenta años, los hechos se presentaban de una manera un tanto distinta y Levi no era todavía oportunista, desempeñaba un cargo dirigente en el joven Partido Comunista Alemán y su posición estaba lejos de aparecer clara para cada cual en toda su doblez. De ahí que el episodio de Levi, sobre todo durante la guerra, me produjera tan fuerte impresión, enfocado a poco de producirse, inmediatamente después de los acontecimientos, por una experta comunista alemana.

El movimiento obrero revolucionario de marzo de 1923 en la ciudad alemana de Mansfeld constituyó un acontecimiento que agitó a todas las secciones de la Internacio-

nal Comunista. La explosión revolucionaria fue seguida de la organización de destacamentos guerrilleros en la provincia y de una serie de choques con la policía en otras ciudades. Todo ello tuvo su origen en las insufribles persecuciones por parte de los patronos, la entrada de la policía en las fábricas y empresas, los registros y las detenciones. Al cabo de más de cuarenta años, está claro como la luz del día que la propia burguesía provocó estas explosiones de indignación, deseando aplastar por separado a las mejores fuerzas obreras antes de que se organizaran por completo. Mas entonces aparecía con claridad singular el segundo aspecto de los sucesos de Mansfeld: la falta de disciplina del movimiento, su poca preparación, su mala dirección, la insuficiente organización de los contactos con la clase obrera, en una palabra, el hecho de que el movimiento estaba condenado al fracaso. Y eso dio lugar a que la mayoría de los comunistas lo criticaran acervamente. En su momento más álgido, Paul Levi se pronunció contra él, sometiéndolo a una crítica durísima. Podría creerse que había dicho gran cantidad de cosas justas y que tenía razón desde el punto de vista teórico. Pero... Dejemos que hablen dos interlocutores: Lenin y Clara Zetkin.

Clara Zetkin está intranquila, preocupada por la suerte de Levi. Sabe que, pese a la justedad de su crítica, se ha granjeado la desaprobación de la Internacional Comunista. Le condenan muchas secciones, le condena con fuerza especial la Sección Rusa. Quieren censurarle públicamente, expulsarle del partido. ¡Con qué fogosas palabras defiende Clara Zetkin a Levi ante Lenin! "Paul Levi no es un literato vanidoso y fatuo. No es un ambicioso arribista político... Los propósitos de Paul Levi no han podido ser más puros, más desinteresados... ¡Haga todo lo posible para que no perdamos a Levi!" Como presintiendo en qué han de consistir las acusaciones, Clara Zetkin las rechaza en el acto, antes incluso de que sean presentadas. Pero Lenin

no recoge *este* "guante", no se agarra a las acusaciones livianas que ella rechaza ante él. Lenin habla de Levi (en la conversación reproducida por Zetkin) como si pensara en alta voz: con mucha seriedad y con un grandísimo deseo de comprender y analizar lo ocurrido, de comprenderlo y analizarlo hasta el fin y en todo su volumen, no tanto en lo que se refiere al propio Levi, como en lo que atañe a la sicología de partido en su conjunto.

"Por desgracia —dice—, Paul Levi se ha convertido en un problema especial... Me parecía que él estaba estrechamente ligado al proletariado, aunque captaba en su actitud ante los obreros cierta *moderación*, algo parecido al deseo de "*mantenerse alejado*". Desde que se publicó su folleto, surgieron en mí *dudas respecto a él*. Me temo que albergue una gran inclinación a escarbar en sí mismo, a la autoadmiración, que tenga algo peculiar de la vanidad literaria. La crítica de la "acción de marzo" era indispensable. Pero ¿qué ha dado Paul Levi? Ha *desmenuzado* cruelmente *al partido. No solamente presenta una crítica muy unilateral, exagerada, incluso perversa, sino que no hace nada que permita al partido orientarse. Da motivos para sospechar que no se siente solidario con el partido.* (La cursiva es mía. — *M. Sh.*) Y esta circunstancia ha sido precisamente la causa de la indignación de muchos camaradas sencillos. Eso les ha vuelto ciegos y sordos ante muchas de las cosas justas que contiene la crítica de Levi. Por consiguiente, se ha creado un estado de ánimo —que se ha extendido también a los camaradas de otras secciones—, en el que la discusión acerca del folleto, mejor dicho, acerca de la persona de Paul Levi, se ha convertido en objeto exclusivo de los debates, en vez de la errónea teoría y la mala práctica de los "teóricos de la ofensiva" y de los "izquierdistas" ".

La Internacional Comunista no ha dictado aún su fallo contra Levi, Levi no ha sido condenado todavía, mas en

esta prudente reflexión de Lenin surge ante nosotros en toda su talla el propio Levi como un hombre que se ha condenado a ser expulsado del Partido porque él mismo se ha apartado de la solidaridad con él.

En las palabras de Lenin hay algo más que una forma de posición ante el propio Levi. Hay un latente cariño por los obreros que se han alzado contra los patronos con las armas en la mano: se trata de una insurrección fracasada, indisciplinada, que ha causado perjuicios a la causa común, pero que a pesar de todo, es una insurrección, un momento histórico de la lucha; se ha vertido la sangre de quienes han cometido este error, mas precisamente ellos, los que se han equivocado, no deben ser condenados en el plano general de la revolución, pues sin errores de esta naturaleza no podría haber ninguna insurrección victoriosa. Levi no ha comprendido esto; sin embargo, lo han comprendido "los camaradas sencillos", que no "se mantienen alejados" de las masas obreras, y de ahí su indignación contra Levi.

El destino posterior de Levi muestra la pasmosa exactitud fotográfica con que Lenin presentó a este hombre en sus lacónicas palabras. Para formular una opinión y una apreciación como éstas hay que pasar por la escuela práctica que Lenin cursó en la vida: su relación permanente con la clase obrera, la costumbre de pensar en primer término en los trabajadores sencillos. Para formarse su propio juicio, Lenin pudo adoptar la posición de "los camaradas sencillos". Vladímir Ilich conservó hasta los últimos días de su vida esta virtud de no "mantenerse alejado" nunca del pueblo, de sentirse siempre entre él, de adoptar la posición del camarada sencillo.

Al final del pequeño libro que llevaba conmigo al refugio antiaéreo hay un relato...

A fines de octubre de 1923 parecía que Lenin empezaba a reponerse de la recaída que había sufrido. Cuando

un domingo fueron a visitarle I. Skvortsov-Stepánov y O. Piátnitski, salió a su encuentro, apoyándose con la mano izquierda en un bastón. Dejemos que prosiga O. Piátnitski:

"El camarada Skvortsov empezó a informar a Ilich de la marcha de las elecciones al Soviet de Moscú. Le escuchaba con poca atención. Mientras hablaba Skvortsov, Lenin miraba con un ojo al narrador y con el otro repasaba los títulos de los libros que había sobre la mesa alrededor de la cual estábamos sentados. Pero cuando Skvortsov *pasó a enumerar las enmiendas que los obreros de las fábricas habían presentado al mandato del Comité de Moscú —sobre el alumbrado de los arrabales en que vivían los obreros y la gente pobre de la ciudad, la prolongación de las líneas del tranvía hasta las afueras donde vivían los obreros y los campesinos, el cierre de las cervecerías, etc.—, Ilich empezó a escuchar con atención y hacer observaciones durante el relato, y con entonaciones tales, que se hizo completamente claro y comprensible para nosotros, como ocurría antes de la enfermedad de Ilich, que las enmiendas al mandato eran acertadas, justas, y que debían ser adoptadas todas las medidas para llevarlas a la práctica*". (La cursiva es mía. — *M. Sh.*)

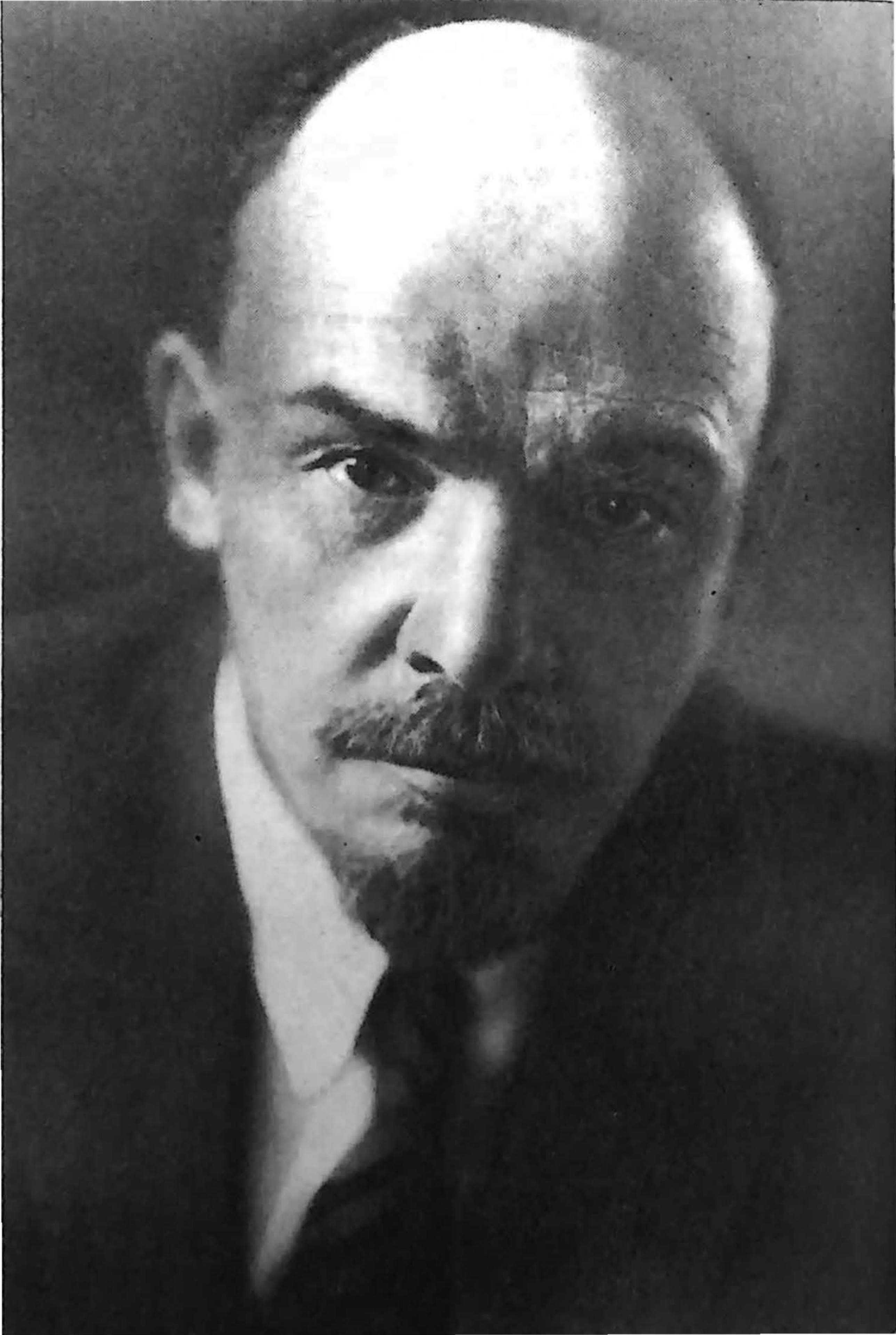
Lenin escucha con poca atención el relato acerca de las elecciones como de algo conocido de antemano, e incluso su mirada a los libros que se encuentran sobre la mesa muestra su falta de atención. Pero cuando se habla de la voz de las masas obreras, de sus necesidades, todo despierta en Lenin.

La pedagogía es la ciencia que trata del crecimiento del hombre. Está orientada a lo que se forma, desarrolla y perfecciona en él. Ningún concepto antiguo acerca de la bondad y la cordialidad puede expresar con toda plenitud eso nuevo con que Lenin se acercaba a los hombres y les obligaba a aparecer ante él en sus mejores aspectos, a

hacerse mejores al lado suyo. La ética de Lenin está enraizada en las profundidades de la conciencia dialéctico-materialista y de la percepción del mundo; es la nueva ética de un materialista para el que la existencia de todos los hombres es tan real como la suya propia, de un materialista que cree en esta existencia ajena, en su desarrollo, en sus aspectos vivos, viables. Es algo más que la vieja bondad ordinaria. Y el cariño con que los hombres corresponden a Lenin es infinitamente más que el simple cariño con que se corresponde a la bondad simple, corriente.

M. Shaguinián

UN PROYECTO DE LENIN HECHO REALIDAD



UN PROYECTO DE LENIN HECHO REALIDAD

El rápido tren con locomotora de petróleo entró ufano en agujas y se paró junto a un andén de la estación de Riga, de Moscú. Unos cuantos viajeros, muy pocos, salieron de los coches, magníficamente rematados y con grandes ventanillas relucientes. En contra de la costumbre, no se apresuraron a abandonar el andén. Todos, hasta el último, se acercaron al coche automotor, que parecía trepidar aún después del rápido viaje. Los recién llegados subieron por la escalerilla a la cabina del conductor. Desde ella se divisaba el panorama de las vías férreas que se perdían en la lejanía.

El primer tren soviético con locomotora de petróleo —el tren *Báltico*— acababa de llegar de un viaje de prueba desde Riga, donde había sido construido, hasta Moscú. Los únicos viajeros eran, de momento, los diseñadores y tecnólogos que habían preparado su obra predilecta para el último examen, en el que la comisión experimentadora del Estado debía aprobarlo. Los creadores de este tren valoraron minuciosamente, detalladamente, los resultados del viaje. Examinaron y comprobaron el estado de los numerosos aparatos de medición y control, revisaron el motor diesel, todavía caliente, y los mecanismos auxiliares.

Lenin en julio de 1920

En esta labor llamaba la atención, por el extraordinario celo que ponía en ella, el viajero de mayor edad. Enjuto, alto, subía con agilidad los empinados peldaños, se agachaba fácilmente y escudriñaba diligente en los rincones de la automotora más difíciles de examinar.

No parecía muy viejo. Aunque las canas plateaban su cabeza, los ojos conservaban su brillo y miraban con vivacidad. Sin embargo, algo difícil de explicar movía a pensar que tenía muchos más años de lo que podía suponerse en el primer momento.

Supe por sus acompañantes que se llamaba Piotr Vasílievich Yakobsón y había participado en la creación de la locomotora de petróleo. Supe más: Yakobsón era ingeniero desde hacía medio siglo, especialista en la construcción de esta clase de locomotoras, laureado del Premio de Estado, candidato en Ciencias Técnicas y colaborador científico del Instituto de Investigación del Transporte Ferroviario de la URSS. Tenía más de setenta años.

Hice amistad con Piotr Yakobsón y le visité en repetidas ocasiones. Hablamos de los días pasados, de sus cincuenta años de trabajo como ingeniero, que, según sus propias palabras, han transcurrido "de acuerdo con un proyecto" de Vladímir Ilich Lenin.

Tomé nota de sus recuerdos más interesantes. En cierta medida, reproducen el cuadro de los complejos caminos que siguieron los ingenieros rusos para llegar a la revolución y muestran la gran fuerza de atracción de los perspicaces planes leninistas de transformación radical de la vieja Rusia, de impetuoso desarrollo de su economía, su ciencia y su técnica.

Relato de un viejo ingeniero. Hace medio siglo

En 1963 se cumplieron cincuenta años del día, todavía inolvidable, en que recibí el título de ingeniero en el Instituto Politécnico de Petersburgo. En el diploma "se testimoniaba", en el tradicional estilo burocrático, que al

estudiante de la Sección de Mecánica Piotr Vasílievich Yakobsón se le concedía el título de ingeniero mecánico con derecho al grado de X clase "al ser admitido al servicio del Estado". Más adelante se decía que el ingeniero Yakobsón tenía derecho a desempeñar el cargo de profesor en los establecimientos especiales de enseñanza técnica y a dirigir fábricas y empresas.

Piotr Yakobsón

¡Qué momento más alegre aquel en que el hombre empieza la vida independiente, en que ocupa, por fin, su puesto en la variadísima actividad laboral del pueblo! Y es doblemente alegre cuando elige ese puesto por inclinación espiritual, cuando ama la labor en que habrá de ocuparse y dedica a ella no sólo la pasión romántica de la juventud, sino largos años de difíciles estudios.

Desde la escuela ocupaban mi imaginación las creaciones de la técnica, que alumbró con sus maravillas los albores del siglo XX. Los primeros aviones eran entonces para nosotros algo parecido a lo que son hoy las naves espaciales para los jóvenes de nuestros días.

En el Instituto Politécnico, mis aficiones de adolescente adquirieron claridad de objetivo, se centraron en la novedad del siglo: los motores de combustión interna y, en particular, los más modernos entonces, los motores diesel, que deben su nombre al apellido de su inventor, el ingeniero alemán Rodolfo Diesel. Es sabido que Diesel patentó y fabricó los modelos de sus primeros motores en

los años 80 del siglo pasado. Pero algunos defectos en su construcción impidieron durante mucho tiempo que fueran empleados en gran escala. Y sólo en los últimos años del siglo XIX, el motor diesel fue perfeccionado en la fábrica Nobel, de Petersburgo. Empezó a funcionar infaliblemente con petróleo en bruto y nadie puso ya en duda que los motores de este tipo tenían un gran porvenir.

En los laboratorios del instituto vi por vez primera un motor diesel, y esto determinó por muchos años la orientación de mis intereses como ingeniero. Fue una especie de amor a primera vista. Era frecuente, muy frecuente, que me quedara en el laboratorio durante largas horas para desmontar y montar el motor diesel y efectuar el reglaje de sus piezas. El programa de estudios en el instituto era complejo y estaba muy recargado. El estudiante tenía que pasar por la prueba de más de cien exámenes. Y pese a ello, durante todos los años de estudiante conservé mi afición, seguí de cerca los cambios que se introducían en el diseño del motor. En una palabra, me convertí en un apasionado "diselista". Y eso predeterminó el tema de mi proyecto de licenciatura: *El generador de fuerza con empleo de motores diesel.*

Ha transcurrido medio siglo. Ahora participo en el estudio y solución de un problema técnico relacionado con la confección de proyectos de automotrices: de trenes rápidos movidos por esos mismos motores diesel. Aunque, a decir verdad, estos motores se diferencian de sus predecesores lo mismo que los primeros automóviles se diferencian de los modelos más modernos.

Quizá haya quien se pregunte si no se trata de un caso de consecuencia ejemplar, de fidelidad a la primera afición. Pero mi primer trabajo como ingeniero en el instituto y el que hago ahora están separados por un camino nada llano y sin desviaciones.

El camino que mi generación ha seguido en la vida está cruzado por la Revolución de Octubre de 1917, que transformó el mundo entero y a la que llegué, aunque

joven todavía, con inclinaciones profesionales muy concretas. Como muchos coetáneos míos, he tenido que detenerme más de una vez en las encrucijadas de la historia para decidir, tras profundas meditaciones, qué camino seguir.

Para un ingeniero sin opiniones políticas bien definidas no fue tan sencillo, claro está, seguir el camino inexplorado y difícil por el que llevaba al país el Partido Comunista. En los primeros tiempos abundaron las vacilaciones, las reflexiones sobre mi destino y el destino de la Patria. Y si logré vencer esas vacilaciones y marchar al unísono con todo el pueblo fue únicamente porque me sirvieron de norte y guía las sabias palabras de Lenin, su obra, sus indicaciones, siempre exactas y concretas, sobre los aspectos más diversos de la vida y un audaz proyecto suyo que abrió amplio campo para la creación en la esfera de actividad elegida por mí en los años de estudiante. Ese proyecto de Lenin sigue también hoy orientando mis búsquedas.

Los caminos que elegimos

Aunque el título de ingeniero me otorgaba amplios derechos para dirigir fábricas y empresas, empecé mi biografía de ingeniero modestamente: en la estación de abastecimiento de aguas de Petersburgo. Se me fijó un sueldo de setenta y cinco rublos al mes. Los ingenieros rusos ganábamos menos que los extranjeros. Aquel trabajo me interesó únicamente porque en las naves de la estación funcionaban generadores de fuerza que ilustraban de manera gráfica el desarrollo de la técnica en este dominio poco menos que desde su surgimiento: desde las lentas máquinas de vapor verticales de los tiempos de Watt hasta los motores de combustión interna.

Sin embargo, no había de trabajar mucho tiempo en aquel "museo". Estábamos en 1914. Empezó la guerra mundial, en la que la Rusia zarista entró sin estar pre-

parada lo más mínimo, como se puso en claro a los pocos meses. Faltaban armas, proyectiles y cartuchos. Las noticias de las duras derrotas sufridas despertaban la indignación del pueblo contra el gobierno zarista, vergonzosamente fracasado. Por iniciativa de la Duma de Estado, en 1915 se constituyeron los Comités de la industria de guerra, llamados a fomentar la producción bélica. Los industriales que formaban parte de los comités no perdían el tiempo. Consiguieron subsidios y privilegios para organizar la fabricación de municiones. Las fábricas de guerra crecían como los hongos después de la lluvia, mediante el reequipamiento de los viejos talleres mecánicos artesanos. No pocos ingenieros fueron trasladados a la producción de municiones. A mí se me encargó de dirigir la ampliación de la pequeña fábrica *Pelle*, a veinticinco kilómetros de Petrogrado, que pertenecía a la sociedad anónima de los hermanos Gukásov. Los grandes industriales petroleros no desperdiciaron la ocasión de lucrarse en los suministros de proyectiles.

Trabajé en aquella fábrica hasta la Revolución de Octubre. Las preocupaciones eran muchas, pues había que construir nuevas secciones y montar la maquinaria llegada de Inglaterra. A mediados de 1916 trabajaban en la fábrica cerca de mil obreros. Yo no me dedicaba sólo a su modernización. El director, un hombre de mentalidad puramente comercial, se interesaba poco por los asuntos de la empresa y apenas aparecía por ella. En mi calidad de subdirector tuve que solventar no pocos conflictos con los obreros. Al ampliar la fábrica, sus propietarios no se preocuparon de construir residencias colectivas más o menos aceptables para los obreros. Parte de éstos se instalaron en las aldeas de los alrededores y otros muchos se alojaron en los caserones semiderruidos y abandonados de una vieja fábrica de ladrillos.

Los obreros me presentaban frecuentemente justas quejas con motivo de las horribles condiciones en que vivían. Yo hacía cuanto podía, pero mis posibilidades eran

limitadas. Los dueños de la fábrica, que ganaban sumas fabulosas con el suministro de proyectiles, no querían oír hablar siquiera de que se gastase un kopek en mejorar las condiciones de vida de los obreros. Mis solicitudes quedaban sin respuesta. Me aconsejaron que me ocupase solamente de mis obligaciones directas: la técnica.

Los asuntos de la fábrica me llevaban más tiempo cada día. Era frecuente que tuviera que pasar allí la noche y trabajar los domingos. Pero el ajetreo cotidiano no podía impedir que se advirtieran síntomas de la explosión revolucionaria que se avecinaba. Cambió el aspecto de Petrogrado, que se hizo severo, de alarma. Empeoró considerablemente el abastecimiento de la población y de la industria. Aumentó la combatividad de los obreros. Y todo eso se dejó sentir también en nuestra fábrica. Más de la mitad de su personal estaba compuesta de obreros calificados de la capital que habían sido despedidos de las grandes empresas por su actividad revolucionaria. La policía no lo ignoraba, pero tenía que resignarse, pues faltaba mano de obra calificada.

Nuestros obreros mantenían contacto permanente con las organizaciones revolucionarias de Petrogrado. Por la noche, al recorrer las secciones, los vi más de una vez reunidos en pequeños grupos que discutían algo acaloradamente. Cuando me acercaba a ellos me acosaban a preguntas: sondeaban, por lo visto, mis convicciones políticas y mi estado de ánimo. Conocían perfectamente mi actitud favorable para con ellos.

A comienzos de 1917 empezaron las huelgas. Camino de la estación vi más de una vez manifestaciones obreras en la plaza Známenskaya y, en cierta ocasión, me encontré en medio de un tiroteo.

La revolución de febrero no despejó la situación. Tras los primeros meses de júbilo general empezaron a aparecer con claridad creciente las contradicciones inconciliables del Gobierno Provisional burgués. Los obreros dirigidos por el Partido Bolchevique, se preparaban para

tomar en sus manos el destino de Rusia. En las reuniones obreras se pronunciaba con mayor frecuencia el nombre de Lenin.

Varios obreros entraron un día en mi oficina. Me dijeron que todo el personal de la fábrica se disponía a recibir a Lenin, que regresaba a Petrogrado. Si usted quiere, agregaron, puede sumarse a nosotros. El punto de concentración es la plaza de la estación de Finlandia.

Todo el mundo puede valorar hoy la magna importancia que tuvo para el triunfo de la revolución el regreso de Vladímir Ilich a Rusia.

Recuerdo que los obreros de nuestra fábrica no consiguieron concentrarse juntos en la estación de Finlandia. La noticia de la llegada de Lenin se había difundido rápidamente por la ciudad, y el pueblo inundó no sólo la plaza, sino toda la barriada contigua. A las ocho de la noche logré entrar en la callejuela que lleva de la Academia de Sanidad Militar a la plaza de la estación. Desde allí se veía la estación, mas no pude llegar hasta ella. Transcurrieron lentas las horas de espera. Cerca de las doce de la noche se oyeron pitidos de locomotora y luego gritos de "¡Hurra!" El alumbrado, relativamente débil, permitía distinguir con dificultad la silueta de un hombre subido a un carro blindado. Era Lenin.

Una de las paredes de la casa en que vivía yo en la avenida de Suvórov daba al Instituto Smolny, en el que se encontraba el Estado Mayor de la revolución proletaria. Y sin comprender con claridad la magnitud histórica de lo que ocurría, fui observador involuntario de acontecimientos que se han hecho legendarios.

En la noche del 24 al 25 de octubre de 1917, la avenida de Suvórov se hallaba concurridísima. Los carros blindados y los coches levantaban gran ruido. Las ventanas del Smolny estaban vivamente iluminadas.

Se han hecho muchas descripciones de aquel día histórico y son conocidos sus más mínimos detalles. Es poco probable, por ello, que mis recuerdos pudieran agregar

nada nuevo. Si hablo de esto es para subrayar cuán complejo fue el camino que llevó a los intelectuales a participar activamente en la revolución. En las grandes jornadas de comienzos del siglo XX —la llegada de Lenin a Petrogrado y el 25 de octubre de 1917— participé como observador; un observador que, claro está, pensaba en lo que estaba ocurriendo, pero que se hallaba muy lejos de comprender plenamente la importancia de aquellos acontecimientos para toda la humanidad y para él mismo.

Sin embargo, al día siguiente de triunfar la Revolución de Octubre me encontré ante la necesidad de elegir: ¿esperar el desarrollo de los acontecimientos, ocultarme, como hicieron entonces muchos especialistas, o marchar al paso con la revolución?

En las olas de la revolución

Es muy difícil prever el camino que habrá de seguir un hombre que se encuentra bajo la acción de un complejísimo entrelazamiento de fuerzas e influencias, sobre todo en los años tempestuosos de la revolución, cuando se venían abajo las tradiciones, los principios y el modo de vida formados a lo largo de los siglos.

¿Qué fuerzas secretas me empujaron a mí, un ingeniero alejado de la lucha política, a entregar todas mis energías y conocimientos a la revolución que acababa de triunfar?

Fueron muchos los factores que influyeron en mi decisión. Las impresiones de los años de adolescencia, cuando con otros alumnos del liceo de Omsk participé en las manifestaciones obreras de 1905 y escuché los discursos del bolchevique Valerián Kúibyshev. Y los años de estudiante pasados en el Instituto Politécnico de Petersburgo, en el que tan fuertes eran las tradiciones progresistas. Y los años de trabajo en la fábrica al lado de los obreros revolucionarios de Petrogrado. Tampoco pasaron sin dejar huella en mí los discursos de Lenin, impregnados de

lógica férrea, que no solamente leí en los periódicos. sino que escuché en los mítines.

Pero el impulso decisivo en aquellos tiempos fue la confianza cordial, camaraderil, de los obreros de la fábrica *Pelle*, que me avalaron para trabajar en el Consejo Superior de Economía Nacional (CSEN), recién creado entonces por iniciativa de Lenin.

Me presenté en el CSEN con una idea muy vaga del trabajo que debería realizar. Y lo que menos podía figurarme es que emprendía un camino largo y difícil que habría de llevarme al ancho campo de la creación como ingeniero, que uno de los perspicaces proyectos de Lenin me haría volver a mi primera pasión profesional. A comienzos de diciembre de 1917 empecé a trabajar en el CSEN, siendo puesto a disposición del camarada Léngnik, destacado militante del partido, que dirigía entonces la sección del metal.

La situación era difícil. Se cernía la amenaza de intervención. Aumentaba el desbarajuste económico. A cualquier observador extraño le parecía que todo se encontraba en un estado caótico. E incluso para muchos de los que trabajaban en el CSEN no todo estaba claro al principio.

Se me encargó, entre otras cosas, estudiar el estado en que se encontraban la fábrica metalúrgica de Taganrog y la fábrica Ruso-Báltica, cuya dirección se encontraba en Petrogrado.

A fines de noviembre se decidió nacionalizar estas fábricas y crear la dirección soviética de las mismas, formada por tres ingenieros, dos obreros y yo. Fue elegido presidente de la dirección F. Shabliovski, un obrero de gran talento.

Sobre la nueva dirección se precipitó un verdadero torrente de asuntos cotidianos. Recuerdo que debimos examinar completamente en serio hasta una solicitud de los sacerdotes de la catedral de Kazán, los cuales reclamaban el pago del subsidio que les entregaba regular-

mente la antigua dirección. Pese a todo, poco a poco fuimos viendo claro los planes del Gobierno soviético de reanudar la producción y dar vida a la industria agonizante.

Mi trabajo en el CSEN no duró mucho. Los acontecimientos se desarrollaron con rapidez vertiginosa. En marzo de 1918 el gobierno —y, con él, el CSEN— se trasladó de Petrogrado a Moscú. Las circunstancias me impidieron abandonar la ciudad, por lo que se me trasladó a la Zona Ferroviaria de Petrogrado. Así empezó, de la manera más inesperada, cerca de medio siglo de servicio en el transporte.

El transporte ferroviario era, a la sazón, un sector especialmente importante de la economía nacional. De él dependían el abastecimiento de las ciudades y el traslado de tropas. Había que asegurar por todos los medios el cumplimiento de estas tareas. Pero los medios eran extremadamente limitados. Las locomotoras se habían desgastado. Los talleres estaban abandonados, la disciplina era baja. En las líneas férreas más importantes fueron nombrados comisarios extraordinarios.

En Petrogrado se instaló la Dirección del comisario extraordinario de los ferrocarriles del Frente Norte. Dependían de ella las líneas que partían de Moscú hacia el Nordeste, hasta el frente de Kolchak*, y hacia el Noroeste.

Como ingeniero de esta Dirección recorrí todos los sectores del Frente Norte y, después, del Frente Este, marché con los grupos de reparación tras el ejército que perseguía a Kolchak, reconstruí puentes, tendí de nuevo vías que habían sido voladas y restablecí el parque de locomotoras. Estuve también en el Frente Oeste.

Fueron tiempos difíciles, pero llenos de romanticismo. Conocí de todo: hambre, frío, tifus exantemático... Podría

---

* *Kolchak, A.*: almirante de la Marina zarista, monárquico, uno de los dirigentes principales de la contrarrevolución rusa en 1918-1920. (*N. de la Edit.*)

recordar muchas cosas, pero quiero hablar de lo que más me impresionó entonces: de una iniciativa de Vladímir Ilich Lenin que me dio ánimos durante mis reflexiones sobre el futuro y me hizo ver cuán amplios eran los proyectos creadores de la revolución triunfante.

Empecé el año de 1921 en Omsk, la ciudad de mi adolescencia, a la que fui enviado por el Comisariado del Pueblo de Vías de Comunicación para trabajar en los talleres ferroviarios más importantes del Este del país. La guerra civil tocaba a su fin. Empezaban los días corrientes de restablecimiento afanoso de los ferrocarriles. El escéptico más acérrimo no podría hiperbolizar la complejidad de esta labor. El material rodante estaba desgastado hasta más no poder. En los depósitos de máquinas se habían formado enormes cementerios de locomotoras. No había ni piezas de recambio ni metal, y se sacaba sin piedad de esos cementerios todo lo que pudiera valer para las locomotoras en explotación.

¿Por dónde empezar? ¿Es que se podía hacer mucho con el atraso que reinaba en los talleres? ¿Debía yo ocuparme de eso? ¿Había hecho bien en apartarme de la especialidad adquirida en el instituto?

Al pensar en todas estas cosas, recordaba un hallazgo casual en la fábrica de Putílov. Trabajaba entonces en la Zona Ferroviaria de Petrogrado. Un día, al hacerme cargo de unas locomotoras reparadas, encontré entre la chatarra un motor de combustión interna de un modelo insólito. Más tarde supe que había sido diseñado por V. Grinevetski, notable ingeniero y científico ruso, el cual aspiraba ya antes de la guerra a crear una locomotora de petróleo. Y aunque yo no sabía nada entonces de ese proyecto, el hallazgo reavivó mi vieja pasión... ¿Por qué no intentar saber si se reanudaba la fabricación de motores diesel?

Asaltado por estas dudas, en el otoño de 1921, fui llamado inopinadamente al Comisariado del Pueblo de Vías de Comunicación.

Así nació la coexistencia

Omsk-Moscú. . . El tren rodaba lentamente por las viejas vías reparadas poco antes. Los vagones estaban abarrotados. El convoy hacía paradas frecuentes y largas en las estaciones, sobre todo en los empalmes ferroviarios, donde esperaba horas y horas a que fuese cambiada la locomotora. Ante mis ojos desfilaban ilustraciones elocuentes a mis reflexiones sobre el estado desastroso en que se encontraba el transporte. ¿Por dónde empezar, en efecto, para que vuelvan a la vida los caminos de hierro, para que se reanude el movimiento normal de los trenes, sin lo cual es imposible restablecer la economía destruida y organizar el trabajo de la industria?

No podía figurarme en modo alguno que en Moscú recibiría una respuesta exhaustiva a la pregunta que me torturaba: "¿Por dónde empezar?"

Nada más llegar a la capital, supe en el Comisariado del Pueblo de Vías de Comunicación que se me había incluido en una misión ferroviaria especial que habría de salir al extranjero para hacerse cargo de las locomotoras pedidas a Suecia y Alemania.

El plan GOELRO (plan de la Comisión Estatal de Electrificación de Rusia), el primer plan socialista de restablecimiento de la economía del país sobre la base de la electrificación, tuvo gran importancia. A mi juicio, el acontecimiento más notable registrado en nuestra economía en los umbrales de dicho plan fue la decisión de Lenin de comprar en el extranjero mil setecientas locomotoras y varios centenares de vagones-cisterna. Debo confesar que, al principio, me costaba trabajo creerlo. ¡Menuda broma: mil setecientas locomotoras, cuando la reparación de dos o tres era considerada una obra inmensa! Y solamente en el extranjero comprendí toda la amplitud del proyecto de Lenin no sólo en el aspecto económico, sino en el político.

Se abrían los primeros senderos de la sabia política leninista de coexistencia, que pasó a ser para largos decenios

piedra angular de la política del primer Estado socialista conocido en la historia del mundo.

Es posible que algún día se escriba la historia de las relaciones económicas del primer Estado socialista con los países capitalistas que lo rodeaban. Al principio fue una tarea nada fácil.

Fui a Alemania a través de la ciudad de Pskov, cerca de la cual pasaba la frontera con Letonia. Llegué a Pskov ya de noche. Los viajeros se marcharon en el acto a sus casas, y yo quedé completamente solo en el andén. Mi aspecto no era muy atractivo que digamos: un abrigo al que el tiempo había dado un color parduzco, y, en la mano, una cesta de mimbre que conservaba desde mis años de estudiante. Mi figura infundía poca confianza, sobre todo en una zona fronteriza. Se acercó a mí un empleado y no pudo ocultar su sorpresa al saber que me disponía a marchar al extranjero. Pero el pasaporte y la credencial que llevaba restablecieron un tanto mi prestigio.

Me alojaron en el cuarto de guardia de la estación, y, quizá por prudencia, me retiraron el pasaporte y la credencial. El "representante económico" pasó felizmente la noche durmiendo en un banco de madera. Al amanecer subía a una locomotora. Los trámites para cruzar la frontera fueron relativamente sencillos. Un funcionario letón tomó mis documentos y, al poco tiempo, me encontré en Letonia.

Estábamos a fines de 1921. Habían pasado cuatro años desde la Revolución de Octubre. Pero solamente después de haber cruzado la frontera percibí de una manera real la importancia universal de la revolución. ¡Con qué tensión, con qué apasionado interés se acogía en el extranjero cuanto ocurría en la nueva Rusia, en la Rusia Soviética! El portador de un pasaporte soviético, quienquiera que fuese, era considerado como representante plenipotenciario de un país enigmático. Unos le miraban con odio; otros, con simpatía, con cariño.

En el tren que me llevaba a Riga, un grupo de rufianes borrachos, al saber que viajaba con ellos un ingeniero soviético, empezó a insultarme y me amenazó con arrojarme del coche. Pero, al mismo tiempo, tanto en el tren como en la estación de Riga, la gente sencilla mostró un interés benévolo por cuanto ocurría en la Unión Soviética.

Trabajé en el extranjero durante más de dos años. Recibí en Suecia y Alemania las locomotoras encargadas a empresas tan importantes como la fábrica Krupp, en Essen; Hanomag, en Hannover, y Humboldt, no lejos de Colonia. Los ingenieros de la misión soviética trabajábamos con gran intensidad. Todos comprendíamos que el envío a tiempo de las locomotoras, que tanto necesitaba nuestro transporte, tenía extraordinaria importancia para el restablecimiento de la economía nacional. La mejor recompensa por nuestra labor eran las noticias que recibíamos de la Patria informándonos del resurgimiento de fábricas, minas y líneas férreas.

Un día fui llamado a Estocolmo, donde se encontraban entonces la oficina central de la misión ferroviaria, y se me propuso que acompañara al profesor Graftio. Había llegado a Suecia para colocar pedidos de turbinas con destino a la primogénita del plan GOELRO: la central hidroeléctrica de Vóljov. El plan leninista de electrificación se hacía realidad.

El mundo entero ha apreciado ahora que la genial política leninista de coexistencia no tiene un carácter pasajero. Pero también entonces, hace casi medio siglo, cuando se colocaban los cimientos de esta política, los ingenieros soviéticos que trabajábamos en el extranjero percibíamos cada día sus beneficiosos resultados. Resultados reales, para el desarrollo de la economía soviética, y sicológicos.

Imagínense ustedes la sorpresa de los alemanes y de los suecos: la Rusia comunista, a la que la prensa capitalista predecía una muerte inevitable, lejos de disponerse a morir, incluso colocaba pedidos gigantescos de locomotoras, cisternas y turbinas. ¿Qué sucedía allí, en realidad? Más de

una cabeza capaz de pensar hubo de reflexionar sobre esta cuestión.

Los obreros e ingenieros de las fábricas que cumplían nuestros pedidos mostraban gran interés por los ingenieros de la misión soviética.

Hube de residir durante un período relativamente largo en la pequeña ciudad sueca de Falun. Tanto los obreros e ingenieros de la fábrica de Falun como los vecinos de la barriada en que habitábamos trataban de entrar en relación con nosotros. Numerosas personas visitaban cada tarde al dueño del departamento en que yo me alojaba, con el exclusivo fin de conversar conmigo. Departíamos hasta altas horas de la noche en una mezcla de alemán y sueco chapurreados. El tema de la plática era siempre el mismo: la Rusia Soviética, lo que ocurría en ella, Lenin.

Lo mismo pasaba en la fábrica. Durante el descanso para la comida, los trabajadores de las oficinas de diseño acudían a la habitación destinada al encargado de recibir las locomotoras. Ellos tenían, más que nadie, la posibilidad real de convencerse de que los rusos eran compradores ventajosos, fieles cumplidores de sus compromisos, que no se dedicaban a ninguna labor subversiva, se preocupaban únicamente de restablecer su economía y estaban dispuestos a tener amistad con todos los pueblos.

Los primeros éxitos de la industria, muy modestos al principio, y en particular el plan leninista de electrificación, dieron literalmente alas a los ingenieros que habían vinculado su destino al de la revolución. Quedaba todavía mucho por hacer para restablecer la economía y la industria, destruidas durante la guerra. Pero se abrían ya amplísimas perspectivas creadoras, se vislumbraba un ingente trabajo de modernización técnica de todas las ramas de la economía nacional.

Los ingenieros de la misión soviética íbamos adquiriendo el convencimiento de que no estaba lejano el día en que se organizase en nuestro país la fabricación de

locomotoras más progresivas, de automotrices diesel. A todos nos impresionaban profundamente las narraciones del dirigente de la misión —que se había entrevistado personalmente con Lenin en repetidas ocasiones— acerca del gran interés que mostraba el fundador del Estado soviético por la idea de crear locomotoras con motores diesel. Recordaré siempre los más mínimos detalles de estos relatos, que dan una idea clarísima de la perspicacia de Lenin, de su estilo de trabajo.

Los componentes de la misión, que habíamos escuchado más de una vez relatos de testigos sobre el interés de Lenin por la locomotora de petróleo, recordamos las palabras de Vladímir Ilich:

—Para la revolución rusa no hay nada imposible.

Los diseñadores de la misión, dirigidos por el inteligente ingeniero ruso N. Dobrovolski, empezamos a preparar proyectos de automotrices, tomando en consideración, como es lógico, los proyectos que confeccionaran en su tiempo los eminentes científicos rusos Gakkel, Grinevetski y otros.

Los dirigentes de la misión consideraron necesario dar a conocer a Vladímir Ilich los proyectos preparados. Lenin no había olvidado la locomotora de petróleo. A fines de 1921 supimos que no sólo le interesaba, sino que sentía por ella verdadera pasión.

Una obra predilecta de Lenin

En enero de 1922, por indicación personal de Lenin, el Consejo del Trabajo y la Defensa decidió iniciar la fabricación de automotrices en la Unión Soviética.

No todos, ni mucho menos, tenían entonces una idea exacta de la importancia de semejante decisión. Para mí, en cambio, será siempre un acontecimiento memorable, que determinó mi camino en la vida durante largos decenios.

Es imposible, desde luego, conceder la misma importancia al plan leninista de electrificación y a la fabricación de locomotoras diesel. Pero el acuerdo del Consejo del Trabajo y la Defensa, lo mismo que el plan GOELRO, no podía dejar de parecer fantástico a numerosos ingenieros y hombres de ciencia. Juzguen ustedes mismos. Ya en los albores del siglo XX, científicos tan relevantes como V. Grinevetski, Y. Gakkel y A. Shélest soñaban con que Rusia fuese la iniciadora de una revolución técnica en el transporte, el primer país en el que la locomotora de vapor cediese su lugar a otra más económica: la locomotora accionada por motores diesel. Confeccionaron varios proyectos de automotrices de este tipo y trataron de convencer a los viejos especialistas de las ventajas de la nueva técnica, sobre todo dadas las condiciones de Rusia, en la que muchas líneas férreas pasan por zonas desprovistas de agua y combustible. Pero todo fue inútil.

De otra parte, en el extranjero habían fracasado los intentos de algunas compañías industriales de crear locomotoras de motor diesel. Muchos especialistas consideraban que se trataba de un problema del futuro. Y de pronto, la Rusia Soviética, que había empezado apenas a salir del desbarajuste económico y estaba atrasada técnicamente, se disponía a llevar a la práctica un proyecto técnico ante el que se habían rendido los países capitalistas avanzados. ¿Podía creerse en la viabilidad de semejante iniciativa?

Hacía falta la perspicacia de Lenin para ver en los proyectos, todavía imperfectos, de los ingenieros rusos el embrión de una revolución en uno de los sectores más estancados de la técnica mundial: el transporte ferroviario.

La historia de la locomotora de petróleo nos brinda también un ejemplo de la amplitud de horizontes de Lenin, de su energía y diligencia. Simultáneamente a la construcción de la primera automotriz diesel en la Unión Soviética, se encargaron en Alemania otras dos locomo-

toras del mismo tipo, de acuerdo con los proyectos confeccionados por los ingenieros rusos. No había pasado un mes desde que el Consejo del Trabajo y la Defensa adoptara su decisión cuando se asignó la suma necesaria para llevarla a la práctica. Lenin encontraba tiempo para seguir de cerca la fabricación de estas locomotoras. Muchos problemas urgentes fueron resueltos con su concurso personal.

Los trabajadores de Petrogrado emprendieron el cumplimiento de la tarea señalada por Lenin y organizaron el "Buró de construcción de locomotoras de petróleo sistema Y. Gakkel". Los encargos principales fueron hechos a las famosas fábricas de Petrogrado *Krasni Putílovets, Astilleros del Báltico, Elektrosila y Eléktrik.*

Los ingenieros de nuestra misión estábamos de fiesta. Al colocar los pedidos de automotrices en Alemania, experimentábamos un sentimiento de orgullo plenamente comprensible: la Rusia atrasada era el primer país del mundo que emprendía la construcción de nuevas locomotoras, las cuales representaban la última palabra de la técnica, la irrupción en el mañana.

Eran muchos los que soñaban con participar en la fabricación de las primeras automotrices soviéticas. Empezaba una nueva etapa en mi vida. Se presentaba una posibilidad real de unir —y no mecánicamente, sino de modo creador— dos tendencias de mis intereses como ingeniero: tomar parte en la creación de locomotoras nuevas por principio, de automotrices con motores diesel.

De regreso en la patria, trabajé algún tiempo en la Dirección del Ferrocarril de Octubre, hasta que llegaron las locomotoras fabricadas en Alemania, en cuyas pruebas y explotación debía participar.

Como se comprenderá, me interesaban, sobre todo, los más pequeños detalles de la fabricación de la primera locomotora de petróleo en Petrogrado. Los petrogradenses cumplieron la tarea de Lenin a un ritmo envidiable incluso en nuestros días.

Jamás olvidaré el séptimo aniversario de la Revolución de Octubre, el primero que conmemoramos sin Lenin. Estaban aún frescos en la memoria los días de luto en que el país entero lloraba la muerte de su guía. Todo recordaba a Lenin, sus proyectos, sus iniciativas... La víspera de la fiesta, el 6 de noviembre de 1924, en las vías de la estación de Octubre apareció la primera automotriz del mundo, creada en el país por ingenieros y obreros soviéticos, en cumplimiento de la tarea que Lenin señalara. En la automotriz, recién pintada, destacaba esta inscripción: "En memoria de V. I. Lenin".

Al día siguiente, 7 de noviembre, la automotriz hizo su primer viaje, corto, llevando en el tren que remolcaba a representantes de los trabajadores de Leningrado, a sus mejores obreros e ingenieros.

La bella automotriz, cuya pintura fresca resplandecía, movía a profundas reflexiones. Era la plasmación de los geniales proyectos de los ingenieros rusos, que tan inútilmente habían tratado de interesar en ellos al gobierno, a los capitalistas de la Rusia zarista. La clarividencia de Lenin había ayudado a sacar los proyectos del archivo, convertir en realidad una osada idea técnica en un país que acababa de iniciar su restablecimiento después de una ruina inaudita y colocarse en primera fila en uno de los sectores más importantes del progreso técnico. ¡Qué principio más esperanzador e inspirador para el hombre de ciencia y para el ingeniero! ¡Qué pena que Vladímir Ilich no pudiera ver la primera locomotora de petróleo, a la que nosotros dimos la denominación de obra predilecta de Lenin!

Mucho más tarde, cuando de la ciudad del Neva partió en el primer raid de prueba el rompehielos atómico *Lenin*, cuando los satélites artificiales y las naves estelares irrumpieron en el Cosmos, recordé la primera automotriz en las vías de la estación de Octubre. Aquella locomotora de petróleo simbolizaba para mí el estilo y la

sagacidad de Lenin, que se han convertido en estilo creador de la ciencia y la técnica soviéticas.

Poco después llegaron a Moscú las dos automotrices fabricadas en Alemania de acuerdo con nuestros proyectos. En la primera de ellas empecé a trabajar como ingeniero experimentador. ¡Se cumplía, por fin, mi sueño anhelado!

Desde entonces han transcurrido cuarenta años, durante los cuales no he dejado de trabajar para perfeccionar la explotación de automotrices. ¡Cuarenta años! Para mí, especialista en locomotoras diesel, han sido años de intensa lucha por su reconocimiento. Viven perennes en mi memoria no pocos días alegres, en los que sentimos de una manera efectiva la importancia de nuestros éxitos; pero hubo también períodos de punzante alarma por el destino de la obra predilecta de Lenin.

La primera base de locomotoras diesel en Liublinó hizo una gran labor en la preparación de verdaderos defensores entusiastas de la nueva locomotora, del personal llamado a fabricarla y explotarla. En 1927 visitó la base de Liublinó un grupo de destacados especialistas norteamericanos, con el fin exclusivo de comprobar si era cierto que los rusos habían creado potentes locomotoras de petróleo para líneas de primer orden. En Occidente no querían creerlo. Nuestros huéspedes estudiaron minuciosamente la máquina en marcha y durante las reparaciones. Nos asediaron a preguntas y se vieron obligados a felicitar a los ingenieros rusos por la solución, interesante y audaz desde el punto de vista técnico, que habían dado al problema. Tan sólo varios años después, cuando la Unión Soviética había adquirido ya una experiencia considerable en la fabricación de automotrices, los ingenieros extranjeros —y, en particular, los norteamericanos— apreciaron la importancia que tienen para el transporte las locomotoras de petróleo.

Por supuesto, lo que hoy parece nuevo en la técnica, mañana puede ser anticuado. En la prensa se ha entabla-

do hace poco una discusión en torno a si se debe dar preferencia a la locomotora de petróleo, a la eléctrica o a la de turbina de gas, cuyos partidarios aumentan de día en día.

Los diseñadores de locomotoras de petróleo consideramos que éstas servirán aún fielmente al transporte durante mucho tiempo, pero miramos con atención hacia adelante, sopesamos todo lo nuevo que surge en la vida y, si nos convencemos de sus ventajas, consagraremos todas nuestras energías a que sea aplicado en la práctica. Porque en eso reside la lección principal que nos dio Lenin al apoyar el audaz proyecto de los ingenieros que crearon la locomotora de petróleo. Una lección que tendré presente hasta el fin de mis días.

A. Belov

SUEÑOS Y REALIZACIONES

SUEÑOS Y REALIZACIONES

Por muy joven que me sienta, mis cabellos blancos afirman tozudamente lo contrario, y la memoria, que conserva la huella de numerosos acontecimientos, me sugiere que he sido testigo, un testigo vivo, de dos épocas. Son muchos los caminos recorridos, es mucho lo que he dejado atrás, como mojones en las rutas de las caravanas. Es mucho lo vivido y lo conseguido. Pero, a veces, parece que acabamos de empezar a valernos por nosotros mismos, que la cima que tratamos de escalar está aún lejos y que nos queda todavía mucho por hacer. Así es, por lo visto, la naturaleza humana, así es nuestra vida, agitada y hermosa, que nos trae cada día algo nuevo, que devuelve al hombre la juventud.

Son distintos los deseos que informan la vida del hombre. En otros tiempos, hace ya mucho, consideraba una gran felicidad tener una pequeña *kibitka** confortable, que me protegiera del viento y el frío, y un caballo. En la *kibitka* podría recibir a mis amigos y charlar con ellos; el caballo me permitiría ir a la ciudad de Mary, enclavada muy lejos, a cien kilómetros.

Ahora viajo mucho y me resulta ya insuficiente no sólo la velocidad del caballo, sino la del automóvil y hasta

---

* *Kibitka*: tienda que servía de alojamiento a los nómadas en Asia Central. *(N. del T.)*

Lenin presencia las pruebas del primer arado eléctrico soviético. Octubre de 1921

la del avión: el tiempo modifica las categorías de las apreciaciones. Visito como un huésped esperado distintos confines de la Unión Soviética, se me recibe como un amigo bueno y querido en la maravillosa India, en la lejana Africa y en otros países y continentes. Y nace en mí el deseo de no platicar solamente con mi vecino, sino de sentarme a la misma mesa con todos los escritores del mundo para hablar del destino futuro de la humanidad. El pasado histórico no ha perdido su encanto, más ya no nos satisface ir únicamente a Mary: en los sueños y en los deseos, las rutas de las caravanas han sido sustituidas por los itinerarios estelares a la Luna y a Marte...

Quizá no merezca la pena fantasear desenfrenadamente, despegando los pies del terreno de lo real y lo posible. Pero ¡quién sabe por dónde pasa en nuestros días el límite de las creaciones humanas! Los soviéticos han creado en la Tierra una sociedad sin igual en la historia del género humano. Los soviéticos han llegado al Cosmos y han salido al espacio estelar. ¿Quién podrá detenerles, dotados de las poderosas alas que les da la doctrina de Lenin? Los sueños no conocen límites; las realizaciones, tampoco.

Hace poco estuve en Tedzhén, la ciudad de mi infancia, de mis primeras esperanzas y de mis primeros desencantos. Me había invitado a una gran fiesta Yusup Kurbánov, presidente del koljós Kalinin, que acababa de recibir el alto título de Héroe del Trabajo Socialista.

Y henos aquí en casa del presidente. Llegan del patio risas y canciones, el tañido del *dutar* y el olorcillo seductor del *plov* y del *chektermé**. Hablamos de las perspectivas de la cosecha de algodón, de las grandes obras en Ashjabad, de la agresión norteamericana en Vietnam... La mayoría de los que están sentados aquí son jóvenes: sólo dos tienen la misma edad que yo. Uno de ellos recuerda la guerra civil, una escaramuza con un destacamento de guar-

---

* *Dutar*: instrumento musical de dos cuerdas, muy popular entre los tadzhikos, turkmenos y uzbekos. *Plov y chektermé*: platos nacionales de los pueblos de Asia Central. (*N. del T.*)

dias blancos, en el que había también mercenarios ingleses.

— Querían despojarnos de toda esta belleza —el narrador extiende su brazo alrededor y comprendemos a qué belleza se refiere—. Pero no consiguieron nada. ¡Nosotros les dimos para el pelo a los intervencionistas!

"Nosotros..." Miro a los reunidos. A excepción de dos o tres, ninguno de ellos asistió al nacimiento del Turkmenistán Soviético, ninguno de ellos implantó y defendió el joven Poder soviético en el período de la guerra civil. Los que lo hicieron podrían estar aquí, pero no están. ¿Recuerdan los hijos a sus padres?

Berdy Kerbabáev

Veo ante mí a un hombre joven y bello. Su figura y sus expresivos ojos ardientes me recuerdan a su padre: Nedir-agá. Dobló toda su vida el espinazo ante el bey, pero nunca tuvo en abundancia ni siquiera pan malo, de harina gris. Cuando llegó el Poder soviético, Nedir-agá abandonó el azadón y empuñó el fusil. Entre Dushak y Takyr, la lengua áspera del viento ha lamido un pequeño montículo de arena. No es, claro está, el único. Porque Nedir-agá no fue el único que entregó su vida por la felicidad de la generación actual. No, los descendientes no han olvidado ni olvidarán jamás a los que fueron los primeros.

El *aúl** de Amashá Gapán, en que yo vivía, se encontraba a unos ciencuenta kilómetros de la ciudad. Era un simple *aúl* turkmeno. Al sur y al oeste de él se extendían los campos roturados; por el norte, las dunas —ejército siniestro, gris y aparentemente indomable del implacable

---

* *Aúl*: poblado en Asia Central. (*N. del T.*)

Karakum— llegaban hasta las mismas *kibitkas;* y en el este, hasta el horizonte, la llanura inerte tendía hacia el cielo las palmas agrietadas de los salobrales.

Nuestro *aúl* —que, como decían gráficamente los ancianos, no había caído en el campo visual de Dios— estaba compuesto de *kibitkas* negras, pasmosamente parecidas unas a otras. En nuestra familia éramos once personas. Hoy me maravillo de que pudiéramos alojarnos todos en una vivienda tan pequeña y vetusta, formada de palos semipodridos sobre los que se extendían pedazos de fieltro de edad incalculable. En otros tiempos habían sido blancos, pero entonces estaban ya impregnados de humo y cubiertos de una espesa capa de hollín. Dicho sea de paso, todas las *kibitkas* del *aúl*, a excepción de unas cuantas pertenecientes al bey, eran iguales.

El cabeza de nuestra familia era el abuelo Ovezklych. Pasaba ya de los noventa, pero era todavía un anciano enérgico y vivaracho. Le gustaba contar a los jóvenes historias seculares y él mismo era para nosotros historia viva. A veces, el abuelo seguía con la vista a un funcionario zarista, que agitaba un látigo —atributo invariable del poder—, y movía la cabeza en un gesto de reproche.

— Me pasé toda la infancia y la juventud entre los arenales, apacentando los camellos del bey —decía—. Mi cabeza no sabía lo que era un gorro, ni mis pies lo que era el calzado. ¡Si supierais lo duras que eran las plantas de mis pies! ¡Podía recorrer cuarenta verstas al día por la arena abrasadora! Y mi ropa estaba formada de agujeros y harapos. Me acercaba a beber agua a la acequia que regaba los algodonales del bey y todo el día estaba hambriento. ¿Qué me pagaba el bey? "¡Ah, hijo de burro!", me decía, y éstas eran sus palabras más corteses, acompañadas siempre de palos o latigazos.

— El trabajo —proseguía el abuelo— me secó, lo mismo que un ratón seca un árbol royendo sus raíces. Participé en las batallas contra el shah de Persia y el khan de Jiva. ¿Y qué conseguí? No traje ni la felicidad ni la

abundancia, sino heridas innumerables. Mirad ésta —y el abuelo nos mostraba una profunda cicatriz en el cuello— y esta otra —y descubría una pierna seca, en la que sobresalía un lobanillo redondo como una bola—. No son mataduras de burro, sino huellas de los combates. La cicatriz del cuello me la dejó el sable de un esbirro, que estuvo a punto de hacer escapar el alma de mi cuerpo. Y la bala que llevo hasta ahora en la pierna, la recibí al prestar ayuda a un amigo al que había echado el lazo un bandido de Jiva. He visto mucho mundo, pero, desgraciadamente, la pobreza no me ha dejado ocupar un puesto de honor entre las personas respetables.

Nuestro padre era un excelente labrador, que sabía lo que podía sembrarse en cada parcela, cuánta agua había que dar a los sembrados y cuándo. Le pedían consejos por igual los vecinos de nuestra aldea y los ingenieros rusos forasteros. Mas la pobreza era nuestro huésped permanente, y las numerosas deudas ocupaban siempre y en todo momento el lugar de honor en la *kibitka*.

Y, sin embargo, se nos consideraba personas acomodadas, pues era difícil enumerar las familias que comían caliente una vez a la semana, en tanto que nosotros, pese a todo, guisábamos cada dos días y hasta recibíamos invitados. La vida de los campesinos era difícil, tan difícil que incluso hoy causa dolor recordarla. Trabajaban como esclavos todo el año, día tras día, bajo los abrasadores rayos del sol, regando la tierra con su sudor y sus lágrimas. Pero llevaban a sus casas apenas la décima parte de la cosecha obtenida con esfuerzos sobrehumanos, porque el resto se quedaba entre las garras de los ávidos beys y funcionarios zaristas, de los servidores del culto y de los usureros.

En el *aúl* no había ni escuelas ni personas que supieran leer y escribir. No obstante, mi padre decidió:

— A todos no puedo daros instrucción, pero uno, por lo menos, de nuestra familia debe saber leer y escribir.

Y... no hay mal que por bien no venga. Yo era un chiquillo débil físicamente y se me eligió a mí.

— De todos modos —dijo mi padre—, esperar ayuda de ti es lo mismo que esperar lana de las pulgas. Ni siquiera puedes levantar la pala. Quién sabe, a lo mejor te instruyes y eres de alguna utilidad a la familia.

Me llevó a un *aúl* en el que había una escuela y me alojó en casa de un conocido suyo. Mas antes de que aprendiera a leer y escribir hube de pasar por cerca de diez escuelas.

La escuela en que emprendí el espinoso camino del estudio estaba instalada en una choza de arcilla. El humo del hogar salía mal por el orificio del fieltro que servía de chimenea y nos obligaba a entornar los ojos a causa del escozor.

No teníamos ni libros, ni lapiceros, ni papel. Sentados en el suelo de tierra, escribíamos con cálamos en pequeños encerados.

Era costumbre que el padre, al enviar a su hijo a la escuela, dijera al maestro: "La carne es tuya; los huesos, míos". Esta fórmula tradicional debía ser entendida así: "Pégale todo lo que quieras, pero no le dejes inválido". Y nos pegaban con culpa y sin culpa: no era fácil asimilar la ciencia. Rememorarlo todo sería demasiado largo y demasiado triste.

La primera guerra mundial asestó un duro golpe, nada más empezar, a las pobres haciendas campesinas. Nuevos tributos se sumaron a los viejos: entrega el caballo, entrega el camello, entrega una chilaba y un gorro de piel... No hace falta decir que la carga de los impuestos recaía, principalmente, sobre los pobres. Se les confiscaba el último caballo, en tanto que los corceles de raza de los beys corrían libremente en manadas. El hambre hacía que a los campesinos se les pegara la piel a las costillas, mientras que los beys y los funcionarios se pasaban la vida entre fiestas y diversiones.

La gente miraba a su alrededor y hacía deducciones. Se intensificaba la lucha de clases. Los campesinos pobres, llevados por el hambre al colmo de la desesperación, asal-

taban las caravanas de los beys e incluso atacaban las fortalezas. En 1916 se produjo el levantamiento más importante por el número de participantes.

El año siguiente fue especialmente difícil. No cayó ni una gota del cielo, la tierra se resecó y endureció como la piedra y los sembrados perecieron. Parecía como si la propia naturaleza se hubiera encargado de añadir la metafórica paja que parte el espinazo del camello. Y de pronto, como un trueno en un día de cielo despejado, rodó una noticia inesperada:

— ¡La Tierra se ha tragado al zar blanco!

Me resistía a creer que el zar hubiera sido destronado. Para entonces, yo había aprendido ya a leer y escribir, comprendía el árabe y el persa. Sentía mucho no conocer la lengua rusa y empecé a ir con mayor frecuencia a Tedzhén para relacionarme con hombres que habían participado, de una manera o de otra, en los acontecimientos revolucionarios. Fue entonces cuando oí por vez primera el nombre de Lenin.

Y heme aquí de nuevo en Shaitán-kalá (Fortaleza del Diablo). Ignoro por qué se dio tal nombre a este lugar. Quizá porque el molino allí enclavado no era movido por la fuerza del agua, del viento o de los camellos, sino por algo desconocido para los ignorantes campesinos. Y aunque después de la revolución no cambió el nombre de la fortaleza, sí cambió su esencia: en ella empezaron a reunirse hombres que acogían con simpatía los cambios en la vida.

Me llevó a Shaitán-kalá un nuevo amigo mío, Karadzhá Burúnov, que con posterioridad empezó a escribir versos al mismo tiempo que yo. Vivía y estudiaba en la ciudad, conocía el ruso y comprendía mejor que yo el significado de los acontecimientos. Un día, no sabiendo responder debidamente a varias preguntas mías, me dijo:

— Vamos a Shaitán-kalá. Te presentaré a un hombre que puede explicarlo todo.

Aquel hombre, llamado Shamseddín, no me gustó al principio. Con el rostro cubierto por una barba erizada,

poco agraciado y de ojos enrojecidos y cansados, producía una impresión completamente distinta a la de un omnisciente. Trabajaba de mecánico en el molino, mas todos le llamaban contramaestre. Lo que más atraía la atención en su cuchitril era la abundancia de periódicos y revistas en azerbaidzhano, turco y ruso.

Shamseddín tenía como ayudante a Akmurad Amánov, que se hizo más tarde amigo mío y trabajó conmigo en Tedzhén en los años de afianzamiento del Poder soviético. Al observar la incredulidad con que miraba al contramaestre, Amánov me susurró al oído:

— No te fijes en que parece un hombre corriente, escucha cómo habla. ¡Comprende todos los acontecimientos mundiales! ¡Lleva menos de un año en Shaitán-kalá y a cuántas personas ha despertado! Hablando francamente... se ha fugado de la cárcel de Bakú. Y no se llama Shamseddín, sino de otra manera. Ahora ha pasado el peligro y piensa regresar a Bakú. Es una lástima, ¿verdad?

Me encogí de hombros.

— Puede ser... Pero como yo no le conozco...

— ¡Ya le conocerás! —replicó Akmurad muy significativamente. Creía yo que Shamseddín pronunciaría una especie de sermón, como hacía el maestro mollah en la escuela. Pero no hubo sermón. Lo que sí hubo fue una plática cordial, que invitaba a la franqueza, en torno a una taza de té. El contramaestre expuso con un lenguaje muy gráfico y comprensible la situación de los campesinos. Y me sorprendí de que no se me hubiesen ocurrido a mí cosas tan sencillas.

— Los campesinos dicen: "No vemos ninguna diferencia entre el gobierno zarista y el gobierno burgués de Kerenski" —dijo, en conclusión, Shamseddín—. Y tienen razón. Lo mismo da que te peguen con un látigo o con un palo: de todos modos, te pegan. Lo mismo da que te quiten el pedazo de pan de la boca con la mano derecha o con la izquierda: de todos modos, sigues hambriento. El gobierno que prosigue la política del zar derrocado no se sosten-

drá mucho tiempo: por un puente hundido no se puede cruzar el río. Creo que estallará pronto otra revolución. Esta vez, una revolución auténtica, popular. Un gran hombre habla y escribe de esto.

Se hizo el silencio. Cada uno de los reunidos reflexionaba a su manera sobre lo que había dicho Shamseddín. Karadzhá Burúnov me contó en voz baja el escándalo que se había producido dos días antes en el club ferroviario. Se presentó allí un conde de la región y pronunció un discurso, en el que llamó a ayudar al país en la guerra contra los alemanes. Shamseddín replicó al conde. Denunció las verdaderas causas de la guerra y le dijo que el pueblo no le prestaría ayuda, sino que le mandaría al diablo. El conde se enfureció y, agitando los puños, gritó: "¿Quién eres tú para hablar en nombre del pueblo?" — "¡Un obrero!", le replicó Shamseddín, con el mismo tono que si fuera el emir de Bucara. Y agregó: "¡Abajo el gobierno burgués! ¡Viva el poder del pueblo!"

Entonces empecé ya a mirar con otros ojos al cansado contramaestre Shamseddín. Akmurad me dio un codazo en un costado:

— ¿Has comprendido quién es ese gran hombre al que se refería el contramaestre?

— ¿Lenin?

— ¡Bravo! ¡Has comprendido bien!

Shamseddín, por lo visto, había oído las últimas palabras de nuestra conversación.

— Sí —dijo—, Lenin. Regresó hace poco de Suiza a Petrogrado. Y cuando los camaradas le felicitaban con motivo de la revolución, les contestó: "Lo que necesitamos no son felicitaciones, sino hacer una nueva revolución". Así, camaradas.

— Maestro, y usted, ¿ha visto a Lenin? —pregunté inopinadamente.

— No —respondió Shamseddín—, por desgracia, no he visto todavía a Vladímir Ilich. Pero he hablado mucho con personas que le han visto y leo con gran frecuencia sus

libros —y, tirando del cajón de la mesa, nos mostró un libro con los ángulos de las pastas desgastados por el uso frecuente—. Este es un libro de Lenin. Se titula *Sobre el derecho de las naciones a la autodeterminación*. He estado en la cárcel por leer los libros de Lenin y contar su contenido a otras personas. Muy pronto transmitiré mis poderes a Akmurad y será él quien os instruya.

Entre nosotros corrían muchos bulos acerca de los bolcheviques. El clero afirmaba que los bolcheviques querían no sólo igualar a los pobres y a los ricos, sino juntarlo todo, incluso las familias, y que las personas vivirían como animales. Otros replicaban que todo eso era una insolente mentira y que los bolcheviques querían implantar la justicia en la Tierra. Yo no comprendía muy bien quién tenía razón. Era el momento de aclararlo y se lo pregunté a Shamseddín. Este me miró fijamente a los ojos:

— Ya te ha dado su "bendición divina" algún monje, ¿verdad?

— Yo, maestro, no he escuchado solamente a los monjes. He escuchado también a los partidarios de los bolcheviques.

— Pues has escuchado mal. Si te dicen, por ejemplo, que los bolcheviques enganchan el camello a la carreta con la grupa para adelante y viajan así, ¿lo creerás?

— No lo creeré.

— Claro, porque eso es antinatural e imposible. Y si te dicen que el algodón no debe cultivarse en el campo, sino en las *kibitkas*, ¿lo creerás?

— No lo creeré.

— ¿Por qué crees, entonces, las palabras estúpidas y malintencionadas? Los bolcheviques son personas como tú y tus camaradas, con la única diferencia de que ellos piensan más en los demás y menos en sí mismos. ¿Por qué van a hacer cosas que repugnan al hombre? ¡Pero si ellos luchan precisamente en defensa del campesino sencillo, por su felicidad! Yo mismo soy bolchevique y me enorgullezco de ello. Y creo que tú, y Akmurad, y otros

camaradas lo comprenderéis todo muy pronto y os haréis también bolcheviques, defenderéis los intereses del pueblo. Así nos lo enseña Lenin, que se preocupa del bien de todos los pueblos, incluido el nuestro.

— ¿Cómo puede preocuparse si jamás ha estado en el Turkmenistán? ¿Quizá se proponga venir a Tedzhén?

Shamseddín se echó a reír:

— ¿A Tedzhén, dices? ¡Lenin vendrá no sólo a Tedzhén, sino también a vuestro *aúl*! ¡Entrará en la *kibitka* de cada campesino! Escuchará a todos y ayudará a todos.

— ¡Podría ayudarnos también a nosotros con agua! ¡Los campesinos son muy pobres!

— También a vosotros os ayudará. Verás con tus propios ojos la abundancia de agua en Tedzhén.

— ¡Si eso fuera así!...

— Pues tú cree en eso y trabaja para ello. A quien cree en Lenin, la pizca de tierra se le convierte en oro.

Desde entonces han pasado muchos años y he conocido multitud de acontecimientos en mi vida. Y cuando he visto desembocar en el ancho cauce del canal de Tedzhén las aguas vivificadoras del Amú-Dariá, he recordado a Shamseddín y he pensado: "Respetable contramaestre, respetable discípulo del inmortal Lenin: tenías razón". Desde el Amú-Dariá hasta Tedzhén, el agua ha recorrido 550 kilómetros a través del desierto abrasado y muerto. Ciento cincuenta kilómetros más allá, el canal se acerca a Ashjabad y seguirá adelante, hasta Kizyl-Atrek y Krasnovodsk. Este canal, único en su género, es obra de los hombres y las mujeres que viven de acuerdo con el legado de Lenin.

El canal de Karakum es grandioso, pero es solamente uno de los retoños del poderoso árbol que forman las obras y las transformaciones efectuadas en nuestra República. Un territorio, que en otros tiempos desconocía incluso la palabra "industria", es hoy industrial. Se desarrolla con rapidez especial la industria petrolera.

Las anchas cintas de las carreteras asfaltadas unen a Tedzhén con Ashjabad, Mary y Kírovsk. En los años

20, cuando era presidente del Comité Revolucionario del distrito, anduve por estos caminos a caballo: eran entonces el reino del polvo, en el que las bandas de *basmaches** dejaban con frecuencia sus huellas de lobo. Luchamos contra ellos y creamos la vida nueva.

Al contemplar las casas buenas y claras de los koljosianos, rodeadas por el verdor de los viñedos y los huertos de frutales, es casi imposible imaginarse el amontonamiento de pequeñas *kibitkas* negras y los dos árboles enclenques que había en todo el *aúl*. Y, sin embargo, era así, la memoria nos dice que era así. ¿Y hace mucho? Hace tres decenios solamente.

...Yusup Kurbánov dice que el distrito suministró el año pasado un veinte por ciento más de algodón que lo previsto en el plan. Dice que este año entregarán más aún. Y que muy pronto, la ciudad de Tedzhén, hoy cabeza de distrito, pasará a ser capital de región.

Yusup luce en el pecho —un pecho ancho de soldado y labrador— la Orden de Lenin al lado de la Estrella de Oro de Héroe del Trabajo Socialista. La contemplo y me parece ver la ancha frente del guía fruncida por un profundo pensamiento: Lenin está entre nosotros, comparte nuestras preocupaciones.

¡En el corazón mismo de la tierra turkmena, tan sufrida y tan feliz, está grabado —y resplandece— por los siglos de los siglos la imagen inmarcesible de Lenin!

B. Kerbabáev

---

* *Basmaches:* componentes de bandas nacionalistas contrarrevolucionarias, encabezadas por los beys y los mollahs, que lucharon en Asia Central contra el Poder soviético. (*N. de la Edit.*)

LA ESTRELLA POLAR

LA ESTRELLA POLAR

Llevo a mis espaldas nueve decenios de vida. Ante mis ojos se ha creado la historia del mundo nuevo. He visto cómo despertaba, cómo se lanzaba a la lucha y vencía la clase obrera de Rusia, la creadora de este mundo nuevo.

Petersburgo. Año de 1902. Por la avenida de Nevski avanza una manifestación obrera —filas cerradas de hombres fuertes y angulosos— y, sobre ella, una bandera roja. Este lienzo bermejo, que flamea en el día grisáceo de Petersburgo, tiene una fuerza de atracción invencible. Y yo he dado ya un paso de la acera a la calzada, como de la orilla al río, para unirme a la columna. "Con audacia, camaradas, al paso. Templemos nuestro espíritu en la lucha. . ." El avance se hace más rápido. Nuevas y nuevas fuerzas se suman a los manifestantes. Después, un grito penetrante que queda flotando sobre la multitud: "¡La policía!" Resuenan los cascos de los caballos, silban los látigos. Una voz serena y firme grita desde las primeras filas: "¡Disolvámonos, camaradas!" En el callejón en que me encontré al ser disuelta la manifestación, comprendí con toda claridad: la revolución es inevitable, la revolución está cerca, acabo de ver una fuerza frente a la que el zar no podrá mantenerse.

Lenin y Sverdlov en la Plaza Roja, junto a la muralla del Kremlin, durante el descubrimiento de una lápida en memoria de los caídos por la paz y la fraternidad de los pueblos. Noviembre de 1918

Joven artista en aquellos tiempos, me representaba al pueblo ruso como el Sansón legendario rompiendo las cadenas. Y plasmé esta imagen, con gran entusiasmo, en el trabajo escultórico con que me gradué en la Academia de Bellas Artes de Petersburgo.

En el apartamento del editor Kolpinski se reunían en aquellos tiempos jóvenes de tendencias revolucionarias. Fue allí, en casa de los Kolpinski, donde oí por vez primera el vozarrón de Máximo Gorki. Hablaba con lentitud y remarcando las oes, como es peculiar de la región del Volga. Pronunció con voz no muy fuerte, pero impresionante, las palabras que flotaban entonces en el ambiente: "¡Que sople más fuerte la tempestad!"

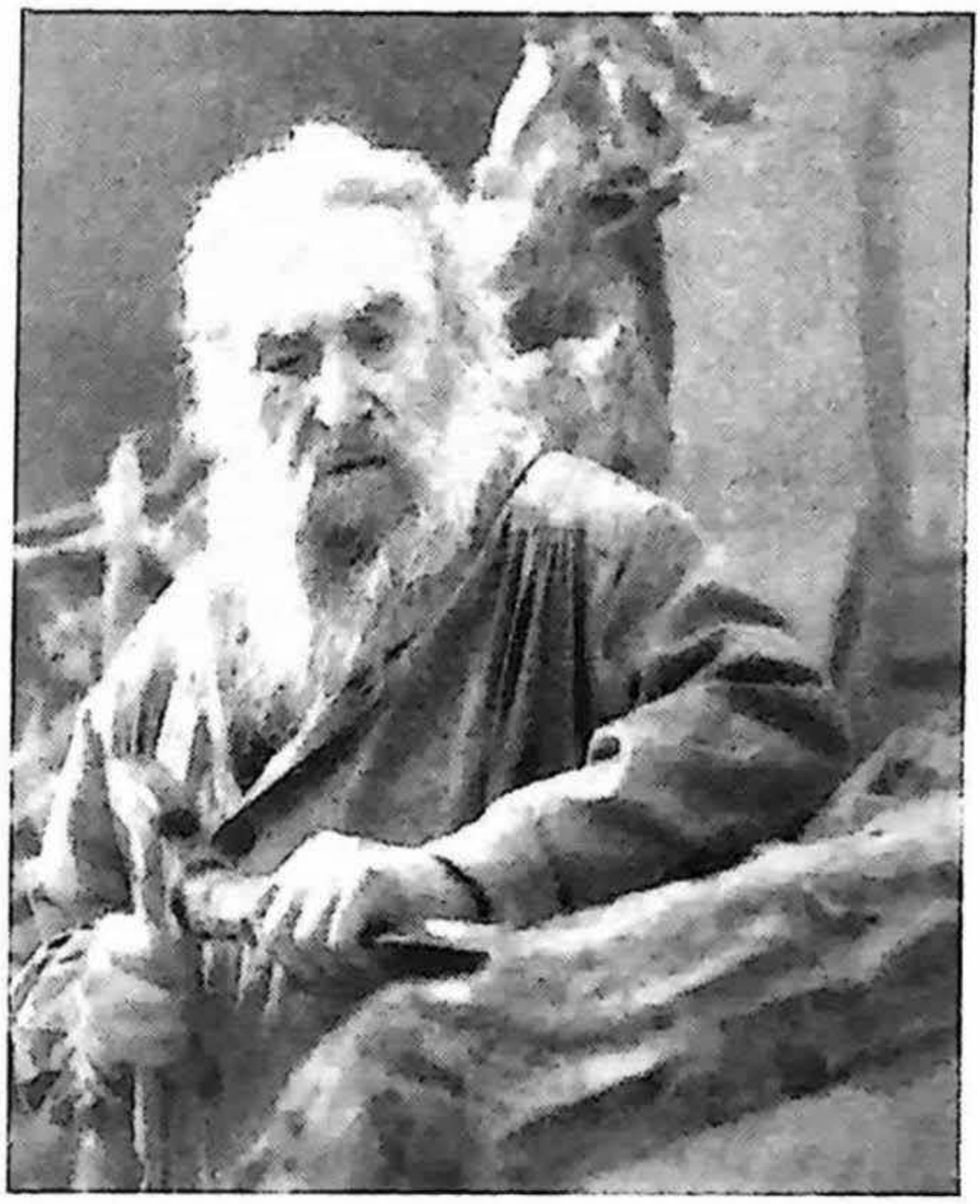
Los acontecimientos revolucionarios se desarrollaron en Rusia de una manera lógica, consecuente, inevitable.

En 1917 fue destronado el zar. Aquel mismo año oí por vez primera el nombre de Lenin. Y comprendí que a este nombre precisamente estaba vinculado cuanto ocurría en el país.

Las palabras de Lenin mostraban las grandiosas perspectivas de Rusia: "La revolución del proletariado abolirá totalmente la división de la sociedad en clases y, por consiguiente, toda desigualdad social y política". El verbo de Lenin era como el martillo que despedaza la roca. El verbo de Lenin alzó al pueblo revolucionario al combate sagrado en defensa de su joven Estado soviético. En el Norte y en el Sur, en el Oeste y en el Extremo Oriente, los soldados de la revolución, hambrientos y descalzos, derrotaron intrépidos a las tropas de la Entente, armadas y equipadas magníficamente.

"La victoria será de los explotados, pues tienen a su lado la vida, la fuerza del número, la fuerza de la masa, la fuerza de las fuentes inagotables de todo lo abnegado, ideal y honrado, de lo que ansía avanzar, de lo que despierta para edificar lo nuevo, de toda la gigantesca reserva de energía y de talento del llamado vulgo. La victoria será suya".

Lenin sabía como nadie vivificar la energía del pueblo,que "despierta para edificar lo nuevo". Los sábados comunistas, el plan de agrupación de las haciendas campesinas en cooperativas, los sueños con una Rusia electrificada, el desvelo constante por la ciencia, la instrucción y la cultura para las más grandes masas, todas estas grandes iniciativas de la revolución van unidas al nombre de Lenin.



Serguéi Koniónkov

Tuve la suerte de entrevistarme con él. Y eso no se olvida nunca. Nadie está en el derecho de guardar como patrimonio exclusivo la inapreciable experiencia del trato con Lenin. Tenemos el deber de transmitir a las generaciones que nos sigan los pensamientos, las obras y los actos de Lenin.

El 14 de abril de 1918 se publicó un decreto, firmado por V. I. Lenin, que disponía la demolición de los monumentos erigidos en honor de los zares y de sus lacayos y la confección de proyectos de monumentos dedicados a la Revolución Socialista en Rusia. En dicho decreto plasmó el famoso plan leninista de propaganda monumental: el plan de crear esculturas, obeliscos y ornamentos de los edificios con inscripciones y bajorrelieves monumentales que propagasen las ideas de la revolución.

Ya en el primer año de Poder soviético se emprendió una gran labor para llevar a la práctica el plan leninista de propaganda monumental.

Fue en el verano de 1918. Presidía yo entonces la Unión de Escultores de Moscú y trabajaba en el Departamento de Artes Plásticas del Comisariado del Pueblo de Instrucción Pública. Y un buen día fui llamado al Kremlin para asistir a una reunión del Consejo de Comisarios del Pueblo y presentar un informe sobre los nuevos monumentos.

Cuando llegué al Kremlin había empezado ya la reunión. Tuve que esperar solamente unos minutos a que me llamaran. En el salón de sesiones vi por vez primera a Vladímir Ilich Lenin y hube de hacer grandes esfuerzos para dominarme rápidamente y no descubrir mi emoción.

Se me invitó a sentarme a una mesa larga y Vladímir Ilich me concedió enseguida la palabra. Me puse en pie y empecé a hablar.

Lenin se inclinó hacia adelante y percibí en el acto que escuchaba con gran atención. Esto me ayudó a adaptarme rápidamente al ambiente de eficiencia de la reunión. Hablé poco tiempo y, como conclusión, di lectura a una lista de revolucionarios y personalidades sociales a los que se pensaba levantar monumentos.

Vladímir Ilich rogó a los reunidos que expresaran su opinión acerca de mi informe. El historiador M. Pokrovski habló el primero. La mayoría de los que hicieron uso de la palabra completaron la lista, proponiendo los nombres de Espartaco, Robespierre, Jaurès, Garibaldi y otros.

Lenin y los comisarios del pueblo aprobaron la mayor parte de las enmiendas y adiciones y los nuevos nombres fueron agregados a la lista. Después, Lenin me preguntó qué medidas sería necesario adoptar para poner manos a la obra inmediatamente.

Respondí que, teniendo en cuenta el brevísimo plazo de que había hablado Vladímir Ilich, habría que colocar los pedestales y las figuras antes de que empezaran las heladas y las nevadas. Los escultores deberían presentar los proyectos de monumentos en escayola y de tamaño natural. Destaqué que tendrían singular importancia los

primeros proyectos que fuesen aceptados y aprobados como modelo.

Vladímir Ilich se interesó en el acto por el coste aproximado de cada monumento.

— Unos ocho mil rublos —respondí.

Lenin subrayó que ésa era precisamente la suma que se había destinado a cada escultor, independientemente de su nombre. Luego preguntó si nos parecía bien que todas las sumas fueran consignadas en un plazo de tres días.

— Perfectamente —respondí.

— Anote en el acta: en un plazo de tres días —dijo Vladímir Ilich.

Y pronunció la frase habitual —"Queda terminada la cuestión"— en un tono singularmente amistoso, acompañándola de una sonrisa aprobatoria.

Hice una inclinación de cabeza y salí del salón de sesiones. Desde el Kremlin marché directamente al Departamento de Artes Plásticas del Comisariado del Pueblo de Instrucción, donde me esperaban numerosos escultores.

Es difícil expresar hoy los sentimientos que me agitaban entonces y cuánto me gustó Vladímir Ilich. Me sorprendió su brío, la rigidez y eficacia con que presidió la reunión y la suavidad encantadora con que sonaba su voz.

Mi primera entrevista con Lenin me admiró también como artista. Me admiró, sobre todo, su frente, verdaderamente socrática, grande y despejada, orlada por unos cabellos ligeramente rizosos de matiz dorado. Recuerdo que hablé con admiración de Vladímir Ilich a mis camaradas escultores.

* * *

Mi segunda entrevista con Lenin está relacionada con el descubrimiento de una lápida en memoria de los luchadores de la Revolución de Octubre caídos en el combate. Tuvo lugar el 7 de noviembre de 1918 en la Plaza Roja, junto a la muralla del Kremlin.

El país festejaba el primer aniversario de la Revolución de Octubre. Vladímir Ilich había propuesto al Soviet de Moscú que se conmemorase esta fecha histórica colocando en la torre del Senado, del Kremlin, una lápida en memoria de los combatientes caídos en Octubre. El Soviet de Moscú abrió un concurso público. Era el primero que se celebraba bajo el Poder soviético. Mi proyecto fue aprobado y había que llevarlo a la práctica en un plazo extraordinariamente corto. Hube de trabajar día y noche en mi estudio de Presnia. La lápida de 7X8 anas rusas* debía armonizar con la muralla del Kremlin y la arquitectura de la Plaza Roja.

En condiciones normales, la realización de este proyecto habría requerido, por lo menos, varios años. Pero entonces hicimos este trabajo en un plazo increíblemente corto.

Vladímir Ilich, que acababa de reponerse de su grave herida, se interesó varias veces por nuestra labor. Encargó a Nikolái Vinográdov de controlar la preparación de la lápida y de otros monumentos e informar al Consejo de Comisarios del Pueblo de la marcha de los trabajos. En aquellos tiempos era difícil encontrar los materiales necesarios: cemento blanco, yeso, pintura. Sin embargo, la energía de Vinográdov nos ayudó a vencer numerosas dificultades.

La lápida constaba de cuarenta y nueve partes, cada una de las cuales debía ser fijada al tirante correspondiente en la muralla del Kremlin. Los últimos días de trabajo viví, en el sentido literal de la palabra, junto a la muralla del Kremlin. Todo quedó, por fin, terminado. Un solemne lienzo rojo ocultó bajo sus pliegues la lápida, que debería descubrir Lenin.

En 7 de noviembre, la Plaza Roja empezó desde el amanecer a llenarse de delegaciones de las fábricas y de las unidades del Ejército Rojo.

---

* *Ana rusa*: antigua medida lineal, equivalente a 0,711 metros. (*N. del T.*)

Vi a Lenin, que se dirigía a pie hacia la torre del Senado, rodeado de varios camaradas. Se acercó a mí y me saludó como a un viejo conocido.

Empezó la breve ceremonia del descubrimiento de la lápida. Se había apoyado en la muralla una pequeña escalera de mano, por la que debía subir Vladímir Ilich para cortar la cinta que sujetaba el lienzo.

En la lápida se veía la figura alada de una mujer, que simbolizaba la victoria. En la mano izquierda tenía una rama verde de palma; en la derecha, una bandera roja oscura. A los pies, sables partidos y armas hincadas en tierra. Todo ello destacaba sobre el fondo del sol naciente, en cuyos rayos de oro se leía: "Revolución de Octubre de 1917". Habían sido esculpidas, además, las palabras siguientes: "A los caídos en la lucha por la paz y la fraternidad de los pueblos". Estas palabras eran el lema de mi trabajo y me sentí muy alegre de que hubieran sido aprobadas por Lenin.

En cuanto callaron la orquesta y el coro, Vladímir Ilich subió a la tribuna y pronunció un discurso en memoria de los héroes de las jornadas de Octubre.

"Camaradas: Honremos la memoria de los luchadores de octubre jurando ante su monumento que seguiremos sus huellas e imitaremos su intrepidez y su heroísmo", dijo Lenin, al que escuchaban con la mayor atención cuantos se hallaban junto a la muralla del Kremlin.

Desde entonces han transcurrido decenios gloriosos y difíciles, pero la Unión Soviética sigue marchando, como en aquellos tiempos, al frente del movimiento universal por la paz y la fraternidad en la Tierra.

* * *

La tercera vez que vi a Lenin fue el 1 de mayo de 1919, también en la Plaza Roja, durante la inauguración de un monumento a Stepán Razin, jefe de una insurrección campesina en el siglo XVII. El monumento, hecho de madera,

tenía carácter provisional. En realidad, se trataba del boceto de una composición con numerosas figuras, que yo destinaba a un museo y que fue expuesta en la Plaza Roja sólo temporalmente.

La inauguración del monumento a Stepán Razin fue un gran acontecimiento. En aquel maravilloso día primaveral, la Plaza Roja aparecía inundada por un mar de cabezas y banderas.

Jamás olvidaré a Lenin caminando por la plaza. Iba sin abrigo, vistiendo su habitual traje negro. Cruzó toda la plaza desde el Museo de Historia, y la multitud alborozada se abría ante él, como por arte de magia, formando un ancho pasillo.

Vladímir Ilich se dirigió a la tribuna con paso rápido. Apoyó una mano en la barandilla de la tribuna. Después extendió un brazo hacia adelante y, saludado por una tempestad de aplausos, empezó a hablar de Stepán Razin.

El discurso fue breve, pero Lenin lo pronunció con gran entusiasmo.

Cuando muchos años más tarde hube de pensar en la figura escultórica de Lenin, éste surgió ante mí, como si estuviera vivo, precisamente tal y como le había visto en el momento en que pronunciaba su discurso. Esta es la razón de que en mi retrato escultórico de Lenin, que se conserva en la Academia de Ciencias de la URSS, le presentara hablando a la muchedumbre.

* * *

El 1 de mayo de 1920 vi a Lenin y hablé con él por última vez. La entrevista estuvo relacionada también con la aplicación del plan de propaganda monumental.

Aquel día se colocó la primera piedra del monumento al Trabajo Liberado en el lugar que había ocupado un monumento, ya derruido, al zar Alejandro III.

El malecón del río Moscova estaba lleno de gente. Se celebró un mitin. Lenin pronunció un discurso, en el que

nos señaló a los artistas una gran tarea creadora: glorificar el trabajo libre. Y desde entonces, esa tarea ha sido y es la principal, la fundamental, en mi vida de artista.

Terminado el mitin, Anatoli Vasílievich Lunacharski, comisario del pueblo de Instrucción Pública, invitó a Vladímir Ilich a ir en automóvil al Museo de Bellas Artes (hoy Museo Pushkin de Artes Plásticas), en el que estaban expuestos los proyectos de monumento al Trabajo Liberado.

Lenin se negó a subir al automóvil, diciendo:

— No está lejos, iremos a pie.

Tuve la suerte de ir al lado suyo. Por el camino hablamos del sábado comunista que había empezado en la mañana de aquel día de fiesta.

En el museo, Vladímir Ilich recorrió la exposición de proyectos. No le gustó ninguno. La mayoría de ellos tenían un carácter claramente futurista y no eran más que un amontonamiento de figuras geométricas. Lenin se detenía ante algunos y reía de todo corazón. Luego, haciendo un ademán, dijo:

— Bueno, dejemos que estudie eso Anatoli Vasílievich.

* * *

Me siento feliz de haber tomado parte en la plasmación del plan leninista de propaganda monumental. Vladímir Ilich dedicaba inmensa atención al arte y, en particular, a la escultura. Se preocupaba personalmente de cómo se preparaban los monumentos y las inscripciones conmemorativas, y se indignaba con los gaznápiros y saboteadores que frenaban la realización de una obra a la que él concedía gran importancia.

En diciembre de 1923 salí para Norteamérica formando parte de la delegación de pintores y escultores soviéticos que acompañaba una exposición de Arte Ruso Soviético. Hicimos el viaje a través de Riga, donde tuvimos que de-

tenernos para formalizar los papeles. Y allí, en Riga, recibimos la triste nueva del fallecimiento de Vladímir Ilich. Impresionado por la terrible noticia, empecé a dibujar de memoria su retrato...

Después, lo mismo que entonces, he pensado mucho en el sentido sublime de que naciera en la Tierra un hombre como Lenin.

Lenin es un fenómeno excepcional.

La humanidad esperó en todos los tiempos la llegada de Lenin: humano, sabio, guía y pensador. Su llegada fue preparada por todo el desarrollo de la sociedad y de las relaciones sociales, por las tempestades revolucionarias y los cambios de formaciones sociales, por las revelaciones de genios preclaros y por la lucha espiritual del bien y del mal. Lenin ha sido el primero que ha llevado a la práctica los ideales comunistas, prototipo de las relaciones sociales basadas en la verdadera justicia. Jamás podrá crearse el reino de la verdad y de la belleza si falta la condición primordial: la justicia. La sed de justicia es una peculiaridad del hombre nuevo.

Lenin fue recto y justo hasta el fin. Cada uno de sus actos revela sabiduría y reflexión. Lenin fue extraordinariamente modesto y sencillo y compartió con todo el pueblo las penalidades originadas por el bloqueo de la Entente. En su vida privada se conformaba en todo, por principio, con lo más modesto, incluso cuando se trataba de elegir apartamento en el Kremlin. ¿Y qué decir de sus esquelas a la Biblioteca de Rumiántsev (hoy Biblioteca de Lenin) con la firme promesa de devolver a la mañana siguiente los libros que necesitaba para el trabajo? ¿Y su susceptible modestia en el ruego a Bonch-Bruévich de que le comprase un abrigo lo más barato posible? ¿Y su frase, dicha con energía, incluso con violencia: "Sí, eso es precisamente, estoy en contra de que se me levante un monumento?" ¿Y su amor a la naturaleza? Recuerdo el relato de un caso ocurrido durante una cacería, cuando Lenin, admirado por la belleza de un zorro pelirrojo, se

olvidó de apretar el gatillo y después, dichoso de que hubiera ocurrido eso, se justificaba ante un cazador: "Quedé admirado. Y le dejé escapar".

Su concepción del mundo, su vida infatigable y activa en aras del triunfo de la justicia completa, todo es en él un ejemplo que pervivirá eternamente.

* * *

Lenin ha dejado un profundo e indeleble surco en mi vida de artista. Mis aspiraciones y proyectos están vinculados desde hace muchos años a Lenin, a lo que le oí decir y a lo que he leído en sus obras. He comprendido, aunque no de golpe —cosa frecuente entre los seres humanos—, la importancia que tiene para un artista determinar con exactitud en qué medida sirve su obra al pueblo. ¡Cuán importante es que cada persona encuentre en las obras del artista un eco de sus propias ideas y sentimientos! Hoy es ya una exigencia programática el reconocimiento de que el principio artístico debe inspirar más aún el trabajo, embellecer la vida del hombre y ennoblecer su mundo espiritual. Pero entonces eran muchos los que no veían en eso la tarea del arte.

Lenin consideraba el arte como una fuerza activa en la creación de la vida nueva. El, muy prudente de ordinario cuando se trataba de hacer recomendaciones relativas al arte, trazó un brillante programa de propaganda monumental en una conversación que sostuvo con Lunacharski. "Usted recordará, sin duda —dijo a Lunacharski—, que Campanella dice en su *Ciudad del Sol* que en los muros de su fantástico Estado socialista hay pintados frescos que dan a la juventud una lección gráfica de Ciencias Naturales y de Historia y despiertan en ella el sentimiento cívico; en una palabra, participan en la formación y educación de las nuevas generaciones. Me parece que eso no es ingenuo, ni mucho menos, y que, con ciertas modificaciones, podríamos hacerlo nuestro y llevarlo a la práctica..."

¡Qué razón tenía Vladímir Ilich! Ahora, cuando ha llegado el momento de las obras prácticas, todos nosotros sentimos la necesidad imperiosa de hacer propaganda artística de las grandes ideas por medio de un sistema de pinturas murales, monumentos, frescos...

Lenin inauguró los primeros monumentos, se preocupó personalmente de todas las necesidades de los escultores y, en general, de los artistas. Comprendía que la labor práctica orientada a hacer realidad el plan de propaganda monumental era el comienzo de la revolución cultural. El monumento se alza en una plaza, despierta el interés por la persona a la que ha sido erigido; con el monumento se funde la vida de los habitantes de la ciudad; el monumento se convierte en una partícula del alma del hombre.

Numerosas generaciones de artistas harán realidad el genial pensamiento de Lenin acerca de la propaganda monumental. Y cuantos pongan manos a la obra, difícil pero noble, de inmortalizar las ideas y las realizaciones de nuestra época, se sentirán apoyados invisiblemente por el convencimiento de que al pie de la cuna de la cultura socialista se encontraba Vladímir Ilich Lenin: el hombre cuya vida fue creación, ignición permanente, que dio luz y calor a la humanidad para muchos y muchos siglos.

S. Koniónkov

UN GRAN TEMA

К·МАРКС
ЧГЕЛЬС·
Революция-Вихр
ий назад
всех ем
щихся

UN GRAN TEMA

La ciudad de Elets, en la que transcurrieron mi infancia y mi adolescencia, está situada a menos de cuatrocientos kilómetros de Moscú. Pero en los años veinte de este siglo, a los chiquillos de Elets nos parecía que Moscú estaba muy lejos. Considerábamos personas felices a cuantos venían de Moscú a nuestra ciudad. ¡Menudo acontecimiento: habían estado en la capital, en la que vive el guía de la revolución, el propio Lenin!

Con cada día de Poder soviético, el nombre de Lenin fue calando más y más hondo en la vida, fue haciéndose más y más querido y entrañable. De ahí que el 21 de enero de 1924 —día del fallecimiento de Lenin— fuera el más frío y doloroso de aquel año inolvidable.

Tenía yo entonces quince años y copié para los periódicos murales de la escuela varios retratos de Lenin. Fue mi primer encuentro con la imagen de Ilich. Copié los retratos con el mayor cuidado, con cariño y una emoción aún incomprendida entonces.

Más tarde, en 1932, después de haber terminado los estudios en la Escuela de Bellas Artes y de haber cumplido el servicio militar, hice un viaje a Moscú y comprendí inmediatamente que sabía y conocía muy poco. Moscú

Lenin durante el descubrimiento de un monumento provisional a Carlos Marx y Federico Engels. Noviembre de 1918

me encantó y decidí quedarme en la capital. Me dediqué a dibujar anuncios, retocar fotografías, hacer planos y copias, portadas para libros e incluso ilustraciones para pequeños cuentos infantiles. Trabajé también en la confección de carteles políticos, en los que la figura de Lenin era un elemento frecuente e indispensable; pero yo diría que mi labor de entonces no era todavía verdaderamente creadora, pues me limitaba a copiar la imagen de Lenin de reproducciones o fotografías.

Iba a los estudios, hacía dibujos del natural y, observándolo todo, comparaba mis fuerzas y veía que tendría aún que trabajar mucho, muchísimo para hacerme un artista de verdad.

Fue entonces —corría el año de 1938— cuando se me encargó de ilustrar el libro *Recuerdos sobre Carlos Marx*. El trabajo para crear la figura de Marx requería gran organización, sistema y tenacidad. Más aún, yo diría que hacía falta incluso ser infatigable, pues las dificultades y reveses eran muchos y las fuerzas pocas. Había que estudiar la época, leer las obras de Marx y la correspondencia de éste con Engels —¡siete volúmenes de cartas!—, había que comprender e interpretar las peculiaridades individuales de Marx. El material iconográfico de que disponía no era muy abundante. Han llegado hasta nosotros, en total, unas diez fotografías de Marx, todas ellas del último período de su vida. Pero yo necesitaba imaginarme cómo era Marx en 1844, cuando se entrevistó con Federico Engels en París, etc. En una palabra, las dificultades eran muchas.

Sin embargo, precisamente este trabajo difícil hizo cambiar por completo mi carácter. Yo había sido siempre impaciente e inquieto; mas este trabajo me ató a la mesa y me enseñó a leer mucho, me hizo conocer a los contemporáneos de Marx y a los pintores y dibujantes que habían ilustrado los libros de Dickens.

Pero cuando pasé directamente a dibujar la figura de Carlos Marx, tropecé con dificultades aún mayores. A

excepción del pelo, todo era desconocido en su retrato, y el trabajo me hizo sufrir mucho. Baste decir que el primer dibujo —Marx en casa de Lessner— lo rehíce veinticuatro veces.

Al recordar ahora este libro, puedo afirmar que el trabajo que consagré a las ilustraciones para él me dio infinitamente más de lo que yo podía dar a dicho libro con mi experiencia de artista, muy lejos entonces de ser perfecta. Las ilustraciones para el libro consagrado a Marx y Engels fomentaron en mí el interés por el tema histórico revolucionario. Me resultó singularmente entretenido resolver problemas con muchas incógnitas. No me asustaban ya las dificultades y, por eso, el paso al tema de Lenin fue completamente natural. Venía preparado por dos años de labor dedicada a las figuras de Marx y Engels. Quedó abierta ante mí la entrada en el mundo de las magnas ideas y pensamientos de los hombres más grandes de nuestro planeta.

Nikolái Zhúkov

A fines de 1940 empecé a tratar el tema de Lenin. Estaba convencido de que este tema —más próximo para mí por el tiempo y los acontecimientos, por el lugar de la acción y el medio circundante— me sería más fácil. Desde entonces ha pasado un cuarto de siglo; pero con el transcurso del tiempo, esta tarea se me ha hecho cada día más interesante, más infinita, más importante. Estoy convencido de que, aún viviendo cien años, el artista no tiene bastante con una vida para agotar este gran tema.

Marx y Engels vivieron en otra época y en otro país.

Como es lógico, al extraer datos y conocimientos para mi trabajo de las obras literarias, las memorias y distintas publicaciones ilustradas del siglo XIX, no podía confrontar mis dibujos con la vida circundante de aquellos tiempos. Por eso creía en mi primer acierto. Pero cuando intenté reproducir la figura de Lenin, mis dibujos resultaron parecidos a algo creado ya antes.

En efecto, no tuve la suerte de ver a Lenin en vida, y he conocido su imagen a través de los recuerdos de sus compañeros de lucha, de sus amigos y familiares; a través de numerosas fotografías y documentos cinematográficos —bastante diferentes—, de pinturas, de las magníficas esculturas y dibujos de Nikolái Andréiev, que tuvo la gran felicidad de crearlos directamente del natural, y, por último, a través de las películas en que los artistas Schukin y Shtrauj encarnan la figura de Lenin.

Me sentía rodeado de estas obras de arte, percibía su influencia y dependía de ellas. Al ver, por ejemplo, la actuación de Schukin en la película *Lenin en Octubre*, creí hasta tal punto en la imagen de Lenin creada por él, me apasionó de tal manera, que durante mucho tiempo dibujé involuntariamente a Schukin.

Lo más difícil era encontrar mi opinión independiente, mi visión del personaje, nacida de la propia comprensión del tema. Y esto requería mucho tiempo y una labor paciente y seria.

Al repasar hoy mis dibujos de los años cuarenta me avergüenzo de su imperfección, aunque también entonces me esforzaba al máximo por comprender la verdad de la expresión de Lenin. Y, sin embargo, ¡qué lejos estaba de la verdad!

No hay tarea más apasionante para un artista que trabajar en la creación de la imagen de este hombre, el más humano de todos los humanos, cuya sabiduría, sencillez y encanto, incluso decenios después de su muerte, siguen enseñoreándose de los corazones de millones de personas. Deseo con todas las fibras de mi ser acercarme tanto a

la verdad que pueda mostrar a Lenin tal y como le vieron los obreros y los campesinos, los soldados rojos y los intelectuales en las plazas durante los mítines, en las secciones de las fábricas, en los clubs obreros, en las residencias colectivas, en su cuarto de trabajo; tal y como era ante los extranjeros, amigos, recelosos y enemigos.

La relación con quienes conocieron a Lenin y sus relatos vividos han tenido y tienen para mí extraordinaria importancia. Por ejemplo, traté de plasmar en un dibujo el tema *Llegada de Lenin a Káshino*, presentando a un viejo campesino que daba las gracias a Lenin en nombre de toda la aldea y, al despedirse, estrechaba su mano. El hecho ocurrió en la calle, en el mes de noviembre, y no quería reproducir a Lenin con la cabeza descubierta, pues me parecía que el frío era demasiado grande. Por eso, dibujé a Lenin con un gorro en la cabeza, y al campesino, descubierto. Enseñé este dibujo a camaradas que habían conocido a Lenin y todos me recomendaron unánimemente que dibujara a Vladímir Ilich con la cabeza descubierta. Al percibir el calor de los sentimientos de amistad y ver destocado al campesino, Lenin *no podía* seguir con el gorro puesto. El boceto siguiente lo hice como se me había aconsejado, y la figura de Lenin resultó más veraz, más cordial, más entrañable.

El contacto permanente con camaradas que conocieron de cerca a Vladímir Ilich me ha ayudado a encontrar la verdad de su imagen, la exactitud de su gesto y de su expresión.

Recuerdo que en 1941 mostré mis primeros dibujos a Vladímir Bonch-Bruévich y recibí una magnífica lección. Bonch-Bruévich contempló los dibujos y me dijo:

— Usted no ha visto vivo a Vladímir Ilich, ¿verdad?

Le pregunté qué le había movido a hacer semejante deducción y contestó:

— ¿Y el dibujo en que presenta usted a Lenin con un brazo inmóvil, tensamente extendido hacia adelante? Eso no es exacto.

— ¿Cómo que no? Los escultores presentan a Vladímir Ilich precisamente así, con un brazo extendido hacia adelante —respondí.

Bonch-Bruévich sonrió y me dijo que los escultores necesitan eso, por lo visto, para dar un carácter monumental a sus obras, pero que no corresponde por entero a la verdad de la vida, a los gestos y ademanes de Lenin.

— Es cierto que, a veces, durante un discurso, Vladímir Ilich, dirigiéndose a sus oyentes, adelantaba un brazo para acentuar debidamente un pasaje, para conseguir un mayor contacto con el auditorio. Lenin era muy expresivo y vivaracho en sus movimientos, todos sus ademanes eran suaves, elocuentes, más bien dirigidos "hacia sí", y en eso reside su peculiaridad.

Esta observación de Bonch-Bruévich tuvo gran importancia para mí. Muchas fotos a las que antes no concedía gran importancia adquirieron un valor especial. Esta, por ejemplo: Lenin, sentado en unos peldaños, toma notas durante una sesión del Congreso de la Internacional Comunista. O esta otra: levantando de pronto la cabeza, se hace todo atención. Los consejos de Bonch-Bruévich me ayudaron a encontrar nuevas variantes de los gestos y ademanes de Lenin y a dar a los dibujos la vivacidad y expresión que les faltaba antes con cierta frecuencia.

Fue también valiosa para mí una entrevista que tuve con la escritora finlandesa Hella Vuolijoki. Lenin había vivido en 1907 en el pueblo de Aggelby, en casa del maquinista Blomgqvist, y trabajado en una biblioteca que frecuentaba Hella Vuolijoki.

— Todos nosotros —recordó Vuolijoki— observábamos a Lenin y nos maravillábamos de su capacidad para escuchar a los demás. Desde fuera nos parecía que la persona que conversaba con Lenin era la que más necesitaba éste, como si la hubiese encontrado, por fin, después de haberla buscado toda la vida. Tal era la actividad y atención con que sabía escuchar a su interlocutor, tan querido y necesario le era.

En muchas memorias se habla de la sorprendente atención de Lenin para con los demás; pero nadie ha expresado como Hella Vuolijoki este rasgo de Lenin, y ello me ha ayudado mucho en mis búsquedas.

* * *

Lograr la mayor semejanza, el mayor parecido, es condición primera y obligatoria al dibujar o pintar la figura de Lenin. La semejanza da consistencia, vida a todas las demás cualidades. Sin ella, por mucho talento que tenga el autor de una obra de arte, en su creación faltará el elemento principal: la verdad.

Me admira siempre la regularidad de la naturaleza, su armonía e integridad. La falta de semejanza es la falta de regularidad. Durante el trabajo observé que cuanto más lograba acercar la imagen de Lenin a sus verdaderos rasgos, tanto más activamente se manifestaba esa regularidad. La semejanza significa miles de magnitudes pequeñas, muy pequeñas, que reproducen el todo, y basta con alterar o perder una sola de esas magnitudes para que el todo se derrumbe.

El rostro y la cabeza de Lenin sorprenden por sus proporciones; cuando consigo encontrar la fidelidad de todos los elementos que forman la semejanza, siento siempre un inmenso placer estético.

En cierta ocasión estaba preparando un dibujo para el relato de Kononov *Un sábado comunista.* Releí varias veces los recuerdos en que se describía cómo había transcurrido el sábado comunista en que participó Lenin y llamó mi atención el siguiente episodio.

Al salir del edificio del Consejo de Comisarios del Pueblo y ver formados a los trabajadores que se habían reunido para participar en el sábado comunista, Vladímir Ilich rogó al comandante del Kremlin que le permitiera sumarse a la formación y ocupó un sitio en el flanco derecho. Pues bien, cuando me imaginé a Lenin formando en una misma fila con los trabajadores sencillos, que lle-

vaban al hombro palas, picos y barras, teniendo por fondo el viejo Kremlin, me di cuenta en el acto con toda claridad de que el tema del sábado comunista había que resolverlo precisamente así. La solución anterior me parecía ya naturalista, ilustrativa.

* * *

Busqué durante largo tiempo la solución del tema *El plan GOELRO*. Cuantos lo habían tratado antes en el lienzo reproducían el despacho de Lenin y presentaban a Vladímir Ilich y a Krzhizhanovski —presidente de la Comisión de Electrificación— conversando ante el mapa del plan GOELRO. Por mucho que trataba de aportar algo nuevo, no lo conseguía. Entonces decidí visitar el despacho de Lenin en el Kremlin. Mi vista se detuvo en un candelabro colocado en su mesa de trabajo. Me imaginé vivamente este candelabro, con un cabo de vela, sobre el paño verde que cubre la mesa contigua a la de Lenin. Estaba solitario, como héroe de la jornada, en el momento en que Lenin y Krzhizhanovski sostenían una animada conversación. Y me imaginé también que Vladímir Ilich, señalando al candelabro, podía haber hablado a su interlocutor de lo que la Rusia zarista había dejado al proletariado, de que la historia, la nueva historia de Rusia debía obligatoriamente apagar aquel cabo de vela y todos los candiles y alumbrar el país con millones de bombillas eléctricas. . .

Cierto día, al poner en orden mi archivo, reparé en varios dibujos a pluma en los que se veía a Lenin hablando por teléfono. Los había hecho en 1941, movido por un gran deseo de presentar a Lenin hablando por teléfono, de expresar la intensidad de su vida y sus muchas ocupaciones. En la mano derecha tenía el auricular del teléfono, y en la izquierda, un lápiz que acababa de pasar a ella al sonar el timbre. El dibujo se titulaba entonces *Un minuto*. Pero consideré que tal título empobrecía la idea del dibujo, su tema.

"Un minuto", decimos todos. Esta expresión es muy general. Para poder formular el tema de una manera más aguda, característica y gráfica, releí varias memorias, cartas y otros documentos en los que se hablaba de un admirable rasgo de Lenin: su capacidad de ahorrar tiempo, de aprovechar prácticamente cada minuto.

Al estudiar los libros dedicados a las jornadas de la Gran Revolución de Octubre, me imaginé el valor que tenía cada minuto, en aquellos tiempos tempestuosos, para el jefe de la revolución. Y entonces concebí una nueva solución del tema, con un nuevo título: *¡No perdáis ni un minuto!* En este caso, el tema se expresa de una manera más activa y, a mi juicio, revela su idea con mayor exactitud.

El dibujo adquirió en el acto mayor seriedad y sentí que era necesario dar más energía y dinamismo a la figura de Lenin. El espectador debía percibir con toda claridad la importancia del momento: por el hilo telefónico volaba la directriz de Lenin: "¡No perdáis ni un minuto!"

Cuando se conocen los hechos de la vida de Lenin, es posible representarse con mayor facilidad y exactitud su mundo interior, su estado sicológico, lo que tiene singular importancia en el trabajo del artista.

En este sentido me prestó una ayuda substancial Gleb Krzhizhanovski, que conocía a Lenin desde la adolescencia. Recuerdo que nos entrevistamos en la mañana del 11 de febrero de 1958. Una mañana raramente llena de sol.

Fui a ver a Gleb Krzhizhanovski dominado por un sentimiento de singular alegría. Dos años antes, al ver mis dibujos de Lenin, había expresado una opinión muy halagüeña sobre ellos y prometido que se entrevistaría conmigo, pero una enfermedad inesperada impidió durante largo tiempo celebrar la entrevista. Yo la esperaba con gran impaciencia, pues la conversación con el más antiguo amigo íntimo de Lenin —y, a la vez, contemporáneo nuestro— podía proporcionarme muchas impresiones

vivas, importantísimas para mi trabajo en los retratos de Vladímir Ilich.

Expuse a Krzhizhanovski el objeto de mi visita. Tomó la carpeta con mis dibujos y empezó a mirarlos lentamente. Clavé los ojos en él, observando la expresión de su rostro, en el que se reflejaron las primeras impresiones, inolvidables para mí.

Después de haber examinado seis o siete hojas, Krzhizhanovski las apartó y, mirándome, dijo:

— Cuando los pintores o los actores me muestran a Lenin así, con los dedos metidos en las sisas del chaleco —y Krzhizhanovski hizo este ademán—, no creo en su éxito. Son declamadores, que han grabado en su memoria un rasgo de la semejanza aparente, muy difundido y muy repetido, y abusan de él... En cambio, el artista Plótnikov, ¿ha oído hablar de él?, ha descubierto el secreto de Lenin. Durante la conversación, como si no se diera cuenta, mete un dedo así, en un bolsillo del chaleco o de la americana, y veo ante mí a Lenin vivo.

— De todos los actores que he visto —prosiguió Krzhizhanovski—, Plótnikov es el que más se aproxima a la verdad. En la obra *El hombre del fusil* no puedo verle sin que se me salten las lágrimas: es él, Lenin en persona, y me produce gran impresión. Y su voz, ¿sabe usted?, es muy fidedigna... Porque algunos actores, al saber que Lenin pronunciaba la letra "r" guturalmente, acentúan este rasgo y se pasan de la raya. Pero Plótnikov, no, tiene sentido de la medida y le resulta todo exacto. Mire usted.

Y, levantándose de la silla, tomó de un estante una fotografía de Plótnikov en el papel de Lenin y me la dio. En efecto, era un magnífico retrato de Lenin, incluso por el parecido.

— Hoy —siguió diciendo Krzhizhanovski— son muchos los que, por desgracia, intentan representar a Lenin sin tener para ello una comprensión suficiente.

Krzhizhanovski no hizo observaciones a cincuenta y uno de los sesenta dibujos que le enseñé. Los demás los

puso aparte como discutibles, por tener, según dijo, una opinión subjetiva sobre ellos.

Me aconsejó que, en mis trabajos futuros, prestase una atención especial en los retratos de Lenin a la región frontal.

— La frente de Lenin —me dijo— es especial, asombrosa, y no a todos los artistas les sale bien. Y no se trata sólo del tamaño de la frente, de su altura, sino de la belleza de sus proporciones. Preste atención a eso —me previno.

Al salir a la calle, en la que el sol cegaba y me miraban desde todas partes las nuevas obras de Moscú, recordé cuanto sabía acerca del plan GOELRO; pensé en las luces de Igarka y de las centrales hidroeléctricas de Volgogrado y Kúibyshev; pensé en la primera "lámpara de Ilich", que se encendió, como un milagro, en la aldea de Káshino en 1920. Me representé vivamente a nuestros prodigiosos campesinos, de pie en una actitud de respeto, con las cabezas descubiertas, contemplando embelesados por vez primera en su vida aquella luz eléctrica que iluminaba sus rostros. Y como si respondieran a todo aquello, sus ojos irradiaban fe y esperanza en su vida futura, en tanto que un chiquillo, vestido con la chaqueta de su padre, accionaba el interruptor de la electricidad y hacía el milagro en medio de un gran júbilo. En aquel momento comprendí lo principal acerca de la energía de la luz que avanzaba con fuerza pasmosa por toda nuestra tierra. Para todos nosotros, ¡esa luz era Lenin!

Después de la entrevista con Gleb Krzhizhanovski logré resolver muchos temas nuevos relacionados con Lenin.

Citaré, como ejemplo, el dibujo *Canto a los hombres de Budionny*. Me sirvió de base para él lo que me había dicho Krzhizhanovski sobre el ensueño de Lenin de electrificar el país, sobre su audaz pensamiento de hacer pasar al campesino ruso del caballo al corcel de acero, al tractor.

Dibujé a dos soñadores: Lenin y un muchacho aldeano. En la palma de la mano de Lenin se ve un pito que tiene la forma de un caballo de juguete. El chiquillo, al escuchar el ameno relato del narrador, se imagina fácilmente a Chapáev y Budionny y, poniéndose el casco del padre, sueña con ser tan audaz e intrépido como ellos. Y Vladímir Ilich, al hablar de esto al muchacho, piensa en su propio sueño, en los corceles de acero, en los tractores, que hoy, en nuestro tiempo, cultivan la tierra y transforman la aldea soviética.

* * *

Cuando se leen las memorias de los familiares, amigos íntimos y compañeros de lucha de Lenin, se representa uno, ante todo, su figura humana, excepcionalmente profunda y encantadora.

Nos embarga una emoción inaudita al conocer los ejemplos de cordialidad y nobleza que tanto abundan en la vida de Lenin. Sorprenden su maravillosa sencillez, su lúcida inteligencia, su pureza moral y la integridad de toda su naturaleza.

Poco a poco va haciéndose norma en la conducta de cada soviético guiarse por los ejemplos de la vida de Lenin. De una manera consciente —y, con mayor frecuencia, inconsciente—, este hecho se manifiesta, por ahora, en algunos actos y costumbres.

Hace poco asistí a la entrevista de los alumnos de una Escuela Militar Suvórov con los pintores del Estudio Grékov. Mientras los alumnos llenaban la sala —y esto no requirió más de diez minutos—, observé que casi todos los que habían ocupado ya sus asientos tenían un libro en la mano y leían, aprovechando cada minuto libre. He ahí una verdadera herencia de Lenin. Precisamente él sabía ahorrar así tiempo y utilizar con provecho cada minuto, trabajando cualesquiera que fuesen las condiciones.

¡Y qué decir de la extraordinaria aptitud de Lenin de ver lo grande en lo pequeño, que admiró siempre a cuantos le conocían! Para el artista es infinitamente interesante buscar soluciones que le permitan mostrar este rasgo del carácter de Lenin.

Un delegado al III Congreso de la Unión de Juventudes Comunistas, celebrado en 1920, relata el siguiente episodio. Cuando Lenin terminó su discurso se le hicieron muchas preguntas. Un joven campesino, llegado al congreso de una aldea lejana, preguntó: "¿Dónde se puede conseguir brea para engrasar las ruedas de la telega? Porque en la aldea hace mucha falta".

Esta pregunta, dirigida en una reunión tan solemne al timonel de la revolución, sorprendió a los reunidos, pareció absurda a algunos y provocó una carcajada: ¡Vaya una pregunta!, pensaban... Pero Lenin detuvo con un ademán a los que se reían y dijo que la pregunta del muchacho campesino era acertada y muy esencial para el campo, arruinado después de la guerra. "¿Qué os parece? —agregó, dirigiéndose a los jóvenes—. ¿Podrá rodar con buen éxito la rueda de la revolución, de la que hablamos y nos preocupamos cada día, si se para la telega, tan necesaria en la hacienda campesina?"

¡Qué íntima dependencia de los fenómenos reveló Lenin en esta precisa comparación! ¡Cómo cambió instantáneamente el estado de ánimo de los reunidos!

El poeta A. Zhárov, que asistió a ese mismo congreso, cuenta que Lenin, sentado en la presidencia, dibujaba a lápiz una casa en una hoja de papel mientras llegaba el momento de pronunciar su discurso. Cuando terminó su dibujo, escribió con satisfacción en el centro de la casa: "Escuela".

Es sabido que, en este discurso, Lenin señaló a la juventud la tarea principal del momento: ¡aprender, aprender, aprender!

Recordé hace poco este episodio al visitar una escuela. Los niños me rodearon y me pidieron que, como recuer-

do, firmase las reproducciones que les había regalado. Y cuantos se acercaron a mí, me pidieron lo mismo: dedíqueselas a *nuestro* grado, a *nuestro* destacamento de pioneros, a *nuestra* sección, etc.

Ni un solo niño me pidió: Dedíquemelas a mí. Y eso nuevo, colectivo, que oí en la escuela, es auténticamente leninista. ¡Qué alegría da comprobar que este rasgo colectivo es ya para nuestra joven generación algo que se sobrentiende! Y está muy bien que en nuestras escuelas haya cada día más "rincones de Lenin", más círculos de Historia, pues cuantos estudien al gran Lenin asimilarán sin darse cuenta los ejemplos de la vida de Lenin, de la conducta de Lenin.

Lo sé por mí mismo: el trabajo relacionado con la figura de Lenin me ayuda a vivir, a ser mejor, más puro, me obliga a autocontrolarme en todo.

N. Zhúkov

LA LINEA SIN TERMINAR...

LA LINEA SIN TERMINAR...

La ciudad no existe todavía. No hay ni planes ni planos concretos. No hay más que un sueño. El sueño de crear una Ciudad de la Ciencia, una filial de la Sección Siberiana de la Academia de Ciencias de la URSS, en Shúshenskoe, "en la perdida aldea siberiana de Shúshenskoe", en la que estuvo deportado Vladímir Ilich Lenin.

No hay todavía ciudad. Pero hay experiencia de creación en Siberia de grandes centros científicos. Hay sueños. Y hay hombres dignos y capaces de convertirlos en realidad...

...Desde el mar del Obi soplan vientos precursores de la primavera. Pero en marzo y abril, Siberia está lejos aún de la primavera. Y en las calles de la Ciudad Académica de Novosibirsk, uno de cada dos transeúntes lleva esquíes. Y uno de cada tres arrastra un pequeño trineo con un niño sentado majestuosamente, que lanza al mundo miradas exigentes. La Ciudad Académica cede la palma de la natalidad únicamente a Angarsk.

Lenin en el Kremlin. Otoño de 1918

Por las aceras caminan apresuradamente físicos matemáticos, biólogos y químicos, alegres y pensativos, barbudos y bien rasurados, con gafas y sin ellas.

Oscurece. Se han encendido las luces en el café *La sonrisa*. Hacen guiños los anuncios luminosos de un cine de pantalla ancha. Ha terminado la jornada de trabajo. Por eso están tan concurridas las calles de bellos nombres, que sólo soñadores y poetas podían inventar: avenida del Mar (¡en plena taigá!), calle de las Perlas, calle de los Románticos. . .

Basta con atravesar un pequeño bosque cubierto de nieve para llegar al edificio de la Universidad, cuyos primeros graduados trabajan ya allí mismo, en los institutos de investigación científica.

¡Quince institutos de investigación científica! Son la base de la Ciudad Académica, su orgullo, su trabajo, su riqueza.

Pasa por la calle un animado grupo. Se oyen palabras inglesas. Son hombres de ciencia llegados para asistir a un Simposio Internacional de Física de los Sólidos; son compatriotas de Wells, que no creyó a Vladímir Ilich Lenin cuando éste, en el Moscú helado, oscuro, agobiado por el hambre y el tifus, hablaba al escritor de la electrificación, del desarrollo de la industria y la ciencia en la URSS. El hecho de que físicos ingleses, norteamericanos, franceses, etc., vengan a este país para participar en un Simposio Internacional, no en Moscú o en Leningrado, sino en "la remota Siberia poblada de osos", habría parecido probablemente a Wells, autor de novelas de ficción científica, la mayor de las fantasías.

Los ingleses se dirigen por la avenida del mar hacia el Hotel *El Valle de Oro*.

Pero yo sigo a lo largo de los pabellones de los institutos científicos, plasmación de la elegancia sobria y del cálculo conciso. Algunos de ellos, como el Instituto de Cinética y Combustión, se esconden en el bosque. "Acaba

el experimento y ponte los esquíes", bromean los químicos.

Los institutos de Hidrodinámica, Física Nuclear y Matemáticas están junto a la carretera y desde los autobuses pueden leerse los rótulos de la entrada.

Es ya tarde. Pese a ello, en muchas ventanas sigue encendida la luz. Es posible que, en este momento, un físico o un químico esté desentumeciendo los dedos, como un violinista cansado. Tiene ante la vista fórmulas, fórmulas, fórmulas. Los cuellos de cisne de los integrales. Las jorobas de camello de los diagramas.

Limpia cuidadosamente el encerado y dice a su camarada: "Bueno, vamos a cenar".

Esto significa: "Por ahora no resulta".

En la calle esperan el autobús unos cinco minutos.

El autobús lleva pocos pasajeros. Va casi vacío. Y les veo ocupar unos asientos delanteros. No sé por qué, pero me parece que estos dos volverán hoy al instituto. Debe resultarles.

Tras los muros de otro instituto está en funcionamiento una computadora electrónica. Despide calor, como un organismo vivo. Su coautor (un matemático, un historiador o un economista) ha trabajado y meditado con atención y ha señalado a la máquina una tarea muy concreta. Y ella calcula.

En otra ventana, a la luz viva de una lámpara, se ven varias sombras inclinadas sobre una mesa. Allí se realiza un trabajo colectivo. En este momento, todos ellos son un solo cerebro. Un solo pensamiento. Quizá discutan o quizá estén callados, quizá esté librándose una batalla silenciosa.

Estas batallas que se sostienen en el silencio de los gabinetes y de los laboratorios son distintas. A veces son rápidas, vertiginosas. A veces duran mucho, muchísimo, como el asedio de una gran ciudad. Y con frecuencia

creciente, los hombres de ciencia se ven ayudados en sus batallas por las armas de investigación más modernas.

Máximo Gorki recuerda que Lenin le dijo, poco después de la revolución, que si proporcionáramos a los técnicos condiciones ideales para su trabajo. Rusia se convertiría en veinticinco años en un país avanzado.

En Siberia, en los lugares a los que eran deportados los revolucionarios en otros tiempos, se han creado hoy esas condiciones.

¿Cuándo empezó todo eso?

En 1957 llegaron a la costa del mar del Obi los primeros trabajadores de la construcción. Montaron las primeras tiendas de campaña y las primeras barracas provisionales. Mijaíl Lavréntiev, sabio de fama mundial, matemático, comunista, se instaló en una pequeña isba al lado del río Zyrianka.

Los académicos Lavréntiev, Jristianóvich y Sóbolev soñaban desde hacía mucho con crear un gran centro científico en Siberia. Reconozcamos, sin embargo, que esta idea no fue apoyada al principio por todos. "¿Por qué, por qué ir a Siberia?", preguntaban a los entusiastas defensores de esta idea.

Porque es infinitamente rica y está todavía muy poco habitada. Porque es el centro del país. Porque Vladímir Ilich Lenin habló de las colosales riquezas y de las colosales posibilidades existentes al otro lado de los Urales.

Hasta aquel momento no había habido en la estructura de la Academia de Ciencias de la URSS una institución semejante a la Sección Siberiana. Todas sus secciones habían sido organizadas, digámoslo así, por ramas. Y se trataba de crear por vez primera una sección vinculada

no a una u otra especialidad científica, sino a un territorio único, en el que debería haber institutos científicos dedicados a estudiarlo y explotarlo y a formar en él nuevos especialistas, nuevos hombres de ciencia. Siberia era el lugar ideal para eso. Los científicos deberán estudiar y aprovechar los ricos recursos naturales de aquel territorio. Estudiar y argumentar el origen y desarrollo, las leyes y las vías de aprovechamiento de los minerales, el petróleo, el gas, los diamantes y el oro de Siberia.

Deberán materializar la idea de Lenin sobre la electrificación total de esta riquísima región, llevar a la práctica audaces proyectos técnicos. Siberia requería imperiosamente la creación de su propia cantera de investigadores, preparados al más alto nivel, a la luz de las ideas científicas y filosóficas más modernas.

El principio territorial no es, en este caso, puro formalismo. El investigador debe entender hoy varias lenguas, por así decirlo, en la ciencia. Porque en nuestros días, los descubrimientos más notables se efectúan precisamente en los puntos de enlace de las ciencias. Y sus cimas las toman por asalto conjuntamente representantes de varias especialidades. Los físicos, los matemáticos, los químicos, los biólogos, los economistas, los mecánicos, los geólogos, etc., debían vivir juntos, unos al lado de otros, trabajar en institutos vecinos, como amigos, como auxiliares, como coautores.

Así lo requerían la vida y el progreso de la ciencia de la segunda mitad del siglo XX.

Los hombres de ciencia trabajan ahora así no sólo en la Ciudad Académica de Novosibirsk, sino en las ciudades científicas de Irkutsk, Krasnoyarsk y Vladivostok. Es una nueva confirmación, una nueva materialización, del pensamiento expuesto por Vladímir Ilich Lenin en los *Cuadernos filosóficos* y en *Materialismo y empiriocriticismo*

acerca de la unidad de la ciencia, la técnica y el materialismo dialéctico.

Sin embargo, se hacían objeciones. Los oponentes seguían afirmando obstinadamente que sería difícil mantener un elevado nivel de la ciencia lejos de los centros científicos ya creados —Moscú, Leningrado, Kíev—, lejos de las bibliotecas y de los sabios más eminentes, que no marcharían a Siberia, abandonando sus laboratorios, sus escuelas científicas, a sus amigos, etc.

"¿Y si, a pesar de todo, esos grandes sabios se trasladan a Siberia, llevando con ellos a sus discípulos?", preguntaban los entusiastas.

Los escépticos se encogían de hombros.

Es raro, probablemente, que casi todo el personal de un laboratorio acepte en el acto, sin discusión, literalmente en dos minutos, trasladarse de Moscú a Siberia, a miles de kilómetros. Y aunque los periódicos y las revistas hablen de eso, al lector le queda siempre en el fondo del alma cierta desconfianza: en la vida no ocurren nunca cosas tan sencillas. Pero así ocurrió precisamente en el laboratorio del académico Búdker en el Instituto de Energía Atómica, que dirigía Igor Kurchátov. A los dos minutos, casi todos los colaboradores habían expresado su conformidad con el traslado. Y dos días después se firmó la orden de fundar en Siberia, sobre la base de este laboratorio, el nuevo Instituto de Física Nuclear.

Debe advertirse que mucho antes de que se hablara de crear el centro científico de Siberia, se había discutido ya en el instituto la necesidad de sacar de Moscú el laboratorio. Este se había desarrollado y, al hacerse más complejos los temas en que se ocupaba, se estaba transformando en un instituto científico independiente.

Los hombres de ciencia empezaron a buscar el lugar idóneo para el nuevo instituto, discutieron, se aconsejaron de Kurchátov. Y decidieron: Novosibirsk.

Simultáneamente, los autores de la idea de crear en Siberia una sección de la Academia de Ciencias de la URSS —Lavréntiev, Sóbolev y Jristianóvich— buscaron también un sitio apropiado para el futuro centro científico. Numerosos hombres de ciencia de los institutos de Química y Biología pensaron asimismo en trasladar sus laboratorios a Siberia. Era un proceso natural, ya en sazón. Por eso, cuando se decidió crear la Sección Siberiana de la Academia de Ciencias de la URSS, el terreno estaba ya bien preparado.

Fueron a Siberia a elegir sitio. Los árboles vestían el oro de sus hojas otoñales. Y así nació, por sí misma, la denominación: Valle de Oro. Dos años más tarde, los científicos quedaron bastante desconcertados al saber que el lugar en que vivían era llamado antes de la revolución el Barranco del Lobo.

Desde su fundación, la Ciudad Académica fue habitada principalmente por graduados del Instituto Físico-Técnico de Moscú, hermano menor del Instituto Físico-Técnico de Investigación Científica de Leningrado, en cuya organización participó activamente Vladímir Ilich Lenin en los primeros años de Poder soviético.

El personal científico de los institutos de Hidrodinámica, Física Nuclear y Matemáticas vivió al principio en tiendas de campaña, se trasladó después a barracas provisionales de madera y, finalmente, a apartamentos y chalets dotados de todas las comodidades.

Construyeron, trabajaron y aprendieron, aprendieron, aprendieron. Este mandato de Lenin a la juventud se convirtió en lema de los creadores del centro científico siberiano, en su base, en su esencia. No había terminado todavía la construcción del Instituto de Hidrodinámica cuando se organizó en él una escuela nocturna para los obreros de la edificación. Los propios científicos daban las clases (gratis, como es natural, después de terminada la

jornada). Muchos de los antiguos alumnos de la escuela nocturna pertenecen a la primera promoción de la Universidad de Novosibirsk, cuyos cimientos se colocaron entonces. A los dos años de iniciadas las obras, el académico Iván Bardin escribía: "Siberia fue en otros tiempos una abandonada región periférica de la Rusia zarista, una región que no se distinguía, ni mucho menos, por su cultura e instrucción. Hace poco visité en Novosibirsk nuestro nuevo centro científico en construcción. Llegué allí con poca suerte, casi a media noche. Pensé que todos estarían ya durmiendo. Pero en las ventanas del instituto había luz. Se daba clase en la escuela nocturna, y los estudiantes de postgraduado hacían experimentos en los laboratorios. Todo eso me permitió hacerme una idea de la maravillosa sed de conocimientos que siente la juventud".

Aquel era el tiempo del romanticismo. Pero por las calles asfaltadas empezaron a circular los autobuses, se levantaron los edificios de los institutos científicos y los cines encendieron sus luces.

Como se comprenderá, no todos pudieron —ni era necesario— trasladarse de sus apartamentos de Moscú y Leningrado a las tiendas de campaña de Siberia. Por ejemplo, los físicos experimentadores andaban entonces de un lado para otro, entre los laboratorios que seguían funcionando en Moscú y los que se estaban montando en Novosibirsk, y envidiaban a los teóricos, "libres como los pájaros", que no se veían atados por las instalaciones y los aparatos. Hoy han dejado con satisfacción de "vivir en dos casas" y se han avecindado firmemente en el Valle de Oro.

Han pasado las dificultades, ha pasado la vida no organizada, pero ha quedado el romanticismo. Lo que ocurre es que ahora se le da otro nombre, ha cambiado de fisonomía y de vestimenta. Ahora se llama "plan de trabajo" y "condiciones espontáneas" y se oculta en los planos y

esquemas, tras las cifras, las fórmulas, las máquinas electrónicas, los generadores de plasma y los aceleradores de partículas elementales...

Menos de medio siglo nos separa de aquel día de abril en que Vladímir Ilich Lenin se entrevistó con los hombres de ciencia de Rusia y, en una conversación amistosa, apuntaron los temas de las investigaciones y las medidas prácticas a adoptar para lograr nuevos éxitos científicos. Por entonces escribió Lenin el *Borrador del plan de trabajos científico-técnicos*, en el que expresó con toda precisión la idea de que la Academia de Ciencias y los especialistas debían participar con la mayor amplitud en el estudio y la exploración de las riquezas naturales, en el incremento de las fuerzas productivas del país y en el fomento de la ciencia y la cultura.

Esta reunión sirvió de base al gigantesco edificio de la Gran Ciencia erigido en la URSS. La Sección Siberiana es una de las alas de ese edificio.

Entre los que marcharon sin vacilaciones a Novosibirsk, entre los primeros que han hablado de fundar una sucursal de su instituto en la aldea de Shúshenskoe figuran los físicos, los representantes de una ciencia a la que Lenin abrió amplios horizontes a comienzos de siglo.

Al frente del Instituto de Física Nuclear figura el académico Andréi Búdker. Nació el 1 de mayo de 1918, en aquel primer 1° de Mayo soviético, en el que Lenin pronunció un cordial discurso de saludo a los manifestantes congregados en la Plaza Roja.

Y si seguimos las fechas más destacadas de la vida del académico Búdker, la siguiente será la del 1 de septiembre de 1936, día en que fue admitido en la Universidad de Moscú después de haber terminado los estudios en una escuela secundaria de Bielorrusia.

22 de junio de 1941. Búdker, graduado de la Universidad de Moscú, ingresó ese día, el primer día de guerra, en

la Unión de Juventudes Comunistas Leninistas de la URSS. Un día más tarde, el 23 de junio, defendió las tesis de licenciatura y marchó al frente.

Búdker se acordó de la Física sólo después de la victoria. En 1945 llegó al Instituto de Energía Atómica, sin tiempo siquiera para quitarse el capote de soldado, y tuvo la suerte de empezar a trabajar con Igor Kurchátov.

Con él, con Kurchátov, se resolvieron también todos los problemas referentes al traslado a Siberia y a la organización del Instituto de Física Nuclear en la Ciudad Académica. Kurchátov meció la cuna del Instituto de Física Nuclear, fue su padre espiritual.

Búdker se considera un experimentador, pero sus discípulos juran que es un teórico. Por lo visto, el experimentador y el teórico viven en él en buena armonía, orgánicamente, sencillamente.

Alexéi Naúmov, viejo amigo suyo, es el polo opuesto del enérgico e impulsivo Búdker. A algunos les parece demasiado seco y lento, excesivamente positivo. No se explican cómo pueden Búdker y Naúmov llevar tantos años trabajando como un todo único. Si, durante una conversación, Búdker dice "Nos parece", "Hemos pensado", "Hemos decidido", todos descifran sin error estas frases: el "nos" y el "hemos" significan Búdker y Naúmov. Naúmov "lleva hasta el fin", por así decirlo, las ideas de Búdker. Como se comprenderá, llegaron juntos a la Ciudad Académica.

Roald Sagdéiev. En el instituto se le llama en broma "el más viejo entre los jóvenes". Sagdéiev tiene poco más de treinta años, pero es ya correspondiente de la Academia de Ciencias de la URSS, profesor y decano de la Facultad de Física de la Universidad de Novosibirsk. Es peculiar de su estilo creador la penetración a fondo en la Física de los complejos fenómenos del plasma. Ha escrito muchas y excelentes obras, dadas a conocer en re-

vistas científicas del extranjero y en documentos de conferencias internacionales.

Alik Galéiev. Secretario de la organización juvenil comunista del instituto. Tiene veintitrés años. Preparó las tesis de licenciatura bajo la dirección de Sagdéiev, que le considera su discípulo predilecto. En 1964 se graduó en la Universidad de Novosibirsk con la primera promoción. Galéiev ha hecho tres años prácticas estivales en el instituto, donde se le conoce ya bastante bien. A pesar de su juventud, es autor de varios trabajos científicos. Uno de ellos, preparado conjuntamente con el profesor Sagdéiev, ha sido presentado en un Simposio Internacional en Londres.

Borís Chírikov. Sus compañeros dicen de él: "Borís es el más firme de todos nosotros". Un ejemplo: en el sector de Chírikov se efectúa un trabajo que no aprueba el director del instituto. Pero Chírikov considera: si un hombre ha empezado un trabajo, debe terminarlo. El mismo debe descubrir las contradicciones y los errores y sacar las conclusiones pertinentes. Y el director del instituto cede, aunque esté profundamente convencido de que es él quien tiene razón. Porque es imposible obligar con órdenes a una persona a que deje de pensar en el problema que le preocupa. Y, además, no se puede remplazar la autoridad del dirigente, la autoridad del hombre de ciencia con el poder administrativo del director.

Chírikov es un experimentador, pero su tesis de candidato en Ciencias tiene carácter teórico. Cada uno se dedica a lo que constituye su vocación a lo que considera más importante para el instituto y para él en ese momento. Todos trabajan sin escatimar energías. A ello se debe, precisamente, que el instituto haya podido hacer tantos trabajos importantes en tan poco tiempo.

Borís Chírikov y Espartaco Beliáev pertenecen a la primera promoción del Instituto Físico-Técnico de Moscú.

Búdker recuerda a Beliáev tal y como era cuando terminó los estudios en el instituto: un muchacho muy joven que estaba dando los primeros pasos en el terreno de la ciencia. Y cuando se encontró de nuevo con él al cabo de algunos años, quedó sorprendido de la audacia y la profundidad de sus razonamientos teóricos. Era un científico ya formado, un gran teórico, un doctor en Ciencias. Así llegó a Novosibirsk. Hace poco fue elegido correspondiente de la Academia de Ciencias de la URSS.

Beliáev trabajó cerca de un año en el extranjero, en el laboratorio de Niels Bohr. El gran físico danés tomó afecto a este inteligente científico ruso. Varios años después, ya en Novosibirsk, Beliáev y sus camaradas recibieron en el aeródromo a Aage Bohr, director del instituto que lleva el nombre de su padre.

Fueron varios los factores que movieron a Beliáev a trasladarse a la Ciudad Académica: el silencio, la posibilidad de trabajar dieciséis horas al día y los viejos lazos de amistad con los físicos, muchos de los cuales aparecieron también allí, en Novosibirsk.

Mientras que Espartaco Beliáev ha llegado al instituto como un científico ya formado, Alexandr Skrinski, el más joven dirigente de laboratorio —tiene ahora 28 años—, se ha educado por completo en el instituto. Fue a él como practicante de la Universidad de Moscú e imperceptiblemente ocupó una situación dirigente en la sección. Nadie se sorprendió en el instituto cuando el director firmó una orden nombrando jefe de laboratorio a Skrinski, que tenía entonces veinticinco años. La orden no hizo más que refrendar una situación ya existente.

Tal es el estilo de trabajo del instituto, el estilo de trabajo de toda la Ciudad Académica. Confianza, confianza en el hombre, en el investigador. Allí les gusta repetir un aforismo de su propia invención: "Si una persona no está pegada a un aparato, no quiere decir

que vaguee: está pensando". Esta fórmula medio en broma encierra también un estilo de trabajo. Ser honrado consigo mismo y con los demás. Trabajar. Buscar. Crear.

¿No es ésa, precisamente, la esencia del estilo leninista de trabajo?

Los habitantes de la Ciudad Académica son muy diferentes. Diferentes por la edad. Diferentes por la nacionalidad. Unos, además de escribir cifras y fórmulas, como, por ejemplo, Sagdáiev, pintan acuarelas que revelan una sutil percepción de la naturaleza; otros, como Chírikov, se bañan en los humeantes agujeros hechos en los hielos del mar del Obi, incluso durante las grandes heladas de diciembre; éstos sienten afición por la literatura; aquéllos practican el deporte... Mas a todos les une la creación, la insatisfacción por lo hecho, la cualidad inapreciable de la juventud, que algunos conservan toda su vida. El traslado a Siberia está vinculado, para muchos de ellos, con la formación del investigador, del hombre de ciencia.

La mayoría de estos investigadores han nacido después del frío y amargo 21 de enero de 1924, en que falleció Lenin, pero no pueden pensar sin dolor en aquel día.

¿Acaso Lenin ha muerto para ellos? Las ideas de Lenin, sus pensamientos, su trabajo y sus sueños viven en ellos mismos, en los investigadores. Todo eso ha entrado en su sangre y en su mente, desde los primeros días de su vida, junto con el aire que respiraban, con los sonidos que oían, con las imágenes queridas grabadas en su memoria desde la infancia, con los primeros libros para niños, con las emisiones de radio para los pioneros, con la escuela, con los establecimientos de enseñanza superior, con todo nuestro género de vida. Y es imposible ya separar el pensamiento de Lenin del tejido vivo de su vida, de su trabajo.

En los albores de nuestro siglo, Lenin mostró y predijo genialmente la infinitud del conocimiento, la inmensidad de la inteligencia humana, que penetra en lo desconocido, descubre nuevas propiedades de la materia, nuevos aspectos en la estructura del mundo. "Si esta profundización no fue ayer más allá del átomo y hoy no pasa del electrón. . . El electrón es tan *inagotable* como el átomo, la naturaleza es infinita". Parece casi increíble que estas líneas de Lenin hayan sido escritas al comienzo mismo de nuestro siglo. . .

Una de las tareas de la Física moderna consiste en penetrar lo más a fondo posible en el "santuario" de la materia. Los hombres de ciencia han inventado gigantescos aceleradores para estudiar las partículas elementales. Pero el "apetito" de los investigadores aumenta con tanta rapidez que los aceleradores se rezagan de ellos. A los físicos no les satisfacen ya aceleradores de miles de millones e incluso de decenas de miles de millones de electrón-voltios. Hay que buscar, por consiguiente, un nuevo tipo de aceleradores. Y este objetivo, al que consagran actualmente sus esfuerzos las mentes más preclaras del mundo, es una de las directrices principales de las investigaciones que realizan los físicos de Novosibirsk. Han inventado ya aparatos —acogidos con legítima admiración en los simposios y las conferencias internacionales—, que ayudan a los hombres de ciencia a dar un paso más hacia el descubrimiento del secreto secular: el secreto de la estructura de la materia. Sus investigaciones confirman la profundidad del pensamiento de Lenin sobre la inagotabilidad del átomo y del electrón, se nutren de él y viven de él.

El anhelo de conocer lo desconocido no es el único factor que impele a los investigadores a estudiar problemas tan grandiosos como la estructura de la sustancia y la anihilación. Los astrónomos relacionan estas investigaciones con los vuelos a otros mundos. Los técnicos confían

en que el estudio de estos problemas les ayudará a descubrir colosales tesoros de energía, superiores en miles de veces a las posibilidades del combustible nuclear actual.

"La destructibilidad del átomo, su inagotabilidad, la variabilidad de todas las formas de la materia y de su movimiento, han sido siempre el sostén del materialismo dialéctico. Todos los límites en la naturaleza son convencionales, relativos, movibles, expresan la aproximación de nuestra inteligencia al conocimiento de la materia... La inteligencia humana ha descubierto muchas cosas prodigiosas en la naturaleza y todavía hallará más, aumentando así su dominio de la naturaleza..."

Así escribía Lenin hace cerca de sesenta años.

Nuevas y nuevas generaciones de investigadores se incorporan a la ciencia, recibiendo de las viejas el mandato de proseguir las búsquedas científicas, el conocimiento del mundo.

En un laboratorio vi a un joven mechoso. Estaba entregado a misteriosas manipulaciones en una complicadísima instalación compuesta de cables, tubos y placas.

— ¿Quién es? —pregunté.

— Un colaborador nuestro, Volodia Balakin —me respondieron—. Un experimentador interesante.

¿Cómo ha llegado este muchacho de dieciocho años a ser colaborador de uno de los institutos de Física más importantes?

"No hay sabio sin discípulos": tal es el lema de la Ciudad Académica de Novosibirsk. Y allí se entiende por discípulos no sólo a los jóvenes colaboradores científicos y a los que aspiran a adquirir un grado científico, sino a los estudiantes, a los que entrarán mañana en el laboratorio, e incluso a los escolares.

En sus indagaciones incesantes, los científicos de Novosibirsk no encuentran solamente la solución de im-

portantísimos problemas de la Física, la Biología y las Matemáticas. Encuentran también a quienes les ayudan a resolver esos problemas: a hombres y mujeres enamorados de su profesión, dominados por ella. No importa que sus conocimientos sean por ahora insuficientes, que carezcan de pericia. Tienen, en cambio, tesón y deseos de trabajar. Los hombres de ciencia les dan conocimientos, les descubren la incomparable alegría de la creación, les enseñan a sentir estimación por la minuciosa labor cotidiana del investigador con los aparatos, en una expedición a tierras lejanas o tras la mesa de trabajo. La Universidad de Novosibirsk y la Escuela Físico-Matemática preparan a los futuros investigadores.

A estos centros docentes son atraídos los muchachos más capaces de lejanas regiones de Siberia, del Extremo Oriente, de Yakutia, de Taimyr, de Kamchatka. Estos nombres geográficos eran antes de la revolución símbolo de atraso, incultura y embrutecimiento de la población. Ahora, los escolares de estas regiones escuchan lecciones de Física y de Matemáticas Superiores a académicos famosos. Y nadie se sorprende. Es un hecho habitual de nuestra vida.

Ahora bien, ¿cómo seleccionar a los muchachos de más talento? Se decidió, para ello, organizar olimpíadas físico-matemáticas.

Se enviaron problemas a todas las escuelas. Varios meses después, los escolares que los habían resuelto acertadamente fueron llamados a la capital de región más próxima. Allí se celebró la segunda eliminatoria de la olimpíada. Y los vencedores fueron invitados por los hombres de ciencia a pasar el verano en la Ciudad Académica de Novosibirsk.

Así llegó Volodia Balakin a Novosibirsk en compañía de otros quinientos escolares.

Es rara, probablemente, la Universidad que pueda jactarse de tener en su plantilla tantos académicos y profesores como la Escuela Físico-Matemática de Novosibirsk.

En ella dan clases eminentes sabios del país famosos en el mundo entero. Pero en la escuela de verano, sus alumnos no se limitan a escuchar lecciones y resolver problemas. Muchos escolares me han dicho que en ningún sitio pasan el tiempo tan alegres y entretenidos como allí. Se sienten embargados cada día por el jubiloso sentimiento de los descubrimientos. Los institutos científicos han abierto hospitalariamente sus puertas a los escolares. Los adolescentes aficionados a la Física y las Matemáticas pueden ver allí calculadoras electrónicas, aceleradores de partículas elementales de materia y complicados aparatos de Física. Pueden conocer personalmente a hombres de ciencia cuyos nombres han leído en los libros de texto y a los que, en secreto, sueñan con parecerse.

Por las tardes, en las costas del mar del Obi se encendían las hogueras. A su alrededor se sentaban los profesores, los escolares y los estudiantes de la Universidad, entablándose un coloquio largo, pausado e inspirado sobre la vida y las hazañas, la ciencia y el legado de Lenin a la juventud: aprender, aprender y aprender.

A fines de agosto tuvo lugar la tercera eliminatoria de la olimpíada. Los vencedores que poseían el certificado de haber terminado la escuela secundaria se quedaron allí para presentarse a los exámenes de ingreso en la Universidad de Novosibirsk; los que habían estudiado hasta el octavo grado, ingresaron en la Escuela Físico-Matemática, y los demás volvieron a sus casas para terminar la enseñanza secundaria de diez grados. También Volodia Balakin habría regresado a su aldea del Altái, a terminar el último grado, de no haber sido por "un encuentro en la fuente".

Cerca del viejo edificio de la Escuela Físico-Matemática hay un pequeño estanque con una fuente. Al anochecer se reunían allí los muchachos del campamento de verano para cantar, recitar versos o simplemente pasar el rato sentados, escuchando el susurro de las hojas y el mur-

mullo del agua. Acudían también a la fuente los colaboradores del instituto. Hablaban de sus anhelos, de su trabajo. Allí se encontró Volodia con Evgueni Kushnirenko, del Instituto de Física Nuclear.

Nadie ha conseguido todavía determinar con exactitud por qué nace de pronto el sentimiento de simpatía y confianza mutuas. Un sentimiento que se manifiesta frecuentemente cuando dos personas no se conocen en absoluto. Evgueni Kushnirenko, que había cumplido apenas veintisiete años, hizo amistad con Volodia, le tomó cariño.

Cuanto más conocía Evgueni a Volodia, tanto más se convencía de que poseía dotes poco comunes. El muchacho tenía manos de oro de experimentador, amor al trabajo y tesoneros deseos de ser físico. Y Evgueni Kishnirenko habló de él al director del instituto, académico Búdker.

Esta conversación decidió la suerte de Balakin. Fue incluido en la plantilla del Instituto de Física Nuclear, terminó, por libre, el último grado de la escuela secundaria e ingresó en la facultad vespertina de la Universidad de Novosibirsk.

¿Cómo empezó todo allí? ¿Y cuándo? ¿En 1957, cuando se montaron las primeras tiendas de campaña de los constructores de la Ciudad Académica?

No.

¿Antes? ¿Cuando comenzó a generar fluido la central hidroeléctrica del Obi, que permitió emprender allí, en el corazón de Siberia, gigantescas obras de construcción?

No.

¿Antes aún? ¿El 2 de febrero de 1920, cuando Vladímir Ilich Lenin habló —todavía no estaba redactado el plan GOELRO— de la necesidad de "confeccionar, con el concurso de los representantes de la ciencia y de la técnica, un plan amplio y completo de electrificación de Rusia"?

"Debemos —decía— tener una nueva base técnica para la nueva organización económica. Esta nueva base

técnica es la electricidad. Deberemos construirlo todo sobre esta base".

¿O quizá empezó todo en la "perdida aldea siberiana" de Shúshenskoe? Vladímir Uliánov discutió allí acaloradamente más de una vez con Gleb Krzhizhanovski, revolucionario y hombre de ciencia, numerosos problemas del futuro del país, de Siberia y de sus ríos poderosos.

La Ciudad Académica de Novosibirsk no es hoy la única avanzadilla de la Gran Ciencia en Siberia. Allá, donde los deportados caminaban antes de la revolución, haciendo sonar los grilletes por la carretera de Siberia —en Krasnoyarsk, en Irkutsk, cerca del lago Baikal—, se alzan hoy los pabellones de los institutos académicos.

Pero los hombres de ciencia han concebido la idea de fundar otro centro científico más en Sayán, en la aldea de Shúshenskoe, de levantar un monumento eternamente vivo a Vladímir Ilich Lenin en el lugar en que estuvo deportado.

En Sayán, en la zona del rápido de Dzhoisk, se ha iniciado la construcción de la central hidroeléctrica más potente del mundo: la de Sayán-Shúshenskoe. Hace poco visitó aquellos parajes el académico Mijaíl Lavréntiev, director de la Sección Siberiana de la Academia. Anduvo de un lado para otro. Lo examinó todo. Hizo cálculos.

Y los colaboradores de numerosos institutos, incluido el de Física Nuclear (son los iniciadores) discuten ya qué laboratorios serán trasladados al nuevo centro científico, quién fundará la sucursal del instituto en Shúshenskoe y quién deberá quedarse sin falta en el Valle de Oro.

"Me pides, Maniasha, que describa la aldea de Shushu-shu —escribía Vladímir Ilich a su hermana María desde la deportación—. ¡Ejem, ejem!... La aldea es grande, tiene varias calles, bastante sucias y polvorientas: todo como debe ser. Está en la estepa; no tiene huertos ni, en general, vegetación". Y poco antes, en una carta a su madre, Lenin bromeaba diciendo que "no en vano había escrito ya en Krasnoyarsk unos versos: "En Shúshenskoe,

al pie de los montes Sayán...”; pero, por desgracia, ¡no pasé de la primera línea!”

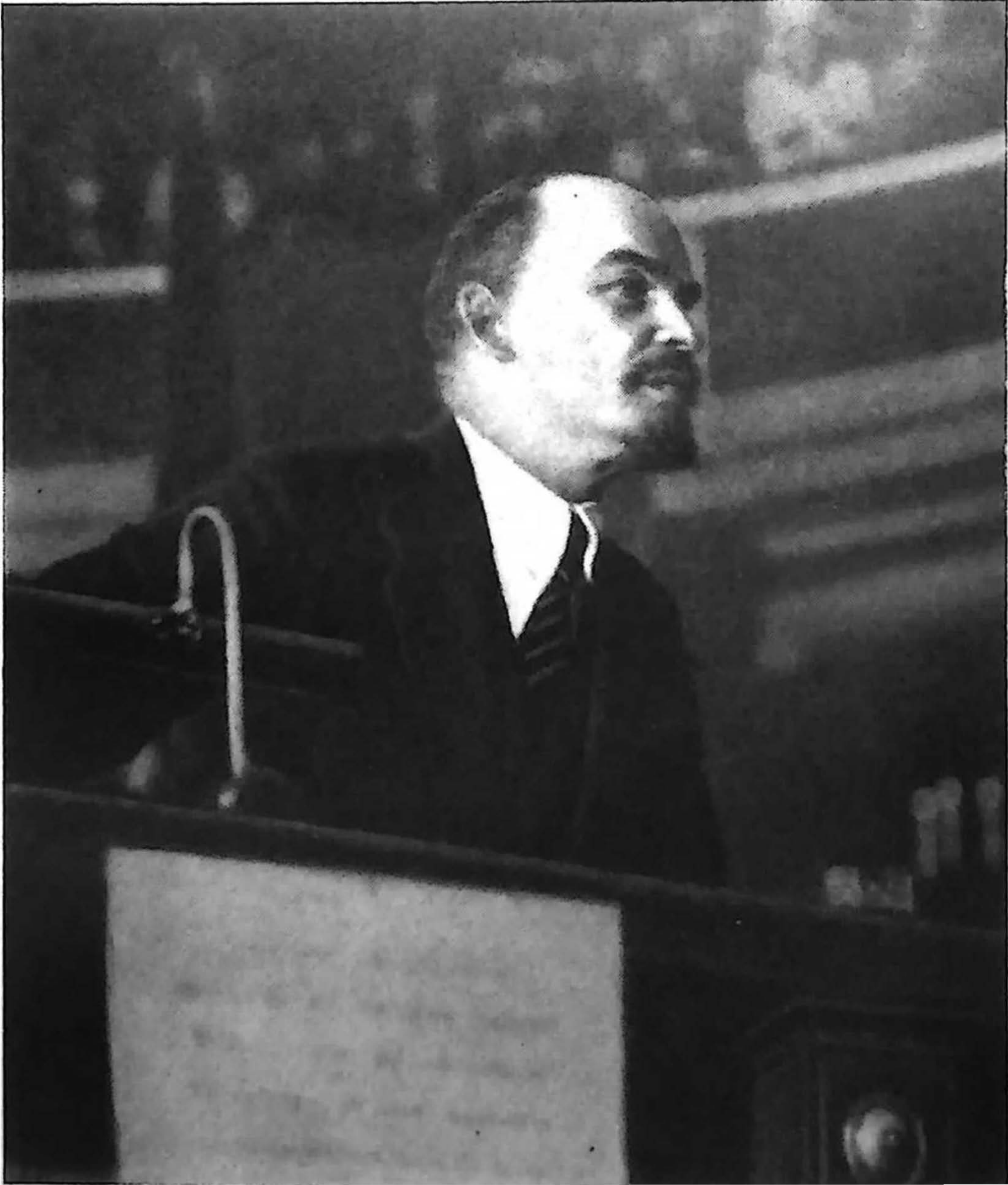
“En Shúshenskoe, al pie de los montes Sayán...” Esta línea quedó sin terminar. Pero la terminarán otros. La terminarán con las luces de las centrales eléctricas, con las grúas de las nuevas obras, con cifras y fórmulas, con descubrimientos e investigaciones, con hechos...

“En Shúshenskoe, al pie de los montes Sayán...” se levantará otra ciudad de la ciencia.

La ciudad no existe todavía. No hay ni planos ni planes concretos. Hay sueños, hay la idea leninista de la electrificación, que está siendo llevada a la práctica en las gigantescas centrales hidroeléctricas de los ríos siberianos. Y hay hombres dignos y capaces de convertir estos sueños en realidad.

V. Belétskaya

EL COSMODROMO PRINCIPAL



EL COSMODROMO PRINCIPAL

Sol y viento. . .

El Ladoga había roto su coraza de hielo, y del Neva soplaba un viento frío. Pero el sol arrancaba destellos dorados al metal de las trompetas de los destacamentos de pioneros. El cobre y el níquel relucían en los tambores retumbantes.

Los propileos solemnes y los anchos peldaños del Smolny, la plaza de la Dictadura Proletaria, el jardinillo que rodea el monumento a Vladímir Ilich Lenin, todo había sido invadido por el rojear de las banderas y el brillo de miles de ojos infantiles.

Los destacamentos de pioneros de toda la ciudad estaban congregados para una revista solemne en honor del 95 aniversario del nacimiento de Lenin.

Los tambores redoblaron con mayor fuerza y rapidez. A la concentración de los pioneros de las escuelas habían llegado los pioneros de la exploración del Universo.

Los cosmonautas entraron alegres y animosos en el jardinillo y se detuvieron. Un Lenin en bronce se alzaba ante ellos con un brazo enérgicamente extendido, pletórico de pasión y de inspiración revolucionarias, de fuego y de fe en la victoria.

Lenin durante una sesión del II Congreso de la Internacional Comunista. Julio de 1920

El cosmonauta Yuri Gagarin contempló la escultura de Lenin y el agitado mar infantil, y una ligera bruma empañó sus ojos claros, azules. Era esa bruma que vela los ojos de los hombres más valerosos cuando recuerdan la aurora de su vida. El primer cosmonauta del mundo recordó las isbas de la región de Smolensk, la escuela de madera, el tambor de los pioneros. . .

Yuri Gagarin era un chiquillo mechoso cuando, radiantes los ojos, fue con otros pequeños de frente ancha y cara redonda, como él, a prestar juramento de vivir y trabajar como Lenin, de seguir en todo el ejemplo de Lenin.

El juramento del pionero hubo de resistir durísimas pruebas. Muy niño todavía, Gagarin vio arder las aldeas y los bosques de abedules. En su casa irrumpieron gentes extrañas, terribles, que se llevaron no se sabe adónde a su hermano mayor, Valentín, y a su hermana Zoya. Todo cambió en la vida, todo se hizo diferente, horrible, completamente distinto a la vida de preguerra. El pequeño Yuri Gagarin estaba acostumbrado a ver las manos nudosas de su padre —el carpintero koljosiano Alexéi Ivánovich— ocupadas en levantar isbas de troncos, en fabricar sencillos muebles aldeanos. Estaba acostumbrado a ver a su madre, Ana Timoféievna —hija del obrero Matvéiev, de la fábrica de Putílov—, dedicada día tras día a los quehaceres domésticos, a la educación de los hijos. Mas de pronto entraron violentamente en la isba hombres extraños, con capote, con las armas en la mano, que se apoderaban de los últimos objetos de valor y atrapaban a niños y adultos. . .

El carácter del joven Gagarin se templó en las tempestades de la guerra. Se templó también en el fuego de la sección de fundición y en los primeros vuelos sobre el Volga, anchurosamente desbordado en las cercanías de Sarátov, donde habría de aterrizar después de su primer raid estelar.

El nieto de un obrero de Putílov, el hoy coronel y Héroe de la Unión Soviética, el Colón del Universo reconocido por

el mundo entero, se paró ante el Smolny y saludó a los pioneros.

Su amigo, el cosmonauta Guerman Titov, siguió su ejemplo. También él había sido pionero. Con la bandada de pañuelos rojos había ido a la taigá y al río para liberar las ciudades de sus juegos infantiles; había tocado el tambor y cavado en los bancales del huerto de la escuela. Y aunque la lejana aldea siberiana, a orillas del pequeño Bobrovka, no sufriera durante la guerra los incendios ni la sevicia del enemigo, también allá había llegado el dolor: en los frentes caían como héroes los combatientes siberianos y volaban al Altái las siniestras notificaciones. Un amigo de Guerman, Yurka, quedó huérfano de padre y madre. Otros amigos perdieron a sus padres, a sus hermanos...

La guerra llegó a Polkóvnikovo en 1941 disfrazada de duro trabajo masculino para los ancianos, las mujeres y los niños. Guerman Titov trabajó con su madre en el campo, ayudó en los quehaceres de la casa: hacinó paja, escardó la huerta... Y cuando la situación se hacía muy difícil y sentía grandes deseos de comer, el abuelo salvaba la situación con sus relatos sobre la revolución de 1917, sobre los comuneros llegados de Petrogrado al lejano Altái, por consejo de Lenin, para organizar comunas y vivir en ellas de una manera nueva. Los guerrilleros siberianos de Zhuravlíjino organizaron una comuna en la nueva aldea de Amanecer de Mayo y la defendieron intrépidamente, haciendo frente a las incursiones de las bandas de campesinos ricos y de los destacamentos contrarrevolucionarios.

El pionero Guerman Titov escuchaba los lacónicos relatos sobre los héroes de las comunas y la lucha en defensa de la nueva vida propugnada por Lenin y sentía cómo se fortalecían sus músculos y se templaba su voluntad.

Y ahora se encontraba en la ciudad de Lenin, en la misma ciudad de la que en otros tiempos habían marchado al Altái los obreros de Petrogrado, para crear la nueva vida, para roturar las tierras vírgenes. Miraba al Smolny y a los pioneros, y su rostro se iluminaba. Todo lo que ocurre en

nuestra vida —tanto lo grande como lo pequeño— está vinculado a estos lugares, en los que nació hace muchos años un poder nuevo, el poder de los obreros y de los campesinos.

Guerman Titov, ocultando su emoción, entornó los ojos, hizo un guiño alegre a los pioneros y les saludó como es costumbre entre ellos.

¡Quién sabe cuántos Gagarin, Titov, Leónov y Beliáev saldrán de esos pioneros que llenaban el jardinillo y la plaza delante del Smolny! Son el futuro del pueblo, el futuro del partido, el futuro del país. Pero el Smolny impelía a pensar también en el pasado, a pensar en los creadores del mundo nuevo, a pensar, sobre todo, en Lenin.

El cosmonauta Alexéi Leónov —naturaleza poética, vivaz— se esforzaba por penetrar en el pasado con su vista de artista y ver el Smolny en los días tempestuosos de Octubre, cuando ardían allí hogueras chisporroteantes y la tierra y el cielo eran barridos por los haces de los reflectores. Jinetes sobre caballos cubiertos de espuma se acercaban a galope a los anchos peldaños, saltaban rápidos de las sillas y entraban corriendo en el Smolny con partes urgentes e importantes. Las aspas de las cintas de cartuchos cruzaban el pecho de los ametralladores, vigilantes al lado de sus "Maxim" y dispuestos a abrir fuego contra el enemigo. Al lado suyo, los cañones torcían la boca amenazadoramente.

Ante la vista de Alexéi Leónov fueron sucediéndose mentalmente los cuadros, a cual más maravilloso. Vio desfilar, marcando el paso, destacamentos de soldados y de obreros armados de Petrogrado. Los centinelas revisaban los salvoconductos en la puerta, y en el Smolny irrumpía un río de capotes, fusiles, gorros y gorras de piel y ametralladoras. El sensible oído musical de Alexéi Leónov parecía percibir, a través del redoble de los tambores y de la canción de las trompetas pioneras, el relincho de los caballos, el repiqueteo de sus cascos, las órdenes de mando y el fragor de las armas. Pensaba en los diez días que estremecieron al mundo en octubre de 1917. Pero yo pensaba en

los diez minutos de Alexéi Leónov que estremecieron también al mundo de nuestros días.

Hace muy poco, millones de personas de distintos países y ciudades seguían sobrecogidas por el temor, con la vista fija en las pantallas de los televisores, cómo se hacía realidad estelar la fábula secular.

El globo terráqueo flotaba ante nuestros ojos, girando lentamente en el abismo sideral. Desde la Tierra, sus habitantes vimos nuestro planeta a una distancia astronómica. La cosmovisión permitió a la humanidad instalarse en la cabina de la nave espacial *Vosjod-2* y, como en una lección de Geografía, estudiar su planeta. Y la Tierra pasó ante nosotros con las lejanías brumosas de sus océanos, con los desiertos pardiamarillos de Africa, con las verdes extensiones de Siberia y los heleros, opacamente brillantes, de Pamir.

Pero los océanos y los continentes sólo servían de fondo para el estremecedor acontecimiento de la segunda mitad del siglo XX: en la esclusa de la nave espacial *Vosjod-2*, que volaba sobre la Tierra, apareció la cabeza de un hombre.

— Soy Diamante... Soy Diamante... —repitió Alexéi Leónov su radioconsigna espacial—. Todo marcha bien... ¡Me siento magníficamente!

Empezaba la fantasía hecha realidad.

Alexéi Leónov se asomó un poco por el angosto pozo de la cámara de la esclusa y, agarrándose con las manos al borde de la escotilla, salió al espacio.

Fue el primer hombre que vio lo que nadie había visto ni conocido hasta entonces.

Llegó el instante de máxima tensión tanto para Leónov como para todos los científicos, médicos, diseñadores e instructores, para todos los que habían preparado al hombre con vistas a planear en el espacio sideral.

En la ciencia existía a la sazón el convencimiento de que el hombre que saliera al espacio chocaría contra la "barrera sicológica": podría hacerse todopoderoso el reflejo del miedo y desempeñar el papel rector el instinto de autoconservación.

¿Podría el hombre vencer el "temor de la altura"? ¿Sabría tener pleno dominio de sí mismo y "meter en un puño" los viejos y poderosos instintos? ¿No podría ocurrir que los reflejos primitivos —amortiguados por la educación y la instrucción, por la voluntad y la fuerza del raciocinio— rompieran todas las trabas y dominaran por completo al hombre al entrar éste en contacto con un mundo nuevo?

Ante los ojos aparece una altura enorme, un espacio vacío no limitado por nada. ¡Qué miedo debe dar perder en ese instante el medio habitual, el apoyo de la nave, último pedazo minúsculo de la Tierra! En el hombre se producen involuntariamente impetuosas reacciones emocionales, aparecen el encadenamiento muscular y la sensación de caída.

¿Qué podría ocurrirle al hombre en los primeros segundos de contacto con el vacío?

¿Conmoción? ¿Parálisis? ¿Choque nervioso? ¿Alucinaciones? ¿Paroxismo del miedo?...

Leónov no sintió miedo ante lo desconocido. Salió decididamente de la esclusa y se agarró al borde de la escotilla.

Voló, junto con la nave espacial, a una velocidad de 28.000 kilómetros por hora. Vio el azul índigo del Mar Negro. Vio el cuenco de la bahía de Tsemes. Vio Novorossiisk, los edificios blancos, como cristales, de los sanatorios de Sochi y los campos verdes del Kubán.

Por último, al recibir la orden de Pável Beliáev, Alexéi Leónov separó la mano del borde de la escotilla: de su último punto de apoyo. Y en el acto se alejó de la nave.

Flotó.

Planeó.

Voló...

Alexéi Leónov permaneció veinte minutos en el vacío; diez de ellos, que estremecieron al mundo, se los pasó volando fuera de su nave espacial.

Aquel hombre, que en compañía de su amigo Pável Beliáev —comandante de la nave espacial *Vosjod-2*, había realizado una gran hazaña en la sima del Universo, se encontraba ante el edificio del Smolny, contemplaba la figura de Lenin, miraba a los pequeños leninistas y pensaba en el pasado: en los tiempos que dieron vida a todas las proezas del presente. Alexéi Leónov ha leído mucho acerca de la Revolución de Octubre, le ha interesado siempre la vida y la lucha de Lenin.

El cosmonauta Vladímir Komarov dijo pensativo:

— Por aquí entró Lenin en el Smolny...

Y como si siguieran a Lenin, los cosmonautas entraron en el Smolny.

Fueron recibidos con flores y sonrisas en los largos pasillos, en los descansillos de la escalera, en todas partes. Alexéi Leónov se imaginó este pasillo, largo y abovedado, decenas de años atrás, cuando los marinos y los soldados iban por él formados y haciendo ruido con las armas. Los proletarios de Petrogrado, empuñando el fusil en sus manos de hierro, pasaban envueltos en las nubes de humo azul del tabaco barato. Los motoristas iban presurosos de acá para allá, acompañados por el crujido de sus cazadoras de cuero y de sus botas.

Subieron al segundo piso. La puerta de la habitación número 86 estaba abierta. Allí vivió y trabajó Vladímir Ilich Lenin.

Los cosmonautas entraron en la habitación y vieron la mesa, baja y ovalada, y las butacas enfundadas que tanto conocemos todos por las películas y los cuadros. Allí trabajó Lenin, recibió a los emisarios de los campesinos, presidió reuniones, comió, resolvió los problemas generales de la insurrección armada...

Vladímir Komarov entró en otra pequeña habitación separada de la primera por un bajo tabique de tablas pintadas de blanco. Dos sencillas camas de hierro, una mesilla y unas sillas: ése era todo el modestísimo mobiliario

de la habitación que habitaron Vladímir Ilich Lenin y Nadezhda Konstantínovna Krúpskaya.

— Me parece que al salir para el Cosmos no me emocioné tanto como aquí... —dijo Vladímir Komarov.

Alexéi Leónov pasó una mano por la cabecera de la cama de hierro.

— Es mucho lo que tenemos que aprender todos de Lenin...

Pável Beliáev, hombre de rara serenidad y dominio de sí mismo, recorrió con la vista la habitación: el Estado Mayor de la Revolución de Octubre, el centro de la insurrección. Se acercó a la mesa y ojeó las planas amarillentas de los periódicos de entonces, miró al teléfono que utilizaba Lenin y fijó los ojos en la sencilla pluma con mango de madera que usó Lenin para firmar los primeros decretos del Poder soviético y escribir artículos.

Los recuerdos de Nadezhda Krúpskaya sobre el período en que Lenin vivió en el Smolny llamaron la atención del comandante de la nave espacial *Vosjod-2*. Tomó el libro y leyó:

"Nos instalamos con Ilich en el Smolny. Se nos destinó una habitación en la que había vivido antes una institutriz. Era una habitación con un tabique de tablas, tras el que había una cama. Se entraba en ella a través del lavabo... Al recogerse a altas horas de la noche tras el tabique de la habitación que ocupábamos en el Smolny, Ilich no podía conciliar el sueño: se levantaba de nuevo, llamaba a alguien por teléfono, daba algunas instrucciones urgentes y cuando, por fin, se quedaba dormido, seguía hablando en sueños de los asuntos... En el Smolny se trabajaba de día y de noche. Al principio, todo tenía lugar en el Smolny: las reuniones del partido, las sesiones del Consejo de Comisarios del Pueblo, la actividad de los comisariados; desde el Smolny se enviaban telegramas y órdenes y a él confluía la gente de todas partes".

El colaborador científico que acompañaba a los cosmonautas recordó a los huéspedes que una noche, ya muy

tarde, al llegar al Smolny, Lenin escribió el llamamiento *¡A los ciudadanos de Rusia!*, en el que se anunciaba la deposición del Gobierno Provisional burgués y el paso de todo el poder al Comité Militar Revolucionario, organismo del Soviet de diputados obreros y soldados de Petrogrado. Aquel mismo día resonaron en el mundo entero las palabras pronunciadas por Lenin en el Smolny:

"La revolución obrera y campesina, de cuya necesidad han hablado siempre los bolcheviques, se ha realizado".

Los cosmonautas entraron en el salón de actos del Smolny. En este salón de mármol blanco se formó, en el II Congreso de los Soviets de toda Rusia, el primer Gobierno obrero y campesino que conoce la historia: el Consejo de Comisarios del Pueblo, presidido por Lenin.

El eco sordo del espacioso salón multiplicaba los pasos de los astronautas. Estos salieron al centro acompañados del teniente general N. Kamanin, Héroe de la Unión Soviética, formaron en fila, se cuadraron y saludaron militarmente.

— Aquí nació el Poder soviético y, con él, nosotros —dijo Yuri Gagarin.

"Y, con él, nosotros..." Tras estas palabras está la poderosa transformación revolucionaria de todo el país por el partido, el nacimiento del hombre nuevo...

Lenin pensaba en el hombre y se preocupaba de él: en aras de la libertad y de la dicha del hombre se hizo la Revolución de Octubre, se sostuvo una lucha sangrienta, murieron los soldados de la revolución. Los cosmonautas, firmes en el centro del salón de actos del Smolny, son la encarnación viva de las realizaciones del Poder soviético durante los decenios transcurridos desde 1917. Son dignos continuadores de las obras y hazañas de cuantos asaltaron el Palacio de Invierno. La revolución continúa, su fuego crepita en las toberas de los cohetes que ponen en órbitas estelares a las naves espaciales soviéticas, su pasión y su incandescencia han tomado forma en los conocimientos científicos, en la intrepidez de los descubri-

dores, en la viril serenidad de los astronautas. En nuestro siglo, los caminos del comunismo y de las estrellas se han entrelazado, uniéndose en uno solo.

Yo miraba a los cosmonautas y pensaba en nuestro tiempo, en la continuidad revolucionaria, en el nacimiento del hombre nuevo, con el que tan apasionadamente soñaba Lenin.

Los cosmonautas soviéticos realizan sus hazañas para el bien de la humanidad, en aras del desarrollo de la ciencia, y no en busca de gloria ni de provecho propio.

Nuestras victorias en el espacio sideral son consecuencia directa de la solicitud de Lenin por el fomento de la ciencia.

La capacidad de prever el futuro es uno de los aspectos más importantes del leninismo.

Ya en 1909, en el período de reacción que siguió a la derrota de la revolución de 1905, Lenin publicó su libro *Materialismo y empiriocriticismo*. Con la aparición de esta obra —escribió el académico S. Vavílov—, "el rayo punzante, luminoso, de la crítica materialista leninista hendió la niebla del idealismo, del misticismo, de la busca de Dios de aquellos días. Tras rasgar implacablemente la telaraña del empiriocriticismo, Lenin le opuso en su libro la invencible teoría del conocimiento del materialismo dialéctico". Al entrar en la escena de la ciencia, el "radio-revolucionario" y el electrón permitieron a Lenin divisar el comienzo de una revolución en las Ciencias Naturales, pues cada uno de estos descubrimientos daba a la ciencia la posibilidad de irrumpir en una de las dos esferas internas del átomo: el electrón abría las puertas de la envoltura atómica; el radio y la radiactividad, las del núcleo atómico.

Habían fracasado todos los intentos de los físicos de la vieja escuela de construir un modelo de átomo tomando como base la idea "clásica" del electrón-esfera o del electrón puntiforme, dotado de determinadas propiedades físicas. Es más, tales intentos habían llevado a la ciencia

a un callejón sin salida. Lenin descubrió genialmente la causa del error: el electrón era considerado por los científicos de la vieja escuela "clásica" como la partícula "última", "exhausta", de la materia. En realidad, ha resultado ser tan inagotable como el átomo, circunstancia que señalaba ya Lenin.

Lenin trasladó su mirada del átomo infinitesimal del mundo a las misteriosas lejanías del Universo. Y qué significativo es que en la aldea de Gorki hubiera un telescopio: a Lenin le gustaba mirar al cielo, estudiar las estrellas y pensar en el Sol —fuente de la vida en la Tierra—, en las enigmáticas constelaciones y en la sima cósmica.

Las cuestiones científicas que interesaban a Lenin eran extraordinariamente variadas: la teoría de la relatividad y la hipótesis sobre la estructura de la Tierra, la anomalía magnética de Kursk y los problemas de la electrificación, las investigaciones en el terreno de la radiotelefonía, el aprovechamiento de los esquistos y sapropélitas combustibles, la construcción de locomotoras de petróleo, la preparación de reactivos químicamente puros, la explotación de las riquezas de Karabogaz, la irrigación de las estepas de Mugansk, la prospección del petróleo de Ujtá, la ayuda al observatorio de Púlkovo, la preocupación por los trabajos del académico Pávlov... Fue entonces también cuando Lenin lanzó la idea de preparar un Atlas Geográfico Universal y él mismo propuso su esquema.

"En el verano de 1918, en lo más álgido de la lucha —escribe el viejo bolchevique N. Gorbunov—, Vladímir Ilich encuentra tiempo para interesarse por los problemas de la ciencia y envía a la Academia de Ciencias la propuesta de determinar las cuestiones en que dicha Academia podría desplegar una labor útil en aquellos momentos. Al mismo tiempo, Vladímir Ilich apoya el proyecto de organizar las dos primeras instituciones soviéticas de investigación científico-técnica: el Laboratorio de Radio

de Nizhni Nóvgorod, hoy famoso en el mundo entero, y el Instituto de la Alimentación de Rusia... En diciembre de 1918, Vladímir Ilich aprueba el proyecto de instituir un organismo dirigente científico-técnico, de carácter gubernamental, y señala a esta institución la misión de organizar la labor científico-técnica en el país".

Lenin era un hombre de acción, de decisiones rápidas, de aplicación práctica de los planes aprobados. La joven República de los Soviets peleaba en los frentes de la guerra civil, pasaba hambre, soportaba privaciones y dificultades inauditas, pero organizaba ya su ciencia para el pueblo, para la felicidad del pueblo y para su futuro. En 1918 Lenin escribe su histórico *Borrador del plan de trabajos científico-técnicos*, firma el decreto por el que se crea el Instituto Físico-Técnico de Leningrado, en el que se ha formado, bajo la dirección del académico A. Ioffe, toda una pléyade de eminentes físicos especializados en cuestiones nucleares; funda el Instituto de Radio y la Fábrica de Radio, el Instituto Aerohidrodinámico Central y el Laboratorio de Radio de Nizhni Nóvgorod. Son hechos que prueban el interés de Lenin por el Cosmos.

Los problemas relacionados con la electrificación de la Rusia de casas de madera, que se alumbraba con candiles; el estudio de las posibilidades energéticas del átomo, la mirada al Cosmos: he ahí lo que, fundido en un todo, cautivaba la atención de Lenin.

La vieja bolchevique E. Drábkina describe un episodio interesante registrado durante el VIII Congreso de los Soviets. Lenin, sentado en una butaca, hablaba de la electrificación de Rusia y de la energía atómica. Sirvió de motivo para la conversación sobre el tema atómico un artículo publicado el 20 de noviembre de 1920 en la revista inglesa *The Nation*. En él se decía:

"Un radiograma de Moscú anuncia que un científico ruso ha descubierto por completo el secreto de la energía atómica. Si esto es así, el hombre poseedor de este secreto podrá mandar en todo el planeta. Nuestros explosivos

serán para él un juguete ridículo. Los esfuerzos que hagamos por extraer carbón o dominar los saltos de agua suscitarán en él una sonrisa. Será para nosotros más que el sol, pues controlará toda la energía. . ."

El hecho de que una respetable revista inglesa considerase posible publicar en aquellos tiempos semejante noticia sensacional testimonia que en Inglaterra se tenía fe, ya entonces, en las fuerzas de la joven ciencia soviética y se esperaba de ella milagros.

Es sabido que en el VIII Congreso de los Soviets se discutió el plan de electrificación de Rusia: el genial plan leninista GOELRO. ¡Qué significativo es que Lenin hablara precisamente entonces de la energía atómica!

En el Gran Teatro, durante los descansos en el VIII Congreso de los Soviets, Lenin habló también del Cosmos. Lenin sabía que llegaría el día de los vuelos al espacio sideral y compartía sus sueños con sus compañeros de lucha por el futuro.

Vladímir Ilich aludió asimismo a este tema durante su entrevista con el escritor inglés Herberto Wells, célebre por sus novelas de ficción científica. Es bien conocido el tema principal de la histórica conversación que el eminente representante de la intelectualidad burguesa sostuvo con "el soñador del Kremlin", como bautizó Wells a Lenin: se habló de la posibilidad de edificar el socialismo en el país, arruinado por las guerras y el hambre, las epidemias y la miseria. Wells no tenía fe en que fuera posible transformar el país arruinado, deploraba su porvenir y, claro está, no creía ni una sola palabra de Lenin sobre la electrificación de Rusia.

"El soñador del Kremlin" sorprendió a Wells no sólo con su "utopía eléctrica", sino con su pensamiento sobre el estudio del Cosmos. Wells escribió:

"Lenin me dijo que, al leer la novela (de Wells) *La máquina del tiempo*, había comprendido que todas las nociones humanas fueron creadas en escala de un solo planeta: el nuestro. Estas nociones se basaban en el supuesto

de que la potencia de la técnica jamás rebasaría el límite terrestre. Pero si logramos establecer comunicaciones interplanetarias, prosiguió Lenin, habrá que reconsiderar todas nuestras nociones filosóficas, sociales y morales. Y en ese caso, la potencia técnica, al hacerse ilimitada, pondrá fin a la violencia como uno de los factores del progreso".

Lenin tenía fe en el poderío infinito del género humano y veía la victoria sobre el átomo y sobre el espacio.

El 30 de diciembre de 1921, Vladímir Ilich Lenin se entrevistó con el eminente científico e inventor Federico Tsánder. La entrevista tuvo lugar durante la Conferencia de Inventores de la provincia de Moscú, en la que Tsánder presentó un informe sobre el proyecto de nave-aeroplano interplanetario. Antes del informe se dijo a Tsánder que Lenin asistiría a la conferencia. El inventor se emocionó mucho, pues en aquellos tiempos eran muy pocos los que tomaban en serio los problemas de la cosmonáutica: el país se encontraba aún en una situación difícil, seguía faltando de todo, los propios participantes en la conferencia estaban sentados con el gabán puesto por carecerse de leña para la calefacción. Y pese a todo, Lenin encontró tiempo para asistir a la conferencia, escuchar atentamente al inventor y conversar con él después del informe.

La plática tuvo lugar en una pequeña habitación contigua al salón. Lenin tendió la mano a Tsánder, contempló atentamente su rostro enjuto y agitado y le invitó a sentarse en una silla. El científico escuchó las preguntas de Lenin y, reponiéndose de su emoción, empezó a contestar. Lenin, con los ojos entornados y el mentón apoyado en un puño, escuchó con atención al joven ingeniero y luego le preguntó súbitamente:

— ¿Y usted volará el primero?

— No puedo imaginarme otra cosa —respondió—. Debo dar ejemplo, y después de mí, volarán otros.

Al despedirse de Tsánder, Lenin estrechó fuertemente su mano, le deseó éxitos en el trabajo y le prometió ayuda.

"Impresionado por la entrevista con el jefe del proletariado, Vladímir Ilich Lenin, no pudo dormir en toda la noche —habría de contar Tsánder años más tarde a un compañero de trabajo—. Me pasé la noche yendo de un lado para otro por mi pequeña habitación y pensando en la grandeza de este hombre. Yo pensaba: nuestro país está arruinado por la guerra, escasea el pan, escasea el carbón, las fábricas están paradas, y, pese a ello, este hombre, que dirige un Estado tan grande, encuentra tiempo para oír hablar de los vuelos interplanetarios. Y me dije: eso significa que mis sueños se verán realizados".

El desvelo de Lenin por la ciencia y su atención a los problemas de la cosmonáutica han dado frutos ópimos: el País de los Soviets marcha en cabeza del mundo entero en la exploración del océano del Universo; y sus hijos —los eminentes sabios, diseñadores, cosmonautas, obreros e ingenieros que crean la técnica espacial— son los primeros que abren el camino de las estrellas, que estudian y conquistan el espacio sideral.

Todos los "hermanos estelares", como se denomina a los cosmonautas, son leninistas. Cumplen los preceptos de Lenin y conocen la ley de Lenin: "La inteligencia humana ha descubierto muchas cosas prodigiosas en la naturaleza y todavía hallará más, aumentando así su dominio de la naturaleza".

Domeñar y transformar a la naturaleza, aprovechar todas sus posibilidades para bien de la humanidad: tal es la misión señalada por Lenin. Y los científicos y cosmonautas soviéticos la están cumpliendo en la Tierra y en el océano sideral.

Hubo un tiempo en que Lenin, entornando ligeramente los ojos, observaba el vuelo de un solo avión, pequeño y de poca potencia, que simulaba un desfile aéreo sobre la Plaza Roja. Un solo avión... Pero Lenin veía lo futuro: veía la potente flota aérea del País de los Soviets, veía las naves espaciales de que hablara soñadoramente a Herberto Wells.

Los sueños de Lenin se han hecho realidad: los soviéticos estudian y conquistan el espacio circunsolar, se preparan para los vuelos interplanetarios en nombre de la paz, en aras del futuro de la humanidad, ante la que se abren las maravillosas lejanías del Universo.

Y en un futuro lejano, al poblar el océano infinito del Universo, los hombres del planeta Tierra recordarán siempre a Lenin, que inspiró el asalto del mundo viejo y concibió el plan de edificación del mundo nuevo, llamado a formar un hombre nuevo.

E. Riábchikov

INDICE

L. Zhak. *Gorki* 9
B. Kostiukovski. *Constructores de lo nuevo* 31
N. Strokovski. *Y la pluma se hizo bayoneta* 53
A. Musátov, M. Liáschenko. *Una entrevista que no se celebró* 85
V. Sytin. *El soñador de Kaluga* 107
A. Deich. *Lunacharski* 127
G. Bashkírova. *Una posición justa* 149
Z. Dichárov. *Historia de una vida* 163
J. Paleckis. *Lo más querido en la vida* 183
M. Shaguinián. *Una lección de Lenin* 199
A. Belov. *Un proyecto de Lenin hecho realidad* 229
B. Kerbabáev. *Sueños y realizaciones* 253
S. Koniónkov. *La estrella polar* 267
N. Zhúkov. *Un gran tema* 281
V. Belétskaya. *La línea sin terminar* 297
E. Riábchikov. *El cosmodromo principal* 319

AL LECTOR

La Editorial le quedará muy reconocida si le comunica usted su opinión acerca del libro que le ofrecemos, así como de la traducción, presentación e impresión del mismo. Le agradeceremos también cualquier otra sugerencia.

Nuestra dirección: Editorial Progreso, Zúbovski bulvar, 21, Moscú, URSS